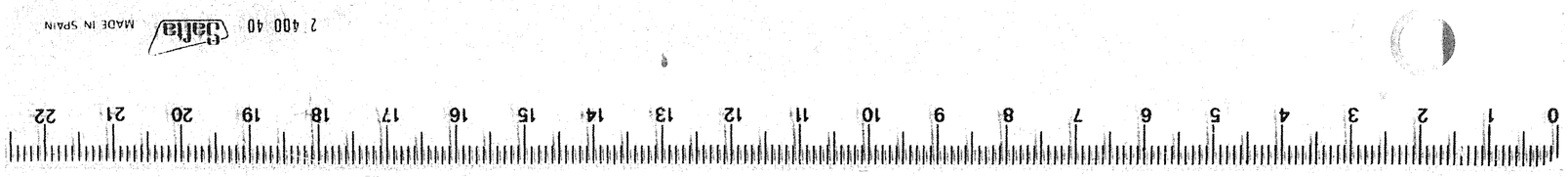

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22
2 400 40
Galla
MADE IN SPAIN

EL PAIS DE LOS SABIOS

(RECUERDOS DE UNA EXPEDICIÓN POR GRECIA)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

R. 5018

Biblioteca de LA ILUSTRACION IBÉRICA

EL PAÍS DE LOS SABIOS

(RECUERDOS DE UNA EXPEDICIÓN POR GRECIA)

OBRA ESCRITA POR

D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

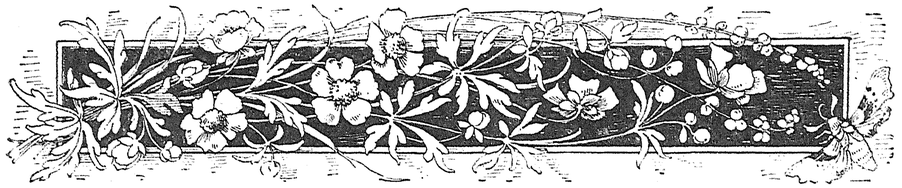
BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINAS

PLAZA DE TETUÁN, NÚMERO 50

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



CAPITULO I

LA ISLA DE HIDRA.—DEL PIREO Á ATENAS

Cuando se navega á bordo de un buque de guerra, las deducciones científicas tienen una certeza que desdeñan los buques mercantes, y se disfruta la ventaja de poder saber en cualquier momento el lugar exacto donde uno se encuentra, y, por consiguiente, el momento preciso en que se verá, surgiendo por el horizonte, el cabo impacientemente esperado durante los largos días de travesía.

El comandante nos participó que dentro de cuatro horas divisaríamos, y al cabo de seis doblaríamos, el famoso cabo Matapán, el más meridional de Europa, el de las tempestades del Mediterráneo.

Disponíame á leer la *Descripción geográfica é histórica de la Morea*, escrita por el viejo Cocollini, cosmógrafo de la República de Venecia, cuando un marinero vino á anunciarme que la tierra se hallaba á la vista.

Al instante subí al puente. Cerca de nosotros, hacia la izquierda, distinguí un grande y sombrío cabo que caía á pico en el mar y era combatido por las aguas, que le inundaban de

blanca espuma. Por encima, y dominándole, veíase una serie de mesetas ásperas y áridas, y, por último, más lejos, hundiendo su cabeza en las nubes, una alta cima coronada de nieve: era ésta el monte Taigetes. Ni una habitación, ni una casa, ni una persona, ni un árbol, ni la más pequeña capa de verdura alegraba este paisaje áspero y desolado. Tan sólo un pequeño brick maniobraba penosamente, intentando salir, antes de la caída de la noche, de unos lugares tan peligrosos para los buques de vela, á causa del viento sur que empezaba á levantarse. Tal fué el aspecto bajo el cual se me apareció esta tierra de Grecia, que jamás había entrevisto más que á través de la bruma de los recuerdos clásicos.

El cabo Tenaro es el nombre legítimo del Matapán. Nunca ha gozado de buena reputación. Expuesto de lleno á los vientos del Sur y del SE., que dominan en el Mediterráneo, era justamente temido, y lo es todavía, por los navegantes que el remolino de las aguas empuja contra esta altura inhospitalaria. No eran solamente las brutalidades caprichosas de Tetis lo que temían los marinos; pues á menudo también, aprovechándose de la calma chicha que paralizaba los navíos, ó del huracán que arrancaba sus velas y los conducía sin dirección, los piratas se arrojaban sobre ellos como buitres, y los saqueaban después de haber degollado toda la tripulación. No hace mucho tiempo que se han librado los marinos de Oriente de estos bandidos, y, á pesar de los esfuerzos del almirante Paulicci, que ahorcó un gran número, fué preciso la presencia de las flotas aliadas durante la guerra de Crimea, y enérgicos castigos para hacer perder á los habitantes de las costas de Grecia sus costumbres de piratería y rechazar el bandidaje al interior del país.

Pasado el cabo Matapán y el golfo de Maratón, en el fondo del cual se abre el valle de Esparta, doblamos el cabo Maleo, el último de los tres puntos de Grecia que se dirigen hacia el Sur.

En presencia de esta gran roca rojiza, cantada por Lamartine, adelántanse, á 12 kilómetros solamente, los acantilados bajos y desnudos de la isla de Cerigo. El estrecho paso que hay

entre la isla y la tierra firme no es siempre franqueable para los barcos de vela, que cuando el viento del Norte sopla en el archipiélago se ven obligados á fondear en la entrada del estrecho, en el golfo de Maratón, y esperar pacientemente á menudo varios días á que el viento se torne sur ó sudeste. Cuando el mal tiempo persiste, se ven allí más de cien buques de diversas nacionalidades, sobre todo griegos é italianos. Cuando nosotros pasamos por aquel lugar, había solamente algunos que oscilaban melancólicamente sobre sus cadenas. Las negras nubes que distinguimos por encima de la cadena de montañas, corriendo rápidamente de N. á S., nos indicaban que al salir fuera del estrecho nos encontraríamos con viento contrario. Los peligros y tardanzas de este camino marítimo que sirve los puertos más importantes de Levante, han sugerido repetidas veces la idea de variarle y darle más seguridad por la apertura del istmo de Corinto, que une el Peloponeso con la Grecia del Norte. Vimos, estudiando sobre el terreno este proyecto tan seductor á primera vista, que las ventajas que resultarían de seguirlo no estarían en relación con el trabajo y los gastos que exigiría, sobre todo ahora que la marina de vapor adquiere cada día más extensión.

La noche fué oscura y desagradable. Borrascas violentas de lluvia mezclada con nieve medio fundida, una mar hueca, como dicen los marinos, y un viento furioso y glacial hacían penosa la situación de nuestra fragata y de sus tripulantes. Sin embargo, estábamos á principios de abril, el mes de las rosas en los valles de la Jonia; pero el Oriente reserva grandes sorpresas para los que no le han visto más que por medio de la imaginación soñadora y brillante de los poetas.

Al día siguiente, el cielo se había aclarado, y volvimos á seguir nuestra ruta hacia el Norte, no perdiendo de vista las costas montañosas, desiertas y áridas. De tiempo en tiempo, las grandes laderas grises y desnudas aparecían rayadas de un surco blanquizco: era éste el lecho desecado de un torrente. Algunas veces también, en un pequeño barranco que se alargaba des-

embocando en el mar, y algunos olivos salvajes, animaban con su triste verdura este paisaje desolado. Ni una casa, ni un campo, ni una senda rompían esta monotonía.

El golfo de Nauplia, penetrando profundamente en la tierra, nos hizo perder de vista la costa; pero pronto la encontramos de nuevo, y pasamos entre Castri y la isla de Hidra, que sale de las aguas como la espalda estrecha y alargada de un monstruo marino.

La ciudad que lleva el mismo nombre se halla pintorescamente situada en un pequeño puerto natural que se abre en las rocas y cuyo fondo, formando un circo escarpado, se halla cubierto de grandes y bellas casas, que se destacan las unas de las otras á grande altura.

Tiene más de tres mil, y las azoteas que las cubren, la blancura de las murallas, las calles estrechas y de piso desigual, dan á Hidra un aspecto original y oriental por completo que falta á la mayor parte de las ciudades griegas.

La historia de este pequeño rincón de la Grecia muestra por un curioso ejemplo las diversas causas que pueden influir sobre la existencia de las ciudades. Completamente desconocida é inhabitada antes del siglo XVIII, vino á ser Hidra en esta época el refugio de una tribu de albaneses que huyó de la tiranía de los funcionarios turcos. Pero si lo áspero y pobre de esta roca desierta garantizaba á los recién venidos contra la codicia de sus señores, no les ofrecía, en cambio, ningún medio de existencia.

Cuando se quiso formar allí un jardín, fantasía ruinosa cuya idea vino más tarde con la riqueza, fué preciso ir á buscar la tierra al Peloponeso, á 25 kilómetros de distancia, y conducirla, con grandes gastos, en los barcos. Agua no existe: se recoge preciosamente en numerosas cisternas la que cae del cielo; y cuando las lluvias no son bastante abundantes, los convecinos van á llenar en las aguadas de la costa unos pequeños toneles largos y estrechos que se distribuyen en seguida en la isla como la más preciosa mercancía.

No pudiendo el terreno proporcionarles medios de vida, los

hidriotas se vieron obligados á buscar otros recursos sobre el mar, que les rodeaba por todas partes. Marinos hábiles y atrevidos, se convirtieron en poco tiempo en los proveedores de todo el comercio de Levante.

MARINERO HIDRIOTA

Durante las guerras europeas de la revolución y el imperio, protegidos por la neutralidad del pabellón turco, surcaban el Mediterráneo sostenidos por los capitales de los comerciantes de la isla de Chío, vendiendo en los puertos de Europa sus cargamentos á alto precio, adquiriendo en ventajosísimas condiciones mercancías que no se sabía cómo ni por dónde colocar, forzando los bloqueos, burlando los navíos de guerra y salvándose de las situaciones más peligrosas con una intrepidez, un

atrevimiento y una inteligencia de las cosas de la mar, que más de una vez llenaron de admiración á los marinos europeos.

Lo que Occidente pagó á Grecia es incalculable. Fortunas colosales se formaron en Hidra, cuyas cuevas se llenaron pronto de hoyos repletos de oro. Libráronse del impuesto que habían de pagar al sultán, su señor, enviándole un pequeño número de marinos para la flota imperial. Gobernáronse por sí mismos, y jamás un funcionario musulmán vino á mezclarse ó á contradecir las decisiones de sus primados. Era Hidra una verdadera república comunal é independiente, cuyos primados, elegidos casi siempre en la misma familia, eran los jefes incontestables. Un consejo de ancianos juzgaba en primera y segunda instancia los raros procesos que podían sobrevenir.

Todas estas riquezas acumuladas, el lujo y el bienestar que se siguieron rápidamente, no habían matado, sin embargo, el amor á la patria y la fiebre de la independencia en el alma de los hidriotas. El oro no había afeminado el carácter rudo de estos marinos; y cuando en 1821 se dió la señal de rebelión, fueron los primeros en abrazar con ardor la causa de la independencia. Su fortuna, su vida, todo lo dieron para sostener la lucha. La familia Candariotis ofrece á Grecia un millón y medio; otros envían un millón novecientos mil francos; las mujeres se despojan de sus joyas; los marineros renuncian á su parte de beneficios. Todos sus buques de comercio que ostentaban el pabellón otomano se convierten entonces en otros tantos corsarios temibles que atacan la flota del sultán hasta frente á los cañones de las fortalezas de las costas de Asia. Se inventan los brulotes que introducen el terror entre los turcos. Tombazis, Tzamados, Miaoulis, sobre todo, los tres hidriotas, han visto sus nombres aclamados más de una vez por la Europa entera, que seguía con simpático interés las peripecias de esta guerra.

Los hidriotas quedaron arruinados por tantos sacrificios, y el Gobierno griego, que varias veces ha declarado que la deuda contraída con ellos debía ser considerada como sagrada, no ha hecho nada todavía para indemnizarlos de las enormes pérdi-

das que han sufrido. Su prosperidad comercial, muy amenazada ya con la creación de Sira, ha recibido un golpe fatal con el desarrollo de la marina de vapor. La isla se ha despoblado: donde había 40,000 habitantes, apenas se encuentran 7,000, y esta cifra disminuye todos los días. Los unos se establecen en Sira; los otros en el Pireo, abandonando sus antiguas casas, que poco á poco caen arruinadas. Cuando se sube penosamente por las estrechas calles de la ciudad, no se distinguen por todos lados más que altas casas cuyas ventanas cerradas, sus muros destrozados, los grandes vestíbulos desiertos, dan á Hidra un aspecto de ciudad en decadencia, de finido esplendor, que inspira melancólicas reflexiones. Á pesar de este abandono, la patria de Miaoulis ha conservado siempre un gran interés de curiosidad, y es vergonzoso que no se halle en los itinerarios de los turistas, que podrían estudiar sobre el terreno, antes que la ciudad desaparezca por completo, una de las fases más originales del pueblo griego.

Se ha comparado esta isla, larga de 18 kilómetros, y ancha de 4 solamente, á la quilla de un buque volcado; pero esta semejanza no se detiene solamente aquí, pues cuando se penetra en el pequeño puerto donde van á deslizarse las aguas del Oeste, todo, al rededor del visitante, toma una fisonomía marítima que se nota á la primera ojeada. En el contorno de los muelles hay barcos levantados en alto y sostenidos por soportes de hierro como á bordo de un buque, y ganchos y poleas sujetas en la roca, como si ésta fuese el puente de una fragata. En anchos almacenes de pequeñas puertas de hierro, construídos con trozos de un mármol agrisado, pulimentado apenas, vense alineados los fardos de mercancías como en una cala. Por todas partes se ve circular, silenciosamente, á los marineros, que se reconocen por sus vestidos, sus pantalones bombachos y ese balanceo que la costumbre de hallarse á bordo da á su marcha, así como también por su expresión de energía y calma á la vez. Sus ojos, inteligentes y vivos, parecen sondear constantemente los pronósticos del cielo y del mar, como si su isla flota-

se sobre las olas y debiese ser conducida á un puerto vecino.

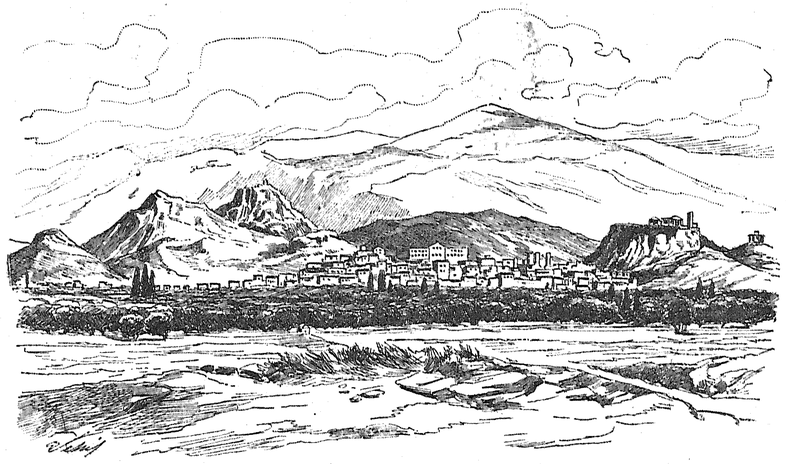
No se ven otros animales que algunos perros. Ni un carruaje, ni una caballería circula. En las calles altas reinan la soledad y el silencio, y apenas si tres ó cuatro veces en el día se oye entreabrirse una puerta baja y salir alguna mujer por ella; y decimos mujer, porque en la ciudad no se hallan casi más que éstas y los niños: todos los hombres están á bordo.

VISTA GENERAL DEL PIREO

Si se penetra en una de estas antiguas casas construídas en la época del esplendor de Hidra, cuyos cimientos establecidos en la roca han costado más caros que los de los más espléndidos palacios de las capitales europeas, se encuentran inmensas habitaciones con adornos de mármol y cubiertas con tapices de Esmirna. Por las ventanas se ve la mar como por las ventanillas de un camarote. Los muros están blanqueados con cal y perfectamente limpios. En clase de criados no se ven más que algunas muchachas, varios niños cuyas fuerzas no resistirían todavía al duro oficio de sus padres, ó bien algunos viejos cuyo cuerpo se ha gastado antes que el alma.

En una pieza retirada, las mujeres, madre, esposa é hijos de los dueños de la casa, se reunen y trabajan; las de mayor

edad remiendan la ropa; las jóvenes bordan en bastidor esos tejidos de seda y oro, tan finos, tan delicados, y que desaparecen poco á poco ante la concurrencia de los productos de Manchester. No hablan y parecen concentradas en sí mismas. Esta vida de continua separación y aislamiento ha impreso en su rostro, gracioso y puro, una expresión de resignación y tris-



VISTA GENERAL DE ATENAS Y EL MONTE HIMETO

teza. Su tocado, compuesto de una cinta de seda de color amarillo claro bordada en oro, cruzándose con castidad monástica bajo la barba y encuadrando completamente el rostro sin dejar pasar sobre la frente sino una delgada línea de trenzas negras, les da gran semejanza á las vírgenes de Bida. Una estrecha chaqueta de terciopelo rojo muy corta y abierta por delante, cuyas anchas mangas terminan en elegantes bordados de oro, se ciñe por debajo del pecho sobre una fina camisa de batista. Nunca salen, como no sea para visitar á sus vecinos. Por otra parte, ¿dónde ir en un país que no tiene paseos y cuyas calles se asemejan más á escaleras que á vías de comunicación?

Sus costumbres son puras y severas; la hospitalidad es allí una virtud tradicional. Jamás olvidaré la afable acogida que

obtuve durante dos días, por parte de una familia que apenas conocía, y cuyo joven jefe experimentaba una viva simpatía por nuestra patria.

En los alrededores de la ciudad no hay nada nuevo que ver. De todas partes vienen las ondas á estrellarse contra una muralla de rocas, en cuya cresta, combatida por todos los vientos, brota una yerba corta en escasa cantidad. No hay en estos alrededores ningún lugar destinado á casas, y en la isla entera, que tiene una superficie de cerca de 90 kilómetros cuadrados, la estadística oficial no cuenta más que diez propietarios y setenta pastores contra mil marinos.

Antes de volver al buque quiere nuestro huésped hacernos visitar las dos iglesias principales de Hidra, que no tienen semejantes en toda Grecia. Una de ellas, que hace el oficio de catedral, fué construída hace siglo y medio. Es toda ella de mármol blanco, está adornada con ricas esculturas y buen número de hermosas pinturas bizantinas sobre fondo oro. En la bóveda se halla suspendida una gigantesca araña de plata maciza, de forma veneciana, y en la cual animales fantásticos, que son maravillas de arte, corren á través de los calados. Al lado de ésta pende también una hermosa lámpara de bronce dorado, estilo Luis XIV, en la que se hallan grabadas las armas de los reyes de Francia. Esta lámpara, según se dice, fué robada de uno de los castillos reales, durante la revolución, y comprada en Marsella por un capitán hidriota, que, á su regreso, la ofreció á la iglesia. Un campanario separado de la catedral, esculpido y construído según los principios modernos, hace el efecto de una joya de marfil. La cúpula en que termina no se compone más que de diez arcos de mármol blanco, por entre los cuales se vislumbra el cielo.

Aparte de estas dos iglesias, hay más de veinticuatro capillas diseminadas en los diferentes barrios. Estas no ofrecen otra cosa de particular sino los votos que depositan allí los marinos, bajo la forma de pequeños buques, groseramente tallados, ó de corazones de plata.

Después de dejar á Hidra volvimos hacia el O. para entrar en el golfo de Egina, en el fondo del cual se encuentran el Pireo y Atenas. Este golfo, cuya longitud comprendida entre el cabo Skyli y el de Sunio es de 48 kilómetros, y que tiene más de setenta de profundidad, es el más vasto de los que cortan las costas orientales de Grecia, y forma, por decirlo así, la continuación del golfo de Lepanto, del que no se halla separado más que por una banda de tierra estrecha y poco elevada. En medio de este golfo se encuentra la isla de Egina, que se halla rodeada por todas partes por las comarcas más ilustres de Grecia. A su izquierda está la Argólida; á la derecha, Ática; en el fondo, Corinto; después Megara, Eleusis y Salamina, dominadas por las altas crestas del Citerón.

Atravesamos el golfo en toda su longitud, dejando á nuestra izquierda la isla de Egina, cuyo templo se ve distintamente en una eminencia cónica. El cielo era de una pureza admirable, y la mar de un azul dulce y sublime. A medida que nos aproximamos descubrimos mejor los detalles del paisaje que se presenta á nuestra vista.

Por encima de una llanura baja y leonada, dos altas montañas, en forma de frontis de templo antiguo, se destacan limpiamente sobre el cielo: son éstas el Pentélico, con su mármol blanco y reluciente, y el Himeto, con sus mil colmenas llenas de sabrosa miel. Entre los dos, sobre un basamento de rocas de color ardiente, se elevan las inmortales columnas del Partenón. Si se ilumina este cuadro lleno de grandeza y unidad con los ardientes rayos del sol de levante, se representará toda la armonía y poesía de este espectáculo mejor que por las más minuciosas descripciones.

Un promontorio árido, semejante á un accesorio de teatro colocado en medio del escenario, nos oculta súbitamente este maravilloso cuadro, y penetramos en el puerto del Pireo, dando la vuelta en zigzag á un grueso pilón de ladrillos, sobre el que se levantaba, en otro tiempo, uno de los dos leones extrañamente arcaicos que adornan en la actualidad la entrada

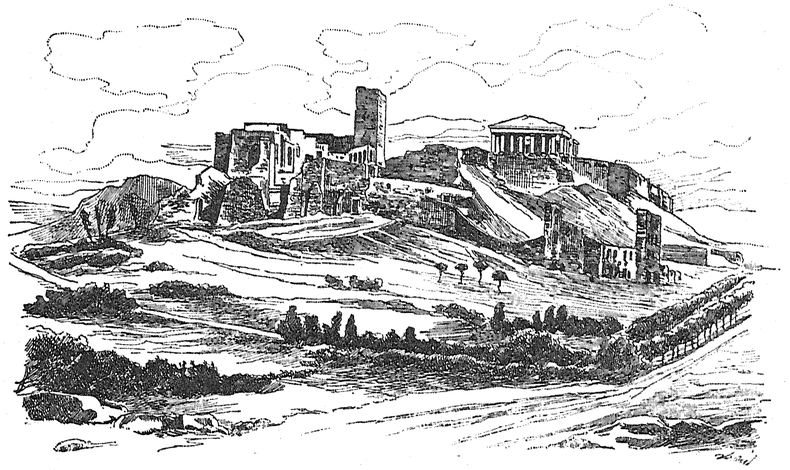
del arsenal de Venecia. En la antigüedad, las dos pilastras sobre las cuales se elevan las luces verde y roja que enseñan la estrecha entrada del puerto, eran los puntos de unión de una larga cadena de hierro que se ponía en tiempo de guerra para impedir la entrada á los navíos enemigos.

A la izquierda, detrás del islote de Psitalia, en el que hay un hermoso faro de segundo orden, descúbrese un canal comprendido entre la isla y el continente: es la famosa rada de Salamina, en la que el rey Jerjes hizo levantar su trono de oro, desde el cual pudo asistir á la derrota de su armada.

El amor propio nacional de los autores griegos que han relatado los esfuerzos de sus compatriotas en aquella jornada, les ha hecho incurrir en singulares exageraciones. En Salamina, los griegos no corrieron al combate con tan grande intrepidez como ellos pretenden. Su excitación era grande, y vacilaban antes de lanzarse contra los persas; injuriábanse entre ellos; excitábanse con palabras irónicas á entrar los primeros en combate. Los peloponesianos, alegando que sus ciudades se hallaban amenazadas, pretendían acudir en su socorro. En una palabra: los griegos tenían miedo, y hubieran huído, á no ser por una estratagema del gran Temístocles, que les obligó á pelear. Viéndose entonces imposibilitados de escapar, pelearon, y pelearon con verdadero heroísmo. Una vez pasado el peligro, continuaron en sus disputas intestinas, queriendo cada cual atribuirse la gloria del éxito.

De los tres puertos que en aquella época existían en Atenas, ó sean el de Falero, el de Munichia y el Pireo, los dos primeros, uno por ser demasiado abierto y otro por pequeño en exceso, no tienen hoy ninguna importancia, y tan sólo el último es frecuentado por los buques de distintas nacionalidades. Es extenso, pero mal cuidado, y en el ángulo norte hay un espacio considerable cubierto por un pantano infecto, bajo el cual se encuentran todavía grandes losas de mármol que formaban en la antigüedad el pavimento de un hermoso fondeadero para la marina militar. Este fondeadero está situado junto á la es-

tación del ferrocarril de Atenas y podría ser utilizado. Un oficial de la marina francesa ha propuesto restaurarlo por un procedimiento de su invención; pero no ha podido todavía vencer esa especie de sorda hostilidad y de malevolencia poco oculta de que son objeto todas las proposiciones de los extranjeros, aun las más provechosas para Grecia.



VISTA GENERAL DEL ACRÓPOLIS

El puerto del Pireo se halla sin cesar ocupado por buques de guerra de distintos países, que hacen poco caso de las indicaciones y aun de las órdenes del capitán del puerto, y fondean según su conveniencia, muy á menudo dificultando el paso. Así sucede que cuando un paquebot de cien metros ó más de longitud se presenta á la entrada del puerto, tiene que evitar con gran trabajo, por medio de hábiles maniobras, un abordaje con fragatas de las que casi siempre obstruyen el paso.

En 1835, el Pireo se componía solamente de una docena de miserables chozas en una playa apestada. En 1861 comenzaban á levantarse algunos espaciosos almacenes y bastantes casas. Se alinearon las calles y se construyó un jardín público que bien pronto se cubrió de verdura. Todos estos trabajos de

utilidad pública fueron debidos especialmente al cuerpo del ejército francés de ocupación, durante la guerra de Crimea; y así vemos que el jardín en que la música de los buques de guerra iba á tocar dos ó tres veces por semana, lleva el nombre del almirante Tinán, que lo hizo trazar y plantar. Los marinos franceses intentaban, con estos servicios, hacer olvidar á los griegos lo que podía tener de humillante la tutela y la vigilancia que los acontecimientos políticos les obligaban á ejercer sobre su gobierno. Los griegos, sin duda, comprendieron los buenos deseos de los franceses, pues siempre han conservado el mejor recuerdo de sus forzadas relaciones con éstos.

La última vez que visité el Pireo fué en 1874. Cuarenta años antes, un embajador extranjero, que había ido con el mismo objeto, se vió obligado á dormir bajo un techadizo agujereado y no encontró agua para apagar su sed. Los que creen, ó afectan creer, que Grecia es un país sin porvenir, reconocerían su error si hubiesen visitado, en las dos épocas arriba nombradas, la ciudad del Pireo, pues el progreso alcanzado en tan corto espacio de tiempo muestra lo que puede adelantar todavía la nación griega. Reconozco que donde se muestra más visiblemente el adelanto del pueblo griego es en la ciudad del Pireo y en los dos puertos de Sira y de Patras; pero ¿sería posible que solamente tres puntos de un país pudiesen progresar sin que ese movimiento de avance influyera en las otras partes del territorio? Esto sería un hecho contrario á todas las leyes económicas.

Cuando se desembarca hoy en los muelles del Pireo, no es solamente el movimiento comercial lo que sorprende, si que también la enorme extensión de las casas que indican el aumento de los negocios y de las fortunas. Las fábricas, cuyas altas chimeneas están coronadas por penachos de humo, recuerdan el aspecto de las ciudades industriales de Occidente. Bellas y cómodas casas, con los tejados rojos y las persianas verdes, se elevan sobre las pendientes de la colina pétrea, y en otro tiempo desierta, que separa el puerto del Pireo del de Munichia. Varias iglesias y una Bolsa, cuyo piso superior sirve de círculo á los negociantes, adornan los alrededores del puerto. Si bien algunos distritos conservan aún un aspecto poco conforme con los adelantos de la civilización, la mayoría de ellos, con sus anchas calles, las plantaciones que los adornan y la belleza de sus edificios, prueban que el Ayuntamiento del Pireo se interesa más por la ciudad que el de Atenas.

Por otra parte, la población va en progresión creciente. En 1835, apenas había 100 habitantes. En 1861 contábanse ya 6,400, número que en 1870 subió á 11,000, llegando algunos años más tarde á 14,000, por lo menos, entre los cuales se contaban 2,500 obreros y obreras. En diez años se han establecido en el Pireo varias importantes fábricas, entre las que se cuentan: una de hilados de seda; seis de hilados de algodón; siete molinos de vapor; una fábrica de puntas de París; dos establecimientos para la carda del algodón y tres para el tejido del mismo; tres destilerías considerables; seis talleres para construcción de muebles; una cristalería, etc. En resumen: existen en el Pireo treinta establecimientos más ó menos importantes que emplean una fuerza de más de mil caballos de vapor. De estas fábricas, solamente dos pertenecen á extranjeros. Las restantes son de la propiedad exclusiva del país.

La fábrica de puntas de París está dirigida por un francés. Aparte de esto, el número de franceses existentes en el Pireo es muy escaso, pues apenas se cuentan ocho ó diez obreros de dicha nación. Todos los empleados de la cristalería, así como el ingeniero que los dirige, son alemanes. En cuanto á las máquinas de vapor, excepto una que es inglesa, son todas de origen francés. Los aparatos para hilados proceden de Manchester, la capital del algodón; pero las demás máquinas que se hallan en los talleres de construcción son todas de París.

Cuando se posa el pie sobre los escalones de mármol blanco del desembarcadero, se encuentra todo éste invadido por una nube de cicerones que fatigan á los viajeros con su inacabable charla y sus repetidos ofrecimientos. Las poblaciones de Le-

BIBLIOTECA

vante, y, sobre todo, las de raza griega, han tenido siempre gran afición por las industrias en que juega la lengua. Así vemos que las personas de más baja estofa dedícanse á la profesión de charlatanes. Subiendo más en la escala social se encuentran los comisionistas de las casas de comercio y banca, tan inteligentes como astutos é intrigantes, y, por último, en el grado más elevado se hallan los drogmanes de los consulados y de la sublime Puerta, activos cautelosos maestros en el arte de la corrupción y temibles por la gran influencia que saben adquirir.

La noche de mi llegada, la sociedad del Pireo, daba por suscripción un baile en los salones del círculo que se hallaban brillantemente iluminados y decorados al efecto. Por ellos circulaban una multitud de encantadoras mujeres que ostentaban trajes parisienses de gran gusto y riqueza. Los hombres iban de rigurosa etiqueta, y unos y otros entregáronse bien pronto al placer de la danza, siguiendo los acordes de una excelente orquesta. Algunas horas después, sirvióse á los congregados un delicado refresco compuesto de exquisitos manjares.

CAPITULO II

ATENAS. — PRIMERAS IMPRESIONES

El camino que conduce del Pireo á Atenas no tiene más que ocho kilómetros y se halla sombreado en su mayor parte por grandes álamos de Virginia. A través de los blancos troncos distinguimos las rosadas cimas del Parnaso, iluminadas por el sol levante, mientras que la llanura se halla todavía cubierta por una sombra azulada; pero lo que hace odioso este camino al viajero son las espesas nubes de un polvillo calcáreo, fino y blanco, que se levanta del suelo asfixiándole, y manchándole de la cabeza á los pies. Por esta carretera circulan un gran número de carros cargados de cajas, toneles y materiales de construcción. A la derecha, por entre los olivos y las cepas, corre un ferrocarril con moderada velocidad.

Después de hora y media de penosa marcha, llegamos á la vista del Partenón, que se destaca sobre el azul del cielo. Poco después, entre el Licabeto y la Acrópolis, se descubren las blancas casas de Atenas. Un espacioso *boulevard*, bordeado de arbolillos, nos condujo al hotel de la Gran Bretaña. Desde sus ventanas, que dan á la plaza de la Constitución y á un gran jardín plantado de naranjos y verdes encinas, dis-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

tinguimos la pesada masa del palacio real, la arboleda que le rodea, y, frente por frente, la enorme roca de la Acrópolis, dominando la ciudad y coronada de interesantes ruinas.

Durante la noche se levantaron violentas ráfagas de viento norte, que silbaba por entre las puertas cerradas y hacía estremecer los cristales de las ventanas. A este viento debióse que las nieves que aún coronaban las montañas de la Phtiótida alcanzasen tan glacial temperatura, que me hacía temblar de frío bajo mi sobretodo de invierno. Pronto la lluvia, cayendo sobre la ciudad, prestó á ésta un aspecto gris y triste, que se hallaba en muy poca consonancia con el tono alegre y pintoresco que había admirado la víspera. El Himeto convirtióse en una colina de formas vulgares y monótonas; el Partenón, en un montón de ahumados escombros. Durante tres días, á pesar de hallarnos á fines de abril, tuvimos una temperatura propia del mes de diciembre. Para poder apreciar con justicia el país griego, es necesario que haga buen tiempo, que sus edificios y monumentos se destaquen sobre un cielo de purísimo azul y que el sol bañe con ardorosos rayos sus pendientes grises y desnudas. Por otra parte, en Grecia, los meses de marzo y abril son los más desapacibles del año. Así, se ha dado el caso de que los naranjos del jardín real, cuyas flores hallábanse abiertas en el mes de enero, se helasen y pereciesen en abril. Los sofocantes calores del estío son allí seguidos, casi sin transición, por los fríos más glaciales. De las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, el suelo, abrasado por el sol, quema los pies de los atenienses; las paredes, resplandecientes de luz, los ciegan; un polvo seco y ardiente irrita su garganta; sus pulmones carecen de aire, y su cerebro se derrite, á pesar de los parasoles azules. En una palabra: parece que una inmensa hoguera queme la tierra y el cielo.

A pesar de ser tan extremado el clima, disfrútanse algunas horas de temperatura agradable. Por la mañana, en el momento en que el sol asoma majestuosamente en un cielo rosado, tras la cima del Himeto, sin que sus rayos hayan secado el

rocío y el fresco de la noche, y por la tarde, cuando se oculta más allá de las montañas del Peloponeso, circundado por dorado arrebol, son los dos únicos instantes en que se puede apreciar todo el encanto de la tierra ática.

Es admirable lo que en algunos años se ha modificado el aspecto de Atenas. Antes no era más que un pueblo grande, valga la frase: hoy es ya una hermosa ciudad, vistosa, limpia, con espaciosos *bulevares*, adornados por edificios de bella apariencia, aunque poco elevados y casi todos con amenos jardines. Las columnas de mármol, incrustadas en la fachada; los adornos, de mármol también, que ostentan las puertas y ventanas, y las paredes pintadas de azul ó rosa, dan á las casas de Atenas un aspecto encantador y característico. Cada familia tiene, casi siempre, su departamento aislado y separado, á menudo de los otros, por un jardín ó un patio plantado de naranjos, laureles y rosales. En el interior, las habitaciones son vastas, ventiladas y de gran elevación. Estas piezas se hallan amuebladas escasa y sencillamente, pero hay que reconocer que el clima se presta y aun hace necesaria esta desnudez. Al llegar el verano, se trasladan las familias al subsuelo, que se halla convenientemente alumbrado al efecto, y en el que la temperatura se mantiene constantemente tres ó cuatro grados más baja que en el resto de la casa.

Todo el progreso alcanzado en la capital y en todo el reino se debe únicamente á la iniciativa individual. Pero si un extranjero pretende informarse de la parte que en los adelantos públicos corresponde al Ayuntamiento y al Gobierno, adquiere, como resultado de sus investigaciones, la certeza de que no solamente esta parte es nula, sino que muy á menudo la acción particular es estorbada por el Gobierno y el Municipio, que con sus dificultades acaban por matarla.

Las calles están mal cuidadas, sucias y llenas de hoyos formados por las lluvias, que constituyen un poderoso obstáculo para el tránsito de carruajes. Pero el Ayuntamiento, que con hacer arrojar en los huecos unas cuantas paletadas de tie-

rra evitaría numerosos inconvenientes, lleno de la mayor indolencia, los deja hacerse cada vez más profundos. Las aceras, aun las de las calles más frecuentadas y de los más lujosos distritos, están tan mal niveladas que, durante la noche, se corre constantemente el riesgo de romperse la cabeza ó de torcerse un pie á causa de los fragmentos de roca que obstruyen el piso; las alcantarillas se rompen y se cierran, apestando los alrededores, y los conductos de agua revientan, haciendo padecer sed á todo un barrio, á pesar de lo cual se necesitan semanas enteras y pasos interminables para que se trate de poner remedio. Si los ataques nocturnos y robos con fractura son en Atenas casi desconocidos, débese más bien al carácter del pueblo griego que á los servicios prestados por los escasos guardias del municipio, mal pagados y peor escogidos.

Pero la iniciativa particular, reemplazando con laudable patriotismo, y á veces por vanidad, á la acción oficial, no se limita al embellecimiento de los edificios, y crea colegios, hospicios, hospitales, gimnasios, etc. Lo que es censurable es que se consagre una fuerte suma para levantar establecimientos semejantes, sin pensar que hay muchos construídos ya y sin empleo útil. Y esto es debido á que no pocos particulares comienzan la obra con el afán de que se los alabe y ver su nombre grabado en letras de oro sobre el frontispicio, sin pensar en que el colegio ó el hospital se ha de terminar, y habrá que sostener luego á médicos ó profesores. A este irreflexivo amor á figurar débese el que muchos edificios se hallen sin concluir por haber faltado los fondos antes del fin de la obra. Resulta así que hay en Atenas establecimientos de instrucción y socorro para una población seis veces mayor que la que contiene, muchos de ellos aún no acabados y que concluyen por arruinarse. A pesar de todo cuanto acabamos de decir, hay que reconocer que el pueblo griego, bien dirigido por un gobierno patriótico, podría embellecer y enriquecer considerablemente á la nación con sus iniciativas. El más antiguo de sus edificios, y al mismo tiempo el de que más orgullosos se muestran los atenienses, es la Univer-

sidad, fundada por suscripción popular cuando la ciudad, apenas levantada de entre sus ruinas, no tenía aún ni palacio para

CABO MATAPÁN

alojar á su rey, ni casas para abrigar á sus habitantes. Sin dar completo crédito á la afirmación, algo cándida, de los griegos, de que no hay en toda Europa una ciudad donde el movimiento intelectual sea más activo que en Atenas, precisa no

despreciar, pues tiene real importancia, el impulso hacia las cosas de la inteligencia que existe en la juventud ateniense.

La Universidad no carece de mérito. Cuéntanse entre sus profesores algunos hombres de talento; pero, en general, los estudiantes son flojos y superficiales. Lo que le da mayor prestigio é importancia es que es la sola institución de enseñanza superior que existe en todo el Oriente. Cada año acuden á ella más de 1,200 jóvenes, la mitad procedentes del imperio otomano, con el objeto de adquirir nociones de leyes, medicina, letras, ciencias y teología. Al cabo de tres, cuatro ó cinco años regresan á sus hogares convertidos en ardientes propagadores de las ideas de progreso y, sobre todo, de helenismo. Hay pocas ciudades en Turquía que, aunque sean pequeñas, no posean al menos un médico, un maestro de escuela y varios abogados, procedentes de la Universidad de Atenas.

Esta acción de la Universidad sobre las almas y las inteligencias, en Oriente, sería muy poderosa aún si la Grecia no diera tan á menudo el espectáculo de la más grande anarquía, con el que aleja de sí á sus mismos hijos. De este modo se atraería á las provincias hermanas más pronto que con los ridículos choques que pudiera intentar, y, por otra parte, se aseguraría la simpatía de toda Europa.

Los griegos deberían acordarse siempre de estas palabras que pronunciaba el viejo Colocotroni viendo salir del suelo los cimientos de la Universidad:

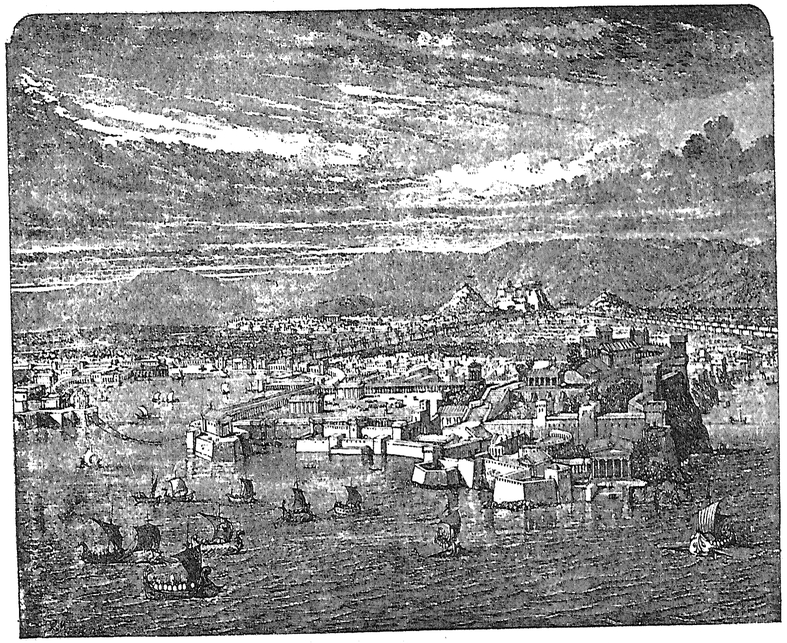
—Hé aquí un palacio que, aunque algunas veces embarazará al rey, devorará á Turquía y hará por la patria lo que nosotros, ignorantes soldados, no hemos podido hacer con nuestros fusiles.

Aunque no todo, una parte de este presagio se ha confirmado, pues si bien la Universidad no ha conquistado aún á Turquía, ha sido una causa de alarma para su Gobierno. Como los de todas partes y todas épocas, los estudiantes de Atenas son indóciles y turbulentos, prevenidos contra la autoridad, siempre dispuestos á acudir al llamamiento de los diputados de oposición, á silbar á los ministros y á formar manifestaciones numerosas y provocadoras, qué se disuelven, sin embargo, á la presentación del menor pelotón de gendarmes. Excitados por los intransigentes y sostenidos por el pueblo, han debido imaginarse que son ellos los que derriban á los gobiernos, adquiriendo con este aparente éxito nuevo valor para continuar esos pugilatos políticos que los apartan de los estudios serios. Entre estos jóvenes, hay muchos que no buscan en los estudios más que el medio y el pretexto de representar, más tarde, en sus provincias, un papel político, y, con el deseo de conseguir este objeto, algunos se imponen las privaciones más duras, colocándose en clase de criados ó comisionistas, reservándose algunas horas para asistir á las aulas, trabajando de noche y reduciéndose meses enteros á pan y agua para comprar los libros necesarios. La mayoría son hijos de pobres campesinos griegos, establecidos en las provincias más apartadas de Turquía, y cuyos hijos, faltos de recursos, son atraídos hacia el centro intelectual, como la mariposa hacia la luz. Para llegar á Atenas se enganchan como arrieros ó marineros, y, una vez en la ciudad, se les ve pálidos, mal vestidos y sufriendo hambre, á pesar de la sobriedad de su raza.

Los que poseen recursos y ambicionan adquirir la verdadera ciencia no se detienen en Atenas, sino que se dirigen á Occidente, á las fuentes del saber y de la experiencia, y, así en Grecia como en Turquía, los hombres de alguna importancia han estudiado en las escuelas de Alemania, Inglaterra ó Francia, adquiriendo en ellas la habilidad y el profundo saber que sus vanidosos compatriotas se ven obligados á reconocerles. Sería de desear que el número de jóvenes que vienen á Occidente fuese más considerable, y el Gobierno griego haría una buena obra ayudando á los que son pobres para emprender el viaje á las universidades occidentales. Grecia ganaría con esto doblemente, pues dichos jóvenes no solamente aportarían á su país el talento y la ciencia, sino que habrían alcanzado, con una observación directa, el conocimiento de las condiciones sociales y

económicas, sin las cuales no puede vivir ningún país, grande ó pequeño. Demostrarían también á Europa que los griegos no son siempre, como generalmente se cree, fantoches políticos sin constancia y semisabios ignorantes.

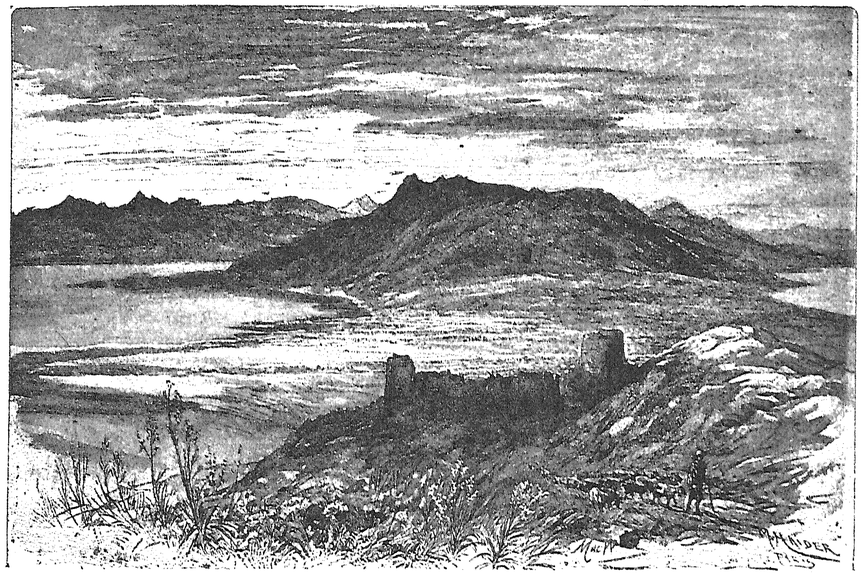
Entre los establecimientos debidos á la munificencia de par-



ATENAS ANTIGUA Y SU PUERTO

ticulares y que se hallan en ejercicio, se debe citar, en primer término, el *Arsakion*, ó escuela de niñas. Los griegos, después de haberse emancipado políticamente, han comprendido que su emancipación moral no tendría lugar hasta que rompiesen con la tradición oriental, que condena á la mujer á vivir en completa reclusión é ignorancia. Su primer cuidado debía ser, y fué, en efecto, devolver á la mujer el puesto que en la sociedad le pertenece, y esto no puede conseguirse más que por medio de la instrucción.

Consecuentes con estas ideas, los griegos no solamente han creado gran número de escuelas para niñas, hasta el punto de que no hay ciudad que no tenga una, sino que, con objeto de dar desarrollo á las carreras de institutrices y maestras, han conseguido fundar, ayudados por legados, suscripciones y so-



ISTMO DE CORINTO

corros de toda especie, el *Arsakion*, especie de escuela normal, en el que novecientas jóvenes reciben una educación completa bajo la dirección de profesores de la Universidad.

Son también dignos de mención especial el *Varvakion* y el *Bizarion* (fundados por Varvakis y Bizaris respectivamente), destinados el primero á liceo para jóvenes, á cuyo carácter reune el de museo, que es, por cierto, el más curioso de la ciudad, y el segundo á seminario para cursar los estudios eclesiásticos.

La escuela de Artes y Oficios para los huérfanos, fundada con los legados de la familia Hadji-Kostas; la casa de refugio é

instrucción, también para huérfanos, y el hospital de oftálmicos, encantadora construcción de estilo bizantino, son otras tantas pruebas de ardiente patriotismo.

A la generosidad del barón de Sina débese la fundación del hermoso observatorio que domina la colina de las Ninfas. Por último, citaremos también el magnífico edificio de mármol que debe servir de Academia, y sobre el cual se ha intentado un interesante ensayo de policromia. A expensas de Bernardakis se empezó á construir un espacioso palacio destinado á guardar las colecciones de antigüedades; pero repetidas veces se hubieron de interrumpir las obras por falta de más de un millón para terminarlas. En 1873 se puso la primera piedra de un edificio destinado á Exposiciones nacionales, celebradas cada cuatro años. Se le designó con el nombre de *Zapion*, por llamarse así el rico banquero griego que dió los fondos para llevar á cabo esta empresa. En una de las principales calles hay un magnífico hospicio que cuenta, á lo más, con ocho ó diez asilados. Precisamente enfrente de éste se ha levantado una inmensa casa, destinada al mismo objeto. ¿No hubiera sido más caritativo que su fundador hubiese donado al hospicio primero la suma que se ha gastado en construir el segundo? Seguramente que el dueño de aquél no le hubiese negado la vanidosa satisfacción de ver su nombre grabado en una de las cuatro fachadas del edificio.

Si se quiere tener un elocuente testimonio de la indolencia con que miran los gobiernos que se suceden en aquel país todo lo que no es intriga política ó corrupción parlamentaria, basta visitar los diversos locales en que se han depositado las antigüedades encontradas en las excavaciones. Los fragmentos de estatuas, las inscripciones y los bajos relieves se han amontonado desordenadamente en todos lados, en los templos, en los patios, hasta en la plaza pública, expuestos á la intemperie y cubiertos de polvo. Ni una etiqueta, ni un número indican su procedencia. Las ruinas que podrían aclarar algún punto de la ciencia arqueológica, si se supiese á qué monumento, á qué barrio, á qué época referirlas, no son más que guijarros sin valor, por la negligencia de los que se han olvidado de catalogarlas en el momento de su hallazgo. Un gran obelisco funerario, dichosamente descubierto y que se puede considerar como una maravilla del arte griego, digna de figurar junto á los mármoles de Fidias y la Venus de Milo, se halla abandonado en un terreno mal cercado, situado en el camino de Patissia, cerca de la Academia en construcción. Las estatuas, olvidadas en las sombras del pequeño templo de Teseo, tienen su cabeza en el Varvakion y los brazos en el museo de la Acrópolis. Algunas interesantes metopas se hallan destrozadas. En una palabra: el estado en que se encuentran los monumentos arqueológicos en Grecia es capaz de descorazonar al más entusiasta apasionado y de aburrir y fastidiar al viajero. Una cosa que me ha extrañado siempre profundamente es que ese pueblo, que tan orgulloso se muestra con todo cuanto se refiere á él, y especialmente á su pasado, no haya tenido la idea de reunir en una sola colección, inteligentemente clasificada y ordenada, todos los restos de sus pasadas glorias, con lo cual conseguiría recordar á los visitantes que la raza griega no ha carecido siempre de ese gusto artístico, del cual hoy se halla completamente divorciada.

No se ha encontrado medio de conservar ni aun los monumentos antiguos. El templo de Teseo, rodeado por una balaustrada de madera y por bulingrines donde se ensayan los tambores y clarines de la guarnición, semeja hoy una aduana de provincia. Este templo, tan pequeño, pero tan armonioso, parecía antes grande en su majestuosa soledad. Ahora ha perdido toda su poesía con el contacto de la vulgar realidad.

La misma Acrópolis, que hasta por su posición parecía que debía permanecer intacta é inviolable, es cada día más destrozada por los mismos que, teniendo la responsabilidad de su conservación, hubieran debido respetarla. Por encima de sus murallas arrójanse tierra y restos de todas clases procedentes de las excavaciones hechas en los alrededores del Partenón. ¡Profanación incalificable, digna de la mayor censura! ¡De esta

manera la Acrópolis, el magnífico monumento que llenaba de admiración á todos los que visitaban la Grecia, se convertirá bien pronto en un montón de escombros! Los pórticos de Eumeno, que tan fácilmente se hubieran podido limpiar de las materias extrañas que sobre ellos existen, desaparecerán bajo el peso de éstas amontonadas bárbaramente. ¡Y pensar que hubiera bastado un poco de inteligencia artística para evitar este deplorable resultado!

Donde únicamente siente el visitante que revive á su alrededor, pura é inmutable, la antigüedad helénica, es en el interior de la Acrópolis, al pie de las Propileas ó del Partenón, sobre la roca leonada y desnuda, á la que no llegan los ruidos de la ciudad, en la que no se oye más que los gritos agudos de las aves de rapiña, ni se ve más que el cielo ardiente y las cimas violentas del Himeto y del Pentélico. En presencia de las columnas de mármol que parecen surgir del suelo, en medio de este silencio y de esta soledad, remóntase el entendimiento á las pasadas grandezas de la Grecia. Todas las disonancias que al ver la ciudad os han sorprendido é irritado, desaparecen en aquel sagrado lugar: la armonía queda restablecida. Allí no es la necedad, sino la barbarie, la que ha hecho su obra. Los soldados del agareno Jusuf ahumaron lienzos de murallas cuyo valor ignoraban; Morosini incendió los templos; lord Elgin cortó numerosos mármoles y desmanteló triglifos; pero tales devastaciones no alteran la impresión general que se siente en presencia de estas ruinas ilustres.

Si se abandona un momento la contemplación de las ruinas para arrojar una mirada á su alrededor sobre el horizonte que se domina, el espectáculo no es menos sublime. Los epítetos de gracioso, bonito y encantador, que tan bien pueden aplicarse á la Jonia ó al Bósforo, no son aplicables á Grecia y menos aún al Ática. El género de belleza que en ella existe es de una naturaleza tan especial que no se revela á todo el mundo. Esta belleza la constituyen la luz, las líneas, la forma y el color de las montañas. A sus pies no ve el visitante más que una tierra desnuda

y desolada. El Atica ha sido siempre poco fértil. Estrabón la llamaba suelo ingrato; Píndaro, árida; Tucídides, estéril; Homero, pétrea y roquiza. Esta aridez es una consecuencia inevitable de su constitución geológica y de las canteras de mármol que accidentan la superficie. En el terreno en que dominan ellas, la vegetación es nula. Esta caliza dura no se descompone más que lenta y difícilmente por la acción del tiempo; la delgada capa de tierra formada poco á poco, se eleva sobre las pendientes cortadas por las lluvias, á las que no se presenta obstáculo alguno. Las grandes superficies de mármol reflejan los rayos solares como claros espejos; las escasas plantas sembradas en primavera mueren desecadas á la llegada del verano, y un viento impetuoso y abrasador quema la vegetación de la llanura. Las sequías, que duran seis y ocho meses, hacen imposible todo cultivo fuera de la estrecha zona que puede lubrificar el agua de un pequeño río llamado el Cefiso; pero esta agua, distribuida con parsimonia, falta á veces en el estío, y las partes del valle que contienen principios de fecundidad se hacen estériles con la carencia de este elemento fertilizante.

No es, pues, en la variedad de aspectos, ni en el atractivo de la vegetación, ni menos en el encanto de los bosques y de los arroyuelos donde se encuentra la belleza de este país singular, sino en la repetición de líneas puras y elegantes, en la sucesión de montañas diversamente matizadas según la distancia, en esas llanuras ardientemente coloreadas, en ese conjunto severo sin monotonía, lleno de grandeza y estilo, y, por fin, en esa armonía que parece haber arraigado, en otro tiempo, entre el privilegiado pueblo griego, el sentimiento estético y el religioso.

A la izquierda, atravesando de E. á O. la llanura, vese la cadena del Parnaso, dibujando en el cielo su silueta, cortada en el centro por la gran roca puntiaguda de Filé, que dos poetas antiguos comparaban á una carroza. Si dirigimos nuestras miradas á la derecha, distinguimos el Himeto, que parece hallarse muy próximo, merced á la gran transparencia de la at-

mósfera. En el fondo, detrás de la aguda roca del Licabeto, sobre cuya cima existe una capilla blanca y aislada en medio del valle, se distingue el Pentélico, cuya forma caracteriza tanto el paisaje de Ática.

Si se coloca uno en lo alto de las gradas del templo y se vuelve hacia poniente, tiene delante uno de los más bellos panoramas del mundo. En último término, en una bruma ligera y plateada, las montañas de la Argólida, el monte Cileno, el Acro-Corinto, la península de Metana y la punta de la isla de Hidra; á la izquierda, la alta mar, esa mar indescriptible con su azul aterciopelado y profundo; y allá abajo, en el extremo horizonte, islas que parecen anegadas en un nimbo transparente de ópalo irisado, como San Jorge, Therma, Serfo y Milo; más adelante, la isla de Egina con la cima elevada y cónica del monte San Elías; después las vertientes abruptas de la isla de Salamina; y entre estas dos islas, una multitud de islotes que hacen el efecto de una flotilla anclada. Por fin, más lejos todavía, el Falero, Munichia, el Pireo y la bahía de Salamina, teatro de la humillación de los persas.

Solamente contemplando este paisaje es como se puede comprender la influencia que sobre el carácter nacional debió ejercer la configuración del territorio.

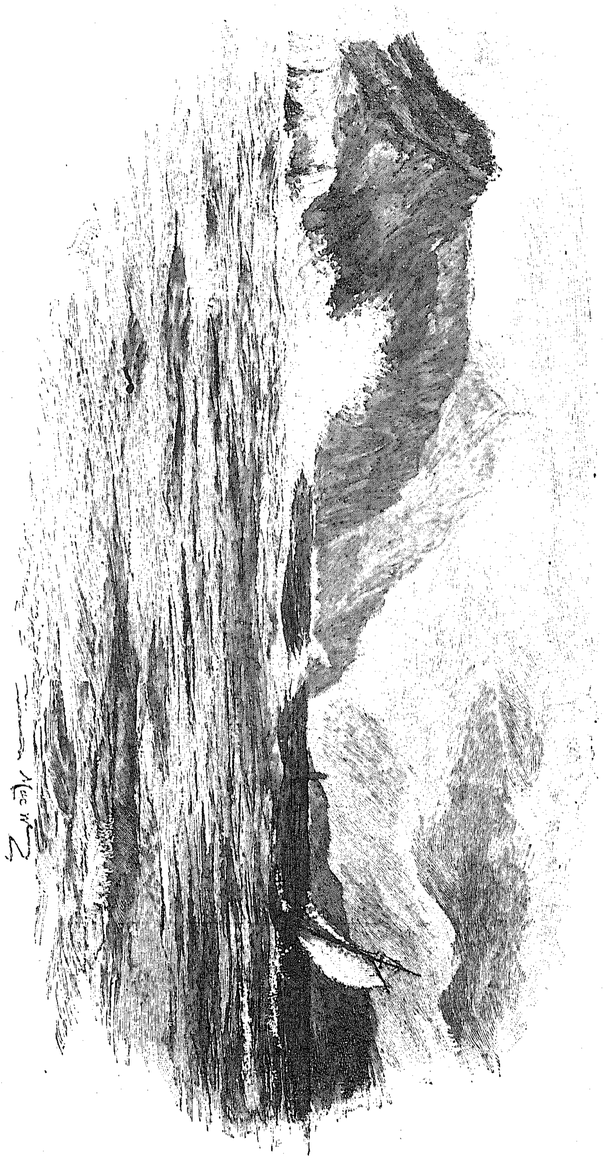
Estas numerosas islas que servían de puntos de parada y plazas de comercio, esta disposición de costas en las que golfos profundos hacen accesible la entrada de los buques hasta muy adentro del terreno, al pie mismo de las rocas, debían evidentemente desarrollar entre este pueblo, cuyo carácter es tan voluble como el polvo que se eleva de su abrasado suelo, la afición al comercio y á la marina.

El deseo de dominación, así como la necesidad de vivir, fueron las causas productoras de los aventureros instintos de los atenienses. Sus guerras marítimas y sus expediciones comerciales, que, al mismo tiempo que ensanchaban su esfera de acción, les proporcionaban medios de entablar relaciones con los extranjeros, les hicieron pronto los dueños de Grecia y del

Mediterráneo. En la pequeña llanura de Ática, sin árboles y sin cultivo, no se pidió nada á la tierra; pero, en cambio, el comercio y la industria, secundada por el arte, permitieron mantener á cuatrocientos mil esclavos y cincuenta mil hombres libres. Por doquiera donde había lujo y riqueza, las obras de los artistas atenienses eran solicitadas y pagadas á alto precio. Pericles, al dirigir todos sus esfuerzos á la conservación de la supremacía artística de su pueblo, sabía que procediendo así favorecía el elemento que más influencia tenía en el desarrollo y esplendor de Atenas. No fué, ciertamente, por una estéril satisfacción de vanidad, por lo que aquel gran hombre gastó una suma equivalente á tres veces los productos del país, en elevar el Partenón. Adivinaba que dicha obra, que era como el resumen de lo que la arquitectura, la escultura y la pintura habían producido de más perfecto en su siglo, aseguraba por largo tiempo á la república ateniense una superioridad de poder y un privilegio de riquezas, contra las cuales nadie podría luchar.

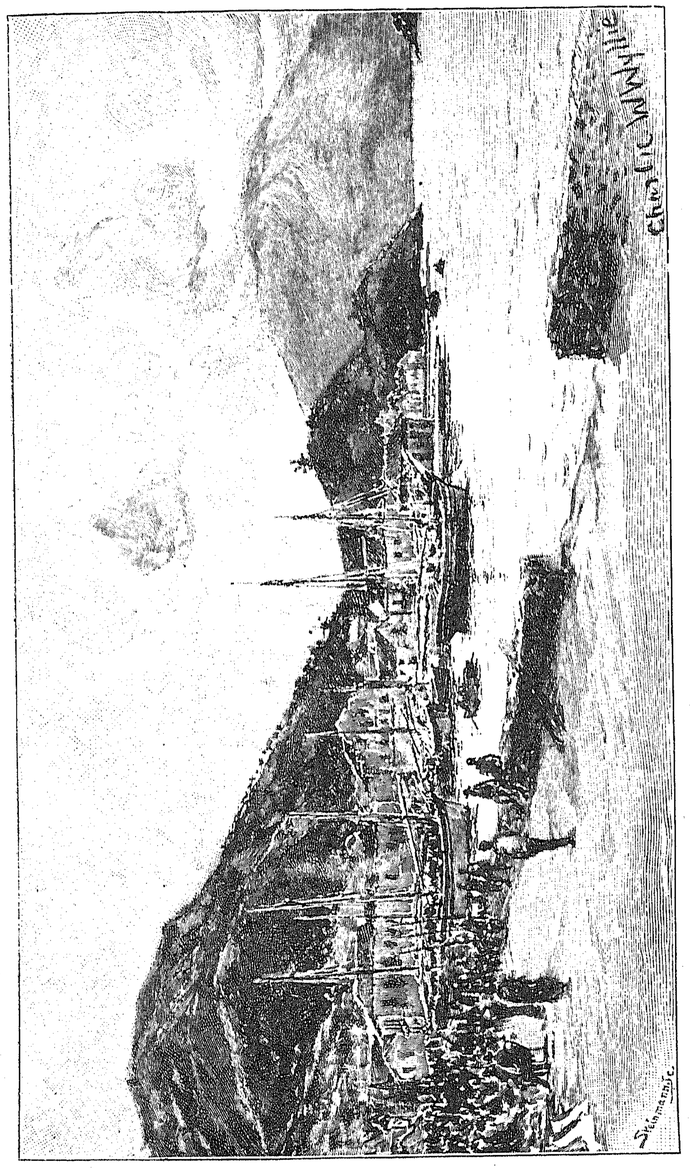
En la ciudad de Atenas quedan pocos restos de la antigüedad. Todo el mundo conoce, al menos por fotografías, el pórtico de Adriano, las columnas de Júpiter, la torre de los Vientos, el teatro de Baco y la tribuna de Demóstenes. Mas si todos los turistas se extasían contemplando estos restos venerables, son pocos los que se detienen, siquiera sea un minuto, ante esas encantadoras iglesias bizantinas, diseminadas en la ciudad y que no merecen, ciertamente, semejante desdén.

En los primeros siglos de la era cristiana, la moral evangélica había adelantado muy poco entre el pueblo griego, y á ello se debió que no se construyesen ninguna clase de iglesias. El Evangelio de San Mateo, compuesto y escrito en griego, leído el año 44 á la Academia, no pudo atajar este indiferentismo, ó, más bien, esta incredulidad, en la doctrina de Cristo. Y tanto es así, que Juliano adoraba todavía en dicho siglo á la diosa Minerva, invocándola en el Partenón. Gracias á Justiniano, los templos profanos de Grecia fueron abiertos al nuevo culto, y



GOLFO DE CORINTO

las sumas destinadas al servicio de los dioses y diosas sirvieron para dotación del clero cristiano. Pero las costumbres paganas y el lujo oriental de los griegos habían alterado la sencillez y



VATHY (ITACA)

pureza nativas del cristianismo. Los prelados de Atenas se dirigían á los templos, montados en caballos blancos y rodeados de un clero vestido y engalanado fastuosamente. Los arcontes

penetraban, también montados en briosos alazanes, en el recinto sagrado, y las damas atenienses, rodeadas de eunucos, se hacían conducir á los templos en litera, sin otro objeto que el de aplaudir á los clérigos que habían cantado ó danzado mejor.

Cuando un excesivo celo religioso hizo demoler los templos, quedando petrificada la religión oriental en el formulario y ceremonial del que no ha salido, las iglesias se multiplicaron, pero quedaron reducidas á minúsculas proporciones, aunque conservando un carácter especial é interesante: en ellas se descubre un arte ingenioso y delicados motivos.

Estas iglesias pueden ser clasificadas en tres categorías, ó, por mejor decir, en tres épocas: la primera, del siglo IV al V, ha caído en desuso hace tiempo, pues apenas si los exploradores que visitaron el país griego, después de su emancipación, encontraron algunos templos que perteneciesen á esta época.

El segundo período comprende del siglo VI al XI. En éste, el arte bizantino gozó la mayor libertad y amplitud antes de fijarse completamente. El tipo primitivo se embellece y se modifica; multiplícanse las cúpulas, las bóvedas se construyen de forma poligonal, y las ventanas son geminadas ó trilobadas, es decir, separadas en dos ó tres espacios por delgadas columnitas. Cuatro pilares cuadrados sostienen la cúpula, cuya parte esférica ostenta numerosas aberturas que iluminan su base. La nave, de poca longitud, se halla algunas veces precedida de un vestíbulo con una tribuna para las señoras. Delante del altar una verja sagrada, el *iconostario*, más ó menos ricamente pintado y esculpido, priva á los fieles la vista del altar.

El tercer período, que comprende del siglo XI al XV, se caracteriza por la unión de las arquitecturas italiana y bizantina. La inclinación de los techos queda indicada por frontones; los dinteles de las puertas son de un trabajo muy rebuscado; generalízase el empleo de las bóvedas en forma de cuna y de las pinturas al fresco, que reemplazan á los mosaicos del segundo período.

Las iglesias de Atenas pertenecen, sobre todo, al segundo

período. Están construídas con sillares de piedra, separados por líneas de delgados ladrillos y decorados con linteles y cornisas de espesos ladrillos, formando ángulo. Los arcos de las ventanas y puertas son de losetas estrechas y largas, unidas con cemento, y las bóvedas, las cúpulas y los techos se hallan cubiertos de anchas tejas redondas. Todas, sin excepción, tienen los ábsides vueltos hacia Oriente, al contrario de los templos paganos.

Antes de construirse la catedral de Atenas, hacía tal oficio la iglesia dedicada á San Jorge. En su interior apenas si cabían cómodamente unas veinte personas. La multitud, agrupada en la plaza, veía y seguía los oficios por la puerta abierta. Dicho templo parece, por su pequeñez, un juguete de niño. Es la de menor capacidad y mayor antigüedad de todas las iglesias bizantinas de Atenas.

En las paredes exteriores, formadas con bloques de piedra tallada, han sido incrustados antiguos bajos relieves, entre los cuales llama la atención uno colocado sobre la puerta, y consistente en un pequeño piso, que representa los signos del Zodiaco. En San Teodoro y en la iglesia de los Incorpóreos se ven puertas cintradas á modo de herradura. Este resabio de la arquitectura musulmana sorprenderá á los que ignoren que varios arquitectos persas, entre ellos un tal Metrodoros, fueron llamados á Constantinopla por Constantino y Justiniano para aprovechar sus servicios. La Kapuicaria, situada en la calle Hermes, es notable por el pequeño pórtico que da acceso al vestíbulo, por sus ventanas geminadas y por los capiteles de sus columnitas. En la parte sur de la muralla se distingue un gran arco en herradura, hoy cerrado, y que debió ser en otro tiempo una puerta. El templo de San Nicomedes, cerca del Jardín Real, ha sido reparado y convertido en iglesia rusa. Antes era la mayor iglesia bizantina de Grecia. Sus tres ábsides poligonales, sus ventanas trilobadas, el decorado que domina al rededor del basamento, su construcción por sillares regulares, mezclados con una doble hilera de ladrillos, hacen de San Ni-

comedes una de las más interesantes muestras del arte de su época.

Las iglesias modernas están construídas con el mismo plan; pero no ofrecen al visitante más que una vulgar blanqueadura de cal y bastardos ornamentos, moldeados en yeso por artistas de último orden, italianos la mayor parte. Vista desde el exterior, la nueva catedral no es más que un pesado edificio, sin belleza ni estilo alguno. El interior presenta mejor aspecto, debido, en su mayor parte, á las pinturas que lo adornan y que lo caracterizan bastante. El día que entré en él por primera vez, ví al clero griego con la majestad, apenas alterada, de la pompa bizantina. El metropolitano y sus ayudantes, los archimandritas, iban engalanados con vestiduras tejidas en oro y cubierta la cabeza con mitras orientales, llenas de piedras preciosas, que cambiaban de color bajo el reflejo de los cirios, sostenidos por los asistentes. Desgraciadamente, los griegos tienen una deplorable tendencia á servirse de la nariz como órgano de elocución. Las voces nasales y discordantes de los sacerdotes, resonando en la nave, excitaban terriblemente los nervios é impedían hacerse cargo de la solemnidad de estos cantos, que datan de los primeros siglos de la cristiandad. Los días de gran fiesta, en que los reyes acuden á la catedral, los chantres de la iglesia rusa son los encargados de entonar el *Kirieleisón* con su voz pura y simpática. Los atenienses juzgan un crimen imperdonable el hecho de que su soberano prefiera á los acentos chillones y desagradables del clero de la metrópoli, el timbre grave y dulce de los cantores moscovitas.

Muchas veces se ha descrito á Atenas y juzgado á los atenienses, y, aunque no es mi intención entablar una polémica contra los denigradores injustos ó los panegiristas exagerados que han contribuído en la misma proporción á que se juzgue mal al pueblo heleno, me voy á permitir algunas palabras sobre lo que es la capital de Grecia en la actualidad.

Los que creen que, al desembarcar en Grecia, van á encontrar por doquiera desde su llegada ese color local del que tienen

llena la imaginación y atronados los oídos, pueden prepararse á sufrir una cruelísima decepción. En Atenas, así las casas, calles y tiendas como los mismos habitantes, tienen un aspecto completamente europeo y occidental. Los atenienses han abandonado sus primitivas vestiduras por el traje europeo moderno, lo que resulta más cómodo y menos caro, pero mucho menos elegante. Actualmente, para admirar el traje nacional es preciso internarse en las provincias, pues en la capital solamente lo visten algunos diputados provincianos, que acuden á las sesiones de la Cámara, y, terminadas éstas, van á pasearse por la plaza de la Constitución, llevando orgullosamente su vestido.

El domingo el pueblo suspende sus ocupaciones cotidianas para dar esparcimiento al ánimo. Los artesanos, los tenderos y los empleados, engalanados con sus redingotes negros y acompañados de sus esposas, que visten á la penúltima moda y lucen sombreros con flores, de un gusto dudoso, pasean lentamente por las calles y plazas con una gravedad silenciosa. Por el ancho camino, bordeado de árboles raquíticos, circulan, levantando nubes de polvo, buen número de coches de alquiler, llenos de paseantes. De tiempo en tiempo, pasan rápidamente algunos landós descubiertos, arrastrados por dos hermosos caballos que conduce un cochero de galoneada librea, y cuyos asientos están ocupados por las damas más elegantes de Atenas que lucen *toilettes* confeccionadas según el último figurín llegado de París. Se ven también algunos faetones guiados por jóvenes cuya elegancia no sería quizás sancionada por un miembro del Veloz Club. Por último, paseando entre los carruajes, bastantes oficiales del ejército que conducen sus caballos con marcial apostura.

Entre las nubes de un polvo asfixiante, distínguese hacia la izquierda de este camino el bosque de los Olivos, el monte Corídalo, el golfo de Egina y el Pireo, en el cual se vislumbran los mástiles de los buques de guerra. Al regreso del paseo, detiénese la multitud en la plaza de la Concordia y hace círculo

al rededor de la música militar, que, por cierto, es muy buena y ejecuta piezas de las óperas más en boga.

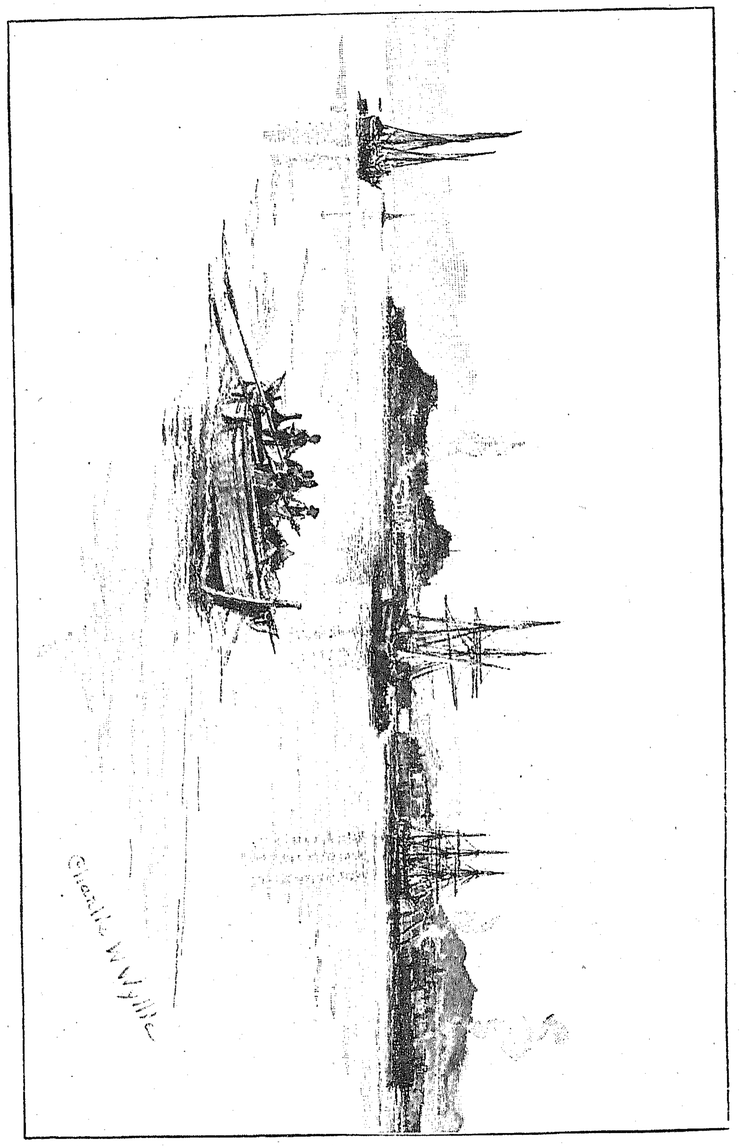
El único objeto de los paseantes es hacerse visibles; tanto el rico como el pobre desean figurar, y ésta es la causa de que el jardín real, el más delicioso paseo que se puede imaginar, sea abandonado por esa gran carretera, polvorienta y soleada. En las avenidas del jardín real, que desaparecen entre los espesos bosquecillos, no sería nadie notado. Y, sin embargo, ¿qué lugar más favorable para pasear dulce y agradablemente que ese delicioso jardín, maravillosa victoria alcanzada sobre la aridez del Ática?

Dicho jardín fué, según se sabe, una creación de la reina Amelia. Tal interés se tomaba por su construcción, que se la veía á menudo á caballo ó bien en un ligero carruaje arrastrado por dos ardientes *poneys* que ella misma guiaba, vigilando á los obreros y dando órdenes á los jardineros. Veinte veces el terrible viento del Norte arrancó las plantaciones y derribó los árboles; pero otras tantas fueron plantados de nuevo unas y otros, y cuando las raíces encontraron una capa más fresca, crecieron. En la actualidad son los árboles más soberbios de todo Atenas, y aun quizás de muchos parques europeos. Su sombra protege á los paseantes del sol más intenso. Millares de rosales, llenos de aromáticas flores, elévanse hasta las altas ramas de los árboles más raros. Percíbese un perfume delicioso que asciende del terreno, al que mantienen constantemente húmedo los canales de riego; los parterres de flores de subido color se muestran entre bosquecillos de naranjos. En una palabra: el jardín real es el paraíso de Atenas.

En él, y á fuerza de agua, se conserva verde el césped que alfombra el terreno, y sobre éste algunos dátiles balancean sus esbeltas palmas. A través del follaje se distingue, resplandeciente de luz, la blanca y elegante columnata de mármol del palacio real, que no tiene en esta parte el aspecto de prisión que se ha dado á la fachada que mira á la ciudad. La ley de los contrastes da un encanto indecible á este oasis. Verdaderamente, lo que menos puede suponerse el viajero que llega á Atenas es que en este país abrasado se pueda oir el murmullo de los ruiseñores y se respire una brisa fresca y embalsamada; que en este país, árido y desnudo, se pueda recrear la vista sobre macizos de verdura y se pueda permanecer apaciblemente á la sombra, cuando, en diez leguas á la redonda, no se ha encontrado el menor abrigo contra un sol que mata. Es preciso tener muy poco gusto ó mucho deseo de ostentación para preferir al jardín real la carretera de Patissia y las calles de la ciudad.

En el verano, por la tarde, desde que desaparece el sol y la temperatura se hace menos sofocante, la multitud se dirige al teatro de Apolo, pequeño local, expuesto á los cuatro vientos, rodeado de arbustos raquíticos y situado cerca del templo de Júpiter, sobre las orillas del Iliso, cuyo lecho, apenas húmedo, es más á propósito para proporcionar fiebre que frescor. En dicho teatro una compañía italiana, asaz mediocre, vocifera las obras maestras de Verdi y de Bellini.

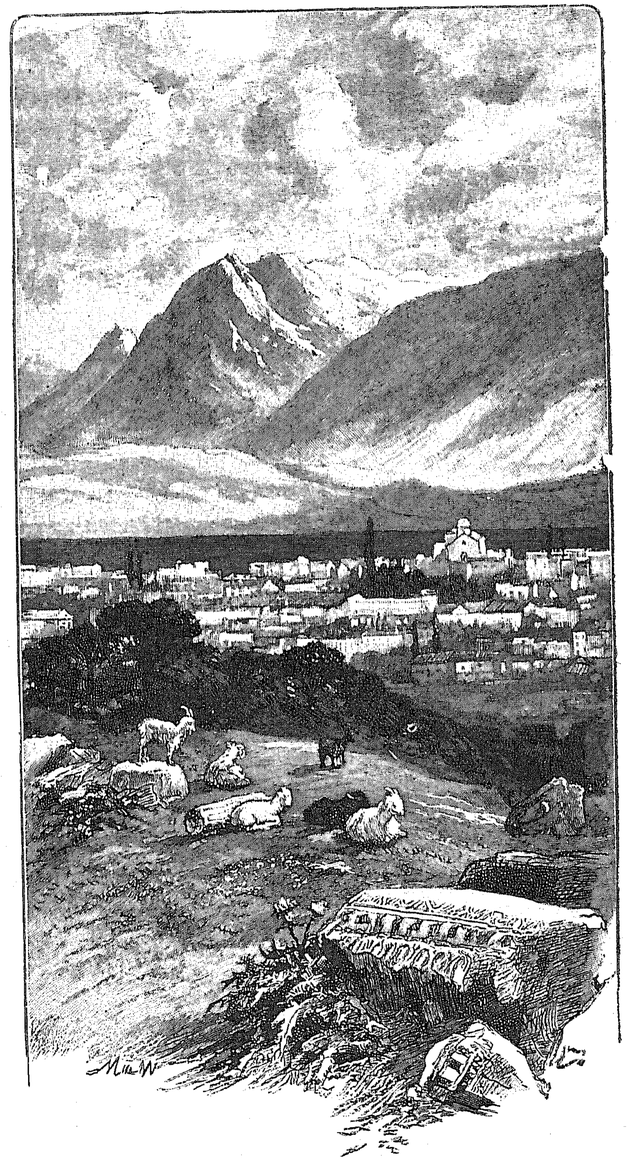
Los que por sus negocios ó su falta de fortuna se ven obligados á permanecer en Atenas durante la canícula, tienen aún otro recurso para librarse de sus rigores, y es encaminarse á la orilla del mar. Bien un carruaje, bien un ómnibus (pues abundan los ómnibus en Grecia), transporta á los atenienses hasta la estación del ferrocarril, emplazada al pie de la Acrópolis, á dos pasos del templo de Teseo, y en diez minutos el tren deposita á los viajeros en la playa de Falero. Allí, durante algunas horas, pueden, tras los días ardientes que los aniquilan, respirar con toda la fuerza de sus pulmones el aire puro y vivificante del mar y pasearse sobre una plataforma bordeada de mástiles, en donde flotan las banderolas azules y blancas. Un restaurant, emplazado junto á la playa, al aire libre, proporciona á los bañistas una comida bastante regular; y un gran teatro de madera, cuyo techo es el estrellado cielo, les hará escuchar las óperas más en boga, ejecutadas por una compañía italiana mucho mejor que la de Atenas. A media noche, largas hileras de vagones conducen á la capital á los paseantes, que durante



CORFÚ

algunas horas se entregan al sueño hasta que se levanta de nuevo sobre la ciudad un sol ardiente y devorador.

La sociedad de Atenas se divide en tres categorías, bastante distintas, á causa de conocerse y frecuentarse poco.



MONTE PARNASO

La primera, que se da á sí misma el nombre de *Sociedad Ateniense*, forma una especie de burguesía, y los individuos que

la componen son todos autóctonos. Esta clase rechaza todo contacto con los europeos y toda solidaridad con los griegos nacidos fuera del reino, á los cuales llaman desdeñosamente heteróctonos. Los autóctonos tienen, con raras excepciones, la estrechez de espíritu y la antipatía contra los extranjeros que distinguen á la burguesía provinciana de todos los países. Sin embargo, hay que decir, en su elogio, que han conservado la sencillez y buenas costumbres de su clase.

Las historias, cien veces relatadas, sobre la sociedad ateniense, si alguna vez han sido verdaderas, lo que ignoro, son actualmente perfectamente inverosímiles; pero, preciso es conocerlo, en el carácter de este pueblo está el considerar la mala fe y la supercheria como una legítima arma de guerra, y en cuanto se le presenta la ocasión para ello, se aprovecha de vuestra ignorancia de las costumbres del país para sorprender vuestra buena fe, sacar de vosotros lo más que pueda y no devolveros jamás lo que os debe. A sus ojos, este engaño es habilidad, y su conciencia no tiene escrúpulos respecto á este punto.

Felizmente hay numerosas excepciones, cuyo número aumenta de día en día. Magistrados, profesores, médicos y negociantes dan el ejemplo de una perfecta honradez y del modo de vivir más delicado. Sobre ellos descansa y en ellos confía el porvenir del país: ellos lo saben y hacen los más laudables esfuerzos para conseguir el objeto que les marca su patriotismo. Es verdaderamente deplorable que algunos que han escrito sobre Grecia no los hayan conocido, pues á ello se debe que sus juicios se resientan á veces de una notable ligereza.

La mayoría de las mujeres de esta primera clase de la sociedad no conocen ni hablan más que el griego; entablan poca conversación en las reuniones y observan maneras afectadas. Esta extraña actitud, quizás no es, después de todo, más que una conveniencia exigida por el uso, ó el resultado de una timidez exagerada. El extranjero penetra difícilmente en el trato íntimo de estas familias, por las cuales es mal mirado; pero

este despego y alejamiento no provienen, en la mayoría de los casos, más que de un excesivo amor propio, que influye notablemente en el juicio que les merecen los extranjeros, juicio que sería muy distinto si fuese hecho con parsimonia é imparcialidad.

Al lado de este mundo, al cual pertenecen todos los hombres políticos que han representado y representan un papel importante en la nación griega, existe una clase que tiene cierta tendencia á constituirse en aristocracia preponderante. Está formada por los llamados fanariotas, es decir, por los griegos venidos de Constantinopla cuyos padres habían adquirido, sea por su gran fortuna, sea por las altas posiciones que ocupaban en la Sublime Puerta, una especie de supremacía y prerrogativas que sus descendientes han pretendido, con frecuencia, conservar en Grecia, el país de la igualdad, por excelencia. Los individuos pertenecientes á esta clase son, por lo demás, poco numerosos. Los atenienses tienen contra ellos una animosidad profunda y los acusan de corrupción. Yo encuentro este juicio un poco infundado y dictado por la envidia. Los fanariotas tienen, casi todos, gran fortuna que les permite viajar y encaminarse á Europa cada año. Estas continuadas relaciones con Occidente les han hecho contraer, por las ideas, usos y costumbres europeas, un gusto que se traduce por su afabilidad con los extranjeros, por las comodidades que introducen en su interior y por una apreciación, generalmente más desinteresada, de los negocios de su país. Los celos violentos é injustos de sus compatriotas los aparta de los negocios de Estado, y esto constituye un grave error, porque estos hombres aportarían menos pasiones al desempeño de su cargo, se desligarían absolutamente de las pequeñas pandillas locales y serían libres de no complicarse en esas intrigas que deshonran los ministerios griegos. En los salones de los fanariotas, todo extranjero es recibido por mujeres distinguidas é ilustradas, que tienen una conversación encantadora y hablan admirablemente varias lenguas. Estos salones constituyen, para los extranjeros estable-

cidos en Grecia, un centro de atracción tanto más buscado cuanto que en él encuentran un reflejo de su distante patria.

Hace algunos años que una nueva clase se forma al lado de las dos primeras. Un regular número de banqueros griegos, venidos de los países en que se han enriquecido, para establecerse en Atenas, son los que forman el núcleo de esta clase. A ellos se debe la propagación de un lujo de mala ley y de las aficiones al derroche y á la especulación, lujo y aficiones que ejercen una funesta influencia sobre esta población, cuyas costumbres y necesidades se hallan relacionadas con la modestia general de las fortunas. Toda la finura y circunspección de los griegos han sido desconcertadas por el deslumbrante cuadro que estos astutos banqueros han presentado ante sus ojos. Durante un largo período de tiempo han apelado á todos los medios para apoderarse de las pequeñas fortunas de sus compatriotas. Así se fundaban sociedades fantásticas; se vendían minas que nunca habían existido; pululaban numerosas compañías anónimas ó en comandita y apoderábanse violentamente de las acciones. La hora de la catástrofe fué terrible. La Grecia perdió en un día cuarenta millones: la fortuna casi entera de este pequeño país. Desde entonces se ha profesado á los que se acusaba del desastre, una execración de la cual sólo triunfarán con mucho trabajo. Para ellos, todos ó casi todos los salones, han permanecido cerrados y una frialdad general ha respondido á sus esfuerzos para atraerse á los extranjeros y á los naturales. Hoy ya empiezan á sentirse corrientes más conciliadoras. El oro es una gran fuerza, y, por otra parte, la Grecia se halla en una fase económica en la cual necesitará de la experiencia y riquezas de los que con tanta aversión ha mirado. Pero la lección ha sido ruda y bastará para hacer á los griegos más prudentes y enseñarles que se debe prescindir de los especuladores, y aprovechar los servicios de los hombres honrados, ó que, por lo menos, comprenden que les interesa hacer creer que lo son. Actualmente se nota un movimiento muy notable, en este sentido.

Algunas veces vese, paseando por los bulevares ó por la carretera de Patissia, á una distinguida pareja que marcha con paso rápido y seguida de un hermoso perro danés. Dicha pareja la componen el rey Jorge y la reina Olga. Casi todos los que se cruzan con ellos se detienen para saludarlos; sólo forman excepción los partidarios del ministerio caído ó del partido que aún no ha podido llegar al poder; éstos se encasquetan más el sombrero, y se vuelven con un aire de suprema impertinencia.

Lejos de nuestro ánimo convertir este relato en un discurso político, podemos decir, sin embargo, que la situación del rey no es nada envidiable. Llegado á Grecia á los diez y ocho años, lleno de inexperiencia, pero también de hermosos sentimientos y de buena voluntad, su carácter de hombre del Norte, frío, reflexivo, recto y amigo de la ley, pero un poco tenaz, vino á chocar contra el orgullo agresivo y la volubilidad de espíritu que hacen del griego un pueblo muy difícil de gobernar, á pesar de su respeto, muy verdadero, hacia la monarquía. A pesar de que la palabra república se ha pronunciado ya varias veces, la idea de ser dirigidos por uno de los suyos es tan insoportable á los helenos, que, indudablemente, hace casi imposible, ó, por lo menos, muy remota, dicha forma de gobierno. En Grecia, como en más de algún otro país, la palabra democracia se traduce, desgraciadamente, por envidia.

Los vicios del estado moral y político de Grecia han sido señalados más de cien veces. Es, pues, inútil insistir en este punto. Cada día cien periodistas de baja estofa derraman en sus escritos la injuria y la calumnia. Desocupados, chismosos y vagos de café intrigan y conspiran; los ministros caídos insultan al rey que antes han adulado, y se alían con sus enemigos de la víspera, para hacerle mayor fuerza, y las elecciones dan continuamente el espectáculo de maniobras vergonzosas y violencias sin nombre. Tan sólo el desarrollo de los intereses materiales, combatido infundadamente por algunos rigoristas, puede un día servir de contrapeso á este desbarajuste social. Por poco que sepan, ese día, darse franca y lealmente la mano

el monarca y el pueblo, el reinado nefasto de los políticos habrá concluído.

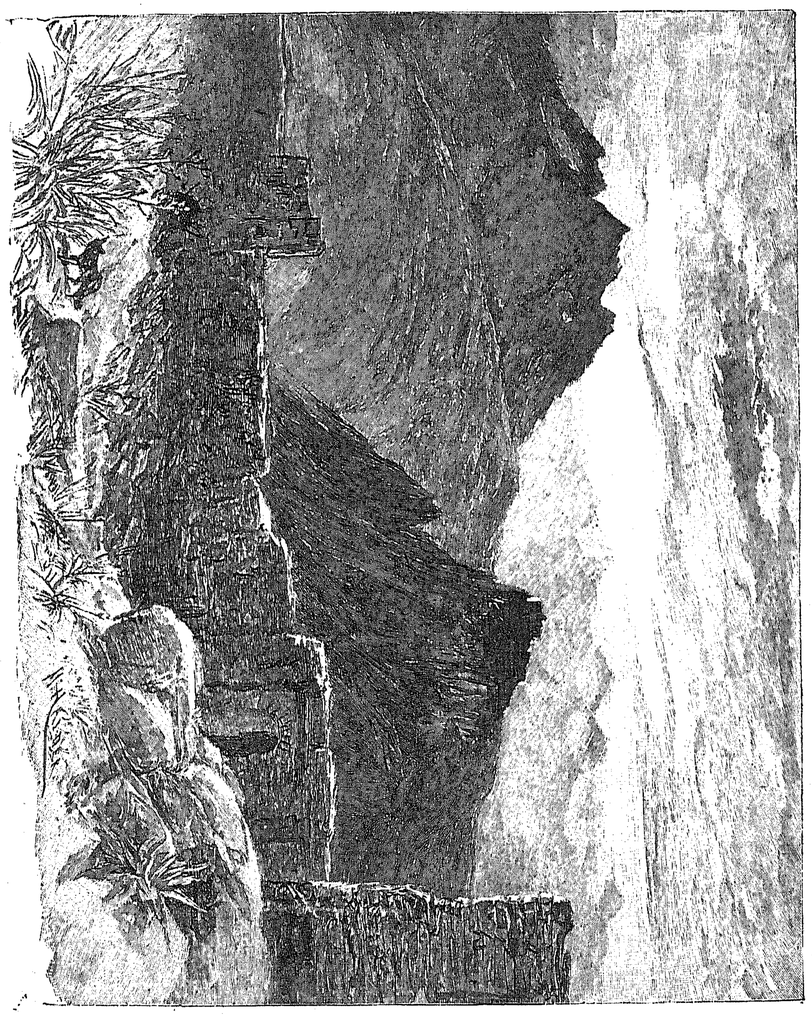
Poco tiempo después de mi llegada á Grecia, asistí á una de esas crisis periódicas, de las cuales parece que un país no pueda salir jamás. Durante un mes, en los cafés, en los periódicos, en los grupos estacionados en las inmediaciones del palacio, en todas partes, se anunciaba que iba á estallar la revolución. Los ministros eran insultados; los diputados partidarios del Gobierno silbados; los estudiantes organizaban manifestaciones; los políticos callejeros peroraban en la plaza pública; circulaban las patrullas por las calles; los rumores más espeluznantes corrían de boca en boca: se había descubierto una conspiración, y no era sólo el Ministerio, era al rey al que se quería derribar. Desconfiábase del ejército, al que se creía vendido á los revolucionarios; la banca estaba amenazada terriblemente; se habían visto varias cuadrillas de acarnanienses á las puertas de la ciudad. En una palabra: era inminente, conocido y seguro un golpe de Estado. Sin embargo, la población de Atenas parecía conmoverse muy poco con estos rumores.

Me dirigí á la Cámara y la ví guardada militarmente: un oficial registraba con cuidado los bolsillos de todos los que se presentaban, para convencerse de que no llevaban armas. Esta precaución no era superflua visto el espectáculo que ofrecía la sala de sesiones. En medio de una atmósfera cargada de tabaco, los diputados, de los cuales bastantes llevaban el traje nacional, gritaban, gesticulaban y se enseñaban los puños con aire de amenaza. Las acusaciones más graves se cruzaban como un fuego de mosquetería. A hacerles caso, el más inocente de ellos habría merecido veinte años de galera. Éste ha robado, con fractura, la caja de la municipalidad de su provincia; aquél ha violado las urnas electorales durante la noche; otro ha asesinado á cinco ó seis personas; uno ha protegido á los bandidos y salteadores, mientras ha sido jefe de policía, partiendo con ellos el botín; este otro ha hecho documentos falsos. Y mientras de tan donosa manera se atacan los diputados, la multitud que llena las tribunas aúlla, los silba, los aplaude y les dirige mil malévolas preguntas. Salí de allí profundamente desalentado, estupefacto y espantado de los sucesos que indudablemente debían sobrevenir, y de los cuales era indicio aquella excitación. En el patio, formando pequeños grupos, ví un buen número de hombretones de rostro feroz que esperaban á alguien: eran los guardias de corps que cada diputado había traído consigo del fondo de su provincia, para defenderse de los ataques á mano armada de sus enfurecidos colegas. El rey, que no deseaba ni desea más que una cosa, la tranquilidad para sí y para su pueblo, llamó á los ministros, y éstos depositaron en sus manos su dimisión. En dos días hubo tres ministerios, y, á propósito de esto, decía el plenipotenciario de una de las grandes potencias, en Atenas, que una pava que había pedido para su comida, había sido comprada bajo un ministerio, desplumada durante otro y comida bajo el tercero.

Así es como funcionan las instituciones constitucionales en Grecia; el pueblo está acostumbrado á estos espectáculos, y no se conmueve por ellos. Sin embargo, he confirmado que el mal humor y la irritación progresan notablemente en el ánimo de los hombres sensatos y verdaderamente patriotas, que son en aquel país en mayor número de lo que se cree. Están exasperados por esa anarquía que no sirve más que para satisfacer la malsana ambición de algunos egoístas, que con sus intemperancias ponen trabas á los negocios y paralizan el comercio. Por otra parte, hay en la sociedad ateniense una gran tendencia á desentenderse de estas crisis gubernamentales y á aislarse del grupo de políticos, cuya verbosidad excita los nervios como el zumbido de insectos malignos. Cada día adquiere más desarrollo un partido de orden, que será una fuerza enorme para el rey, pues éste se halla decidido á respetar siempre los principios liberales, que el instinto natural de los helenos considera como una indispensable salvaguardia.

Durante todo el tiempo que duró la crisis de que más arriba he hecho mención, la actitud del ejército había sido singular-

mente equivoca. No se oía hablar más que de los oficiales que debían pronunciarse en favor de la oposición, de los regimien-



ACRO-CORINTO

tos que sostendrían al Gobierno, de los batallones cuyos comandantes pertenecían á tal ó cual jefe de partido y que harían traición á su rey en el momento de la lucha. Se temía que los soldados entregasen la ciudad al pillaje, y esta consideración fué una de las que más influyeron para detener á los diputados

MERCADO DE CORFÚ

oposicionistas en la pendiente peligrosa de una revuelta declarada. Los bomberos, sobre todo, inquietaban al Gobierno, que los hubiera trasladado de buena gana á una guarnición distante de la capital, si no hubiese sido por el temor de ser desobedecido. Este cuerpo había sido creado en 1840 por el coronel

francés M. Touret y por un oficial enviado por el ministro de la Guerra, el subteniente Roger.

Su cuartel hallábase frente á mi casa, y más de una vez me habían sorprendido agradablemente la buena presencia y el aspecto inteligente y atrevido de aquellos hombres, cuyo aire valentón les da una especie de semejanza á los zuavos. Los bomberos tienen un abierto espíritu de rebelión y un instinto batallador que nunca les abandona; pero lo mismo sus cualidades que sus defectos les hacen ser sumamente útiles á aquellos á quienes prestan su apoyo.

Desde la guerra francoprusiana, tres ó cuatro oficiales griegos, que han hecho su educación militar en Alemania, hacen esfuerzos para introducir en el ejército la severa y admirable disciplina que reina en las tropas de aquella nación; pero tienen que luchar contra una antipatía invencible que proviene del mismo espíritu de raza contra la sujeción y la servidumbre, á las cuales someten los jefes prusianos á los hombres colocados bajo su mando. Los soldados griegos son demasiado inteligentes y en extremo vivos para acostumbrarse á este ilotismo, que, por otra parte, no es necesario para formar buenos ejércitos. Un gran número de oficiales griegos, que han servido en otros ejércitos europeos, y muy especialmente en el francés, han importado otras ideas respecto á la constitución de las tropas, que se hallan más en armonía con el carácter del pueblo griego y que no tienen en sí mismas ningún principio contrario á la solidaridad militar.

CAPITULO III

DE ELEUSIS Á TEBAS

En Grecia, durante el mes de octubre, los calores son ya más soportables, pues algunas lluvias han humedecido el suelo. Las fiebres que en septiembre causan tantas enfermedades peligrosas, pierden intensidad, y los viajes por el interior son menos penosos. El sol, que ha quemado el terreno de Grecia, no ha hecho sino dar más carácter y grandeza al panorama, que empieza á decaer cuando la fuerza del sol se extingue. Alguien ha dicho, y con muchísima razón, que los países del Norte deben ser visitados en invierno, y los del Mediodía en estío.

La ocasión era propicia para visitar la región septentrional de Grecia, en la cual me había impedido entrar por dos veces el bandidaje. Durante tres años, el Gobierno había dirigido todos sus esfuerzos á lavar la mancha arrojada sobre Grecia con la matanza de Maratón. Gracias á enérgicas medidas y á la activa cooperación del pachá de Tesalia, los bandidos han desaparecido actualmente del territorio griego, y se puede atravesar de N. á S. sin distinguirlos por parte alguna. Precisaba aprovecharse de aquella calma que existía por primera vez y

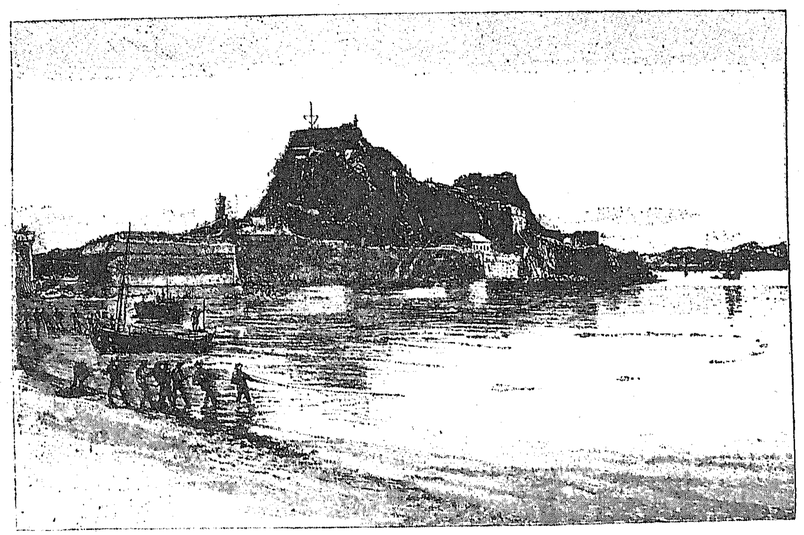
cuya duración ignoraba, y, en su consecuencia, preparé mi equipaje para dirigirme á Tebas, el Eubeo, la Phtiótida y volver á Atenas por Delfos y el Parnaso. Antes de salir de Atenas me apresuré á encaminarme al Ministerio del Interior y á la prefectura de policía para anunciar mi viaje al ministro y al prefecto respectivamente.

Esto no es más que una formalidad; pero tiene la ventaja de que, procediendo así, se hallan prevenidos los jefes de policía y las autoridades locales de los puntos que el viajero se prepara á visitar, y éste está seguro de encontrar, á su llegada, cama y comida, cosas ambas que suelen faltar muy á menudo, en Grecia, al que visita su suelo.

Los ministros, en Atenas, no están, como los europeos, suntuosamente alojados y protegidos contra los solicitantes por una cohorte de porteros. Por el contrario, viven en una casa de modesta apariencia, en la cual una escalera de madera conduce á su despacho, en el que entra el que quiere, sin que sea detenido por ningún conserje. Las puertas de las habitaciones están abiertas y vense por doquiera á los empleados sentados en sillas de paja, ante mesas de pino blanco y fumando cigarrillos. Un hombre, vestido con un viejo redingote, llena las funciones de portero, é indica á los visitantes, con un ademán, sin levantarse ni preguntarles su nombre, ni el objeto de su visita, el gabinete en el cual se halla el ministro. Se puede entrar allí sin causar extrañeza alguna, y pronto se ve á un hombre que escribe ante una mesita de despacho: es el ministro por el cual se ha preguntado. Se levanta, tiende la mano al recién llegado y le invita á que se siente. Un instante después, el hombre del redingote viejo y manchado se presenta, conduciendo, sobre una bandeja de zinc, una taza de exquisito café.

Esta sencillez, del todo antigua, no deja de encantar al que se halla habituado á la arrogancia de los porteros de nuestros ministerios y á la etiqueta con que se acorazan nuestros altos empleados. En Grecia, los que ocupan momentáneamente el poder no quieren deslumbrar á sus conciudadanos, y, por otra

parte, aun cuando lo deseasen, serían bien pronto castigados por el espíritu nivelador y cáustico de la raza griega. Cualquier individuo penetra, sin que se le presente ningún obstáculo, en el despacho de un ministro, se sienta y expone el objeto de su visita, con vehemencia y empleando el democrático tú, como



LA CIUDADELA DE CORFÚ

tratamiento. El ministro le escucha, le habla fraternalmente y le promete hacer todo lo que pueda. Esta sencillez y fraternidad provienen, al mismo tiempo que de un sentimiento de consideración hacia los que son ó pueden ser electores, de un dejo de las costumbres de Oriente, país donde se manifiesta, hasta en las menores circunstancias, de una manera conmovedora, la fraternidad entre grandes y pequeños.

Siempre se me ha asegurado que los ministros griegos no roban en las cajas del Estado, y que si se hacen comprar su buena voluntad para concesiones, nombramientos, etc., estas ocasiones son demasiado escasas para enriquecerlos. Casi todos, se dice, han abandonado su puesto tan pobres como entraron en él, pues no buscan el poder más que por amor propio y

para tener los medios de satisfacer, á expensas del dinero del Estado, la insaciable avidez de sus partidarios.

El ministro al que me refiero era un joven abogado de provincia, cabelludo y de poca apariencia. Se mostró conmigo en extremo amable y me prometió una multitud de cartas de recomendación para sus amigos, epístolas, que, á decir verdad, no envió nunca.

Hace años, se empleaba el caballo como medio de locomoción para visitar el interior de Grecia. En la actualidad, se emplea el coche. Esto es, tal vez, menos pintoresco, pero, indudablemente, mucho más cómodo. Además, los caminos reales no permiten ir muy lejos en este país, y en Tebas, es decir, á diez horas de distancia de la capital, habremos de tomar caballos para el resto del viaje.

Cuando abandonamos el hotel, eran las cuatro de la mañana. El sol, saliendo por detrás del monte Himeto, comenzaba á iluminar el cielo con sus rosados resplandores. Algunos cafés habían abierto ya sus puertas, y el olor aromático del moka, unido al perfume penetrante del tabaco oriental, indicaban que la ciudad sagrada de Minerva se preparaba á hacer su vida acostumbrada en el naciente día. Las calles estaban aún templadas por el sol de la víspera, y, á pesar del fresco de la noche, los muros de las casas nos enviaban caldeados efluvios. Felizmente, la ciudad es atravesada en poco tiempo, y así alcanzamos los límites del mundo civilizado, á quince minutos del Palacio Real y del café de la Hermosa Grecia.

A la izquierda del camino, á veinte metros de la estación del ferrocarril, en donde una locomotora lanzaba su vapor á través de ese cielo tan lleno de poéticos recuerdos, se encontraba el emplazamiento de la puerta Dipyla, en la cual desembocaban las dos carreteras de Eleusis y del Pireo. Digamos que, de todas las puertas de Atenas, la Dipyla era, en otro tiempo, la más famosa. En medio de las nubes de ese fino polvo calcáreo, que debía, como en nuestros días, cubrir los caminos de Ática, se precipitaban antiguamente los carros del Pireo, las bestias de

carga, los mercaderes, escoltando sus fardos, los campesinos, conduciendo sus géneros al mercado, los esclavos, esperando las provisiones de la mañana, y, por último, los paseantes, de los cuales muchos eran atenienses. Cerca de la puerta Dipyla fué donde abrieron los soldados de Sila una brecha, por la cual entraron en Atenas. El amontonamiento de huesos humanos encontrados en las excavaciones modernas prueba que la resistencia fué viva y tenaz. En estas mismas excavaciones se han descubierto algunos sepulcros que debían dar á la vía sagrada de Eleusis el mismo aspecto que la vía Apia de Roma. En ellos se ven esculturas graciosas y delicadas, lo mismo que curiosas inscripciones. Aunque habíamos hecho el viaje para observar á los vivos más bien que para interrogar á los muertos, echamos pie á tierra, por un momento.

Aquí, vese la tumba de una joven siria de Beyrut casada con un ciudadano de Sunio; mas allá, la de un heraldo de armas, alevosamente asesinado por los Megarios, á los que iba á amonestar por cultivar el campo sagrado de Eleusis. Por doquiera sepulcros de guerreros muertos en el campo del honor ó famosos por alguna acción ilustre, y entre ellos los de mujeres de nombre neutro; es decir, que, á causa de su origen ó de su oficio, se las juzgaba indignas de ser clasificadas, gramaticalmente, en el mismo género que las otras. Así, por ejemplo, la griega honrada se llamará Coralia; mas la que no lo es lleva el nombre de *Coralion*. Sólo un helenista puede comprender y apreciar la humillación que encierra semejante procedimiento. Todos los sepulcros se hallan provistos de estatuas de animales, como alusión, más ó menos ingeniosa y conveniente, al nombre del difunto. Si un griego se llama *Aper*, su persona acudirá á la memoria de todos sus descendientes, representada por la figura de un enorme jabalí, con los pelos erizados y los colmillos amenazadores. Los toros, los perros, y otros animales de pelo y pluma, se convierten, gracias al gran número de derivados que tiene uno solo de estos nombres de irracionales, en otras tantas charadas, ofrecidas á la sagacidad de los transeuntes.

Todavía existían otros sepulcros; pero cuando el terromontero de Agia Trías fué desmontado para construir el paseo actual, el ingeniero encargado de las obras dejó que los obreros destruyesen tan interesantes tumbas. El camino de Eleusis, que nosotros seguimos, pasa entre una fábrica de gas y otras de cacharros, donde bigotudos mocetones confeccionan, con arcilla de color ocre rojo, tinajas gigantescas, semejantes á aquellas en que se ocultaron los cuarenta ladrones de Ali-Baba.

Los sepulcros han desaparecido, en la actualidad, totalmente, y sólo la tradición nos dirá que existió el del atleta Gereno, muerto de indigestión por haber corrido después de una orgía. A nuestra izquierda vimos de pronto la entrada del jardín botánico. Una fuente turca, cuya arcada, aunque sin adorno alguno, no está desprovista de gracia, se abriga bajo un grupo de enormes álamos de Virginia, que muestran sus troncos lisos y plateados. La fuente se halla silenciosa; la taza de piedra, donde antes caía, murmurando, el agua fresca y límpida, está llena de polvo y de hojas secas. Los turcos, que sabían y saben apreciar el goce que proporciona un manantial, sombreado por grandes árboles, son los que han edificado todas esas fuentes que hallaremos en nuestro camino, y que los griegos, que tienen otras cosas en que pensar, han dejado que el tiempo las destruyera, en su mayor parte.

En cuanto al jardín botánico, no merece, por ningún concepto, el nombre que lleva, pues sólo sirve para que sus guardianes cultiven en él algunas legumbres. Su sostenimiento ha costado millón y medio durante los treinta años de su existencia. Sin embargo, poco antes de la caída del rey Othon, había comenzado á tomar la forma de un jardín, gracias á la inteligente dirección del distinguido botánico bávaro, Heldreich. Viveros de árboles, plantas exóticas y parterres de flores, que se habían instalado en el jardín, marcaban el comienzo de una feliz transformación; pero la revolución de 1861 reemplazó al sabio director bávaro por un periodista que se ocupó muy poco en las plantas confiadas á su vigilancia. Hoy no quedan en

ZANTE

los parterres, hundidos y llenos de hoyos, más que algunas varillas de hierro, con etiquetas latinas, últimos restos de este establecimiento científico.

El camino se introduce pronto en el bosque de olivos, cantado por Sófocles, que existe y existirá siempre, sin que le hayan podido destruir ni Antígono, ni Sila, ni los turcos. El tono

ardiente y vigoroso de las viñas contrasta con el follaje claro y ligero de estos olivos, algunos de los cuales tienen hasta seis metros de circunferencia y datan, indudablemente, de la antigüedad. Hombres cuyo fez rojo resalta como una nota viva en medio de este cuadro de verdura, mujeres vestidas de blanco y niños casi desnudos, hacen la vendimia, mientras que por las orillas de los fosos de riego trotan borriquillos grises, cargados con grandes cestos llenos de enormes racimos de uva negra. Estos fosos de riego surcan el bosque de olivos y hacen circular el agua del Cefiso en los doscientos jardines que se abrigan bajo estos árboles seculares contra la sequedad y el viento del Norte.

Los propietarios, casi todos albaneses, han formado un sindicato para reglamentar y vigilar la distribución de los riegos y resolver las reclamaciones. Sus acuerdos son siempre respetados, y no hay ejemplo de que los tribunales judiciales hayan tenido que entender en algún recurso contra estos arbitrajes, siempre sabios y conciliadores. Gracias á esta antigua y curiosa institución, que recuerda la de la huerta de Valencia, cada propietario ve, regularmente dos veces por semana, cubierto su campo por aguas fecundantes, á las que una muralla de tierra que rodea todo aquél impide escapar. Merced á esto, el bosque de olivos ofrece el espectáculo sumamente raro en Grecia, de una verdura siempre fresca, un suelo constantemente húmedo, árboles llenos de flores y céspedes, cuyos vivos colores alegran los ojos, entristecidos por el tinte gris y árido del campo de Atenas. Allí donde el agua del río no alcanza, ó bien cuando un invierno sin lluvias ó un estío muy ardiente han agotado los manantiales, se suplen éstos con norias, que van á buscar el agua á treinta pies de profundidad. Un caballo escuálido y tuerto, frecuentemente azuzado por un muchacho de grandes ojos inteligentes, hace dar vueltas á un engranaje primitivo y ascender pequeños pucheros de tierra, que dejan escapar una parte de su contenido en el camino y vierten el resto en una larga canal de madera. Si bien estos aparatos anticuados no

responden al principio de mecánica que establece que «el trabajo producido ha de estar en relación con la fuerza productora», es preciso reconocer que son infinitamente más pintorescos que no lo sería en semejante lugar un aparato de movimientos complicados, construído por la casa *Tal é hijos*, de Manchester. Algunas veces las norias situadas bajo los hermosos olivos, cuyo claro follaje deja pasar los rayos del sol, forman encantadores puntos de vista. Que una palmera haga ondear cerca de allí sus largas palmas; que uno ó dos cipreses dirijan sus sombrías copas hacia ese cielo griego, tan dulce y tan brillante á la vez; que el chiquillo, desgreñado y con una larga vara en la mano, lleve un chaleco rojo, atado atrás, y los pantalones azules del Ática, y se diría que uno de esos encantadores cuadros en que Dechamps ha pintado de un modo tan maravilloso el Oriente, se ha destacado de su marco y ha tomado vida por un instante á nuestra vista.

Sobre un puentecillo de piedra pasamos uno de los ramales del Cefiso, cuyo lecho desecado y podrido atestigua lo bastante que los ribereños no dejan escapar ni una sola gota del precioso líquido que la naturaleza ha concedido al Atica con mano tan parca. Allí es donde, á su regreso de Eleusis, se detenía la procesión de los grandes *Panateneos*. El populacho aguardaba el paso de aquellos por el puente y les lanzaba las injurias más groseras, atacando hasta á los más altos personajes con una licencia de la cual la prensa moderna de Atenas ha conservado la tradición. Los sacerdotes y los iniciados respondían vigorosamente, y en estas escenas tan impropias de una solemnidad religiosa, los granujas del Pecilo no siempre eran los que ganaban. Esto recuerda el regreso del derby en Inglaterra, en que el *mob* de Londres emprende con la aristocracia una lucha de injurias y de bromas groseras. Más tarde se contentaron con pegar, en los extremos del puente, escritos mordaces, como sobre la estatua de Pasquino, en Roma.

Por desgracia, hállase demasiado pronto la aridez y los horizontes estériles, pues el bosque de olivos no tiene más que dos

kilómetros en su mayor extensión. El camino sube á través de landas incultas, de las que se exhalan los perfumes de plantas salvajes, holladas por algunos rebaños, y luego se interna en un desfiladero, entre un montículo cónico sobre el cual hay un pequeño convento, y las márgenes rocosas del Corídalo, cubiertas de algunos pequeños pinos, cuya verdura destaca sobre los esquistos rojo-violáceos que se extienden por largas franjas horizontales.

El pequeño monasterio de blanqueados muros que domina á la llanura, ha sucedido, como siempre, á un antiguo santuario pagano, cuyo nombre, medio cristianizado, ha sido objeto del culto más inconsciente y más fervoroso: del sol, en griego *Elios*, los primeros cristianos hicieron *Elías*. Esta ingeniosa amalgama de los antiguos dioses con los nuevos santos, se presenta por todas partes en este país, donde el viejo fondo pagano no ha desaparecido bajo la capa cristiana que le recubre muy superficialmente. Los santos á quienes se adora aquí son seres fantásticos, dioses transfigurados, que se adaptan perfectamente á la nueva religión griega, mezcla de superstición y de racionalismo, en la que se revelan aún por completo los antiguos instintos helénicos. Cinco ó seis viejos y barbudos monjes vegetan allá arriba en la pereza, pues su única ocupación consiste en dar á besar á los fieles de las aldeas vecinas, dos veces al año y mediante la correspondiente ofrenda, un horroroso San Elías bizantino, de color aceitunado sobre fondo de oro, y bajar cada noche hasta el camino para encender al pie del montículo una pequeña linterna, ante una santa imagen terriblemente ahumada é incrustada en el fondo de un nicho abierto en una pequeña pared de albañilería.

Un poco más arriba fué donde Chateaubriand, llegado por primera vez á Eleusis, se detuvo para contemplar la llanura de Atica é hizo llamamiento á todo el lirismo de su alma para pintar el espectáculo que habían visto sus ojos. Aunque los viajeros tienen muy á menudo el grave defecto de hacernos sufrir crueles decepciones por la manera con que tergiversan la verdad, precisa reconocer que el autor del *Itinerario de París á Jerusalén* no ha exagerado nada en la descripción de aquel cuadro. Cuando el sol comienza á ocultarse, cuando el cielo se colorea hacia Oriente de esas tintas que ni la pluma ni el pincel

AFUERAS DE ZANTE

pueden describir, el conjunto que se ofrece en aquel momento á la vista del hombre es de lo más bello del mundo. Sobre el fondo violeta, veteado de rosa y rayado por grandes sombras azuladas, que forma el Himeto, se destacan los tonos de un color anaranjado claro, del Licabeto y de la Acrópolis, en la cual se divisan perfectamente las columnas del Partenón, doradas por el sol. Entre estas dos alturas, la ciudad de Atenas con sus blancas casas; más adelante la delgada línea del bosque de los olivos, sobre el que se extienden mil sombras misteriosas, y en primer término las pendientes salvajes y austeras del Corídalo, ya sumido en la noche. Bajo la impresión de este silencio y de esta soledad, sólo comparable á la de la campiña romana, no se puede menos de evocar todo el pasado de este pequeño rin-

cón del mundo, al cual el destino ha concedido un esplendor de gloria que ningún otro pueblo ha sobrepujado.

En el paraje en que nosotros nos hallamos fué donde se detuvo San Pablo para dirigir una mirada de piedad y de amargura sobre la ciudad de Atenas, que acababa de arrojarle de su seno por haber cometido una falta gramatical. El apóstol, que venía de Antioquía y había atravesado el Asia Menor para predicar la nueva religión, quiso hablar á los atenienses desde el Areópago; pero ¿qué le importaba un nuevo dios á ese pueblo de librepensadores y de zumbones que tenía ya tantos y los respetaba tan poco? Lo que desagradó á los atenienses, cuyo ingenio era tanto como poca su sensibilidad, fué la desigual elocuencia del apóstol, ora sublime, ora áspera y desprovista de gracia. Lo que chocó más á esos *dilettanti*, amantes, ante todo, de la forma, fueron la faltas de construcción y las imperfecciones de estilo. Los retóricos y los pedagogos se rieron desdeñosamente de sus palabras, y, encogiéndose de hombros, le volvieron la espalda; la plebe le acosó con silbidos de burla, viéndose San Pablo obligado á abandonar la ciudad, dejando á los atenienses tan habladores y tan irreligiosos como son ahora.

El camino desciende á través de un pequeño valle, encajonado entre dos cimas rojizas y sombreado por numerosos pinos. En uno de estos rodeos perdimos de vista la llanura de Atenas.

En este repliegue de la montaña es donde se encuentra el monasterio de Dafne, fundado por los benedictinos de Citeaux, junto á una antigua iglesia bizantina, perteneciente á la época de la cuarta cruzada.

Este convento, como todos los de la Edad Media, se halla fortificado, y sus departamentos, patios y jardines están rodeados de una muralla de ocho á diez metros de altura. De tanto en tanto vense algunas torres poco salientes que bastaban para proteger el lienzo del muro; y en el interior un camino de ronda sostenido por arcadas, que aún existen en parte, permitía circular, á lo largo de las murallas, á los defensores del edificio.

El patio interior formaba como una gran línea, y el vestíbulo, añadido á la iglesia por los francos, está adornado con tres arcos de ojiva y coronado de almenas, desde las cuales los benedictinos podían arrojar aceite hirviendo sobre el cráneo de los descreídos y aun de los catalanes y otros buenos católicos que no se privaban de invadir y saquear sus dominios.

En tres lados de este patio se elevan los cuerpos de edificio destinados á habitación: en el primer piso se hallan las celdas, que dan á una galería de madera; en la parte inferior, bajo arcadas macizas de piedra, están las cocinas, los almacenes, los refectorios y toda clase de dependencias.

La mayor parte de estas habitaciones están arruinadas, y otras sirven de alojamiento á los campesinos y á sus ganados. La iglesia es una de las más antiguas é interesantes de la época bizantina, y data probablemente del siglo VI ó VII, á juzgar por el tipo de su construcción. En uno de los lados se halla una torre, construída por los bizantinos, que sirve á la vez de campanario y de observatorio.

El interior de la iglesia ofrece una curiosa especie de mosaicos que adornaban las iglesias bizantinas de esta época y que son hoy muy escasas, pues las pocas que habían escapado al celo iconoclasta de los turcos han sido destruídas por el tiempo, sin que los indolentes atenienses se hayan preocupado de ellas. Por lo demás, están muy deterioradas: la humedad ha descompuesto el mortero de la bóveda, y hace algunas veces que se desprendan anchas placas, que vienen á romperse sobre el suelo. Mientras las balas turcas agujereaban bastantes cabezas, el monasterio, convertido en cuartel, sufría todos los azares de la guerra de la independencia. Por último, los fuegos de los pastores y, desde que el culto ortodoxo ha sido restablecido, los cirios de los *papas*, han ahumado las bóvedas y alterado los colores en muchas partes. En lo alto de la cúpula vese, aún intacta, una gigantesca cabeza de Cristo, sobre fondo de oro. En la base se hallan los doce apóstoles; entre los vanos que iluminan la bóveda, los profetas; por fin, en las pe-

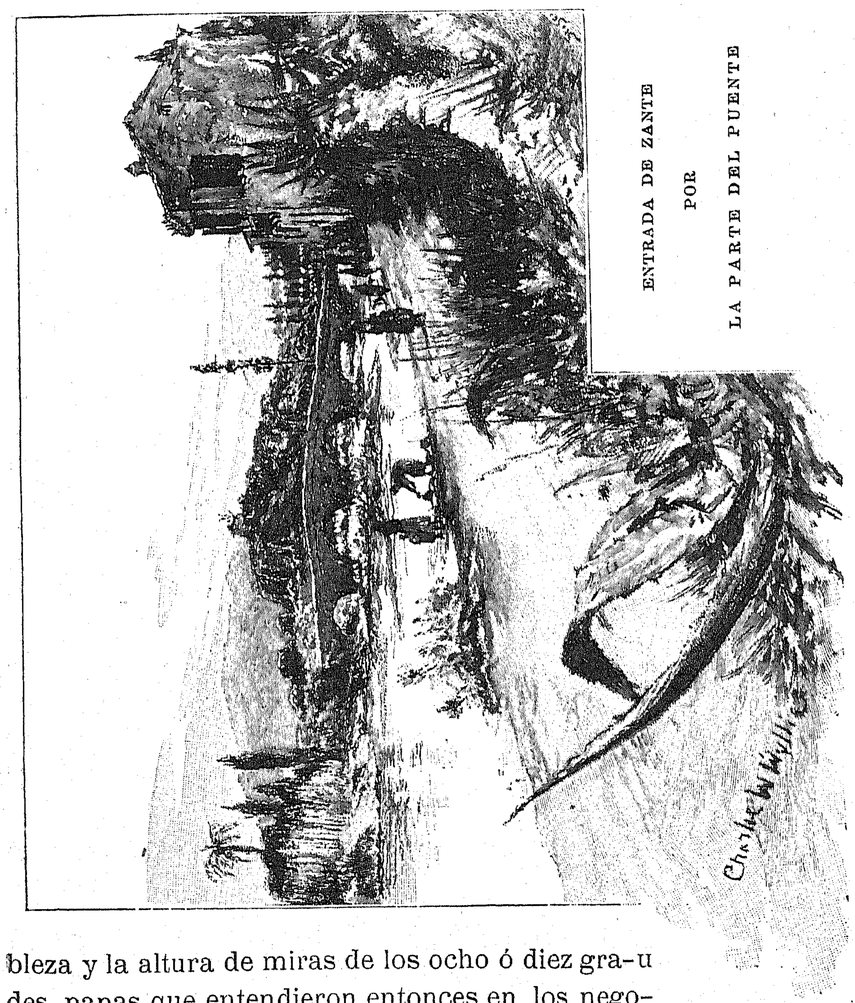
chinas, la Anunciación, la Natividad, el Bautismo y la Transfiguración.

Son notorias la rigidez y la incorrección de los mosaicos bizantinos; pero cuando los rayos vespertinos no los iluminan más que con una media luz misteriosa, atenuando así su imperfección, no se puede menos de reconocer que aquel arte macizo, aquellas grandes figuras hieráticas sobre fondo de oro, no carecen de cierta majestad imponente, y que debía causar profunda impresión en los espíritus en que la crítica estética no se había mezclado al sentimiento religioso.

Los conventos fundados por los franceses durante la ocupación de la Grecia, no han dejado, por desgracia, cartularios, y las crónicas apenas hablan de su historia. Hubiera sido agradable, no obstante, seguir en su existencia á aquellos monjes que abandonaron una hermosa abadía de Borgoña para venir á este país á catequizar á los cismáticos y á llevar á la espada de los caballeros cruzados el concurso de la palabra; pero parte de estos caballeros habían cambiado la cruz blanca por una corona, y el interés político les dictaba, respecto á sus nuevos súbditos, una tolerancia que no convenía al ardor de proselitismo de los benedictinos.

El ilustre papa Inocencio III, que no había aprobado la expropiación violenta del imperio de Oriente, cuidó, ante todo, de recomendar á los conquistadores y á los religiosos que los acompañaban, una mansedumbre y una moderación, que eran los únicos medios de que los pueblos vencidos se sometiesen á la religión. Aun hoy se conservan algunas admirables cartas dirigidas por él á los abades del principado de Morea y del ducado de Atenas, que prueban que su insistencia y su autoridad no bastaban siempre á detener el celo contraproducente del clero latino. Los benedictinos de Dafne, y su duque, no mantenían las mejores relaciones, y más de una vez precisó recurrir á la intervención del soberano pontífice para restablecer la buena armonía y regular las relaciones entre la autoridad civil, que reclamaba los derechos del señor feudal, y las órdenes religio-

sas que pretendían una inmunidad y una independencia absolutas. En esta lucha, que no es más que uno de los más pequeños detalles de la historia de la Edad Media, se revelan la no-



ENTRADA DE ZANTE POR LA PARTE DEL PUENTE

bleza y la altura de miras de los ocho ó diez grandes papas que entendieron entonces en los negocios de Europa, de la cual eran los árbitros.

La abadía de Dafne era el Saint-Denis de los duques franceses de Atenas, y en una pequeña cueva, situada bajo el vestíbulo de la iglesia, se han encontrado varias de sus tumbas,

consistentes en pesados ataúdes de piedra sin inscripciones ni adornos. Tan sólo uno lleva, sobre una de sus caras, las armas de Guy II, tercer duque de Atenas, esculpidas en relieve y formadas por dos serpientes de collar y coronadas por dos flores de lis. Guy II, según afirma la crónica, se conducía bondadosamente con sus vasallos, haciéndose amar de todos y adquiriendo una brillante fama en todo el reino.

Al abandonar la abadía, una rápida pendiente conduce hasta el borde del golfo de Eleusis. Allí el camino desciende á la derecha entre las pendientes grises del monte Ícaro, y á la izquierda, entre las rocas escarpadas del Corídalo, cubiertas de una vegetación corta, pero robusta.

Al borde del golfo, el camino ha sido abierto en la roca, y los muros de sostén bañan su base en el mar. La vista de la bahía circular, tranquila, silenciosa y rodeada por todas partes de altas montañas, es verdaderamente admirable. La línea fina y pintoresca de las cimas se destaca sobre un cielo resplandeciente y se refleja en un océano de azul. En primer término, vense las leonadas rocas de la isla de Salamina, cayendo á pico en el golfo; á la derecha, los flancos profundamente excavados del Parnaso y del Citerón, esfumándose en tonos grises, ardientes y luminosos, y á su pie se extiende la llanura sagrada de Ceres, abrasada por el sol y separada del mar azul é inmóvil, por una estrecha playa llena de galetes de mármol blanco y rosado. Esta playa, describiendo una curva graciosa, conduce hasta Eleusis, cuyas blancas casas brillan del otro lado del golfo. Las altas cimas de los montes Geranianos forman del lado de Megara el fondo de este admirable cuadro.

Costeamos dos grandes estanques, contenidos por diques de piedra y abastecidos por manantiales de agua salada, y atravesamos la llanura de Thria, cuya fertilidad data desde el tiempo en que Ceres enseñó la agricultura á Triptolemo. Actualmente ha decaído mucho. La incuria de los habitantes ha dejado que se llenen las zanjas, y las aguas han invadido las tres cuartas partes de estas tierras de aluvión, que serían aún tan favorables al cultivo de las plantas industriales, constituyendo una fuente de riqueza, para esos albaneses insociables y mal vestidos que vemos vendimiar algunos trozos de viña en la orilla de los pantanos. Se han desmontado algunos arenales incultos, pero ni siquiera se ha intentado nada para conquistar esta llanura á las fiebres y á las inundaciones. Los campesinos son demasiado pobres, y el Gobierno demasiado negligente para ocuparse en un asunto tan interesante.

Los campesinos con que nos cruzamos son de elevada estatura, nariz larga y ligeramente chata, la frente fugitiva, los ojos pequeños y la figura huesuda. Las mujeres son también altas y robustas, pero, en general, poco agradables, á pesar de sus ojos azules y sus blondos cabellos. Estos albaneses son naturales de Elefsina, aldea miserable que no nos detenemos en visitar, pasándola de largo, y que se halla situada en el emplazamiento de la antigua Eleusis, en la extremidad de una colina pétrea, á la orilla del mar.

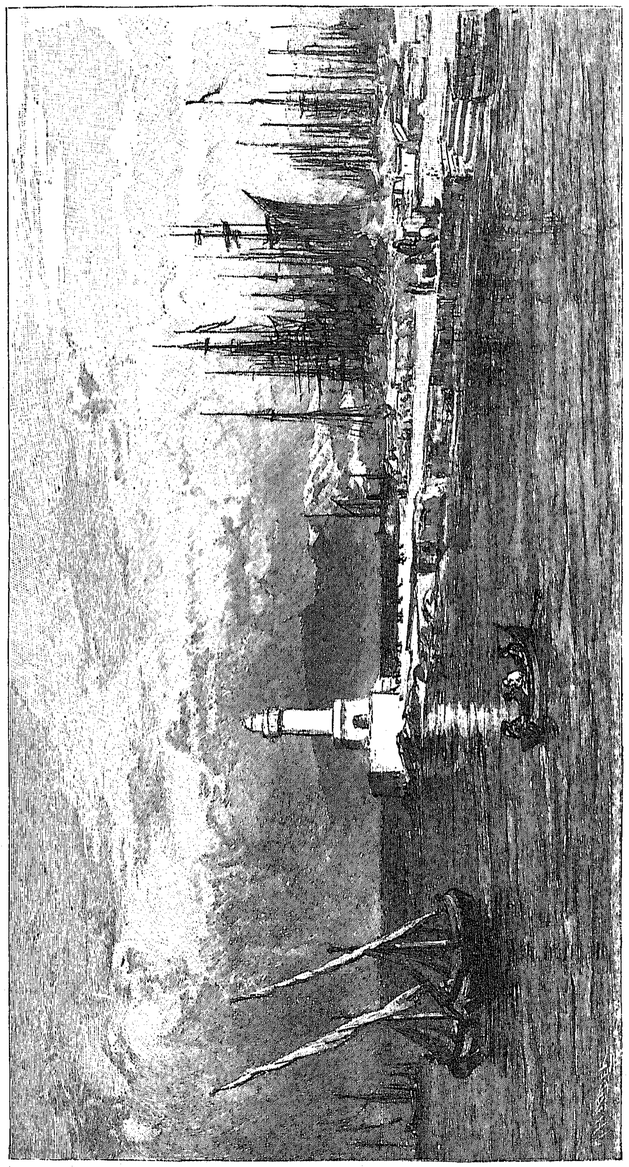
Del famoso templo de Ceres no quedan más que algunos basamentos ocultos por los escombros; los restos de los propíleos, de la época romana, yacen revueltos en el fondo de las excavaciones practicadas por el francés M. Lenormant. En cuanto á la torre cuadrada que domina la aldea, hay que decir que data de la Edad Media, y no era más que un puerto fortificado que se destinaba á vigilar el mar por un lado, y por el otro los desfiladeros del Citerón.

En Eleusis es donde se detenía la procesión de los panateneos, y tenía lugar la celebración de los famosos misterios en que se asociaba al viejo naturalismo de los pelasgos, el culto á los dioses y diosas de los helenos. A pesar de las semiconfidencias de Apolodoro y de Diodoro, de Sicilia, la significación de estas fiestas es aún muy confusa. Por mi parte, me resisto á creer que en estas extrañas ceremonias se enseñase la pura doctrina de la inmortalidad del alma y la unidad divina. Y prueba á nuestro favor es que Sócrates y Diógenes, dos sabios de carácter diferente, rehusaron hacerse iniciar en los misterios

eleusianos, y el primero pagó con su vida este desdén hacia las supersticiones en que vivían los hierofantes del templo de Ceres.

Pasada Eleusis, el camino se aparta del mar, vuelve á la derecha hacia el Norte, y atraviesa la aldea de Mandra, habitada por una colonia albanesa. Las mujeres se ocultan el rostro á nuestra aproximación. Los hombres, reunidos en el único café de la localidad, nos miran con aire algo feroz. Su frente fugitiva, sus sienes salientes, su bigote rubio, espeso y erizado como el de los tártaros, sus cabellos cortos, excepto por detrás, donde caen en largas melenas, todo en ellos recuerda el tipo de los búlgaros, á pesar de que son eslavos, ó, por mejor decir, hunos eslavizados. Por lo demás, cuando se viaja por Oriente, á cada paso se tropieza con un problema etnográfico, fuente de continuas querellas y de susceptibilidades nacionales. Los griegos quieren, en absoluto, tener la misma sangre que los helenos del tiempo de Temistocles. Precisa, sin embargo, que se convenzan de que, á excepción de Magna y de algunas islas, la Grecia se halla poblada por una raza nueva resultante del cruzamiento de los antiguos helenos con las tribus del Norte, y, sobre todo, con los albaneses. Estos han aportado nuevos instintos y costumbres particulares, y han impuesto á la raza helénica, mezclándose con ella, su organización física, los rasgos de su fisonomía y su vigor moral. Es, pues, necesario despojarse de la ilusión clásica y estimar á la raza griega, pero no por el recuerdo de sus antepasados.

Los albaneses de Mandra son irascibles y de carácter poco sociable; su reputación de bravura y de mal genio ha intimidado á las partidas de bandidos que recorren el país, dando por consecuencia que nunca se hayan metido con aquéllos. Los albaneses, por su parte, á pesar de que nunca han fraternizado con los bandidos, varias veces instigados por su espíritu de insubordinación y de independencia, han subido á la montaña con el fusil al hombro. Además, no entienden ni una palabra del griego, y responden bruscamente á nuestras preguntas. Al



PATRÁS

pasar ante las últimas casas de la aldea, pudimos cerciorarnos del espíritu hostil de la población contra todo lo que es extranjero, pues una multitud de chiquillos desarrapados nos envia-

ron una lluvia de piedras que, afortunadamente, no causaron daño más que en el carruaje. Este ataque pareció en extremo divertido á los vagos de la localidad.

A poco nos encontramos al pie mismo del Citerón, de poética memoria, al llegar al cual, el camino se eleva poco á poco por un desfiladero poblado de árboles. Algunos pinos y muchas plantas espinosas, de hojas cortas y duras, cubren los flancos de la montaña ascendiendo por entre los intersticios de las rocas calcáreas grises que se muestran por doquiera. En ninguna parte se ve tierra vegetal, ni un manantial de agua; en ningún paraje se oye el canto de los pájaros; por doquiera reina una soledad triste y sombría. Los únicos seres animados que distinguimos son un lagarto verde esmeralda con la cola oscura, y un ave de rapiña que se cierne inmóvil. Al volvernos, distinguimos aún, ya lejos, tras varios planos de montañas, las cimas del Himeto y del Pentélico.

Después de algunas horas empleadas en subir y descender, siempre al galope de nuestros cuatro escuálidos caballos, los tortuosos repliegues de estas montañas, nos detenemos para almorzar en un *kani* (posada) aislado, llamado Pirnari y combatido por un viento furioso. Las aguas de un estanque forman el Cefiso eleusiano, y descienden hasta el mar por un estrecho valle que vemos á nuestra derecha.

Después de atravesar un pequeño caserío y dejar atrás un gran lienzo de muralla helénica emplazada cerca de un cuartel de gendarmería, el camino penetra, por entre grandes rocas puntiagudas, en un desfiladero salvaje dominado por las ruinas imponentes de la fortaleza de Eleuteres, que defendía el paso contra las incursiones de los beocios. Siete grandes torres cuadradas, en bastante buen estado de conservación, elevan sus cimientos en la cima de una altura escarpada, formando un conjunto muy pintoresco, sobre todo cuando se contempla después de haber dado la vuelta á la altura y seguido durante algunos momentos los numerosos zigzags que describe el camino al pasar varias veces por el lecho desecado del torrente.

Al abandonar la fortaleza de Eleuteres, comenzamos á trepar por las pendientes del Citerón, hasta la garganta de la sierra, que es la verdadera frontera entre el Ática y la Beocia. Los altos llanos de la montaña y el camino mismo se hallaban cubiertos por ganados de carneros; los pastores los juntaban para conducirlos á los pastos de invierno, situados en la península de Atica, y especialmente en los alrededores de Varí, ciudad situada entre Atenas y el cabo Sunio. A la cabeza marchaban las mujeres y los niños, conduciendo un delgado borriquillo que soportaba dos mantas rayadas, algunas provisiones y una marmita. A los lados del ganado se adelantaban los pastores y los perros, verdaderas bestias feroces estos últimos, que corrían tras de nosotros, ladrando furiosamente y mordiendo las ruedas del carruaje. Por lo demás, estos animales son muy á proposito para atacar á los lobos que infestan la comarca.

De esta manera viajan los pastores, caminando á pequeñas jornadas, deteniéndose cerca de los pozos, haciendo pastar al ganado en los eriales odoríferos que cubren el país, empleando, en fin, quince días para caminar quince leguas. Luego, al llegar la primavera, cuando el calor es sofocante en las llanuras bajas, cuando la yerba se seca y amarillea, cuando la tierra se endurece y disminuye el agua de los pozos, los pastores abandonan las chozas construídas con ramas de árbol, para dirigirse á las alturas del Parnaso y del Citerón. Si este sistema primitivo, seguido en todos los países atrasados, es grandemente funesto para el progreso de la agricultura, ofrece, en cambio, al viajero la ocasión de contemplar más de un cuadro pintoresco. El aspecto de estos campesinos nómadas es muy curioso. Su elevada estatura, sus largos cabellos de un rubio rojizo, sus ojos leonados, su cara delgada y larga, su nariz también delgada y aguileña, su expresión cazurra y salvaje, su aire silencioso y taciturno, su vestido, en fin, manchado de polvo y de fango, todo hace de ellos una clase de seres distintos entre los habitantes del resto de Grecia, tan locuaces y alegres. Estos pastores se llaman *Ulaques* y tienen singulares afinidades, por una parte,

con los rumanos, y, por otra, con los bohemios. Ya tendremos ocasión de estudiarlos más de cerca cuando nos aproximemos á la frontera turca.

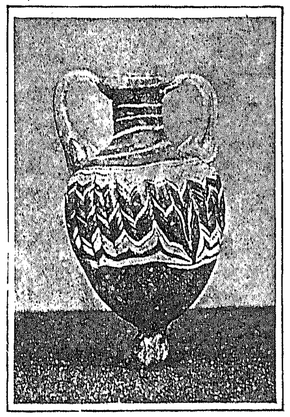
Varios de ellos llevaban sobre sus hombros una oveja herida ó enferma, á la manera del buen pastor de los cuadros cristianos, y todos, después de haber reunido sus ganados, esparcidos por el camino, con un grito estridente ó gutural, se volvían lentamente para mirarnos, unos adoptando un aire de indiferencia ó de desprecio, y otros la mirada que arroja una pantera cuando ve pasar una presa ante los barrotes de su jaula. Un pilluelo de seis años apenas, con los cabellos rizados y medio desnudo, nos arrojó una piedra. Uno de nuestros acompañantes saltó del carruaje, y, cogiéndole por un brazo, le condujo ante nosotros, haciendo ademán de castigarle. Jamás olvidaré la expresión de impotente furor que crispó el rostro del chicuelo, moreno como el cuero de Córdoba, ni los rayos que nos lanzaron sus grandes ojos negros. Hizo rechinar sus dientes como un gatillo salvaje, al que se tiene suspendido por el cuello, y cuando se le dejó se volvió y escupió tres veces con rabia á nuestro lado, nos arrojó algunas maldiciones en un lenguaje extraño y ronco, y escapó con tanta prisa como le permitieron sus pequeñas piernas.

Esta broma que gastamos con el granujilla hubiera podido tener para nosotros lamentables consecuencias, pues ocho ó diez pastores se habían ya reunido sobre una roca y nos miraban con aire amenazador. Sus largos fusiles y su reputación de hábiles tiradores inspiraron á nuestro cochero reflexiones que se tradujeron por un aumento de velocidad, y en menos de media hora llegamos á la garganta del Citerón, desde donde se domina toda la Beocia.

En aquel sitio no teníamos nada que temer de los pastores, y así pudimos admirar á nuestro antojo el inmenso y maravilloso panorama que se ofrecía á nuestra vista.

A nuestros pies se extiende la vasta llanura de Tebas, inundada de luz, y los campos de batalla de Leuctra y de Platea,

famosos en la historia, de los cuales se elevan trombas de polvo. A nuestra izquierda vense las cimas dentadas del Helicón y del Parnaso, relucientes á causa de la nieve que las cubre; á la derecha, el cono blanco de Ida y las montañas de la isla de Eubea; ante nosotros, y perdidos entre las brumas que ascienden del lago Copais, los picos del Œta y del Saromata. Los horizontes se hallan velados, la luz es más tenue, y los planos sucesivos de montañas quedan envueltos por un vapor dulce y luminoso. Detrás de nosotros, por la parte de Ática, el cielo es de una pureza intachable y de un inmutable azul, y las líneas se destacan con limpieza y precisión, sin dureza alguna, pero también sin esa blandura, sin esa vaguedad que dan tanto encanto al panorama de Beocia. Esta diferencia tan sensible se hace sentir asimismo en los caracteres de los habitantes de una y otra región y en sus distintas manifestaciones. Y, sin caer en las exageraciones de los fisiólogos que hacen del genio humano una cuestión meteorológica y geográfica, nos es permitido atribuir á sus climas, tan diferentes, una influencia considerable sobre las facultades de esos dos pueblos, separados por las inmensas moles del Citerón y del Parnaso.



VASOS GRIEGOS, DE NEMI

En Atenas, los caracteres son serenos y claros como su cielo, limpios y sencillos como su horizonte, vivos y nerviosos como su atmósfera. Las artes y la literatura participan de este carácter del suelo y de las inteligencias. En Beocia, la atmósfera más pesada y cargada de vapores, el cielo frecuen-

temente nublado, la monotonía de la gran llanura, aislada del mar por todas partes y rodeada de altas montañas, á menudo iluminadas, á través de un velo transparente, por una luz mudable y misteriosa, debían y deben modificar el carácter de los que allí viven. Los atenienses, que siempre han encontrado ridículo lo que no es de Atenas, han dado á sus vecinos una reputación de idiotismo que se ha propagado hasta los teatros europeos; pero esto no pasa de ser una calumnia. Si los beocios tienen menos finura, se hallan dotados, en cambio, de un espíritu más sencillo. Si bien es verdad que son menos vivos, son más honrados; y si no han conocido los refinamientos de la civilización ateniense, poseen el sentimiento de las bellezas del arte y de la literatura y aman la gloria militar. No olvidemos que Píndaro, Hesiodo, Epaminondas, Pelópidas y Plutarco eran beocios puros.

Para descender á la llanura, el camino, hábilmente trazado, pero algo temible por su estrechez, traza largos zigzags sobre la árida falda del Citerón. Nuestro tiro de rocines, uncidos con cuerdas usadas, se precipita por esta rápida pendiente; se halla veinte veces á punto de hacernos volcar, en las revueltas, en extremo bruscas, del camino, y no se para más que al llegar á la llanura, sudoroso y jadeante. Una de las ruedas del carruaje hallábase doblada al final de esta bajada, y los tirantes de los caballos, rotos; pero nuestro automedonte estaba satisfecho en su vanidad. Él y Pericles, nuestro guía, parecían orgullosos por esta carrera loca, en la que hubiéramos podido rompernos la crisma.

Aprovechamos las últimas horas del día para visitar Platea. Necesitamos una hora para llegar hasta ella y dos para alcanzar, á caballo, la ciudad de Tebas. A pesar de la mala voluntad de los habitantes, nuestro drogmán logró procurarse los animales necesarios en una aldea albanesa vecina. Cómodamente instalados sobre albardas cubiertas de manta, nos encaminados, por un sendero lleno de piedras, al campo de batalla en que mil griegos derrotaron á trescientos mil persas. En medio de todas las luchas intestinas de los griegos, luchas que la vanidad ó el genio de los historiadores ha hecho tan célebres, las guerras médicas resaltan con un brillo vivo y real. La resistencia heroica opuesta por este pequeño pueblo á la invasión de la barbarie, el carácter elevado de la lucha, la convicción general de que el triunfo de los asiáticos hubiera matado en germen la civilización griega, todo esto provoca un interés y una simpatía que no despiertan en manera alguna las rivalidades desleales de que se halla llena la historia griega.

Cerca de la pequeña aldea de Kokla, al pie del Citerón, se ven los restos de una ciudadela construída con grandes bloques, de forma poligonal ó triangular y flanqueada de torres cuadradas, de las cuales no restan más que algunos cimientos. A cien metros de allí, en la pendiente de la colina y sobre una fuente antigua, se hallan esparcidos grandes sarcófagos de piedra, desprovistos de todo adorno. Pericles los saluda con orgullo, llamándolos tumbas de héroes; pero nada prueba que tengan la menor relación con la época de las guerras médicas.

Al salir de Platea, atravesamos una gran llanura inculta, resquebrajada por el calor, sin un árbol ni una nota alegre y animada, en medio de su melancólico aspecto. En invierno y en primavera, esta llanura se transforma en pantanos, que hacen se hunda el caminante en una tierra pegajosa y negruzca, humedecida por las lluvias y las corrientes, que se deslizan con extremada lentitud. Este suelo es, sin embargo, muy rico, y podía hacerse cultivable fácilmente, con algunos trabajos fáciles y poco costosos de saneamiento, los cuales transformarían estos terrenos incultos en campos de trigo ó de algodoneros y en buenos pastos, en los cuales hermosos ganados de bueyes reemplazarían á los escasos animales que se ve de lejos pacer sobre plantas coriáceas y ramas desecadas.

Este atraso agrícola ¿proviene del temor de los campesinos por los temblores de tierra que frecuentemente han sacudido la Beocia? No lo sé: lo único positivo es que en las llanuras de aquella región hay, como en muchas otras partes de Grecia, un

manantial de riqueza abandonada. En las inmediaciones de una colina rojiza distinguimos de pronto dos ó trescientas casas sobre una extensión de cincuenta metros aproximadamente, aislada por completo de las alturas vecinas: es la ciudad de Tebas, en la cual entramos muy luego, costeando un acueducto que data de la Edad Media y que conduce el agua de un manantial vecino. Tebas se compone solamente de una calle, bastante ancha, bordeada de estrechas casitas de un solo piso, y cuyos bajos, ocupados por tiendas, se hallan protegidos por un sobradillo ancho, sostenido por pilares de madera.

Los sobradillos se continúan sin interrupción y forman á cada lado de la calle una especie de galería cubierta que sirve á los habitantes de refugio y de paseo en los días de lluvias, muy frecuentes en estos parajes. Buen número de casas, hundidas algunas y otras con notables desperfectos, á causa del último temblor de tierra, siguen en el mismo estado y recuerdan el aspecto de una ciudad al día siguiente de un sitio.

Cuando llegamos, las calles se hallan ocupadas por la multitud, pues es la víspera de uno de los ciento ochenta días feriados del calendario ortodoxo. La afluencia de los campesinos de los alrededores nos hace pensar con espanto en la noche que tendremos que pasar en el kani, del cual se escapa un olor rancio y fétido que da náuseas; pero, gracias á la protección del alcalde, encontramos alojamiento en casa de un tebano.

Durante la noche, un viento furioso sacudió nuestra morada, que parecía próxima á derrumbarse, y vacilaba como en un temblor de tierra. En la calle, centenares de corderos balaban, en todos los tonos, de una manera lamentable. Los ganados alojados en la ciudad, casi bajo nuestras ventanas, se agitaban y respondían á este llamamiento desesperado, que les parecía procedente de sus montañas, y á veces la intimación brusca de un pastor dominaba este ruido, que cesaba por un instante para comenzar al cabo de cinco minutos.

CAPITULO IV

SIGUE EL VIAJE

El día en que llegábamos á Tebas era el último de una de las cuatro cuaresmas que los griegos observan tan rigurosamente cada año. Era ésta la cuaresma de la Virgen, si mal no recuerdo. Lo que sí sé perfectamente es que los tebanos, después de ayunar cuarenta días alimentándose de aceitunas agrias y saladas, y de yerbas duras é insípidas, se aprestaban con placer á festejar, al día siguiente por la mañana, con un verdadero festín de Baltasar, su vuelta á la vida ordinaria. Para esta ocasión, cada familia compra un cordero, que degüella y asa en el patio ó en la calle, si el inmueble no se presta á la piadosa ceremonia. Desde hacía algunos días, los pastores wlaques del Parnaso y del Helicón habían descendido de sus montañas, empujando ante ellos á más de mil carneros destinados al sacrificio, y desde la víspera de la fiesta habíamos visto á varios habitantes escogiendo los animales que les parecían más suculentos.

La fatiga había acabado por triunfar en nosotros del ruido, de la borrasca, de los balidos y de las largas hileras de insectos que descendían á lo largo de los muros de nuestra habita-

ción, buscando, como el dragón del Apocalipsis, alguien á quien devorar. Dormíamos, pues, agitadamente, cuando á eso de las cuatro de la madrugada, bastante antes de que apareciese el sol, fuimos despertados con sobresalto, por repetidos disparos seguidos de un largo y sordo rumor.

Los griegos siempre procuran jugar con pólvora, como los verdaderos beduinos del desierto. El bautizo de un niño, el casamiento de una joven, el entierro de un pariente, la presentación de un candidato ó un diputado, alegría ó tristeza, odio ó plegaria, todo se traduce por unas cuantas salvas de armas de fuego, que son la causa de numerosas muertes premeditadas ó involuntarias. La calle principal estaba llena de una multitud compacta y pintoresca. Todos los habitantes de Tebas y de las campiñas cercanas hallábanse en ella, cada uno con un cirio encendido y siguiendo devotamente al clero, cuyos cantos nasales dominaban las salmodias sordas de los asistentes. De vez en cuando, varios disparos acompañados de gritos salvajes rompían de un modo extraño la monotonía de estas letanías, y, entretanto, las campanas de la iglesia sonaban á todo vuelo.

La afluencia de gente atraída de un modo extraordinario por esta ceremonia, constituía para nosotros un excelente medio de estudiar los tipos de la población. En consecuencia, desde que el día amaneció, fuimos á mezclarnos con los grupos bulliciosos y alegres que en las calles, en las plazas y en las colinas vecinas vigilaban la cocción de los asados, cuyo aroma llenaba la atmósfera. Por doquiera encontrábamos representantes de todas las razas que rodean á la helénica y que han llegado á confundirse con ella.

Ese buen mozo, cuyo alto gorro encarnado está sujeto por un pañuelo azul, y cuya larga *fustanela* (prenda del país) desaparece casi bajo una vasta hopalanda de lana blanca, es un albanés. Su figura es enérgica, su mirada orgullosa y provocativa. Su alta talla, su frente elevada y recta, su nariz aguileña y su boca fina, sombreada por grandes mostachos, revelan en él la sangre de los epirotas. Ese viejo campesino, sentado silen-

ciosamente con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, muestra de un modo palpable que corre sangre búlgara por sus venas. Su rostro cuadrado, sus pómulos salientes, su mandíbula ancha, sus ojos grises y pequeños, no desprovistos de finura, pero sólo animados á largos intervalos, su talla poco elevada y su gran gordura, denotan en él un carácter más propio para los trabajos pacíficos que para las aventuras de la guerra ó del bandidaje, y una naturaleza sumisa y apática, pero también reflexiva y tranquila. En vez de la fustanela nacional, lleva un vasto pantalón á la turca, hecho con espesa y basta lana morena. Una chaquetilla oscura ribeteada de azul, semejante á la que llevan los búlgaros de las orillas del Maritza, y una capa del mismo color, completan su traje. Los dos tipos que acabamos de describir, tan característicos y tan diferentes, se encuentran en todo el Norte de Grecia. El primero, sobre todo, se halla muy frecuentemente. Pero entre estas fisonomías insignificantes y comunes, que ninguna de las cuales recuerda el clásico tipo griego, ¿no es posible encontrar la huella de las invasiones que repetidas veces han inundado el suelo helénico? Esos ojos, de un azul pálido, ¿no proceden del Norte? Esos rubios cabellos que parecen pertenecer á un honrado comerciante de Nuremberg ¿puede negarse que proceden de la raza goda ó franca?

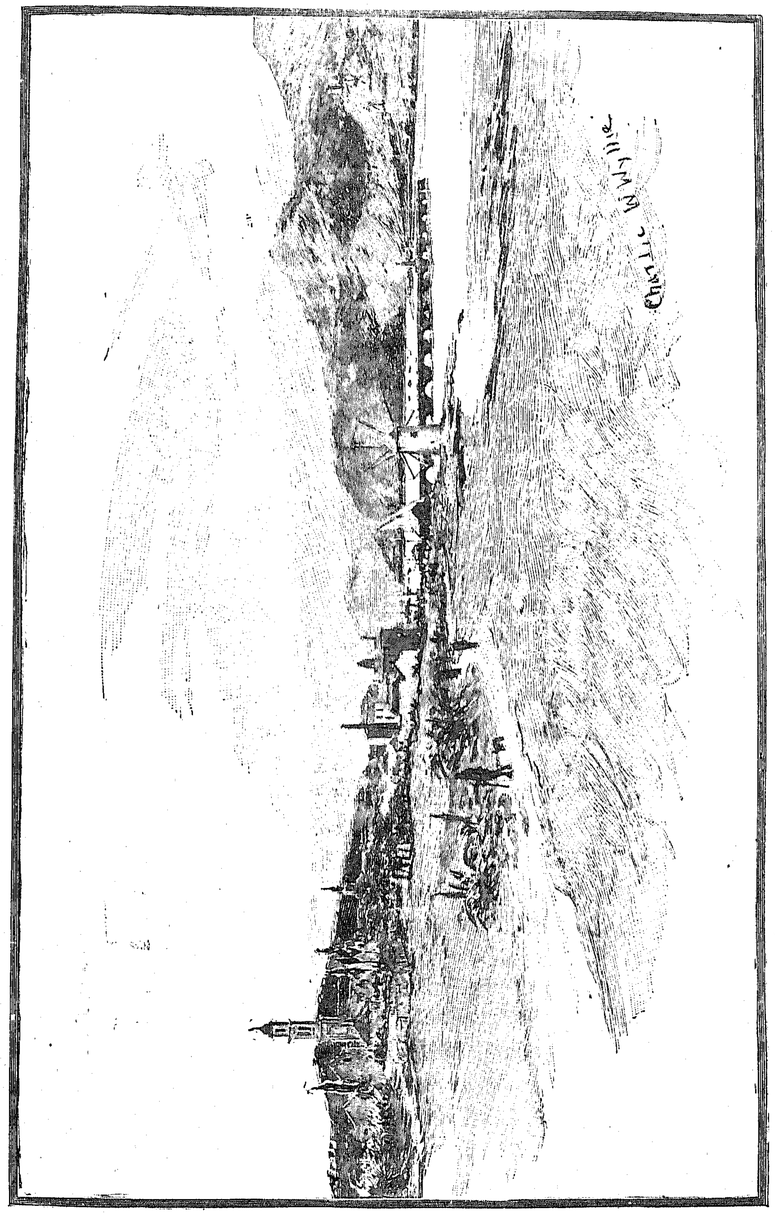
Verdaderamente, es un curioso problema etnográfico el que ofrece la trituración de razas que se han amalgamado durante varios siglos en este rincón de Europa. En el museo Varvaki, de Atenas, existen cuarenta ó cincuenta bustos de mármol que son los retratos auténticos y fieles de los rectores de la Universidad en tiempo de Pericles. Desde el momento en que se entra en la sala, sorprende al visitante la diversidad de aquellas fisonomías marmóreas, cuya autenticidad se negaría, si el trabajo, y sobre todo las inscripciones que decoran sus pedestales, no la pusiesen fuera de duda. Vense allí cabezas de bárbaros, con sus crespas cabelleras, barbas incultas, pómulos salientes, narices chatas ó carnosas, cráneos lisos, man-

díbulas de huno y huesos frontales de visigodo. Hay tres ó cuatro bustos de aquéllos que recuerdan los personajes de tierra cocida, que adornan los sepulcros etruscos. Apenas dos ó tres llevan el sello rudimentario del tipo clásico en la estatuaria an-

VASO GRIEGO

tigua. Dedúcese, pues, que hubo un genio griego que todo lo absorbió y asimiló, cuando el tipo y la raza del país desaparecieron.

Pero no es éste el lugar de hacer una disertación, y, así, vuelvo á mis carneros, que saltan dulcemente por encima de grandes hogueras de madera resinosa.



ARGOSTOLI (CEFALONIA)

La animación era grande en Tebas; las botas de vino cocido con piñas circulaban de mano en mano, desatando las len-

guas, secas por cuarenta días de abstinencia. La diversidad de trajes daba un carácter pintoresco á la multitud.

Entre las mujeres había muy pocas bonitas, sin que nada en ellas justificase los elogios que Anacreonte y otros muchos poetas anteriores y posteriores á él han hecho de las mujeres de Beocia. Casi todas las que vemos allí son albanesas, estando también representadas las de Vilia y otras aldeas del Citerón. De clase pobre y aun miserable, todas ellas carecen, además, de la frescura y el amable desarrollo que daba antiguamente á las beocias la atmósfera dulce y húmeda de su país, y que era uno de sus más preciados encantos. Sus rostros delgados, huesosos y apergaminados; sus mandíbulas cuadradas, cuyos labios se abren al menor gesto, dejando ver dos filas de dientes blancos, pero grandes y afilados, prueban que son de una raza más salvaje, más ruda y menos urbana. Vense, sin embargo, algunas jóvenes cuyo talle ondulado y gracioso contrasta con la osamenta brutal de las matronas del Norte. Sus cabellos dorados y brillantes recuerdan el tinte peculiar de la cabellera de las tebanas, cantada por Dicearco, cuyas alabanzas encontramos justificadas al ver esas finas y delicadas estatuítas pintadas y hechas de tierra cocida que decoran las tumbas de Tanagra. Sus grandes ojos, de un azul pálido, como los de Minerva; los rasgos más puros y más regulares de su semblante, contrastan agradablemente con la expresión un si ó no es feroz de las albanesas.

Numerosos grupos suben y bajan á lo largo de una colina, en cuya cima se ve una iglesia antigua. Los seguimos y nos encontramos, al cabo de algunos minutos, en la entrada de un cementerio, que precede á la iglesia. Este templo, consagrado á San Lucas, ha sido elevado, según afirma la tradición, en el lugar ocupado en otros tiempos por el templo de Apolo Ismenio. El interior de la iglesia se halla lleno por restos de esculturas informes y por los materiales de construcción destinados á reparaciones que no se comienzan jamás. No se ve allí de curioso más que algunas groseras columnas. Las bóvedas, ligeramente ojivales, acusan un origen franco. A cada lado del altar se han colocado dos sarcófagos de mármol blanco, cubiertos de musgo y adornados con inscripciones recientes y con coronas de hojas groseramente esculpidas. La superstición popular ha hecho, de uno de dichos sepulcros, el de San Lucas; y los piadosos peregrinos, rascando el mármol de aquél, para llevarse algunas raspaduras como preservativos contra la fiebre, han acabado por hacer en él dos grandes incisiones. Según me han dicho, las reparaciones de esta iglesia deben ser pagadas por un obispo ruso.

Desde el cementerio se disfruta una vista interesante y pintoresca. Al pie de la colina hay un pequeño valle, por el que corre un arroyuelo, que no puede ser otro que el Ismeno. Más allá, la ciudad de Tebas, levantada en el emplazamiento de la antigua Cadmea, especie de península, rodeada por todas partes de escarpados barrancos abiertos por las aguas en un suelo rojizo, excepto por la parte sur, en la cual un istmo estrecho une á la ciudad con las llanuras vecinas. A la derecha, una gran torre franca domina la rápida pendiente que desciende hacia el llano del Asopo. A la izquierda, cerca de la puerta de Atenas, un acueducto destaca sus arcadas ojivales sobre el fondo vaporoso de las montañas. Esta notable construcción, hecha y cuidada con grande esmero por los turcos para conducir á la ciudad el agua necesaria á sus baños y abluciones, cae poco á poco en ruinas, merced á la incuria y la imprevisión de los griegos, que están muy lejos de tener al agua el mismo amor que los musulmanes. La obra de ladrillería se desune y deja escapar delgados chorros de líquido que el viento convierte en escarcha reluciente y matizada de bellos colores. La humedad produce, en las grietas que continuamente se forman, una vegetación frondosa, y los arcos casi desaparecen bajo cascadas de verdura.

Más allá de Tebas y de la faja de jardines que la rodea, comienza el desierto, gran llanura uniforme y oscura, bordeada por una espléndida cadena de montañas, como son el Helicón,

antes cubierto de deliciosos bosques y surcado por numerosos torrentes, hoy desnudo y seco, pero siempre de hermoso contorno; la roca de la Esfinge, que parece hendida por una espada gigantesca, y el monte Parnaso, cubierto de nieve.

Tebas tiene gran fama por sus jardines y sus bien cultivadas huertas. Estos pequeños cercados, divididos y labrados con esmero, producen toda suerte de legumbres, especialmente curgas enormes y melones deliciosos, que podrían casi rivalizar con los famosos de Kassaba, en la provincia de Esmirna. La verdura de los árboles frutales, mantenida por los arroyuelos que surcan estos huertos, recrea deliciosamente la vista. No se distingue por ninguna parte el follaje triste del olivo, que no resistiría los inviernos, ya muy fríos, de la Beocia; pero numerosas moreras, higueras, granados y mirtos bordean los senderos que pasan entre los jardines.

Al otro lado de la profunda torrentera que nos separa de la ciudad, se ven esparcidos por todas partes algunos restos de murallas, que marcan, indudablemente, el emplazamiento de los antiguos muros de la Cadmea. Estos despojos han servido de cimientos, en la construcción de las casas modernas.

Más lejos está una torre cuadrada, único resto del antiguo palacio franco. Se llama la torre de San Omer, en memoria de Nicolás Saint-Omer, caballero francés.

En el momento en que regresamos á la casa de nuestro huésped para almorzar, Pericles viene, con aire embarazado, á comunicarnos que los *agoyates* (alquiladores de caballos) se han reído en sus narices cuando les ha dado la orden de enganchar las caballerías y ponerse en camino, añadiéndonos que será imposible decidir á un griego á que abandone á Tebas en este día de bulliciosa fiesta. Sospechamos mucho que nuestro guía no habría hecho grandes instancias, y que, seguramente, no le enfadaría pasar la noche en compañía de los numerosos amigos que parece tener aquí; pero es preciso resignarse y hacer de tripas corazón. Si hubiésemos obligado á los agoyates á que se pusiesen en camino, valiéndonos de medios judi-

ciales, ¡no hubieran sido malas las partidas que nos hubiesen jugado en el camino, para vengarse! El prefecto, aunque ofreciéndonos cogerlos por el cuello y obligarlos á partir, no nos ocultaba los inconvenientes de toda especie que resultarían para nosotros, y que nos expondrían á tener que dormir al sereno, en mitad de la carretera ó bien en valles salvajes y desiertos, en los cuales la fiebre acecha, emboscada, á sus víctimas. Concedimos como un favor lo que nos veíamos forzados á

ANTIGÜEDADES GRIEGAS

hacer, como debe saber hacerlo, en ocasiones, todo gobierno cuidadoso de conservar su prestigio, y aplazamos la marcha hasta el día siguiente, á la salida del sol.

El día se pasó lenta y aburridamente, pues el paseo matinal había satisfecho nuestra curiosidad, y Tebas no ofrece al *touriste* grandes atractivos.

El *didaskal* (maestro de escuela) nos insta para que visitemos la escuela *demótica* (de *demos*, comunidad) construída por el municipio á expensas de los contribuyentes. Este colegio no es más que un pequeño piso que contiene dos salas bien ventiladas y alumbradas, guarnecidas de largos bancos y adornadas con cartas geográficas y algunos grabados, sin que falte la tradicional pizarra. Una de las habitaciones era el departamento de las niñas; la otra el de los niños. En esta última hallábanse reunidos unos treinta, con una pizarra pequeña pen-

diente de la cintura. Su aspecto me hizo recordar un fresco de Pompeya, que representa un grupo de estudiantes que se encaminan á las clases, bajo la dirección de su profesor. Rogué al maestro que nos diese una pequeña muestra de los adelantos de sus discípulos en lectura é historia. La primera se hizo con la monotonía habitual á las escuelas griegas. En cuanto á la historia, era ésta un compendio, en preguntas y respuestas, traducido de una obra inglesa; compendio que he encontrado en casi todos los colegios de Grecia. El maestro, llamando por su nombre á un discípulo, le hacía una pregunta, á la que respondía el muchacho con la mayor velocidad posible, no comprendiendo, evidentemente, ni la mitad de lo que decía. Esto no era más que uno de los numerosos inconvenientes de la enseñanza mutua.

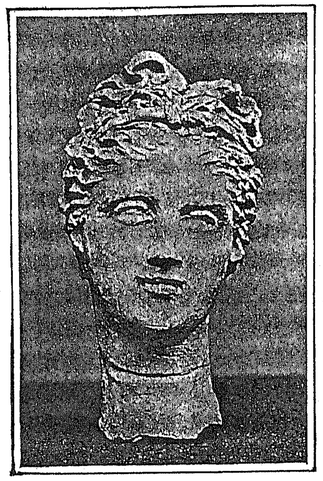
Pregunté si se enseñaba á aquellos niños algunas nociones de agricultura, y me respondieron que jamás se había tratado de tal cosa. Los modelos de escritura eran buenos en su mayor parte, aunque en ellos se había reemplazado el sistema de los antiguos manuscritos griegos, por la escritura cursiva tan defectuosa que impera en nuestros días. Todos los niños tenían un aire dócil é inteligente, que hablaba tanto en favor suyo como en el del maestro encargado de su educación. Estaban vestidos con gran limpieza, casi todos con la característica fustanela, y parecían vigorosos, vivos, alegres y completamente desprovistos de timidez. Después de haber sufrido el primer examen que les habíamos pedido, nos interrogaron á su vez, y fué preciso describirles los países y ciudades que habíamos visitado, los monumentos, los ferrocarriles, la fotografía, la galvanoplastia, etcétera, etc. Escuchaban con ardor nuestras explicaciones, que procurábamos hacer lo más claras posibles, y que comprendían con una facilidad y una inteligencia notables. En Grecia, aún diré más, en todas partes donde se encuentra la raza griega, es decir, desde el fondo del Asia Menor hasta las provincias más apartadas del reino helénico, hay una sed de saber que parece dominar á la nueva generación; y, sin embargo, si se

consultan las estadísticas oficiales, se ve con extrañeza que la Grecia ocupa, en lo tocante á instrucción, el penúltimo lugar entre las naciones europeas, pues sólo aventaja á Rusia.

En efecto: ochenta y tres habitantes, entre ciento, son completamente iletrados. Las mujeres, sobre todo, son de tal ignorancia, que únicamente siete, entre ciento, saben leer y ninguna escribir. Precisa añadir que de esta desigualdad no debe acusarse á la raza griega, que no perdona ningún esfuerzo para hacerla desaparecer. Hace unos sesenta años que los griegos se preocupaban más de andar á tiros con los turcos que de leer las tragedias de Eurípides. Casi todos los griegos de esta generación, que aún hoy existen, no hablan más que un dialecto, mezcla de turco, griego, italiano y albanés, que era en aquel entonces la lengua comercial del archipiélago, y no saben, en materia de caligrafía, más que garrapatear penosamente su nombre en la parte inferior de una letra de cambio. Por otra parte, los albaneses, cuyas emigraciones sucesivas han cubierto una parte del reino, son perezosos, poco deseosos de instruirse y torpes para la gramática. Que se juzgue el tiempo que ha sido preciso para formar maestros en número suficiente, y nadie se extrañará de que este pequeño pueblo esté tan atrasado. Hay que reconocer, sin embargo, que en tal cuestión se han realizado todos los progresos humanamente posibles, como lo dice bien claro el hecho de que, no existiendo en 1830 más que setenta escuelas frecuentadas por seis mil niños, hoy, entre unos doscientos mil niños de cinco á diez años, se cuentan más de setenta mil estudiantes, repartidos entre mil ciento noventa y cinco escuelas comunales, dirigidas por más de seiscientos profesores y más de cuatrocientas setenta institutrices. Aunque la ley ha impuesto, bajo pena de multa, la instrucción obligatoria, solamente la mitad de los mozos va á las clases elementales, y apenas una docena de niñas son enviadas por los padres á la *didaskalisa* (maestra de escuela). Y todavía un buen tercio, sean niños ó niñas, salen de las escuelas sin haber aprendido nada. Estos resultados no son muy satis-

factorios en lo que se refiere á la educación de las niñas; pero, en lo que se refiere á la de los jóvenes, la Grecia ocupa ya un puesto honroso al lado de las potencias ilustradas. Por otra parte, el movimiento va en progresión creciente y rápida, y el número, aún muy grande, de niños que no reciben ninguna instrucción va disminuyendo cada año.

Después de haber visitado el departamento de los niños, pasamos á la segunda sala, en la cual una quincena de niñas, vigiladas por la maes-



ANTIGÜEDADES GRIEGAS

tra, se ocupan en trabajos femeniles, como bordados y demás. Casi todas van pobremente vestidas, y en su fisonomía no se ve la expresión inteligente que hemos notado entre los niños.

Por la tarde, las autoridades de la ciudad vienen á ofrecernos cortésmente sus servicios. El alcalde nos hace una relación del último temblor de tierra que dos años antes destruyó casi por completo la ciudad de Tebas. La Grecia debe su forma actual al cataclismo en el cual desaparecieron inmensas comarcas, de las cuales las islas del Archipiélago son como los únicos puntos de asilo que han surgido, y aún se encuentran al paso de la línea volcánica que se extiende de SE. á NO., partiendo

MITOS GRIEGOS

de la isla de Chipre para terminar en Toscana. Los extraños fenómenos que han llevado consigo primero la formación, la destrucción parcial luego, de Santorín; las pestilentes y malsanas

emanaciones que han hecho á Milo casi inhabitable; el primer temblor de tierra sufrido por Tebas en 1863; el que destruyó á Corinto algunos años después; el de Vostitza en 1861, y el de San Mauro unos diez años más tarde, en el que perecieron cientos de habitantes; todas estas catástrofes prueban la violencia del foco eruptivo que, cada dos ó tres años, trastorna tal ó cual punto de Grecia.

Al día siguiente por la mañana, Pericles logró, no sin trabajo, reunir á los agoyates y sus bestias. Asomándome á la ventana, pude verle en medio de un grupo pintoresco de hombres y caballos, moviéndose, hablando y gesticulando, sin apresurar por eso el cargamento de nuestro equipaje. Por fin, pudimos despedirnos de nuestro huésped, que se despertó trabajosamente de un sueño pesado á causa de las libaciones de la noche, y que aceptó con reconocimiento los dos dracmas que nuestro guía deslizó en sus manos. Nos deseó buen viaje y nos siguió con mirada húmeda hasta que volvimos la calle.

Atravesamos el Ismeno por el lugar en que debió estar situada en otro tiempo la puerta Prætides, una de las siete que han valido á Tebas su poético sobrenombre de *Ciudad de las siete puertas*, y caminamos por una gran llanura apenas accidentada por algunos movimientos del monótono terreno, bordeada á la izquierda por los contrafuertes grisáceos del Ptous y á la derecha por las grandes y desnudas pendientes del Parnaso. No se veía ni un árbol, ni un ave, ni una aldea, ni un cultivo regular, sino solamente una vegetación corta, casi á raíz del suelo, y un inmenso terreno de un color oscuro sombrío. La tierra se asemejaba á la de un jardín por su tono oscuro, y estaba formada por ricos aluviones cuya fertilidad quedaba atestiguada por la exuberancia de cardos enormes que formaban campos enteros. En toda la extensión que alcanzaba nuestra vista, no distinguimos ni una mansión ni un ser humano.

La Beocia, en otro tiempo tan poblada y fértil, ha sido destrozada por los temblores de tierra, y más especialmente por los turcos, durante la guerra de la Independencia. Apenas si

cuenta unos 20,000 habitantes, cuando podría fácilmente mantener á 400,000 y convertirse en el granero de Grecia. Su prosperidad no será efectiva hasta el día en que los hombres políticos, comprendiendo los verdaderos intereses de su país, sepan, con sabias medidas, defender á los propietarios y cultivadores contra las exacciones locales que estorban toda empresa seria.

Sin abandonar la pulverulenta carretera, nos acercamos al Parnaso, y observamos que el suelo es allí más calcáreo y fácil de labrar y que el subsuelo es rico en margas. Está, pues, este terreno en excelentes condiciones para el cultivo de cereales, mientras que las tierras profundas del fondo del valle son singularmente adecuadas al cultivo de plantas industriales. Aquí y allá, estrechos surcos de trigo rompen la monótona tristeza del paisaje. En el camino nos cruzamos con unos campesinos que conducen á un borriquillo tísico y despellejado, cargado con un saco de grano: es el diezmo que lleva á los almacenes del Gobierno, impuesto tan mal repartido como arbitrariamente cobrado, y que influye no poco en el deplorable estado en que se halla la agricultura en Grecia.

Al mediodía, después de haber paseado por las aldeas de Spaides, Dritza y Bratsi, pueblos de la Albania, llegamos á Tanagra. En un perímetro considerable, se distinguen fácilmente los cimientos de las murallas de la antigua ciudad; pero la mayoría de los fragmentos desaparecen bajo las tierras labradas y las viñas. En el fondo de este vasto recinto se descubren todos los días cantidades inmensas de objetos de barro, y muy frecuentemente también sepulcros decorados con esas maravillosas estatuítas coloreadas, hechas de barro cocido, que tanta admiración causan á los inteligentes. Casi todas estas figuritas representan mujeres enlutadas, empuñando un abanico y elegantemente peinadas. Todas ostentan un carácter de realidad que tiene todo el sabor de un retrato tomado del natural. Salen del fondo de la tumba, en que han yacido más de dos mil años, con todo el esplendor y frescura de su colorido; pero, desgraciadamente, el aire las decolora en seguida. Los atenienses se

las disputan á precio de oro, y más de una de estas diminutas estatuas, de 15 ó 20 centímetros de longitud, alcanza el precio de las más hermosas estatuas de mármol. Sin dejar de censurar esta exageración, no se puede negar que existe en ellas la revelación de una parte del arte griego, hasta el presente oculta por completo á nosotros. La especulación ha encontrado en aquellas figuritas un buen objeto en que ejercerse, y así encontramos á varios individuos que estropean las viñas, buscando sepulcros preciosos; pero estos magníficos descubrimientos son raros. Muy á menudo no se hallan más que vasijas de barro muy antiguas y groseras, cuyo valor no compensa los gastos que se han hecho en su busca. Fundados en esto, rechazamos el ofrecimiento que nos hace un propietario de excavar ante nosotros (corriendo los gastos por nuestra cuenta) el terreno que le pertenece.

Continuamos atravesando la llanura, dejando á nuestra derecha la aldea de Sikanino, en la que se encuentran tres viejas iglesias bizantinas, y á la cual condujeron los bandidos, en 1870, á los cinco ingleses que habían apresado cerca del Pentélico. Bien pronto volvemos á encontrar el río Asopo, que en esta época del año no es más que un delgado hilito de agua límpida que circula lentamente por entre bancos de arena, y, después de una ardua subida, llegamos á una altura desde la cual dominamos el estrecho de Euripo, y allá, á lo lejos, la blanca ciudad de Calcis.

Pero aún nos hallábamos lejos de ella, y la noche se echaba encima. Las montañas se coloreaban ya con esas tintas ardientes que anuncian el fin del día, y en Grecia el crepúsculo es tan corto, que en algunos minutos se pasa de la claridad más brillante á la más profunda oscuridad. Aún no habíamos bajado del todo la montaña, y y ano distinguíamos la carretera, por la cual andaban, tropezando, nuestros caballos. Costeamos una vasta bahía circular y oímos á nuestra derecha, sin ver nada, el débil rumor que las pequeñas olas producían al romperse en la playa.

Pericles no parecía estar muy confiado en medio de esta oscura noche. De tiempo en tiempo, enormes perros se precipitaban hacia nosotros, ladrando furiosamente, como si hubieran querido destrozarnos. A intervalos, grandes sombras blancas se levantaban detrás de los zarzales, y voces rudas y altaneras entonaban con nuestro guía un coloquio que más se parecía á la intimación de un enemigo que á un cambio amigable de explicaciones. El recuerdo de los sucesos sangrientos que habían tenido lugar unos cuatro años antes, á pocas horas de aquel sitio, no era lo más á propósito para tranquilizarnos, y hubiéramos preferido no encontrarnos en aquellos solitarios parajes á semejante hora. Por fin, á las primeras claridades de la luna, vislumbramos una altura coronada por un fuerte, y ante nosotros, destacándose sobre las centelleantes aguas del mar, la sombría mole del puente de piedra que une la isla á la tierra firme y que termina en la ciudad de Calcis.

El estrecho que separa á esta última de la costa beociana no tiene más que 80 metros de largo. Un pequeño islote, situado á 10 metros de las murallas, divide esta distancia en dos partes desiguales. Este islote, coronado por una fortificación veneciana, comunica con la ciudad por medio de un puente giratorio de madera y hierro, establecido hace algunos años con el fin de reemplazar al puente fijo de madera que estorbaba toda comunicación entre el N. y el S. del canal. Esta obra, que ha costado más de un millón, ha dado á Calcis una importancia que había perdido por el cierre del paso y que se traduce por un considerable aumento de población y de ingresos. El puerto de Hagios-Minas, antes desierto, se halla ahora ocupado por una multitud de grandes buques griegos, de proa encorvada, que cargan los productos de la isla. Cada semana, un barco de la Compañía Helénica, que se dirige á Stilida, hace escala en Calcis y despacha allí las mercancías de Europa, por las cuales está cada vez más extendida la afición.

Por el lado de Beocia se encuentra el paso más ancho, pero también el menos profundo, el cual se atraviesa por un puente

de piedra que mide 25 metros aproximadamente. En la antigüedad, según se dice, en el espacio que hoy ocupa este puente había un torrente que dejaba un islote central y que debió ser destruído por la corriente del Euripo. Esta corriente violenta, que se precipita primero de N. á S., para hacerlo luego con no menos impetuosidad de S. á N., ha derrotado, hasta el presente, la sagacidad de todos los sabios; pero el despecho que puedan experimentar no les lleva al extremo que á su antepasado Aristóteles, que, según la leyenda, se ahogó en el Euripo, desesperado de no haber podido descubrir la causa de tan curioso fenómeno.

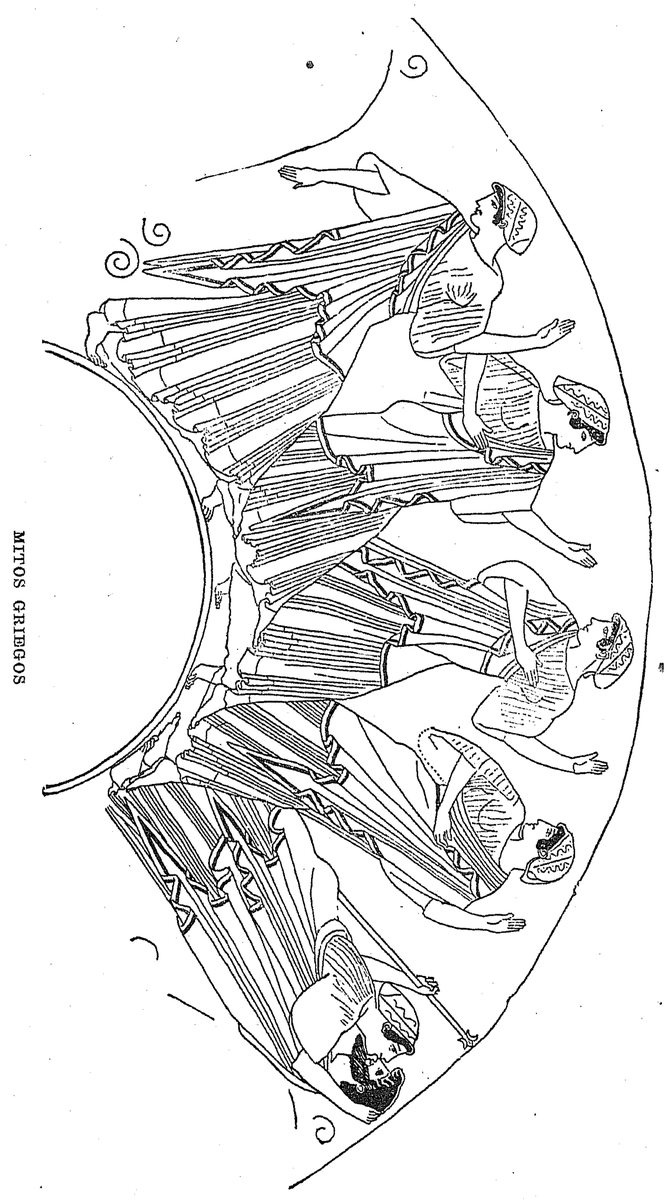
Al abandonar la ciudad, el día siguiente por la mañana, pasamos cerca de la antigua fuente de Aretusa, en la cual los romanos mantenían con quesos frescos á los peces domesticados y á las anguilas adornadas con aretes de oro y piedras preciosas. Después del temblor de tierra, esta fuente célebre, que aún proporcionaba agua á los venecianos, ha desaparecido de una manera tan completa, que hasta es imposible determinar su emplazamiento exacto. Después de haber costeado por algún tiempo el mar, ora atravesando el lecho desecado de un pequeño torrente, ora dando vuelta al fondo de pequeñas ensenadas pantanosas, llegamos á la aldea de Vatuda, en la que descuellan dos ó tres hermosas casas de campo rodeadas de jardines, ó, más bien, de grandes verjeles, sombreados por naranjos, higueras y viñas.

Tras algunas horas de fatigosa marcha, encontramos en la altura una fuente llamada Eremo, desde la cual gozábamos una hermosa vista. A nuestros pies, el estrecho serpenteaba entre dos pintorescos ribazos, semejantes á un inmenso río de azul. Enfrente, las montañas de la Beocia, el Helicón y el Parnaso, coronado de nieve, se destacaban sobre el cielo. Delante de nosotros, terminando en el mar, se veía una larga sucesión de colinas, cubiertas de pinos odoríferos, de arbustos y de encinas enanas.

El calor era intenso; el sol, ardiente, y la reverberación del

suelo nos quemaba el rostro. La carretera cada vez es más intransitable. Las herraduras de los animales de tiro y carga han acabado por hollar la roca, formando una especie de escaleras, en las que nuestros caballos se exponen á romperse las patas. De tanto en tanto, el lecho de un torrente corta el camino con una resbaladiza grieta, difícil de franquear. Algunas veces los animales se detienen desanimados y rendidos de fatiga. Los agoyates les excitan con la voz y exhalan gritos á la vez prolongados y guturales, que parecen darles nuevo ánimo. Por fin, llegamos á una colina, desde la cual nuestras miradas distraídas se posan en el lado opuesto á la isla, sobre el archipiélago, hasta las lejanas islas de Skiros, Skopelos y Skiatos; pero un viento violento nos impide admirar por mucho tiempo esta vista panorámica y verdaderamente maravillosa. Descendimos rápidamente hacia el N. por una serie de pendientes cubiertas de pinos sombríos, de árboles de Judea y de arbustos en flor. El escarpado sendero se introduce entre barrancos, por cuyo fondo corre un torrente, dominados por altas y puntiagudas rocas que se destacan con un tono grisáceo amarillo, sobre el azul intenso del cielo. Una gran roca que rodea el sendero cierra casi el desfiladero que los griegos designan con el nombre genérico de Klissura. Encima de este desfiladero (uno de los más magníficos de Grecia, tan rica, sin embargo, en bellezas de este género), sobre la cima casi inaccesible de una montaña, á la cual no se consigue llegar sino desgarrándose los pies con las rocas, y en una posición verdaderamente salvaje, se distinguen las ruinas de un extenso recinto con torres cuadradas y vastas cisternas.

Era un castillo fuerte, que, gracias á esta posición inexpugnable, cerraba completamente el paso del desfiladero y dominaba todo el valle. En él vivía, en la Edad Media, un gran señor, rodeado de sus caballeros, haciendo una alegre vida, cazando lobos y villanos, haciendo pagar rescate á los comerciantes y guerreando contra sus vecinos. En Eubea, durante la época de las cruzadas, la división de los feudos fué grande, y cada señor construyó un gran número de castillos y de puestos fortificados para



MITOS GRIEGOS

guardar las alturas y los desfiladeros que daban acceso á sus Estados. A esto se debe el que la isla esté cubierta de ruinas y

á que no haya aldea ni cima algo importante que no esté coronada por lienzos de murallas derrumbados y en los que aún se distinguen escudos esculpidos, emblemas indescifrables de familias que en la actualidad han desaparecido por completo.

MITOS GRIEGOS

Nada tan extraño como esta sociedad feudal transportada á uno de los rincones más ocultos de Oriente, con sus costumbres, su lenguaje y sus leyes, sin que la vecindad de una población hostil haya podido jamás hacer cesar las profundas divisiones que armaban, unos contra otros, á estos barones tan celosos de su independencia. Cuando la dominación veneciana se regularizó, estos castillos se convirtieron en puestos destinados á ga-

rantir la seguridad de los caminos y del comercio, así como á mantener á los griegos en la obediencia. Las guarniciones que los ocupaban dependían todas de un capitán residente en Calcis y encargado del mando militar.

Al ocultarse el sol, llegamos á la aldea de Achmed-Aga, cuyas blancas casas, centelleando á través de los árboles, se escalonan en una colina. Una ruda subida nos condujo á la casa de un inglés, en la cual debíamos alojarnos. Mr. Smith, que así se llamaba nuestro huésped, muerto hace dos años, á más de los ochenta de edad, había llegado á Grecia el año 1830. Seducido por la belleza de esta parte de la Eubea, compró una inmensa extensión de terrenos al rededor de la aldea, en la que se estableció después de haberse casado en Atenas. Su viuda fué la que nos recibió á nosotros.

Al final de un gran patio, bordeado á cada lado por vastos almacenes, se eleva una hermosa casa de dos pisos, provista de una galería exterior de madera. Una pequeña terraza lateral, cubierta por una parra, domina la aldea y el valle, limitado al S. por montañas cubiertas de espesos bosques y por la alta mole del Delfi, salpicado de nieve. La noche envolvía ya el paisaje en una dulce sombra: solamente algunos picos muy elevados se hallaban iluminados por los rayos del sol poniente.

Todo el siguiente día debía ser consagrado á la visita de la propiedad, una de las más hermosas y mejor cultivadas de la Eubea; y muy temprano el intendente M. K., joven suizo, instruído y distinguido, vino á nuestro encuentro para guiarnos en nuestro paseo. Dos *poneys* de Tesalia, de ojos ardientes y crines cortadas al rape, como los caballos de Fidias, habían sido ensillados para nosotros, pues la propiedad tiene varias leguas de longitud. Una gran parte de ella la ocupan los bosques: el resto está cultivado.

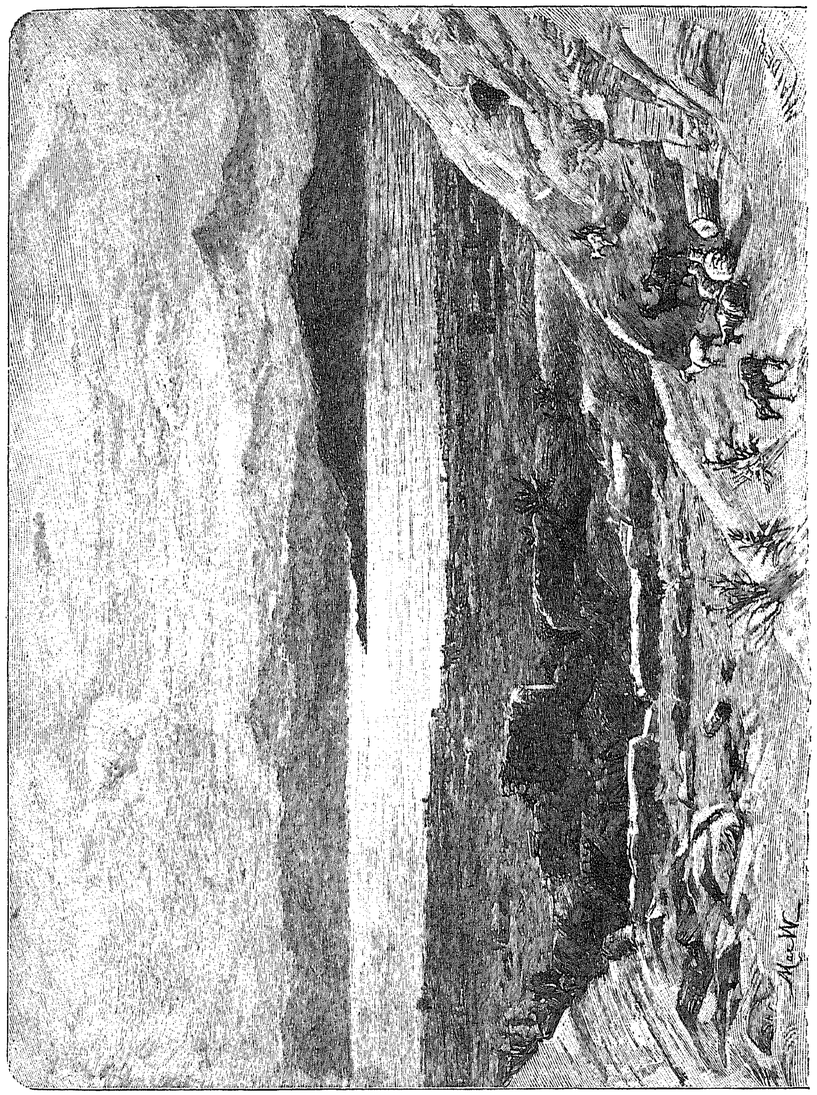
Mr. Smith, que había consagrado su vida, su energía y su fortuna al mejoramiento de esta posesión y á la educación práctica de los habitantes de Achmed-Aga y de Drisi, ha muerto desalentado por el poco éxito que habían alcanzado sus gestiones, llevándose al sepulcro la dolorosa convicción de que su obra no sería continuada y dejaría sin provecho á su familia y al país del que había hecho su segunda patria. A pesar de su paciencia y de su habilidad, Smith se estrelló, como tantos otros, contra la pereza y la ignorancia de los habitantes, contra la malevolencia de la Iglesia griega ortodoxa y del Estado.

El griego no es cultivador: todos sus anhelos se dirigen á poder estar en una ciudad al frente de una tiendecita, ganando mucho dinero con poquísimo trabajo. Sus instintos mercantiles se rebelan contra el trabajo incierto y vago del campo. Lo sufre como una necesidad, pero sin hacer nada para mejorarlo. Los campesinos ignoran las más elementales y sencillas nociones de agricultura, y, gracias al espacio que les deja lo corto de la población, explotan el suelo como verdaderos salvajes, esquilmando un pedazo de tierra con cosechas sucesivas y pasando á otro cuando el primero ya no puede producir. Por otra parte, tampoco hacen nada para recoger los abonos y estercolar los campos. Este no es, ciertamente, el sistema de barbecho, sino más bien un régimen de empobrecimiento general. De esta manera las propiedades son cada día menos productivas. Así el Gobierno como los propietarios, se inquietan muy poco por la dilapidación de la mayor riqueza del país, y casi no se cuidan de poner remedio. Y no es por falta de inteligencia por lo que el labrador griego se niega á trabajar el terreno de manera que saque de él todo lo que prudentemente puede hacérsele producir: es solamente la pereza lo que se lo impide. En muchos asuntos es menos rutinario que los campesinos europeos, y acepta de buen grado las mejoras que se le proponen, pero á condición de que otro las haga por él.

Que se construyan canales de riego, que se establezca tal ó cual otra mejora, el labrador griego comprenderá el progreso que aquello proporciona, y se mostrará muy contento de aprovecharlo; pero, abandonado á sí mismo, no hará nada por imitar los nuevos procedimientos, cuya utilidad ha reconocido y seguirá echando con notable descuido algunos granos de maíz

en un surco apenas trazado, abandonándolo luego, sin ocuparse más de él, á todos los azares de la sequía ó de las infiltraciones que invaden los terrenos bajos, suelos los más ricos y que podrían dar las más maravillosas cosechas. Precisa decir, en su excusa, que la rapacidad y la doblez de los agentes fiscales, que aumentan la ya notable pesadez de los impuestos, son poco á propósito para animarle al trabajo y á la actividad. El impuesto sobre las tierras, decretado por el Gobierno, es percibido por agentes que tratan á la provincia de que están encargados, como país conquistado, y sacan á los contribuyentes, á fuerza de exacciones y vejaciones, todo el dinero que pueden. Está prohibido tocar á las cosechas antes que el colector ó su comisario estén presentes para percibir el diezmo. La parte reservada al colector es amontonada en sacos, de manera que se exceda la medida exigida por una ley ya de por sí exorbitante. El desdichado campesino se ve obligado á transportarla sobre un borrico por los caminos más detestables que se pueden ver, hasta el almacén del Gobierno, situado frecuentemente á varias leguas de distancia. Los guardias instalados en estos almacenes no tienen más que un escaso sueldo: sesenta dracmas al mes aproximadamente. Así es que se valen de todos los medios para aumentar su beneficio con las ventas que están encargados de llevar á cabo. El trigo lo mezclan con arena y otros granos de menos valor, y los diez sacos del labrador se convierten en doce entre las manos experimentadas del guardaalmacén. Este sistema de impuestos arruina, como se ve, al propietario, sin enriquecer al Tesoro, que no recibe ni la mitad de lo recaudado.

Los labradores, por su parte, á consecuencia de esto, no tienen interés ninguno en mejorar el cultivo y entrar en una vía de progreso que les atraería las vejaciones de los recaudadores. Así, su único deseo es disimular las economías que pueden hacer. Para ello entierran todo el dinero que ganan, y representan el papel de miserables á fin de no excitar la avaricia de estas hambrientas aves de rapiña. En la Eubea, los labradores no poseen tierras propias, sino que toman en arriendo los terrenos



RUINAS DE LA ANTIGUA SYCIÓN

de los propietarios. Este sistema, muy en uso en el país, fué el adoptado por Mr. Smith, que recibía un tercio del producto de sus terrenos y dejaba á los arrendadores los otros dos tercios, con el cuidado de pagar los impuestos. Para cada familia de

colonos había construído una casa de piedra con dos pisos y cubierta de tejas. Además, prestaba las semillas y útiles que, muy á menudo, no reclamaba y que, más frecuentemente, se olvidaban de devolvérselos.

A medida que caminábamos, atravesábamos ricas tierras de aluvión. El intendente nos dijo que el producto que se saca de ellas es, sin embargo, muy escaso, añadiendo que una de las más serias causas de la poca importancia de los productos es la falta de una completa colección de útiles de labor. Todos los agricultores (si tal nombre puede darse á los campesinos griegos) hacen allí uso de un antiguo arado, especie de chuzo que apenas rasca la tierra, pero que es de fácil compostura y más fácil dirección.

Mr. Smith ha querido introducir en la Eubea el uso del arado inglés y de la aradora Dombasle, cuya reja excava profundamente el suelo y vuelve el trozo cortado de tierra para exponerlo á la acción bienhechora del aire; pero los caballejos degenerados de Tesalia no fueron bastante vigorosos para tirar del aparato. Se probaron los bueyes; mas la raza bovina es allí pequeña, débil y mal mantenida, y el resultado fué igualmente negativo. Poco después rompióse un arado, modelo Dombasle, y el herrero de la aldea no supo repararlo. La mala voluntad de los habitantes lo hacía todo imposible. Mr. Smith, profundamente desanimado, renunció á esta tentativa, y los arados modernos fueron relegados bajo un cobertizo, en el cual los he visto aún, enmohecidos y cubiertos de orín.

Cierto día que llegó á Achmed-Aga una trilladora mecánica que Mr. Smith había encargado, el recaudador de impuestos y las autoridades se opusieron á su funcionamiento, alegando que aquello era una invención destinada á sustraer una parte de la cosecha al diezmo del Gobierno. Ni los más sólidos razonamientos, ni las pruebas más concluyentes, pudieron convencerlos. Fué necesario recurrir á la influencia del representante de Inglaterra en Atenas, que arrancó al ministro competente una orden favorable; pero el mismo día el alcalde de la

aldea prohibió secretamente á los labradores que llevasen sus gavillas para trillarlas á casa de Mr. Smith. Además, durante la noche hizo robar una de las ruedas de la máquina. En suma: se hizo imprescindible renunciar al empleo de un aparato cuya adquisición había sido muy costosa y continuar trillando el trigo en una gran era enlosada que se encuentra á la entrada de todas las aldeas griegas. Después que se han colocado las gavillas en la era, dispuestas en grandes líneas que convergen hacia el centro, se uncen caballos á seis ú ocho planchas estrechas de unos cuatro pies de largo, ligeramente encorvadas por un extremo, y los mozos, de pie sobre esta especie de trineos, excitan á los animales, que describen al galope grandes círculos, moliendo la paja y á menudo también el grano.

Por lo demás, es verdaderamente pintoresco ver á estos jóvenes griegos plantados sobre las planchas como guerreros prontos á lanzar una flecha, excitándose, provocándose, probando á pasarse y á cortarse el paso, mientras que el recaudador, sentado á la sombra de un alto haz, vigila fumando su larga pipa. Este sistema primitivo y bárbaro deja perder más de la quinta parte del grano y echa á perder la paja; pero aún no ha sido posible hacer que los campesinos adopten un método más racional. Al lado de los campos de trigo vimos plantaciones de rubia y algunos ensayos de cultivo del algodón; á la sombra de hermosos olivares, la viña echa retoños vigorosos; pero las cepas están sin cortar; las plantas de rubia no han sido limpiadas, é inmensos espacios sin cultivo atestiguan la incuria y el descuido de los labradores.

El intendente nos dice que en este asunto no se ha alcanzado ningún progreso, y que, indudablemente, las generaciones que se seguirán no serán ni más ilustradas ni más ricas. Los campesinos griegos dan pruebas de una gran frugalidad, pero también de una gran imprevisión: como tienen pocos recursos, toman á préstamo, con intereses excesivos, y se convierten así en la presa de los usureros de aldea, que son el azote del país. Un buen número de pequeñas propiedades son cultivadas para

estos prestamistas, por los que antes habían sido sus propietarios, y que, merced á la usura de aquéllos, han quedado arruinados. Ya es fácil presumir que los pobres diablos no deben trabajar, ciertamente, con gran voluntad.

Terminado el paseo, entramos en la casa para almorzar. Durante la comida, la señora viuda de Smith nos contó una aventura trágica, en la cual había faltado poco para que su esposo perdiese la vida. Diez y seis hombres le atacaron á escopetazos, y, después de haberle herido gravemente, le robaron una suma considerable (de doce á quince mil pesetas). A pesar de las enérgicas reclamaciones del embajador de Inglaterra, ni uno de los asesinos fué perseguido; y, aunque es seguro que las autoridades locales no se mezclarían en este crimen, es también de suponer que no se enfadaron mucho por él, pues quizás esperaban que Mr. Smith, espantado, abandonaría la comarca. Allí no se piensa en guardar á los extranjeros, sino en deshacerse de ellos. Entre el pueblo, como entre los funcionarios, reina el mismo sentimiento de hostilidad contra todos los que intentan establecerse en Grecia, y todos adoptan el partido de desanimarlos para obligarlos á retirarse. Todos los medios se ponen en juego para alcanzar este resultado, tan contrario á los verdaderos intereses del país.

Sin embargo, toda la isla de Eubea es uno de los países mejor dotados por la naturaleza, á causa de la variedad y riqueza de las producciones. El trigo es allí soberbio; el algodón se desarrollaría maravillosamente. En ciertas partes, la rubia, los olivares y, sobre todo, la viña, proporcionan excelentes cosechas. Los gusanos de seda encuentran en aquella región, forzoso es creerlo, condiciones climatológicas favorables, ya que, hasta el presente, se han conservado al abrigo de toda enfermedad. Los ganados son numerosos y engordan grandemente con buenos pastos. Los bosques pueden dar madera de construcción para la marina. Cerca de Rovias, en el Norte y en el monte Ocha, se encuentran lignitos combustibles. Por todas partes, pero sobre todo en el Sur, existen abundantes filones

ANDRÓMACA

metalíferos. En las proximidades de Karystos se han descubierto varias ricas minas de cobre y de plomo argentífero, y se ha concedido una amplia concesión á una sociedad griega, que ya ha comenzado los trabajos. Por último, abundan en este paraje manantiales de agua mineral caliente. A tantas riquezas naturales no les falta más que dinero y brazos que sepan explotarlas; pero, en tanto que la organización social y administrativa del reino no garantice la completa seguridad á los capitalistas y á los trabajadores más que por leyes y reglamentos que son letra muerta, la más bella provincia de Grecia no tendrá ningún valor en las manos de dueños ignorantes ó malévolos.

Después de un instante de reposo, el intendente nos propone una larga excursión por los bosques. En ella se presentan sucesivamente, ante nuestros ojos, magníficos cuadros, espléndidos horizontes; pero los largos rastros negros, trazados por el incendio, entristecen en todas partes la mirada. Estos incendios son producidos muy á menudo por la malevolencia, y jamás se logra descubrir á sus autores, que á veces son protegidos, cuando no ya excitados, por los guardas. Esta es otra aplicación del sistema que tiene por objeto disgustar á los extranjeros y obligarlos á que abandonen el país, al verse arruinados en él. Frecuentemente, también los pastores, raza nómada y salvaje, incendian, por indolencia ó malicia, grandes extensiones de bosques, con el fin de dejar crecer un poco de césped para que pasten sus ganados. Las autoridades abandonan á las llamas cantones enteros, sin cuidarse de detener ni localizar el siniestro, y sin intentar castigar un crimen que la ley condena con las penas más severas. Durante una corta estancia en Kumi, nos fué dado asistir á un ejemplo de esta destrucción, que devasta toda la Grecia. Un espeso humo cubría la montaña en una extensión de más de dos kilómetros y oscurecía el sol.

—Eso no es nada,—nos dijo el tabernero propietario, que nos servía medio cordero asado.—Es el bosque que arde.

—¡Ah! Y ¿quién ha sido el causante del fuego?

—¡Quién lo sabe!—respondió encogiéndose descuidadamente de hombros.—Tal vez un pastor.

—Pero ¿no se ha enviado gente para probar de extinguir el incendio?

Nuestro hombre nos miró con extrañeza y sin respondernos, como si estuviéramos locos ó nos burláramos de él.

—¿Y si toda la montaña arde?—añadimos.

—Y bien: ¿qué le hace? Eso es cosa del Gobierno.

¡Haced, pues, entrar en semejantes cerebros la teoría de la despoblación de los montes y de su influencia sobre el clima y la agricultura! Por otra parte, los griegos hacen poco caso de sus maderas y de sus bosques, y los guardias forestales, mal pagados é ignorantes, son los primeros (quizá únicamente por negligencia) en dejar cometer tan bárbaros atentados. Se arriendan los cortes á la turca, es decir, á ocho ó diez dracmas el hacha al mes, dejando la elección libre en ciertos y determinados parajes. Lo que más generalmente sucede es que el arrendador corta todo y deja la montaña desnuda. Pero ¿se trata de un propietario extranjero y poco dispuesto á comprar la complacencia? Entonces los agentes se muestran excesivamente rigurosos.

El propietario no puede cortar uno solo de los árboles que le pertenecen, sin autorización, la cual no se concede sino después de estudiadas dilaciones y del pago de una cantidad, que fija arbitrariamente el inspector. Smith había acabado por renunciar á la explotación de sus bosques hasta para su uso particular y las necesidades de su negocio, pues, aunque parezca increíble, le costaba menos hacerse venir de Sira las maderas de construcción que cortarlas en sus propios dominios.

¡Cuántas fuentes de riqueza se pierden en aquellos bosques por falta de cuidado, de vigilancia y de vías de comunicación!

En ellos tendría la marina recursos preciosos para sus construcciones, si hubiera medio de llevar las maderas hasta el mar. Además, si se cuidara de los retoños, pronto estaría el país cubierto nuevamente de bosques; pero la vegetación está allí

entregada á multitud de causas destructoras. Las cabras entran en aquéllos, como ejércitos enemigos, y devoran todo cuanto se halla á su alcance. Los pastores y sus rebaños son los que más han contribuído á devastar y arruinar la Grecia y muchas provincias de Turquía. Los árboles que se libran de los dientes del ganado tienen pocas probabilidades de ser respetados por el hacha de los recolectores de resina, que hacen profundas incisiones en los troncos de los pinos y arrancan violentamente la corteza para que corra la savia. La cantidad obtenida por este bárbaro procedimiento es corta; la ganancia, mínima, y el árbol se seca y muere en poco tiempo. Los encargados de la conservación de los bosques venden el permiso de explotarlos, y no ejercen ninguna vigilancia, careciendo, además, de toda clase de conocimientos forestales, lo cual no es extraño, supuesto que los cambian cada vez que varía el ministerio.

Los carboneros constituyen también una causa de destrucción. Haciendo una vida nómada, escapando á toda investigación, llegan hacia el fin de junio, en cuadrillas que cortan y queman á su capricho, dejando desnudas, á veces, faldas enteras de montañas. Las lluvias, á las que nada retiene en la superficie del suelo, asolan los terrenos faltos de arbolado; los torrentes inundan las llanuras y esparcen en ellas los gérmenes de las fiebres perniciosas; la temperatura se desequilibra, y los manantiales se secan en el estío. El mal causado ya es inmenso, y no se puede concebir ninguna esperanza de mejora, pues los aldeanos son apáticos é ignorantes, y la administración descuidada ó interesada.

En el fondo de un pequeño valle, que seguimos para bajar hacia la llanura, encontramos algunos cobertizos arruinados.

—Hé aquí,—nos dijo el intendente,—todo lo que resta de una fábrica de aserrar mecánicamente la madera, que el Sr. Smith había establecido. Prestaba grandes servicios, pues aserraba en un día más madera que por los antiguos métodos en seis semanas. Pero á cada instante se descomponía; rompíanse los dientes de las sierras circulares sin saber cómo. Se reemplaza-

ban, y otra vez ocurría lo mismo. No se pudo averiguar si era malevolencia ó torpeza; pero hubo que abandonar la fábrica.

Mientras hablábamos, habíamos bajado hasta el límite de los bosques, y una hora de galope nos llevó á la aldea, donde el intendente nos hizo visitar la iglesia, edificio sencillo y sobrio, de estilo romano y construído á expensas del Sr. Smith, que, como se ve, había hecho toda suerte de sacrificios en pro de la civilización, cultura y progreso de aquel país. No fué, sin duda, culpa suya que aquéllos no produjeran el fruto apetecido.

CAPITULO V

DE MANTUDI Á OREOS

Al día siguiente, á las seis de la mañana, salimos de Achmed Aga, tomando la dirección del NO. y costeando siempre el río Eileos, que corre bajo una espléndida avenida de plátanos, cuyas hojas, de tintes variados hasta lo infinito, no nos cansábamos de admirar. A veces, dos ó tres gigantescas ramas salían de un mismo tronco, formando un conjunto verdaderamente majestuoso y pintoresco. Bajo uno de ellos, que un guarda que nos acompañaba nos hizo notar, hubieran podido guarecerse fácilmente cien jinetes.

No tardamos en llegar á Mantudi, gran pueblo elevado á la categoría de subprefectura y en el que reina cierto aire de limpieza y prosperidad. Sus habitantes proceden casi todos de Hidra y han llevado allí el sistema de construcción que da un carácter especial á las casas de dicha isla, por cuyo motivo Mantudi no presenta el mismo aspecto que los otros pueblos de la Eubea. No hacemos más que atravesarlo, y á las diez llegamos á la aldea de Hagia-Anna (Santa Ana), desde donde se domina una vasta extensión del país, y más allá, hacia el N., el archipiélago con las islas de Scopelos y de Skiathos en el horizon-

te. El día de nuestra llegada es la fiesta de San Constantino, uno de los santos más venerados de la iglesia ortodoxa, y en la plaza hay una multitud de diversiones.

La Eubea del Norte tiene fama por sus danzas. La que ejecutaron los habitantes de Mantudi se llama *sirtos*, y no es, en mi opinión, más que la representación coreográfica del movimiento rítmico de los pescadores cuando tiran de la red para llevarla hacia la playa. A la cabeza va el corifeo; luego los hombres; después las mujeres, y, por último, las niñas y los niños. No se cogen de la mano, sino que, con los pañuelos, forman la cadena que se desarrolla y hace evoluciones en la plaza, al son de una rara orquesta, formada únicamente por dos bohemios, uno de los cuales toca una flauta, mientras el otro bate un tambor que tiene la forma de una calabaza. Los flacos y aceitunados rostros de éstos, sus pómulos salientes, sus largos y negros cabellos lacios, denotaban su origen asiático, y en sus grandes ojos negros, de mirada fija y profunda, por la que pasaban feroces resplandores, creeríase ver reflejarse todos los resplandores de la India, su primera patria, y todas las pasiones del clima enervador y ardiente de las orillas del Ganges. Miraban ante sí con la impasibilidad de una estatua de Visnú, y sólo de vez en cuando sonreían como con desdén, por la alegría y jovialidad del círculo que se movía en torno de ellos.

En un extremo de la plaza se hallaba el papa (cura de la aldea), de larga barba blanca y que, apoyado en su bastón, contemplaba el baile, en compañía de algunos aldeanos de avanzada edad. Es imposible imaginarse una escena más animada y pintoresca que la que allí se ofrecía cuando, al son de la flauta de agudas y repetidas notas, acompañadas por el ruido sordo del tamboril, comenzaba á flotar aquella larga fila de túnicas blancas, de delantales y de cinturones de seda encarnada. Altos bosques, colinas cubiertas de verdura y las laderas del monte Kandili, desnudas, rugosas, con escasos pinos y llenas de barrancos ocasionados por los torrentes, constituían el fondo espléndido de tal escena.

En todos los lados de la plaza se organizaban nuevas danzas, y en una callejuela vecina hallamos también un pequeño grupo de siete ú ocho niñas que, cogidas por la mano, ejecutaban aquella márcha cadenciosa y rítmica, al son de una mala guitarra de dos cuerdas, rascada por una vieja, á la vez que dos chicuelos de rubios cabellos y negros ojos trataban de imitarlas. Las niñas eran encantadoras, de un tipo mucho más puro y gracioso que las atenienses, y algunas tenían el cabello de un color rubio claro.

Organizóse luego en la plaza otro nuevo baile de jóvenes. Con las manos puestas sobre los hombros de los compañeros inmediatos, ejecutaban rápidamente tres pasos de lado y luego uno hacia atrás, mientras que el jefe de la fila, un mocetón de aire despierto, daba saltos y movía las piernas con aire orgulloso y soberbio, precipitando ó moderando sus movimientos según el compás de la orquesta.

Parecía infatigable, y de vez en cuando lanzaba un grito agudo, á la vez que saltaba con ligereza y dirigiendo una mirada sentimental hacia el sitio en que se hallaba una joven, su prometida, según nos dijeron. Era una campesina gruesa, de subido color, fresca y despierta, bastante linda, á pesar de ir vestida con arreglo á la moda francesa, pero de un modo desdichado que contrastaba desagradablemente con el traje de sus compañeras. Al poco tiempo abandonó la plaza para cambiar de traje, poniéndose otro, también de moda extranjera, y aún debía variar de vestido una vez más. Era hija del alcalde; había querido distinguirse de sus compañeras, y, en su sencilla vanidad, creía que los extranjeros le dirigirían sonrisas de aduladora admiración por su lujoso tocado. No sospechaba la infeliz las reflexiones que cambiábamos, al verla moverse trabajosamente, oprimida en un cuerpo de vestido falto de gracia que la deformaba á causa de su poco hábito de gastar prendas semejantes. Su deplorable ejemplo debía ser contagioso, á juzgar por las miradas de envidia que le dirigían sus compañeras, quienes, sin embargo, estaban mucho más lindas con sus largas túnicas de

MEDEA

lana blanca bordadas de seda de colores, sus mangas flotantes y los ligeros velos de gasa de seda que les rodeaban la cabeza y cuyas dos puntas flotaban graciosamente por detrás. Estos velos, fabricados en Kumi, y desconocidos en el resto de Grecia,

son de una finura extraordinaria y dan á todo el traje un aspecto vaporoso y ondulante de notable efecto. Como tocado de cabeza, llevaban el casquete rojo más ó menos cubierto de líneas formadas con monedas de plata, que para la mayor parte constituyen toda su dote. Las recién casadas se rodean el talle con un ancho cinturón de seda escarlata, terminado por bellotas que caen sobre la túnica y adornado de chapas de plata dorada con dibujos orientales.

Todavía continuaban entregados á su diversión los bailarines y bailarinas, cuando nosotros nos hallábamos ya lejos de la aldea, espoleando nuestros caballos para ganar el tiempo perdido y subiendo las bruscas pendientes que se elevan al N. de Mantudi.

El aspecto de la comarca era el mismo que en los alrededores de Achmed-Aga: atravesamos un extenso y magnífico bosque en que los robles y los pinos se elevaban por encima de una vegetación exuberante, y por todas partes distinguíamos granados, con sus frutos de un color rojo oscuro y sus hojas de un verde sombrío, mirtos de un verde brillante y otras distintas especies.

Barrancos de aspecto salvaje con amontonamientos de rocas, dignos del pincel de Salvator Rosa, desgarraban las laderas de la montaña; valles misteriosos, sombreados por plátanos y por grandes robles seculares, se hundían al subir hacia las altas cimas, y por entre los troncos de los abetos distinguíamos el mar de azul sombrío y los promontorios de las islas, desvaneciéndose entre una ligera bruma. Cuanto más nos elevábamos, más severa y grandiosa se nos aparecía la Naturaleza. Por fin, después de haber franqueado una estrecha garganta donde caen en mil pequeñas cascadas las aguas de un manantial superior, llegamos á una meseta desde donde nuestras miradas podían extenderse á la vez sobre el mar Egeo, sobre el estrecho de Negro Ponto y sobre el golfo de Volo, que hacia el NO. penetra profundamente en la costa.

Estas vistas de conjunto abundan en Grecia; pero jamás se

cansa uno de contemplarlas, y sólo es deplorable que ni la pluma ni el lápiz puedan hacer comprender su gran encanto y su variedad. A nuestra izquierda se extendía la costa entera de la *Lócrida* y de la Beocia, dominada por la cadena del Parnaso, del Citerón y del Olimpo. Los promontorios á los cuales los ardientes vapores del mediodía formaban como un zócalo de plata, se perfilaban unos detrás de otros, destacándose sobre la mar, lisa como un espejo metálico. Algunas velas inmóviles salpicaban aquí y allá de puntos blancos el estrecho; las nubes enroscaban sus enormes volutas, también blancas, en torno de las lejanas cumbres, y, paralizadas por la abrumadora y solemne calma del día, parecían hacer alto, esperando la brisa de la noche.

Ante nosotros, y perdidas entre las nubes, distinguíamos las cimas recortadas del Othris, el Ossa y el Pelión, masa enorme que dió origen, en las poesías primitivas, á la leyenda de los titanes luchando contra Júpiter; más cerca se levantaba el Œta, donde Hércules, según la leyenda, subió sobre la pira, y en la parte baja, anegado en un pantano, distinguíase el desfiladero de las Termópilas. Finalmente, al N., destacábase, como un relieve geográfico, sobre la inmensa extensión del mar, todo el grupo de islas situadas más allá de la Eubea.

A lo lejos, en las brumas del horizonte, una mancha gris punteada de blanco semejaba una nube ó una vela perdida en la inmensidad: era el Olimpo de Tesalia, la morada de los dioses; pero el sol ardiente que nos abrasaba el cerebro no nos dejaba tiempo para evocar las grandes sombras de Leonidas, de Jerjes y de Alejandro, y continuamos nuestro camino, dejando á la izquierda la pequeña aldea de Hokino-Milia, grupo de miserables casas pobladas por algunos habitantes de aspecto adusto y poco hospitalario. El bosque continuaba siendo espléndido; la mar, con sus islas, formaba siempre el marco invariable y maravilloso de nuestro cuadro, embellecido aún más por las doradas tintas del día que declinaba. A nuestra izquierda, levantábanse murallas de rocas estratificadas que amenaza-

ban desplomarse; bajo los grandes árboles, el suelo cubierto de césped abundaba en flores blancas, amarillas ó azules, arrojadas por la Naturaleza, con inaudita profusión, sobre una alfombra de verde musgo. El aire era puro y se hallaba impregnado de olores balsámicos, y en la enramada millares de pájaros cantaban á más y mejor, aunque el canto del ruiseñor los dominaba á todos.

Después de haber tomado café en un pequeño kani, oculto bajo los plátanos, y que se llamaba *Kani de los Bul-bul*, es decir, de los ruiseñores, comenzamos á bajar rápidamente. Poco á poco, el bosque se aclaraba, los grandes árboles eran reemplazados por pobres arbustos, las montañas por colinas, y todo el país nos parecía de una monotonía y una tristeza aumentadas en gran manera por la fatiga de una larga jornada. Subíamos y bajábamos las ondulaciones del terreno, sin ver huella alguna de habitaciones ni de cultivo y sin encontrar más personas que algún carbonero, que nos seguía con mirada adusta. A cada instante perdíamos nuestro camino, mal trazado, y nos costaba trabajo volver á encontrarlo. El sol bajaba con rapidez; y si la noche nos sorprendía antes de que hubiésemos llegado á la llanura de Oreos, teníamos como perspectiva el pasar la noche en el bosque ó, por lo menos, en el mal caserío de Kastaniotissa, grupo de miserables cabañas situado á nuestra izquierda y lleno de lúgubres recuerdos, pues allí fué donde, hace años, un inglés, el Sr. Leaves y su esposa, que habían fundado una gran explotación agrícola, fueron robados y asesinados.

Pericles, que se desmoralizaba de un modo visible, declaró que no hallaríamos ni siquiera un huevo para nuestra comida. Además, no le tranquilizaba mucho aquella soledad y la proximidad de los carboneros nómadas, y se preocupaba bastante por su bagaje de campaña. Nuestros caballos y los animales de carga estaban extenuados, y su paso se hacía cada vez más lento, á pesar de que no escaseaban las excitaciones. Estas pequeñas contrariedades son frecuentes en un viaje á Grecia, y es preciso no dejarse llevar de la impresión de desaliento que

producen, si se quiere disfrutar de los encantos é interés que ofrece el camino. Por fin, llegamos á una última altura desde donde se extendía nuestra vista sobre la llanura y el mar: era tiempo, pues el sol había ya desaparecido detrás de las monta-

SAFO

ñas de la tierra firme, y casi no distinguíamos el accidentado camino en que nuestras cabalgaduras tropezaban á cada instante. Costeamos algunos campos cultivados, y, á los últimos resplandores del crepúsculo, distinguimos la roca de la acrópolis de Oreos y los mástiles de las barcas que sobresalían de los techos de las casas de la aldea.

Necesitamos más de dos horas para llegar á la orilla, bordeada de una hilera de casas nuevas recubiertas de tejas, algunas de ellas de dos pisos y con almacenes en los bajos. Una

veintena de grandes barcas se hallaban amarradas cerca de una estacada de madera, y en la calle principal, al rededor de las tabernas abiertas, todavía reinaba una gran animación. Un paquebot griego, que toca en Oreos seis veces al mes, ya al venir de Atenas, ya al regresar de Volo, había llegado aquel día, y los políticos de café discutían ruidosamente las noticias que habían traído los periódicos de la capital.

En aquel pequeño puerto, todavía naciente, hallamos esa precisión de actividad inteligente y de cambio de ideas, ese movimiento y esa vida que son uno de los caracteres principales de las poblaciones marítimas de la Grecia.

Echamos pie á tierra ante una casa de aspecto limpio y confortable, cuyo propietario era un hidriota de buena presencia que había ido á establecerse allí después de la decadencia de su ciudad natal, construyendo aquella casa y dedicándose á un fructuoso comercio de comisión. No se sabe bien el gran número de hidriotas que han ido á establecerse en la Eubea, donde se distinguen por su actividad, su espíritu de orden, su buen sentido y su sencillez. Gracias á estas sólidas cualidades, sus negocios prosperan, y no es raro encontrar, entre ellos, algunos que han adquirido una gran fortuna, de la cual no se sirven sino para ensanchar el círculo de sus negocios.

Nuestro huésped nos introdujo en una sala sencilla, pero con todas las comodidades necesarias. Las paredes estaban adornadas de retratos de héroes de la revolución griega: Zaimis, con su largo ropaje turco; Mauromichelis, con su adusto entrecejo; Colocotronis, con sus largos cabellos y cubierto con aquel casco de bombero de aldea que tanto le agradaba, etc. Encima de una consola de caoba veíase un grabado representando el famoso brick del hidriota Tombazis, cuyas proezas están en la memoria de todos los griegos; entre las dos ventanas hallábase el retrato al óleo del propietario, tieso como un santo bizantino, con la mirada fija á quince pasos y una letra de cambio desplegada, entre las manos. Tal es el griego insular, á la vez héroe y corredor, soldado y tendero, pródigo de su sangre y ansioso de

ganancia, capitán de buque y tenedor de libros, dispuesto, aun hoy día, á vender caviar ó á hacerse saltar sobre un brulote; singular mezcla de atrevimiento y de astucia, de bravura y de cálculo, de espíritu de abnegación y de instintos mercantiles.

Tras una comida rociada por un vino moscatel, cuyo subido sabor á resina nos llevaba á la garganta, se nos condujo á nuestras alcobas, blanqueadas con cal y decoradas con malos retratos en litografía del emperador de Rusia, del gran duque Constantino y del czarevitz.

Por la mañana, mientras esperábamos la hora de la salida del paquebot que debía conducirnos á Estilida, en el fondo del golfo de Lamia, tomamos una taza de café en una gran explanada, sombreada por un enrejado de clemátides y dominando un jardinillo lleno de granados, de naranjos y de malvas rosas. De la otra parte de la llanura cultivada elévanse las sombrías montañas cubiertas de arbolado.

Extendíase la vista por la bahía de Artemisio, célebre por la derrota de la escuadra de Jerjes, y por la llanura, dividida en piezas cultivadas ó de regadío. No se veía ningún puente y casi ningún árbol, si se exceptúan las moreras y algunos olivos salvajes. Numerosos aldeanos, hombres y mujeres, trabajaban en los campos, y sus trajes de lana blanca destacábanse sobre la verdura de las plantaciones de algodoneros. Otros labraban las tierras destinadas á la siembra de los cereales de otoño, sosteniendo con una mano su primitivo arado y guiando con la otra, mediante una larga lanza, dos búfalos negros de Tesalia. Toda esta comarca parece rica y próspera, y es, según se dice, la parte de la isla que proporciona mayores ingresos al Estado, producidos especialmente por el diezmo impuesto sobre las cosechas de trigo. Sin embargo, nuestro hidriota sostenía que la agricultura, allí, como en todas las provincias excéntricas, se hallaba en decadencia, y con este motivo nos hacía un retrato poco halagüeño de las autoridades, cuyos menores defectos, según él, eran la incapacidad y la ignorancia.

Al bajar hacia el puerto, pasamos cerca de una fábrica de vidriado, único ensayo industrial intentado hasta entonces en la provincia. Apenas salen de allí otros objetos que los destinados á los usos más comunes, como cazuelas, pucheros, tiestos para flores ó tinajas para conservar el aceite ó el vino, groseramente fabricadas y cocidas una sola vez á baja temperatura, y sin escarzadura, pero que recuerdan, por la forma y por los ensayos de ornamentación en colores, á los vasos antiguos de estilo primitivo hallados en Milo y Santorín. Nos detenemos un instante para ver trabajar á cuatro obreros, ocupados en modelar, con los dedos pulgares, platitos de arcilla gris, cuya imperfección recuerda las obras de aquel alfarero torpe, Céfalo, cantado por Aristófanes.

Una hora después navegábamos dulcemente, costeando las magníficas márgenes del Eubeo. Pronto, á los más agradables cuadros, sucedieron las costas áridas y faltas de arbolado de la península de Lithada, y hacia el mediodía nos hallábamos en Estilida, el puerto ó escala de la pequeña ciudad de Lamia.

CAPITULO VI

BANDIDOS Y PASTORES

Ante nosotros internábase hacia el O., entre dos cadenas de altas y pintorescas montañas, el Œta y el Othrix, el hermoso valle de Sperchius, atravesado por un camino pésimo, que conduce hasta el pie del monte Othrix y á la ciudad de Lamia, cuyas casas distinguíamos escalonarse por la falda de una colina, coronada de una antigua fortaleza.

Atravesamos grandes praderas, sembradas de grupos de arbolado y llenas de rebaños de bueyes ó de yeguadas. Todo el valle, de 50 kilómetros de longitud por 10 ó 12 de anchura, es de una gran fertilidad; y si por medio de hábiles desviaciones se utilizaran las aguas del Sperchius, que le da su nombre, y de sus afluentes, para regarlo, obtendrianse magníficos resultados. Pero, desgraciadamente, una de las condiciones más esenciales para el desarrollo de la propiedad y de la agricultura, cual es la seguridad, falta aquí por completo. Siempre se está en alarma y se disfruta menos tranquilidad que en el Far-West, en las inmediaciones de las Cabezas Planas ó de los Apaches. La frontera está cerca, pues se extiende por la cumbre de las montañas que dominan Lamia y el valle, y á pocas horas de

allí, en territorio turco, se organizan esas cuadrillas de bandidos que caen luego de improviso sobre la Grecia, saqueando á los aldeanos, haciéndose entregar fuertes sumas de los propietarios, secuestrando viajeros y haciendo inútil toda vigilancia con la rapidez de sus movimientos.

—Pero ¿y las autoridades?—exclamará ingenuamente el lector.

En Grecia hay gendarmes que son, en verdad, excelentes soldados y que ni escatiman fatigas, ni demuestran miedo á la muerte. Hay, además, guardafronteras, bravos montañeses, bien armados y capaces de rivalizar en agilidad con los bandidos, cuyos enemigos encarnizados son. El Gobierno dedica á sostenerlos dos millones anuales, pues mil hombres escogidos están empleados en tan ruda tarea; pero esto aún no es bastante, y los bandidos escapan á la persecución como á través de las mallas de una red demasiado ancha.

El sargento que con ocho soldados nos acompaña es experto en esta caza al hombre y nos refiere sus peripecias, sus fatigas y sus peligros. Con tan grande extensión de fronteras que recorrer y vigilar, es una casualidad que se sorprenda una cuadrilla, á menos de mediar denuncia. Mientras se guarda un paso, aquélla, advertida y guiada por los pastores, escapa por otro, y al día siguiente se halla, no en las inmediaciones, sino á ocho ó diez leguas de allí. Se ha dado el caso de franquear los bandidos sesenta kilómetros en una noche á través de senderos casi impracticables. Cuando tropas y bandidos se encuentran, no se guardan grandes consideraciones; y si muchas veces mueren algunos de aquéllos, con no menos frecuencia sucumben algunos gendarmes, víctimas de su deber. Un mes antes de nuestro viaje, dos soldados se presentaron inopinadamente ante la choza de un pastor, en una garganta del monte Othrix, buscando á un bandido á quien perseguían desde la víspera. El pastor dió muerte de un balazo á uno de los soldados, mientras que el bandido, saliendo de su escondite, cogió al otro por la garganta y le sepultó un cuchillo en el vientre.

Si se quiere explicar la existencia de los bandidos en Grecia, es preciso no echar en olvido que este país, lo mismo que las provincias turcas inmediatas, carece de caminos y tiene un corto número de villas y aldeas. Existen allí numerosos espacios deshabitados, y más de las tres cuartas partes del reino están cubiertas por montañas salvajes, erizadas de rocas y frecuentadas solamente por los pastores y por los buitres. Allí viven, en pequeños grupos, los bandidos, ocultos durante el día en cavernas inaccesibles ó en matorrales impenetrables, á semejanza de las hienas, cuyo aspecto y ferocidad tienen. Durante la noche cambian de sitio para despistar á la gendarmería, y cuando tienen hambre caen de improviso sobre las granjas aisladas, donde se hacen entregar víveres y aun vestidos, asegurándose la discreción del dueño con amenazas, que el desgraciado sabe perfectamente que no serían vanas. De otra parte, los pastores, por instinto y por necesidad, son cómplices y muchas veces auxiliares de tales malvados. Ellos son los que les avisan los movimientos de las tropas, la llegada de un mercader ó el viaje de un propietario rico, y hacen centinela mientras los otros se apoderan de la víctima. En pago de este auxilio, los bandidos les respetan sus rebaños y muchas veces les reservan una parte del botín.

Cuando se ha capturado á un rico, llévasele á la guarida más segura y más apartada, y se discute la cifra á que debe elevarse el rescate. Al cabo de muchos días, y á veces de muchas semanas, durante las cuales, á decir verdad, no se maltrata al prisionero, consienten los bandidos en hacer una rebaja, y, por mediación de un compadre, que casi siempre es un pastor, hacen que llegue á manos de la persona designada el compromiso firmado por su víctima. Pero, ¡desgraciada de ésta si se rehusa el pago de la cantidad estipulada! Una de sus orejas, seguida pronto de la otra, es enviada á su familia, haciendo para con los parientes recalcitrantes el oficio de las papeletas de apremio de primero y segundo grado; y si todavía se obstinan en negar, se asesina al secuestrado, para servir de ejemplo.

Por el contrario, cuando el rescate es entregado, déjase en libertad al prisionero, después de haberle hecho jurar que no hablará á nadie de cuanto ha visto ú oído. Muchos propietarios de la Phthiótida, expuestos á frecuentes visitas de este género y poco protegidos por el Gobierno, han preferido entenderse con los bandidos y pagarles una suma anual, especie de tributo que les asegura sus personas y sus bienes. Un gran propietario que habita en Atenas decía á uno de sus labradores:

—Cuando te pidan un carnero, entrégales dos.

¿Es esto muy moral? No lo sé; pero, en circunstancias análogas, acaso tú, lector amigo, harías otro tanto, porque rehusar ó denunciar á los culpables es exponerse infaliblemente al pillaje, al incendio y al asesinato.

Se ha dicho ya que los habitantes del país eran cómplices de los bandidos, y aun que ellos mismos ejercían el bandidaje; pero esto es una calumnia. Los aldeanos griegos, salvo en algunos pocos pueblos albaneses, no han apoyado nunca á los facinerosos, pero los temen y los toleran por miedo: no pondrán la mano sobre nadie; compadecerán al despojado; pero á nadie avisarán tampoco la emboscada que le espera á la vuelta del camino, á dos pasos de su aldea. Durante largo tiempo, el Gobierno nada ha hecho para reprimir la osadía de los salteadores; y cuando se tiene mujer é hijos en la casa, cabras y pollinos en el establo y un pedazo de tierra en los alrededores, ninguno se indispone de buena gana con los bandidos que están en todas las partes en que no se les espera y en ninguna de aquellas donde se les busca.

Cierto que aun así no se deja de ser algo explotado, pero se conserva la integridad del individuo. Cuando los pueblos han intentado la resistencia, las represalias han sido tan atroces que el terror ha durado largo tiempo en toda la comarca. Los culpables no son, pues, los aldeanos, sino más bien los jefes del poder, que permanecen inactivos, y otros personajes poco escrupulosos respecto al empleo de los medios conducentes al

logro de sus fines, quienes se han servido del bandidaje como un medio de intimidación para ganar las elecciones.

Después del siniestro episodio de Maratón, en 1870, el Go-

SAFO

bierno griego, avergonzado y humillado por los cargos que contra él formulaba la opinión pública en Europa, resolvió proceder vigorosamente, y destinó el ejército entero á la persecución de los bandidos.

Las medidas enérgicas tomadas en todas partes, y el concurso que prestaron las autoridades turcas de Tesalia, obtuvieron completo éxito. Hoy día el bandidaje casi ha desaparecido; pero no hay que hacerse ilusiones, pues sus gérmenes no están destruídos, sino que existen en estado latente: cualquier día, si estalla una crisis política en Atenas; si la hostilidad de las razas, en Turquía, produce un conflicto y resucita la cuestión de Oriente; si solamente el pachá de Larisa se muestra menos bien dispuesto, veráse á los bandidos reaparecer y arrojar el cayado del pastor para sustituirle por el fusil oculto entre las malezas de la montaña.

Mientras que el jefe de nuestra escolta refiere los episodios de que han sido teatro los agudos picos y los sombríos barrancos que ante nosotros se levantan, nos acercamos á la ciudad, costeando un límpido arroyuelo limitado por hermosos álamos, y pronto llegamos á las primeras casas pintadas con elegancia y rodeadas de jardines. Escarpadas calles suben hasta la ciudad antigua, en la cual las casas turcas y los minaretes truncados recuerdan la larga estancia que en ella hicieron los otomanos. En lo alto de una abrupta roca, una fortaleza turca eleva sus almenas sobre un antiguo basamento; pero el estandarte, con la media luna de plata sobre fondo rojo y las colas de caballo, ha sido reemplazado por una gigantesca bandera griega, rayada de blanco y de azul, que flota al viento.

Al visitar al prefecto de la provincia, encontré en su casa á uno de mis antiguos conocidos: el gobernador de Tesalia, Osmán Pachá, polaco, al servicio de la Puerta, tan activo y enérgico administrador como hábil general, y cuya presencia en Lamia tenía por objeto concertar con las autoridades griegas las medidas que debían tomarse contra los capitanes de cuadrilla que se habían refugiado en el Pindo. Su jefe de Estado Mayor era un turco de Honiah, soldado de honrada y buena fisonomía, llena de esa triste impasibilidad que da el fatalismo y de esa muda resignación del servidor que no ha cobrado en diez y ocho meses.

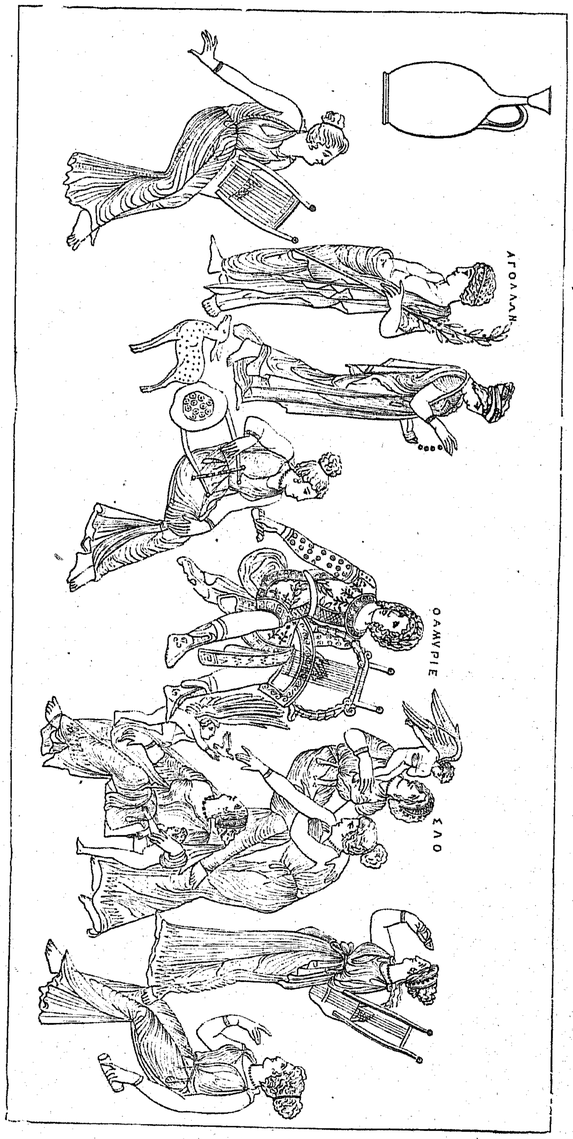
Mientras tomábamos el café de rigor, hablóse naturalmente de los bandidos, y Osmán Pachá manifestó que no había otro medio de exterminarlos sino una completa y sincera inteligencia entre ambos países.

—Es necesario que las cuadrillas no encuentren refugio en ningún lado de la frontera,—decía.— Acantonad vosotros á los pastores; nosotros, en la Tesalia y en el Epiro, guardaremos como rehenes sus mujeres y sus hijos; y el primero de ellos que dé albergue en su choza á un bandido, será embarcado en cuarenta y ocho horas para Mosul.

Hablé de mi proyecto de atravesar las montañas de Agrapha, donde hay poblaciones muy curiosas; pero el pachá y el prefecto me manifestaron que haría mal en ello, pues aquel inextricable laberinto es la oficina de reclutamiento y el santuario del bandidaje, y penetrar allí era exponerme, por lo menos, á ser robado é insultado. Molestóme tal contratiempo, y no sin trabajo me rendí á los argumentos y á las instancias de mis dos interlocutores.

Durante nuestra conversación, el jefe de Estado Mayor, Suleimán Bey, que no entendía una palabra de griego ni de francés, habíase recostado sobre un diván, y, con la mirada perdida en el espacio, fumaba un cigarrillo, entregándose á algún confuso ensueño, mientras en la calle los jinetes de la escolta, sentados á la turca contra la pared, soñaban también, siguiendo con la vista el humo de sus pipas. Igualmente, en aquel momento, en los *yalis* del Bósforo, soñaban los pachás pasando las cuentas de su rosario y entregándose á pesados éxtasis, mecidos por el batir de alas de las tórtolas en los cipreses y el murmullo del mar al morir en la costa. Soñar siempre parece ser el único goce de ese pueblo venido de las estepas del Asia Central.

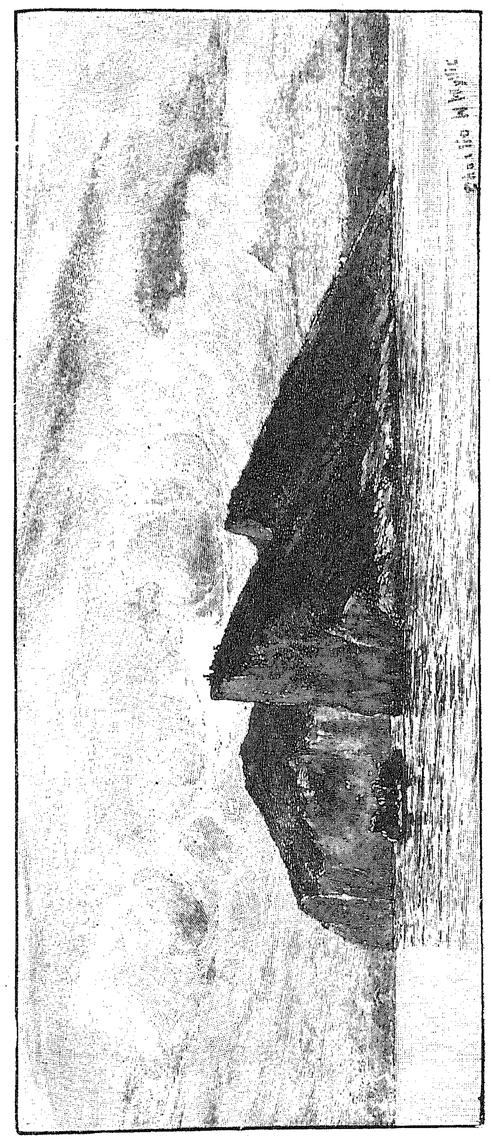
Frente á la prefectura, en el café principal de la villa, oficiales de la guarnición, empleados, curiosos de todas edades y de todas clases peroraban y gesticulaban animadamente discutiendo planes de expedición, comentando las discusiones de la Cámara, ó cuestionando con inagotable verbosidad sobre las próximas elecciones municipales.



SAFO

El contraste entre las dos razas era notable, y Osmán Pachá adivinó mis reflexiones.

—Desconfiad de las apariencias,—dijo, señalando con el dedo



CABO DUCATO

á sus jinetes dormidos al sol.—Esos hombres que estais viendo son soldados de una solidez y de una fidelidad á toda prueba y, al menos, creen en su Dios; mientras que estos otros,—y señalaba

los animados grupos del café,—todo lo más, creen en el diablo; y luego, que hablar no es hacer.

Tras una larga y amistosa conferencia con el prefecto y el jefe de la gendarmería, levantóse el pachá, nos dió un apretón de manos y montó á caballo, diciendo:

—Bien sabéis que en mi país adoptivo es costumbre dar un consejo á aquel de quien se separa uno. Pues bien: yo voy á daros dos. El primero consiste en que no vayáis á pasear por las montañas de Agrafa, y el segundo que no compréis acciones de ninguna empresa.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en voz baja. El pachá saludó luego con la mano á los oficiales griegos que se habían levantado, y alejóse seguido de su jefe de Estado Mayor, quien durante tres horas no había dicho esta boca es mía.

Nuestros proyectos se modificaron completamente en virtud de la recomendación de nuestro amigo el pachá, que sabía bien lo que se decía. Pericles se alegró mucho de ello, pues nada le era menos agradable que la perspectiva de una expedición al Agrafa y al Pindo, ya que á los estudios etnográficos prefería la conservación de sus orejas y de su batería de cocina. Para estar bien seguro de que no volveríamos sobre nuestro acuerdo, hubiera querido que partiésemos inmediatamente y durmiéramos en el kani de las Termópilas, en medio de los pantanos y de los mosquitos; pero preferimos aceptar aquella noche la hospitalidad con que amablemente nos brindó el prefecto de Lamia, y, tras interesantes conversaciones sobre el estado del país, subimos á la ciudadela para asistir á la puesta del sol, que desaparecía acompañado de rojas nubes detrás de las altas, sombrías y misteriosas montañas que íbamos á abandonar sin haberlas explorado.

A nuestros pies la sombra y el silencio envolvían los jardines, mientras las calles y plazas se salpicaban de luces. A las seis, un cañonazo conmovió el aire, y los ecos de la montaña le respondieron. Se izó el pabellón nacional, y los clarines de la

guarnición, reunidos en la plaza, recorrieron la ciudad al trote de retreta, alternando con las trompetas de caballería, cuya música tenía un timbre más grave y más austero. Habían desaparecido los últimos resplandores del sol poniente: aquélla era la hora en que los bandidos, saliendo entre las tinieblas con la astucia de la fiera que ve en la noche, se deslizan á lo largo de las carreteras, dando mil vueltas para despistar á los cazadores, es decir, á los gendarmes, ó descienden á la llanura, impulsados por una presa ó una venganza.

Al día siguiente, al salir el alba, nos despertó la diana; pero Pericles se hacía esperar. Los agoyates y sus bestias no se sabía dónde se hallaban, y no llegaron hasta una hora después, con aire lento y adormecido. El cargamento no se hizo sin dificultades ni discusiones. En el momento de partir se observa que una de las mulas cojea, que la otra se halla desherrada de las dos patas delanteras y que se han olvidado los cabestros. En resumen: antes que consiguiésemos montar daban las nueve. Estos contratiempos, que deben ser previstos y esperados por los que se preparan á hacer un viaje por Grecia, y que cada día, en el momento de partir, constituían un motivo de fastidio y de contrariedad para el viajero, no deben ser atribuidos á la mala voluntad de los agoyates. Estos son allí las mejores personas del mundo, pero verdaderos orientales, es decir, imprevisores, descuidados y desconocedores absolutos del valor del tiempo y de la exactitud. Son dóciles, pacientes, sobrios, infatigables, indiferentes al calor ó á la lluvia, á la sed y al hambre; no se preocupan jamás por la longitud de las etapas; pero son extremadamente lentos en cargar y ponerse en camino. Al caer la noche, se detienen en la primera posada que encuentran, echan un puñado de cebada á los animales, comen una cebolla, beben un vaso de agua clara y se duermen en un rincón, envueltos en sus mantas de lana morena. No comprenden que el viajero no haga otro tanto; y si vuestro lacayo descuida un poco la energía y la autoridad necesarias para imponerse á ellos, os encontráis expuestos á lamentables retardos en vuestro itinerario y,

sobre todo, á alguna de esas veladas que se marcan con cruz negra en la libreta de viaje.

Nuestros caballos pertenecen á esa clase de Tesalia, ilustrada por Fidias, y que se distingue por sus cualidades de resistencia é inteligencia. Pequeños y flacos, pero nerviosos y sobrios, son los más á propósito para recorrer esos lugares en que las carreteras no son otra cosa que senderos de cabras. Volvimos á tomar el camino que habíamos seguido la víspera, acompañados por ocho guardafronteras, que siguen á nuestros caballos con el paso largo y elástico, peculiar á los montañeses griegos. A pesar de que forman parte del ejército regular y que están organizados en regimientos, no llevan el pantalón y la túnica europea, como los otros cuerpos: su uniforme es completamente nacional. La fustanela con mil pliegues, la chaquetilla de lana blanca, abierta sobre el pecho, cubierta de bordados negros y rojos, y cuyas largas mangas flotan hacia atrás; las altas polainas de lana que se introducen en las babuchas rojas de puntas encorvadas, y en la cabeza el gorro de borlas coquetonamente inclinado. Se afeitan con esmero, dejándose únicamente los bigotes, cuyas puntas retuercen. Los viajeros pueden fiarse en ellos, como en los gendarmes, con toda seguridad. Si son atacados, se harán matar defendiéndolos. Prueba de ello es que, en 1870, cuando los viajeros ingleses fueron hechos prisioneros por la banda de Arbanitakis, dos de los gendarmes que los acompañaban cayeron entre las primeras víctimas.

El sargento que mandaba nuestra pequeña escolta era un robusto y bello mozo, de aire serio, inteligente y despejado, con el talle ajustado como un bailarín de nuestros teatros, hablador sin familiaridad, fino sin ser servil; en una palabra: comportándose como un hombre que, sintiéndose igual al que acompaña, ha sido destinado, por los azares del momento y las circunstancias sociales, á ejercer de guarda durante una jornada y á hacerse cortar la cabeza en servicio del viajero, si se presenta la ocasión para ello.

Por el camino nos contó su historia. Había nacido en Tri-

kala (Tesalia), y su padre ejercía allí la profesión de sastre. Un día, el recaudador de contribuciones, al cual, sin duda, le había costado más caro que de ordinario conseguir del pachá el favor de percibir el impuesto, quiso resarcirse á costa de los contribuyentes; pero nuestro sastre, como verdadero griego, conocía sus derechos, y no quiso pagar más que la cuota legal y ordinaria. Las vejaciones por las cuales los recaudadores turcos dominan las resistencias que se oponen á sus exacciones, no pudieron vencer esta obstinación. Se le arruinó quitándole su tienda. Se le encerró en una de esas terribles prisiones que el Gobierno otomano guarda para sus deudores. Nada se pudo conseguir. Por el contrario, llegó á anunciar á sus carceleros que dirigiría una *Memoria* á los embajadores extranjeros en Constantinopla. ¡Un griego ponerse á discutir acerca de ůn impuesto! Era aquél un ejemplo que importaba no dejar que cundiera. El pachá, el caimakam, los recaudadores del diezmo, los agentes de todos los órdenes y de todos los grados, hallábanse muy interesados en ahogar en su germen tal rebelión contra los derechos soberanos del jefe de los creyentes, dueño absoluto de bienes, vidas y personas, derechos de los cuales aquellos honrados funcionarios eran los defensores. Se apaleó tan bien al pobre diablo, que murió á consecuencia del castigo. Su hijo no tenía más que diez y seis años, pero llevaba ya en su corazón el odio contra los turcos, que todo heleno mama con la leche. Juró vengar á su padre, y cierto día, en plena plaza pública, encontrándose frente á frente con el recaudador, le apostrofó gritando:

—¡Mi padre, al morir, no te ha podido pagar el importe de su contribución! ¡Toma lo que te debe!

Y, diciendo esto, hundió en su pecho uno de esos cuchillos cortos y anchos como la mano, que los griegos llevan en su cinturón de cuero. Antes que los zapties turcos hubiesen apagado sus pipas y puéstose sus babuchas para correr tras el agresor, éste había ganado la montaña, en la cual vivió mucho tiempo con los pastores; pero, temiendo ser vendido por los vlacos á los

turcos, pasó la frontera y se vino á Lamia. Su buena fortuna le hizo encontrar allí un diputado que había conocido á un tío suyo establecido en Salónica, y, merced á esta protección inesperada, pudo vivir hasta llegar á la edad necesaria para engancharse en el cuerpo de tropas irregulares. Su atrevimiento, su buena conducta, su inteligencia, y muy especialmente la fama de lo que allí se llama una acción arrojada, le hicieron ganar bien pronto el grado de sargento. Alejandro, que así se llamaba nuestro simpático acompañante, era muy conocido por su valor y su habilidad en la caza de bandidos, á los que trataba como turcos; pero observé que, al hablar, lanzaba menos miradas de desafío hacia las cimas que les sirven de albergue, que ojeadas melancólicas hacia la ciudad de Lamia, de la cual le alejaban cada uno de nuestros pasos. Y es que nuestro amigo Alejandro no era ya exclusivamente el guerrero que sólo sueña en los combates: el amor le había rozado con sus alas, y, según pudimos entrever, se hallaba próximo el momento en que el bizarro sargento depositaría su chaqueta bordada y su fusil á los pies de la bella María, hija del cafetero Diomedes.

—Ya sabéis, señor,—me dijo;—el dueño del café Diomedes, que se halla en una esquina de la plaza de la Revolución... Su establecimiento vale más de ocho mil dracmas.

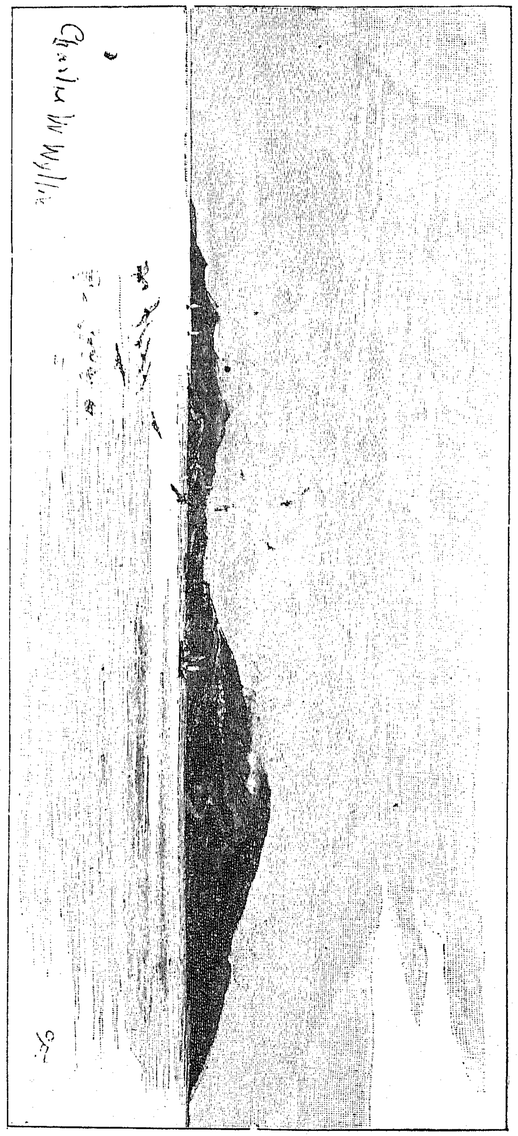
En el instante en que nuestro sargento iba á explicarnos las bellezas de María y los esplendores del establecimiento de su futuro suegro, mi caballo, hundiéndose hasta el vientre, me dejó de pie en medio de un pantano semidesecado, del cual se escapaban emanaciones sofocantes procedentes de vegetales en descomposición. Estábamos en las Termópilas.

Desde la antigüedad, todo ha cambiado mucho, y las causas múltiples que modifican incesantemente la corteza terrestre no han respetado este paso famoso. Las incrustaciones minerales han levantado poco á poco el suelo; los torrentes que descienden del Calídromo, cargados de arena y de humus, han rechazado la playa. Por último, el Sperchi, río importante, que desciende de las montañas de Agrafa y que antes se arrojaba en

el fondo del golfo de Lamia, se ha desviado hacia el S. hasta las Termópilas, formando en su embocadura, por depósitos sucesivos de aluvión, un vasto pantano que ha hecho retroceder á las aguas del mar á varios kilómetros. A pesar de estas modificaciones, es bastante fácil darse cuenta de la antigua configuración del desfiladero y de las diversas fases del combate en que Leonidas y sus trescientos espartanos defendieron la libertad de los griegos contra el ejército persa. Vese aún el sendero que el traidor Efialtes enseñó á Jerjes; á la izquierda, la pequeña colina cónica, á la cual se retiraron los griegos después de la muerte de Leonidas y en la que fueron todos exterminados. La descripción de Herodoto es exacta como el parte de un moderno oficial de Estado Mayor. Los movimientos del terreno y la táctica de los dos ejércitos son precisos y detallados de tal manera, que aun después de transcurridos veinte siglos es imposible engañarse.

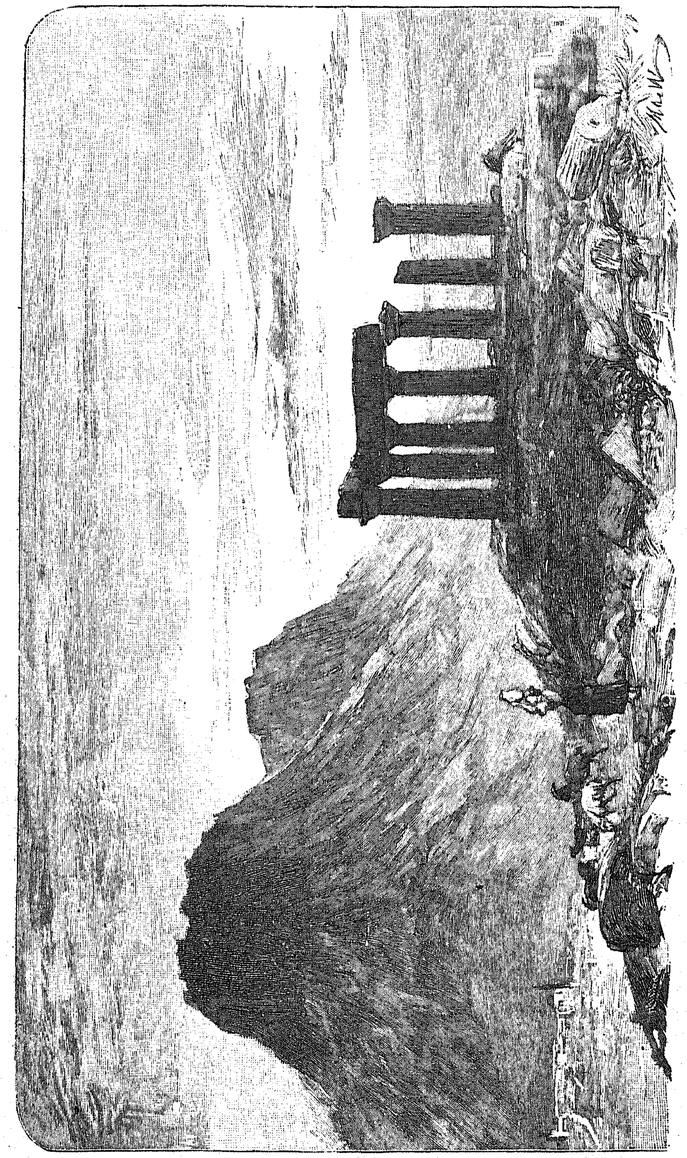
El desfiladero de las Termópilas ha sido varias veces objeto de las invasiones extranjeras. Los galos, los macedonios, los romanos, los turcos, todos los que se precipitaban sobre la Grecia para saquear los templos y los tesoros, no tenían otro camino; y en esta estrecha banda de tierra encerrada entre pantanos y pendientes escarpadas y salvajes se han librado sangrientos combates y han caído muchos héroes desconocidos. Sin embargo, éstos no son olvidados por los griegos de hoy día. El más ignorante campesino, después de haberos enseñado el lugar en que sucumbió Leonidas, os enseñará, con un gesto lleno de orgullo, la roca tras la cual el diácono Diakos se defendió solo durante tres horas contra cuatrocientos musulmanes.

En la guerra de 1821, los miembros del clero griego han sido los primeros, no solamente en levantar la bandera de la independencia, sino en mantenerla alta y firme en medio de los combates. Diakos se distingue entre todos, tanto por la lealtad y nobleza de su carácter, como por su valor y su heroica muerte. Simple diácono en la iglesia de Livadia, llamó á sus compatriotas á las armas, y lanzó á los turcos de la ciudad, tras cinco días de



ISLA DE ZÉRIGO

mortíferos combates. Las armas, los tesoros, el botín de que se apoderó, fueron por él abandonados al Gobierno, merced á un sentimiento de delicadeza y desinterés, muy raro en aquella



ANTIGUO TEMPLO DE CORINTO

época. Luego, sabiendo que el ejército de Mehemed Pachá se concentra en Lamia para arrojarse sobre la rebelada Grecia, corre con sus compañeros á defender el paso de las Termópilas;

pero, abrumado por el número y abandonado de los suyos, niégase á seguirlos, respondiendo á un amigo que le conduce un caballo:

—Diacos no huye.

Resguardado por las rocas con diez compañeros que le permanecen fieles, los ve sucumbir á todos, y entre ellos á su hermano. Aunque completamente solo y con el brazo derecho roto por una bala, se defiende aún contra tres ó cuatrocientos genízaros, hasta que, rodeado de enemigos por todas partes, es derribado y conducido á Lamia ante Mehemed-Pachá, que, admirado de su bravura, le ofrece la vida y una fortuna si quiere abjurar y servir al sultán.

—Hazme morir,—responde con altivez.—La Grecia tiene muchos otros Diacos.

En vista de su obstinación, fué empalado, y su fuerza de ánimo no se desmintió ni un solo instante, en sus largas torturas.

Un año después, otro griego defendía también el desfiladero de las Termópilas contra un nuevo ejército turco. Odiseo, hijo de Andrutzos, ofrece un contraste sorprendente con Diacos. Así como éste da muestras de un patriotismo puro, de elevados sentimientos, de heroico sacrificio, Odiseo se muestra poco desinteresado, animado, ante todo, de una feroz independencia y de un orgullo irascible, no batiéndose ni por su patria ni por su religión, sino para satisfacer sus instintos de aventura y pillaje y ser cantado por los poetas de la montaña. Odiseo es el tipo exacto del klefta, que no reconoce ni jefe ni moral, asesinando y robando por instinto, como el lobo. Es el digno representante de una raza que ha sido más perjudicial que útil á la causa nacional, y cuyas rivalidades implacables y salvajes pasiones han puesto en peligro por un instante la existencia de Grecia, comprometiendo su consideración entre los pueblos civilizados. Odiseo, nacido en Epiro y puesto muy joven al servicio del famoso Alí-de-Tebelén, pachá de Janina, recibió de este déspota oriental tales lecciones de crueldad, astucia, perfidia y ambición sin límites, que ahogaron en su alma todo lo que la naturaleza podía haber puesto en ella de generoso; pero su alta estatura, su fuerza extraordinaria, su maravillosa agilidad y, sobre todo, su bravura sin igual, habían hecho de él el ídolo de sus soldados. Cuatro veces, durante la insurrección, detuvo á los turcos en las Termópilas, sosteniendo batallas terribles, en las que combatía en primera fila, colmando de injurias al enemigo y confundiéndole con golpes de gigante. Se recogía inmediatamente el botín, consistente en armas preciosas, vestidos bordados en oro y pistolas de plata cincelada, adornadas con piedras raras; pero Odiseo no tenía la integridad de Diacos, no enviaba estos despojos al Tesoro Nacional, sino á un asilo impenetrable que había dispuesto en la cima del monte Parnaso, caverna inmensa excavada en una muralla de rocas perpendiculares, á la cual sólo se llegaba con el auxilio de escalas. A partir de este momento, la vida de Odiseo parece pertenecer más bien á la novela que á la historia. Atraído á Nauplia por los miembros del Gobierno, que le temen é intentan desembarazarse de él, escapa milagrosamente á una tentativa de asesinato, hace traición á su patria para vengarse, mata á sus rivales y se pone al servicio de los turcos. Presa de los remordimientos, va á refugiarse á un monasterio, buscando el olvido bajo el negro hábito del monje; pero sus instintos de aventurero se despiertan más vivos que nunca á la vista de un caballero turco, al cual corta la cabeza. Perseguido de nuevo por orden del Gobierno, se entrega á uno de sus antiguos compañeros de armas, que le hace precipitar desde lo alto de las murallas del Acrópolis. Tal fué el fin de este hombre, que, al lado de servicios reales prestados á su país, cometió muy grandes faltas; pero si los historiadores imparciales son severos con su memoria, la poesía y las tradiciones populares no se acuerdan más que del héroe invulnerable, de mirada de águila y puño de hierro, cuyo yatagán cortaba diez cabezas de turco de un golpe, y que, convertido en personaje legendario bajo el nombre de Leonidas moderno, ha sobrevivido, merced al prestigio que las cualidades exteriores ejercen sobre la multitud.

En cuanto á nosotros, el nombre de las Termópilas evocará mucho más voluntariamente, en nuestros recuerdos, la hermosa y noble figura del diácono Diacos, que, con la cruz en una mano y la espada en la otra, se arroja contra los invasores con la fe entusiasta del sacerdote y la abnegación silenciosa del verdadero patriota. La Grecia moderna tiene el derecho y el deber de enorgullecerse de esto. A otros menos dignos que él ha eregido estatuas y ha consagrado versos.

A la hora en que atravesamos las Termópilas, el sol lanzaba perpendicularmente sus rayos sobre nuestras cabezas, el calor era intenso, y la atmósfera estaba saturada de miasmas palúdicos que nos infiltraban su veneno en las venas; ni un soplo de aire refrescaba los rostros abrasados por la reverberación del sol sobre las desnudas rocas; ni una sombra modelaba las montañas, que resultaban faltas de colorido, por exceso de luz. Caminábamos silenciosos y sin pensar en nada, y hasta nuestros pequeños caballos de Tesalia bajaban la cabeza, pareciendo abrumados.

Al salir del desfiladero, que apenas tiene 400 metros de largo, nos apartamos del camino de Kenuri y comenzamos á subir, por la derecha, la escarpada ladera cubierta de árboles, del monte Calídromo. Subimos por un camino rocoso, á través de bosquecillos de mirtos y de lentiscos, poco poblados de hojas todavía para que nos abrigasen del sol. Sin embargo, el aire era más respirable, y uno de nuestros compañeros intentó, aunque sin éxito, interesar á la caravana con la lectura del pasaje de Herodoto, relativo á la batalla contra los persas, pues permanecimos indiferentes á esta evocación y á estos grandes recuerdos, sin duda porque, para animar los paisajes históricos, no basta la imaginación cuando los sentidos no están satisfechos. Un rayo de sol, un velo de nubes, una dulce temperatura, el olor de las flores salvajes y de las plantas aromáticas, el murmullo del viento entre los árboles, la presencia de insectos en las altas yerbas, y, finalmente, no tener ni hambre, ni sed, ni frío, ni calor, todo un feliz conjunto de circunstancias favorables externas é internas, son necesarias para que la imaginación, esa caprichosa potencia de nuestro ser, pueda apreciar toda la poesía, todo el sabor de un sitio determinado.

Al cabo de algunas horas llegamos, por fin, á Budunitza, aldea dominada por un antiguo castillo franco, flanqueado todavía por sus redondas torres y sus bastiones.

Las crónicas mencionan apenas el pequeño feudo de Budunitza. Era un marquesado y se ignora qué familia, dentro de las de los cruzados, obtuvo su investidura; pero es seguro que aquel puesto, situado á la entrada de una garganta, por la que se internaban los invasores bizantinos, catalanes ó albaneses, no debió ser una canongía. Nadie de entre nosotros tuvo valor para subir al montículo sobre el cual se eleva la fortaleza, no obstante ser posible que hubiésemos descubierto bajo los escaramujos algún blasón inédito, algunas huellas de las luchas que debieron sostenerse allí durante la Edad Media. La curiosidad y el atractivo de un descubrimiento arqueológico no pudieron triunfar de la fatiga que experimentábamos.

Mientras reposábamos á la sombra de un toldo, sostenido por cuatro palos, ante el único café de la aldea, un papa viejo, sucio, andrajoso, con las facciones ajadas por la edad, pero con ojos de mirada astuta, sombreados por viejas cejas grises, salió de la iglesia arrastrando los destrozados zapatos y vino á darnos la mano, siempre en nombre de la Panagia. Hicímosle hablar, y, según él, el oficio no era de los más lucrativos. El país es poco poblado, y los aldeanos son pobres, por lo cual el diezmo rinde poco; los bautismos, casamientos, entierros, confesiones á domicilio, bendiciones de todas clases, etc., tampoco producen mucho. La ley económica de la oferta y de la demanda es aplicable también á esa especie de comercio eclesiástico, y el papa no podía multiplicar tanto como hubiese querido los nacimientos y las defunciones. Quedábale el recurso de las confesiones; pero, á pesar de que las gentes de Budunitza distan mucho de ser santos, no se creen con la conciencia cargada á diario de pecados capitales, y la absolución de los veniales se hace á

precios reducidos. El papa en cuestión tenía mujer é hijos, y, para atender á las necesidades domésticas, poseía algunas cabras y una pequeña viña, que hacía cultivar por los fieles, amenazando á los recalcitrantes con la cólera de San Jorge y de San Demetrio.

Los habitantes de la aldea, sentados en torno nuestro, hablaban á nuestro hombre en tono libre y familiar, pues en Grecia el pueblo no experimenta hacia sus sacerdotes ni la respetuosa y razonada deferencia de nuestros aldeanos por sus pastores espirituales, ni el supersticioso terror que inspiran á los negros sus hechiceros. El griego cree todavía en los amuletos, pero no en el poder del que se los vende. En cuanto á la autoridad moral, que da, en nuestros más pobres campos, al más sencillo de nuestros curas la enseñanza evangélica, no puede existir en un país donde el mismo sacerdote ignora con frecuencia los libros santos y no enseña á los fieles más que á recitar algunas salmodias incomprensibles, á hacer genuflexiones y señales de la cruz hasta perder la respiración, sin que el menor comentario espiritualice estos ejercicios gimnásticos.

El clero inferior, en Grecia, se recluta entre la clase baja y no recibe ninguna educación. El más grosero de los aldeanos, comenzando por ser lector (anagnosta) y luego diácono, puede llegar á ser papa, sin saber otra cosa de la religión que esos cantos nasales y esas maquinales pláticas más propias del fetichismo chino que del cristianismo. Casi siempre más ignorantes que los habitantes de su pueblo, sienten menos que éstos los estímulos de curiosidad inteligente, que es uno de los caracteres de la raza, y carecen de su sobriedad, por todo lo cual son poco respetados, y el pueblo no cree faltar al burlarse del sacerdote, cuya mano besa devotamente.

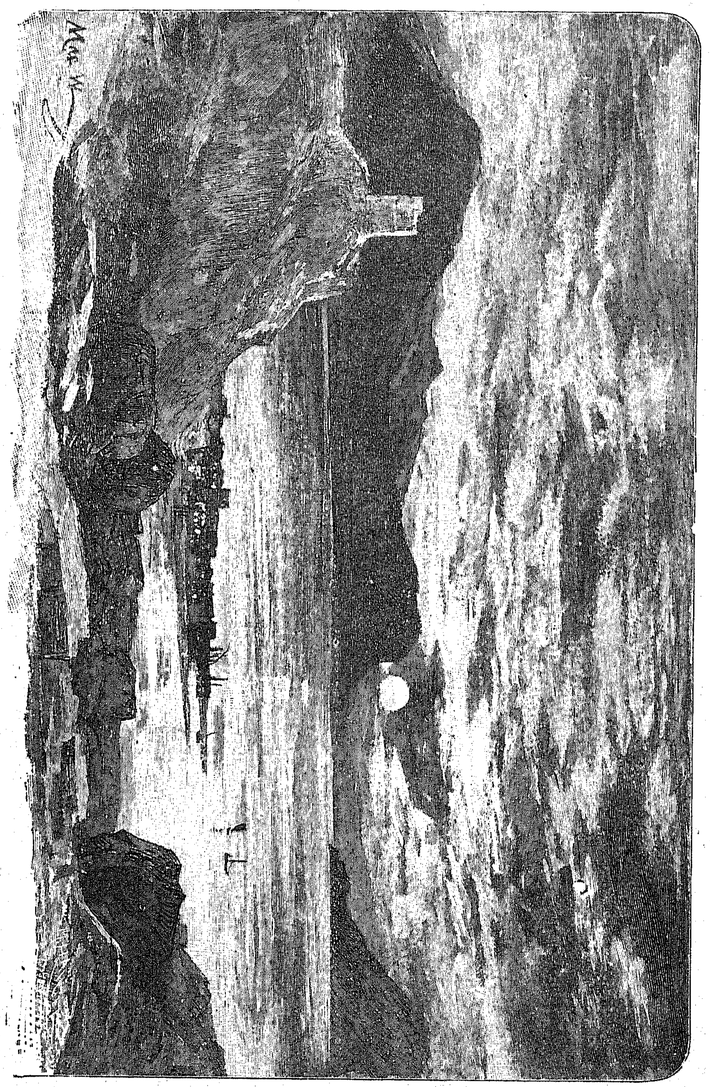
Por otra parte, la situación de los papas no es tan envidiable como pudiera creerse. Dependen de los aldeanos, que pueden negarse á cultivar su campo ó á pagarles sus servicios; del Ayuntamiento, que puede crearles mil conflictos; del gran propietario ó del diputado del departamento, que pueden hacerles

reemplazar; y, sobre todo, del obispo y del sínodo, compuesto éste de dignatarios salidos del clero célibe, que no tienen para los papas casados más que desprecio y desdén. El matrimonio es la carga bajo la cual se dobla el clero inferior, pues sometidos al imperio de las preocupaciones y de los intereses materiales, los papas, especialmente los rurales, sólo piensan en asegurar la existencia de sus familias y no ven en el sacerdocio sino un oficio más ó menos lucrativo. Desde el punto de vista moral ó político, podrá ser discutible, acaso, la cuestión del matrimonio del clero; pero, bajo el aspecto económico, es indudable que un cura casado resulta caro y no conviene más que á un pueblo rico y adelantado en civilización que pueda retribuir á toda una familia para garantir la respetabilidad del sacerdocio.

Otra causa de rebajamiento para el clero inferior es su misma esposa, que levantará siempre, entre la sociedad y él, una barrera insuperable, mientras que los papas no encuentren para mujeres sino hijas ignorantes de aldeanos ó artesanos, cuya inferioridad de entendimiento es causa del aislamiento social de sus maridos. El matrimonio del sacerdote sólo sería en cierto modo aceptable, si su compañera se convirtiese en su auxiliar, en su asociada, por decirlo así, en todas sus obras de piedad y de caridad. En Grecia, lo mismo que en Rusia, no existe entre el papa y su mujer ninguna intimidad moral, pues el uno pasa en el campo ó en la taberna todo el tiempo que no emplea en mascullar salmodias, mientras que la otra vive en la cocina, entre criaturas sucias y lloronas.

El clero ortodoxo no se levantará de su postración ni tendrá influencia alguna hasta el día en que la instrucción y el celibato le devuelvan la dignidad que hoy le falta. Las mismas causas producen siempre los mismos efectos, y cuando se quiera juzgar al clero griego inferior no se le debe comparar con nuestros curas rurales, que son, por lo general, respetables y honrados.

Las dracmas que pusimos en la callosa mano del viejo papa



BAHÍA DE SALAMIS

nos valieron todas sus bendiciones y la seguridad de que San Cristóbal, patrón de los viajeros, nos protegería por su recomendación, en todo el resto del camino. En el momento en que montamos á caballo, empuja riendo hacia nosotros á uno de sus

hijos, niño de diez á doce años y de rojos y encrespados cabellos, diciendo:

—Dadle algo, señor: mañana es su santo.

Diéronsele algunas monedas de cobre.

ALEJANDRO

Busto existente en el Capitolio Romano

—Que la Apanagia te lo pague, señor,—exclamó el papa.

Y como éste tenía á su disposición demasiados hijos y demasiados santos, nos apresuramos á alejarnos, llegando, en cosa de media hora, á la cresta más elevada de la montaña, después de haber atravesado una estrecha garganta cubierta de árboles.

Al volvernos vimos debajo de nosotros el verde valle de Budunitza y la aldea que acabábamos de dejar; luego el golfo de Lamia, las montañas de la Eubea, las altas cumbres del Othrix, en Tesalia, y el mar, en el cual flotaban como ligeras brumas las islas de Skiatos y Scopelos, nuestras antiguas conocidas.

Hacia el NO., y en lo alto del valle, levantábase la masa gigantesca del monte Œta, perdido en las nubes, con sus bosques de seculares hayas y de abetos altos como mástiles de navío, sus enormes rocas, sus espumosos torrentes y sus gargantas tan pintorescas como las de Suiza y más salvajes que éstas, frecuentadas solamente por los vlacos y los jabalíes. Frente á nosotros levantábanse majestuosamente los desnudos y abrasados picos del monte Parnaso, cuyo atrevido y puro perfil se destacaba, con limpieza, de un cielo azul, chispeado de oro, y que parecían bañados en una atmósfera divina. Estos contornos, llenos de severa armonía; esta luz, á la vez brillante y dulce, que suaviza, sin ocultarlos, los gigantescos barrancos que surcan el monte desde la base hasta la cumbre, como trazados por el cincel de un gigantesco Miguel Angel; esta belleza arquitectónica que resulta de la encantadora variedad de los detalles y de la grandiosidad del conjunto, excitan la admiración y producen una impresión indeleble.

La noche comenzaba á envolver en sus sombras el paisaje, cuando, extenuados de fatiga y de calor, llegamos al pequeño kani de Dernitza. En la única sala de la posada, iluminada solamente por la puerta, había algunos bancos de madera y una mesa toscamente construída; en las paredes, ennegrecidas por el humo y la grasa, algunos pucheros cascados y colgados junto á cuatro pequeñas cafeteras de cobre, de largo mango, y varias sartas de cebollas; en un rincón, una piedra lisa, que servía de hogar para la cocina, y dos ó tres grandes jarras de loza; en las vigas del techo, enormes pellejos, con la provisión de vino y aceite, y por todas partes un olor de rancio, de agrio y de enmohecido que levantaba el estómago. En el fondo, y separada de la sala por algunas tablas, una cuadra, en la que nuestros caballos, en compañía de las mulas de una caravana, comían su cebada en pilones de piedra. Después de una cena, comparada con la cual el negro pisto de Licurgo hubiera sido un festín, cada cual se acostó en tierra, envuelto en su manta; pero no todos durmieron. Amigos viajeros: guardaos del kani de Dernitza.

Aún era de noche, cuando todos estábamos ya en pie, paseándonos ante el kani, sin resolvernos á volver á entrar en aquel pestífero tugurio, donde ocho ó diez arrieros habían dormido junto á nosotros. Al fin, el cielo se coloreó con las suaves tintas de la aurora. En el valle, envuelto en azulada sombra, corrían ligeras nubes, y el pico más alto del Parnaso se iluminó de pronto de una luz fuertemente rosada, bajando poco á poco los rayos del sol en anchos haces luminosos, á lo largo de las laderas de la montaña. Disipóse la niebla y se nos apareció la llanura, lisa y nivelada como la superficie de un lago. Mientras esperamos que nuestro guía y los agoyates se dignen despertarse y cargar las bestias, el dueño del kani nos confecciona un café detestable, y nos reclama, con tono arrogante, cuarenta dracmas como precio de la hospitalidad que nos ha dado, lo cual ocasiona una violenta cuestión entre él y Pericles, que le arroja á la cara diez dracmas, acompañadas de injurias cuya traducción literal no nos es permitido hacer. Por fortuna, la presencia de nuestros gendarmes pareció imponer á aquel descarado bergante, que llevaba á la cintura un cuchillo de tres pies de largo y manejaba sus tenazas de cafetero como una pistola de combate, pues es seguro que, sin la escolta, hubiera llegado á ser crítica nuestra posición en medio de una población que no parecía dispuesta á ponerse á nuestro lado y á sostener la razón.

Nos apresuramos á alejarnos y descender hacia el Cefiso, al cual llegamos en menos de una hora, gracias al fresco matinal, que nos permitió activar la marcha. El río sólo tenía un hilo de agua, que se deslizaba sobre blanca arena entre dos márgenes cortadas á pico y limitadas por laureles rosas, completamente

en flor. Hasta perderse de vista, sólo se veían tierras sin cultivo, cubiertas de una yerba gruesa y espinosa. De trecho en trecho se divisaban algunas aldeas, rodeadas de terreno cultivado y cuya industria principal consiste en la cría de pavos, que vagan á millares por el campo, bajo la vigilancia de andrajosos chiquillos. Este ancho valle, que desciende de la compacta masa del Œta hasta las llanuras de Beocia, debe naturalmente servir de paso á los numerosos pastores que dejan los altos pastos en el otoño, para volver á subir á ellos á fines del invierno, y precisamente la época en que nos hallábamos era la de estas emigraciones. Así es que bien pronto vimos por todas partes, en las colinas, los rebaños que convergían hacia un mismo punto, carneros de oscura lana, moruecos blancos de cabeza negra, cabras de rapado pelo, machos cabríos de elevada talla, de largos pelos de un color gris azulado y enroscados y anchos cuernos, como los de un berraco de Africa. Millares de animales se apretaban ya en el vasto espacio comprendido entre dos repliegues del río, y, al aproximarnos nosotros, nos salieron al encuentro, ladrando furiosamente, doce ó quince perrazos, cuyas poderosas mandíbulas, provistas de formidables dientes, cuyos ojos, inyectados de sangre, y cuyo feroz aspecto, daban una elevada idea de su mérito como guardadores de los rebaños contra los lobos; pero nos inspiraban serios temores por nuestras pantorrillas. Las piedras que les lanzaban los agoyates sólo servían para excitarlos más aún; y en cuanto á los pastores, los miraban sin rechistar y sin aparentar que entendían las amonestaciones de nuestros gendarmes. Impacientado el sargento, dió á sus hombres la orden de preparar los fusiles y gritó á un pastor:

—Si no llamas á tus perros, los mato.

El interpelado levantó lentamente la cabeza, y por sus ojos pasó un relámpago de cólera. Nos miró sin responder, y, en vista de que éramos quince, y entre éstos diez bien armados, lanzó un estridente grito, y los perros volvieron á internarse en la maleza, gruñendo sordamente. Un viajero solo habría sido

estrangulado y devorado en un abrir y cerrar de ojos, sin que el pastor hubiera pensado en oponerse.

Algo más lejos, y como en el centro del terreno ocupado por los rebaños, hallábase el campamento, formado por seis ú ocho

ALEJANDRO
Busto existente en el Museo Británico

cobertizos, construídos con ramas secas, colocadas sobre cuatro postes fijos en tierra. En un rincón veíanse amontonadas las negras tiendas, groseramente tejidas con pelo de cabra; los grandes sacos de lana con rayas amarillas, rojas y azules, conteniendo algunos efectos y las provisiones, y, finalmente, los

vasos de leche, hechos de un tronco de abeto. Aquí y allá veíanse algunas pieles de carnero, destinadas á servir de lecho y de las cuales se exhalaba un olor fuerte, adivinándose en ellas la miseria. Entre tres piedras lisas llameaba un gran fuego bajo una caldera de cobre, y al rededor de este hogar improvisado se hallaban los pastores, sentados ó de pie, y hablando en esa ruda lengua, mezcla de albanés, de turco y de romano, que se encuentra todavía entre las poblaciones salvajes de las montañas de Agrafa y del Pindo. Era el mismo tipo que habíamos observado ya en el Citerón: frente deprimida, nariz delgada, fuerte mandíbula, mirada falsa y cabellos negros ó rojos, largos y lacios. Todos tenían el mismo aspecto ágil y felino, rudo y violento, y la misma expresión de astucia. Un anciano bajo y rehecho, de cortos y grises bigotes y mejor vestido que los demás, estaba sentado en un escabel de madera oyendo á dos pastores que, al parecer, le daban cuenta de sus excursiones. Según lo que nos dijo el sargento Alejandro, aquel hombre debía ser el *skuteris*, ó jefe.

Los pastores vlacos están distribuídos en grupos independientes, ó *stani*, palabra que significa aprisco, ó redil. Cada uno de éstos se halla dirigido por un jefe llamado *tchelingas*, cuyo poder es hereditario y que da su nombre al grupo que dirige. Su autoridad, consagrada por la tradición, es siempre respetada. Él sirve de árbitro en las diferencias que surgen entre los pastores; él defiende también los intereses de su grupo ante las autoridades, cuando hay que descender al país civilizado; él trata con los ayuntamientos para el arriendo de los pastos de invierno, y es el que fija el día de la marcha, de acuerdo con los ancianos; él, en fin, es quien posee mayor número de cabezas de ganado.

Singular raza es la de aquellos pastores, raza completamente aparte y cuyo origen no ha sido posible descubrir. La hipótesis más probable afirma que descienden de una colonia dacia establecida allí desde hace muchos siglos, y que subsistió aislada en las montañas, en medio de todas las invasiones y de todos los cambios de amo que experimentaron las llanuras. Dichos pastores ocupan solos toda la cadena del Pindo y se extienden hasta Janina, hallándose también importantes grupos de ellos más hacia el N., en Albania, hasta Berat. En Grecia se les denomina indiferentemente vlacos, ó karagunis, y están acantonados, en número de unos doce mil, en la Acarnania, en el Agrafa y en el Œta; pero no permanecen sedentarios, ni piden al suelo sus medios de subsistencia. El movimiento parece ser una ley invencible de su naturaleza, y tienen la creencia de que, si permaneciesen estacionarios, caerían enfermos y perecerían. Aun en sus mismas montañas y durante el estío, mientras las mujeres y los niños permanecen en las chozas, construídas con ramas de árboles, que les sirven de morada, los hombres vagan con sus perros por las más elevadas mesetas, cambiando diariamente de sitio, durmiendo al aire libre envueltos en su larga y tupida capa de lana, expuestos al sol y á la lluvia, á la fatiga y á las privaciones, llevando una existencia errante y salvaje, en compañía de los buitres y de las rocas, ignorantes de todas las cosas civilizadas, rebeldes á cualquier trabajo que no sea la vigilancia de su ganado, y no sabiendo nada ni teniendo más preocupaciones que la del dinero que sacarán de la venta de sus quesos y de sus corderillos. Por el otoño, cuando el viento norte trae las primeras nieves, como mensajeras de la estación cruda, descienden poco á poco hacia las regiones bajas. En la primavera, y al llegar los grandes calores que ocasionarían la muerte del ganado, luego que han vendido las crías, por la Pascua, y que las madres, careciendo ya de leche, pueden viajar sin riesgo, vuelven, de montaña en montaña, hacia los países fríos, de donde los había arrojado el invierno.

Durante esta vida nómada, que llevan desde su infancia, los vlacos están en hostilidad continua con las gentes civilizadas, con las que sostienen muy pocas relaciones; pero su imaginación les exagera la riqueza y goces de las ciudades, y codician los tesoros que atribuyen á los propietarios, á los comerciantes y, sobre todo, á los extranjeros. Faltos de sentido

moral y saltando por encima de las leyes, que desprecian, hallándose en perpetuo contacto con los bandidos que viven en las montañas, déjanse llevar con frecuencia por sus malos instintos y se unen á alguna cuadrilla para realizar cualquier fechoría. De aquí que casi todos los bandidos sean antiguos pastores, y que no pocos de ellos merezcan la horca. A ser verdad lo que nos dijo el sargento Alejandro, uno de los individuos que veíamos sentados junto al jefe del stani tenía varios asesinatos sobre su conciencia; pero por falta de pruebas no había sido posible prenderle, á pesar de tenerse la convicción de su culpabilidad. De los siete bandidos que fueron apresados con motivo de los asesinatos de Maratón, seis eran pastores.

La presencia en el suelo griego de esos insociables nómadas constituye, pues, un peligro perpetuo para la seguridad de los demás habitantes y de sus propiedades. Los hombres prácticos y honrados opinan todos que no hay más que un remedio contra semejante mal: el de suprimir á los tales pastores ó, por lo menos, obligarlos á cambiar de conducta. En realidad, resulta intolerable dejar que unos cuantos millares de aves de rapiña arruinen é intimiden á millón y medio de hombres de bien, que sólo desean vivir tranquilos.

—Lo que hace falta,—me decía un propietario,—es suprimir esa raza maldita. El día en que se los obligue á fijar su residencia en un punto y cultivar los campos, preferirán pasar la frontera y establecerse en Turquía. Es verdad que perderemos el importe del arriendo de los pastos, importe, en verdad, muy insignificante, ya que en total no llega á percibir el Gobierno doscientas mil pesetas; pero ganaremos no viendo asolados periódicamente nuestros bosques, por sus rebaños, que caen, dos veces al año, sobre nuestras tierras, como una nube de langostas, destrozándolo y exterminándolo todo, hasta, no pocas veces, nuestros ensayos de cultivo. Hace veinte siglos que dura esto, y la huella que los funestos pastores dejan á su paso está marcada en todas partes como un surco de fuego. Ellos son los que han despoblado de árboles y esterilizado

nuestras más hermosas provincias. El día en que los hagan desaparecer, tendremos rebaños nuestros y pastores nuestros, griegos como nosotros y que mirarán por nuestros intereses; tendremos, como en Suiza, pastos de verano y reservas de heno

ALEJANDRO

Busto existente en el Louvre

para el invierno, y, sin dejar de ganar dinero, podremos recorrer nuestras propiedades, exentos del temor de tropezar con alguna bala, perdida más ó menos intencionadamente. Estos vlacos son una plaga social, moral y económica, que bastaría á suprimir un decreto, pues no son tan difíciles de coger como

los bandidos, ya que no es posible transportar á veinte kilómetros de distancia, en una noche, dos ó trescientos carneros, ni se los puede esconder en el hueco de una roca. Los gendarmes sabrían, pues, dónde encontrarlos, y la confiscación de sus rebaños, en caso de que no obedeciesen las órdenes del Gobierno, sería una penalidad de tan fácil ejecución como gran eficacia. Toda medida, en tal sentido, sería bien acogida por nosotros, que vemos con malos ojos á esos nómadas, enemigos de la propiedad, que no pierden ocasión alguna de ejercer la rapiña, robando los rebaños aislados que encuentran, haciendo pastar á los suyos en los campos de trigo verde, y dando origen á multitud de querellas y procesos con sus depredaciones.

Sólo raras veces se encuentran mujeres en los campamentos de los pastores, pues, por lo general, permanecen en las montañas con sus hijos. Son criaturas robustas, de gruesas facciones y desarrollada musculatura, vestidas de telas bastas que ellas mismas tejen, adornándolas de pesados y espesos bordados. A veces se las ve seguir á las caravanas, llevando una carga á la cabeza é hilando lana, al mismo tiempo que andan. Los vlacos no se casan jamás con otras mujeres que las de su raza. El novio da al padre de su prometida algunas monedas de oro y se lleva aquélla á su choza, después de realizar algunas ceremonias propias de las creencias paganas, que recuerdan las costumbres de la antigua Roma. Más tarde, cuando hay tiempo para ello, se envía á la aldea más inmediata en busca de un papa que bendice la unión, consagrada ya por los ancianos de la tribu.

Mientras bebíamos leche, que se nos había servido de muy mala gana, los molosos rondaban en torno nuestro enseñándonos los dientes, y sosteníase un coloquio poco amistoso entre el jefe de los pastores y Alejandro, que parecía sentir odio y desprecio hacia aquellas gentes, y que nos dijo, luego que nos habíamos alejado:

—Yo y esos perros hemos cruzado algunas balas en otro tiempo. Estamos demasiado cerca de Livadia para que se atre-

van á rechistar; pero en la montaña será preciso ir con cuidado.

Luego de haber caminado más de una hora por un valle, abierto entre el Parnaso y el Cerfis, llegamos al emplazamiento de la antigua Dolis, cuya fortaleza pasaba por inexpugnable, lo cual no impidió á Jerjes, y después á Filipo de Macedonia, destruirla por completo. Todavía se ven los restos de una espesa muralla de forma poligonal, flanqueada por torres. La intensidad del calor y la fatiga nos hicieron faltar al respeto á la arqueología, y nos negamos enérgicamente á ir á ver no sé qué inscripción, con gran escándalo de Pericles. Bien es verdad que las visitas á las ruinas griegas, salvo raras excepciones, no proporcionan á los viajeros más que desencantos. Unas cuantas piedras esparcidas en medio de una llanura árida y abrasada por el sol, no valen, ciertamente, el trabajo de irlas á ver. Las murallas de Panopeos, á alguna distancia de allí, no nos merecieron tampoco ni una mirada, y apresuramos el paso de nuestros corceles para llegar á la llanura, á través de un país más monótono aún que el precedente, y en el que veíanse, de trecho en trecho, algunos sillares cuadrados, restos de antiguas construcciones.

Pronto llegamos á San Blasios, en la entrada del valle, y que, según Leake, fué edificado sobre el emplazamiento de una antigua fortaleza; luego, y al entrar en el pueblo de Kapurna, incomodóse Pericles, diciendo que jamás había visto viajeros más desdeñosos para con las antigüedades, y no le faltaba razón, pues Kapurna es la antigua Queronea, de ilustre memoria. Preciso fué resignarse, y, seguidos de casi toda la población, fuimos á visitar los restos del teatro, uno de los más groseros de Grecia, y cuyas gradas rígidas, estrechas é incómodas, están abiertas en una roca silícea y dura. Aquello es la rudeza, no del arte que comienza, sino del arte que acaba; rudeza de plan y de ejecución.

Nuestras miradas vagaban por un paisaje lleno de tristeza y de recuerdos del gran desastre en que pereció la libertad

griega. Detrás de nosotros, se levantaban las rugosas y escarpadas masas grises de la Acrópolis, irregular como tantas otras de Grecia, y constituyendo la nota característica del cuadro. Rocas salientes se adelantan como un contrafuerte en el país llano, semejando un mar de piedra repentina y violentamente inmovilizada. A nuestros pies se extendía el campo de batalla, extensa llanura de superficie lisa, que en otro tiempo, cubierta de vegetación, debió semejarse á las de Esparta y Mesenia, pero que, abandonada á sí misma, no es hoy más que un desierto inculto, una parte del cual se halla cubierto de pantanos. A lo largo de la montaña distínguense fajas amarillas y verdes, que indican alternativamente los terrenos secos y húmedos, y el silencioso progreso del pantano sobre el cultivo.

La aldea de Kapurna, solamente se compone de algunas casas aisladas y una iglesia de aspecto melancólico. Junto á una fuente antigua y arruinada, un manantial de agua malsana y estancada sumerge á medias los restos de antiguas murallas, constituídos por sillares y el tronco de una columna. Nos hallábamos en el tiempo de la recolección del maíz, á pesar de lo cual no se veía allí ni la natural reunión de gente, ni alegrías, ni risas, ni canciones. En cambio, todos los rostros llevaban impreso el sello de la enfermedad propia de los terrenos pantanosos.

Todo el paisaje se halla envuelto en una majestad triste y adusta, y no hay muchos en Grecia que sean más conmovedores ni más instructivos: es el final del gran volumen que comienza en Maratón.

Ya nos disponíamos á partir, cuando un viejo y desdentado inválido, cuyo kepis carecía de visera y cuyo uniforme, agujereado por los codos, estaba ya completamente descolorido, nos hizo seña de que le siguiéramos, y abrió una capilla que no sería más grande que una garita. En la oscuridad se distinguían algunos deteriorados monolitos y un asiento de mármol adornado de molduras vulgares, que probablemente procederá de alguna iglesia bizantina, pero al que el guarda designó pomposamente con el nombre de *trono de Plutarco*. Sabido es que el

gran historiador nació en Queronea, y su nombre es tan popular allí como si se tratase de un héroe de la independencia.

En toda Grecia, ó, por lo menos, en todas las comarcas donde no predomina la raza albanesa, se profesa el mismo respeto hacia los grandes hombres de la antigüedad. En este pueblo, envidioso é igualitario, se persigue y se calumnia á los vivos, pero se adora á los muertos. Aun en las más humildes aldeas he encontrado rústicos que no sabían leer ni escribir, pero que conocían el nombre de un gran escritor nacido en el país dos mil años antes, ó el de un gran capitán que obtuvo una victoria sobre los bárbaros invasores. Aunque el origen de tal fenómeno sea una gran vanidad y un orgullo nacional excesivo, no por eso es menos notable; y un pueblo que rinde semejante culto á lo pasado, merece vivir en lo porvenir.

A dos pasos de las últimas casas de Kapurna, y en un foso lleno de lodo, yace, medio oculta por los matorrales, una mole de piedra: es el famoso *león de Queronea*, mausoleo levantado á la memoria de los beocios muertos en la batalla contra Filipo de Macedonia, y que los kleftas de la guerra de la independencia destrozaron, creyendo que encerraba algún tesoro. La cabeza, que todavía puede apreciarse, está tratada en un estilo amplio y sencillo, lleno de nervio, y es de aspecto que impresiona. Las fauces, muy abiertas y levantadas hacia el cielo, parecen lanzar un desesperado grito de indignación. Todos los tumultuosos sentimientos que debían agitar el ánimo de los helenos, al día siguiente de aquella abrumadora catástrofe, la cólera, el valor impotente, el inextinguible amor á la libertad, parecen resumidos en aquella soberbia cabeza. En nombre del arte y de la historia, se debe protestar contra el abandono en que los conservadores de artes dejan á dicho monumento de las glorias nacionales, pues hay derrotas que honran más que ciertas victorias. Nada sería más fácil que arrancar de donde se halla y colocar en sitio conveniente aquella escultura, todavía bella, y que, de no ser atendida como merece, no será, dentro de algunos años, más que una masa informe, seme-

jante á las rocas desprendidas de la montaña. Sería de desear que tales fragmentos fuesen reunidos y protegidos contra todo vandalismo futuro, pues se trata de una verdadera y magnífica elegía en mármol, perteneciente á una época en que Grecia era todavía grande en las artes y en las armas. Hallábase en el fin de su grandeza, más bien que en el comienzo de su decadencia.

Acercábase la noche, y una espesa bruma cubría el horizonte, hacia el E.: eran los vapores del lago Copais, al cual nos aproximábamos. En la cumbre de las montañas habíanse amontonado las nubes, cubriendo poco á poco todo el cielo y dejando caer luego una menuda lluvia, una especie de densa niebla, que me recordó la frase de no sé qué autor antiguo: «el aire craso de Beocia». El terreno por el cual caminábamos era arcilloso, y nuestros caballos resbalaban por el espeso lodo. Canales de regadío, yuntas de bueyes que araban, el rechinamiento de las ruedas de los carros, cuadrillas de trabajadores que regresaban á sus casas, con los azadones al hombro, todo, en fin, indicaba que nos acercábamos á un importante centro de explotación. Pronto, en efecto, echamos pie á tierra ante la casa del Sr. S..., gran propietario que habita en Atenas, pero que había dado las órdenes necesarias para que se nos recibiera. La casa es pequeña y tiene ese aspecto frío y gastado, ese olor de tumba, de todas las mansiones que no están animadas por la presencia de su propietario. El Sr. S..., instruído é inteligente, es, además, muy rico, y no desearía otra cosa sino consagrar una parte de su fortuna á la explotación en forma de esta vasta propiedad; pero conoce demasiado bien á su país, para arriesgarse á ello. Posee allí más de doscientas hectáreas de tierra de regadío y de calidad superior, que apenas le producen cuatro mil pesetas anuales y que, plantadas de algodón y tabaco, podrían producir más de sesenta mil; pero la mano de obra es escasa y cara; la vigilancia, imposible con los imperfectos medios de comunicación que existen; la seguridad nunca está garantida; los administradores son ignorantes y ladrones, y la fiebre diezma á los trabajadores, desplobando la comarca. Por

todo ello, el Sr. S... prefiere vivir en Atenas y colocar su dinero, al doce por ciento, en el Banco nacional, en lo que no se puede menos de alabarle el gusto.

En espera de la comida, presenciamos el regreso de los trabajadores. Pocos son del país, pues sólo á disgusto se resignan los griegos á labrar la tierra; mas, en la época de la siega, acuden cuadrillas de albaneses musulmanes, en número de treinta ó cuarenta hombres, al mando de un capitán: organización semejante á la de los aldeanos de los Abruzzos, que bajan, en épocas determinadas, á la campiña de Roma. El capitán trata, en nombre de todos, con el propietario, que les da, generalmente, una dracma (noventa céntimos) por día, y un poco de maíz y de miel. A los griegos hay que darles, por lo menos, tres dracmas, vino, pan y varios descansos para fumar. Aquellos musulmanes no beben vino jamás, y viven pacíficos é inofensivos, completamente separados de los otros, sin que uno siquiera se haya hecho nunca culpable de un crimen, ni aun de una simple falta. Puédese tener en ellos confianza absoluta, y, á pesar de que no trabajan á destajo, sino por jornales ó por meses, realizan una cantidad de faena más considerable que la de ningún otro trabajador. Mientras que los griegos, bajo pretexto de religión, huelgan tres días á la semana, ellos trabajan diariamente, no hacen fiestas, y los viernes se contentan con hacer algunas reverencias dirigidas hacia el lado de la piedra negra de la Meca. Su honradez y su fidelidad son proverbiales. Todos ellos son de hermoso rostro, de aspecto atrevido y vigoroso, y su calma y su seriedad musulmanas contrastan singularmente con la petulancia de los griegos.

Cuando termina el tiempo por el que se han contratado, reúnense, y, guiados por su capitán, regresan á su provincia, llevándose sus ganancias, de las que no han malgastado un céntimo. Sin su concurso no podría hacerse nada en las grandes propiedades del reino: ellos verifican la siega, abren los canales de riego y las atarjeas de desagüe, y reemplazan á una clase trabajadora que no existe en el país. Los obreros griegos los

miran trabajar, fumando su cigarrillo, juzgando, criticando, dando consejos á diestro y siniestro... y traspasándoles de buen grado su propia tarea.

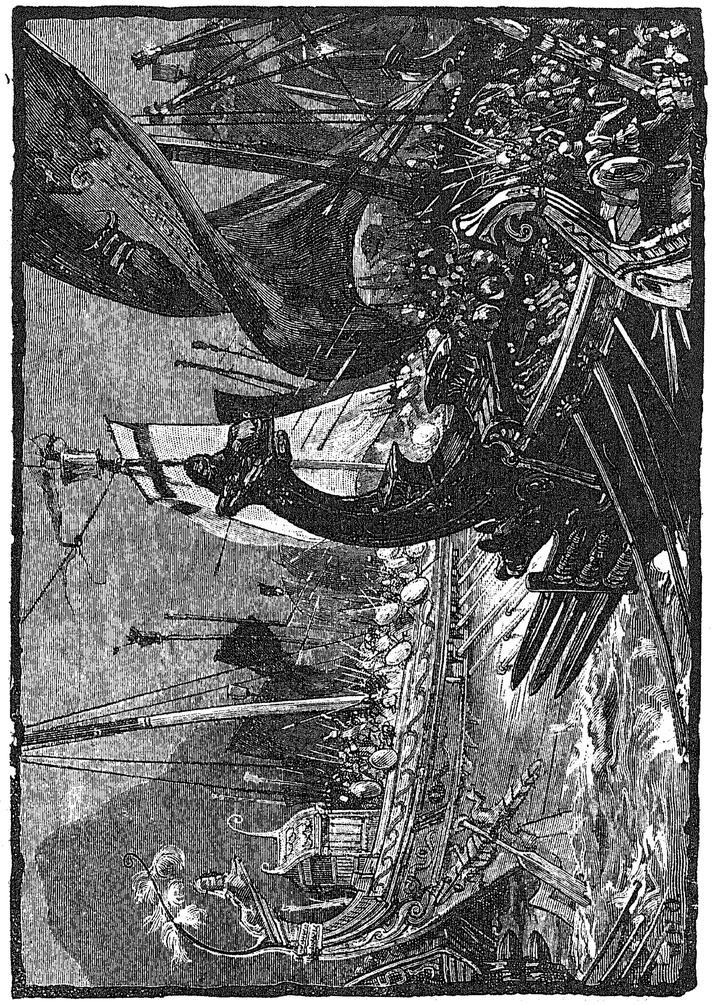
También hay, en la propiedad del Sr. S..., cierto número de

ALEJANDRO

Busto existente en la colección del conde de Erbach

búlgaros que, por consecuencia del levantamiento de Bulgaria contra el Gobierno turco, se refugiaron en Grecia. Es fácil reconocerlos por sus gorros de pieles y su lento paso, no obstante el cual, son buenos y robustos trabajadores; hablan búlgaro ó turco; pertenecen á la religión ortodoxa, y los griegos los llenan de burlas, llamándolos osos de los Balkanes, cabezas de alcor-

noque y otra porción de epítetos. Las esposas de estos pobres emigrados son bastante feas y macizas. Sin embargo, vimos



SALAMINA

una joven cuyas regulares facciones y cuyos grandes y tristes ojos nos dieron una idea más favorable de las mujeres de dicha raza, antes que las rudas tareas campestres, las preocupaciones de la miseria y las fatigas de la maternidad las estropeen

por completo. Al día siguiente, por la mañana y al salir de la casa, vimos tendido junto á la puerta un pobre hombre, delgado, pálido y abatido, que levantó penosamente la cabeza y lanzó un gemido, sin hablar ni hacer otro movimiento.

—Es uno de nuestros trabajadores albaneses,—nos dijo el administrador;—hace un mes que fué atacado por la fiebre, y prefiere permanecer todo el día tendido en ese sitio á acostarse en alguna casa.

Dábasele por todo remedio un cocimiento de hojas parecidas á las del acebo, y que tienen, por lo visto, propiedades antifebrífugas. Dímosle sulfato de quinina y le dejamos algunas tomas para los días sucesivos; pero es muy de temer que el administrador se las confiscase en provecho propio. La fiebre, que reina endémicamente en toda la Grecia, ejerce particularmente su maléfica influencia en las inmediaciones de los pantanos y de los lagos, diezmando la población al rededor del Copais, situado á tres kilómetros solamente de la finca del Sr. S... De cada cuatro niños mueren tres á consecuencia de la fiebre, y los que sobreviven arrastran una vida miserable y llena de padecimientos; véseles, calentando sus débiles miembros al sol, con los ojos hundidos, la tez plomiza, el vientre hinchado y las uñas azuladas por la ponzoña atmosférica. Las más hermosas provincias del reino resultan así inhabitables por los miasmas que se desprenden de los terrenos incultos ó inundados, y con los cuales la Naturaleza parece querer castigar á los hombres, por el desdén que profesan á la sagrada ley del trabajo. Si los griegos despreciasen menos la agricultura y consagrasen á ella su actividad y su inteligencia, y si el Gobierno se cuidara más del bienestar general y de la prosperidad de la nación, en diez años el término medio de la vida aumentaría en una tercera parte, y la riqueza pública se triplicaría.

El valle del Cefiso, formado de aluviones y saturado de humus, sería uno de los más fértiles del mundo. La rubia, el tabaco, los cereales y, sobre todo, el algodón, crecerían maravillosamente bajo la acción de aquel calor suave y húmedo, y,

aunque los griegos son bastante aficionados á ganar el dinero sin tomarse ningún trabajo, los beneficios que obtendrían de tal cultivo serían lo bastante considerables para vencer su pereza; mas para ello precisaría que el Gobierno diese el impulso y ejecutara trabajos de saneamiento.

Se ha propuesto secar el lago Copais, sin pensar que, si ésta es la causa del mal, es también la fuente de la riqueza. Los vapores que se elevan lentamente por la mañana, aspirados por el sol, suben hacia las cumbres del Parnaso, del Helicón y del Cirfis, para bajar en forma de fina lluvia, por la tarde, y esparcir por todas partes la fertilidad. Quitar el agua al lago equivale á suprimir de golpe las lluvias y los rocíos, es decir, la vegetación, los pastos, los bosques de pinos y encinas que retienen las nubes y moderan el derretimiento de las nieves; es querer llevar á la húmeda y fértil Beocia la sequedad y la aridez del Ática. Lo necesario es poner diques al lago, cuyos desbordamientos producen la fiebre en los campos vecinos, y proporcionar salida al exceso de agua en la estación de las lluvias: tal es el fin que deben proponerse los que se preocupen por la prosperidad de su país.

Estábamos á fines del otoño, y la niebla velaba toda la llanura y las montañas. A pesar de lo avanzado de la estación, el calor era terrible y hubiérase creído uno en una estufa de orquídeas.

Atravesamos una zona de fango infecto, medio endurecido, cubierto de cañaverales secos, y pronto se nos apareció el lago como una mancha azulada perdida en la bruma. Es una vasta extensión de ciento cincuenta kilómetros cuadrados, cortada aquí y allá por largas franjas de tierra oscura, rodeada por todas partes de elevadas montañas. Al E., las rocas calcáreas del monte Ptous forman abruptos acantilados; pero al O., los esquistos del Helicón, arrancados y arrastrados por las lluvias, han constituído la extensa llanura de aluvión y de suave declive, que las aguas cubren periódicamente en invierno. En consecuencia, por este lado la profundidad es nula, mientras

que al pie del monte Ptous llega á doce metros. Todo el contorno del lago está cubierto de espesos cañaverales tan altos como bambúes, y que forman una apretada vegetación, por la que cuesta un trabajo inmenso abrirse paso. Saltando de piedra en piedra y corriendo el riesgo de sepultarnos hasta el cuello en un fango blando y pestífero, si por casualidad caíamos, llegamos á una especie de pequeño embarcadero bastante deteriorado, en el que había amarrada una barca vieja.

Desde el sitio en que nos hallábamos era fácil darse cuenta de la configuración general del país. Todas las aguas de las montañas de alrededor y las de la maciza mole del Œta van á parar á aquel vasto estanque sin salida. La existencia de estos valles cerrados es uno de los caracteres topográficos más curiosos y más frecuentes en Grecia. Tanto si las revoluciones geológicas han procedido por levantamiento, como si lo han hecho por depresión, resulta siempre que, en muchos puntos del territorio helénico, la Naturaleza parece haber esbozado únicamente su obra dejándola sin concluir. Los valles, en vez de ser, como por todas partes, grandes y anchos surcos trazados por las aguas que se han abierto un camino hasta el mar, no son más que una serie de pequeños depósitos escalonados y sin comunicaciones visibles; pero existen, á través de las cadenas rocosas que los separan, hendiduras subterráneas que hacen el oficio de sifones cuando las aguas se elevan por encima de cierto nivel, y á estos conductos naturales se les da el nombre de *katavothra*. Los que sirven de desagüe al lago Copais están situados al E., cerca de la embocadura del riachuelo Melas, que desaparece allí ruidosamente, para no reaparecer sino en el momento de lanzarse al canal de Negroponto. Más lejos, y á todo lo largo de la costa septentrional, existen otras cavernas, una de las cuales pone en comunicación el Copais con el pequeño lago de Hilica, abierto en forma de embudo en las estériles rocas del Ptous, cuarenta metros más bajo que aquél. Como el orificio de los katavothra se encuentra situado por encima del nivel de las aguas inferiores, aquéllos quedan en seco durante

el verano, y entonces el Copais no es más que un pantano insalubre. Por el contrario, en invierno, en la época de las lluvias y de las crecidas súbitas, resultan insuficientes las salidas que existen, para dar paso á una cantidad de agua tan considerable, y el lago crece é inunda todos los alrededores. En 1848, tras violentas tempestades, eleváronse las aguas más de diez metros en una sola noche, haciendo retroceder las corrientes del Cefiso y del Hercino, y llegando hasta las primeras casas de Livadia, á cinco kilómetros de distancia. El diluvio de Ojiges no fué otra cosa que la inundación de la llanura de Livadia por consecuencia de la obstrucción de los katavothra, ocasionada por un temblor de tierra. La imaginación de los antiguos convirtió un accidente local en un cataclismo universal.

En el mes de agosto, gracias á la evaporación activa que produce un sol tórrido, la masa de agua se reduce á un pequeño volumen, y en los terrenos que quedan en seco, penetrados de humedad y de calor, se desarrolla una vegetación lujuriante de juncos, cañas y otras plantas acuáticas, á las que pegan fuego los pastores, á fin de que sus rebaños puedan comer los jóvenes retoños que aparecen después del incendio. A veces los aldeanos más emprendedores desmontan algunas hectáreas de esta tierra negra, á fin de sembrarlas, y en dos meses consiguen que los tallos de maíz lleguen á ser tan gruesos como el brazo, y que, en tres meses, el tabaco dé una cosecha, doble en peso del ordinario y de superior calidad; también alcanzan las legumbres dimensiones extraordinarias. Con las lluvias de noviembre, el nivel del lago se eleva progresivamente, las aguas recubren poco á poco todas aquellas efímeras huellas de cultivo, y el aldeano, minado por la fiebre que ha cogido en los pantanos, va á sentarse melancólicamente en su choza, temblando bajo su espeso *aba* de lana gris, y esperando el momento en que pueda de nuevo descuajar aquel suelo saturado de miasmas mortales que le proporciona el alimento, pero que le mata antes de los cuarenta años. Por eso, en toda esta zona, la población disminuye considerablemente. Las casas, bajas y tristes,

son escasas y están mal cuidadas, y los habitantes tienen un aspecto miserable y pesado. No hay que buscar allí ni escuelas, ni huellas de instrucción, ni deseos de aprender, pues la ataxia, mucho antes de matar el cuerpo, extingue la inteligencia, y la anemia del cerebro es el triste legado de las fiebres.

Un dique que mantuviese el lago en el límite de las más bajas aguas, combinado con el encauzamiento de los ríos que á éste afluyen, secaría y sanearía quince ó diez y seis mil hectáreas, donde podrían vivir, disfrutando buena salud, más de quince mil aldeanos, mientras que hoy pueden apenas vegetar miserablemente unos tres mil. No es ésta una empresa que exceda á los recursos y esfuerzos del Gobierno griego, el cual, con los beneficios que obtendría del aumento de la riqueza pública y de los impuestos, podría resarcirse en gran parte de los gastos que habría de hacer para ejecutarla. El terreno, de una fertilidad prodigiosa, prestaríase especialmente para el cultivo del algodón, en el que Grecia podría encontrar un gran elemento de prosperidad. Ya exporta algodón de calidad superior y muy buscado por los fabricantes de Manchester, por valor de unos cinco millones de pesetas; y cuando se piensa en la gran cantidad de tierras baldías que existen en el reino y que son á propósito para el cultivo del precioso arbusto, no se puede menos de lamentar que tantas riquezas queden improductivas por la pereza de los habitantes, quienes temen todo lo que sea trabajo continuado, y por el descuido del Gobierno, que nada hace, ni aun caminos, para vivificar la industria agrícola y atraer á ella los capitales. A la hora presente, cuesta más transportar una bala de algodón de Livadia al Pireo que hacerla venir de Egipto; y las pocas filaturas establecidas en el Atica que trabajan el algodón del país, se arruinan vendiendo el hilo al mismo precio que el que viene de Inglaterra. El día en que la Beocia, la Livadia y la Phthiótida centuplicasen su producción agrícola, cosa nada difícil, podría construirse, sin arruinar á los accionistas, un ferrocarril que llevase económicamente las primeras materias á los puertos de embarque ó á los centros de

consumo. El equilibrio económico que falta á la Grecia debe buscarlo ésta principalmente, en un gran impulso dado á la agricultura.

Ante nosotros, hacia el NE., entre los dos cabos de Topolias y de Phthelia, internábase un estrecho golfo, en el fondo del cual se levantaban acantilados de piedra calcárea blanca. Subiendo cincuenta metros por aquellas escarpadas y desnudas rocas hasta el punto llamado Cresta de Kephalari, veríase, por un lado, el lago, y por el otro el mar, que está separado de aquél por una muralla de dos kilómetros de espesor y ciento cuarenta y siete metros de altura. Allí es donde un ingeniero francés propuso abrir un subterráneo de mil seiscientos metros para procurar salida á las aguas del lago, y posteriormente varias compañías solicitaron sucesivamente la concesión de este trabajo, cuya consecuencia debía ser la plena propiedad de las veinte mil hectáreas de terreno que quedasen en seco; pero las exigencias del Gobierno y lo oneroso de las condiciones que siempre exigía, dieron por resultado que se abandonase todo proyecto respecto al asunto. Parece que también los antiguos tuvieron la idea de vaciar el inmenso depósito del Copais, pues en la cresta de Kephalari se ven todavía diez y seis pozos que debían servir para abrir una galería subterránea; mas los grandes trabajos de utilidad pública no se hicieron para esta raza inconstante y ligera, y los pozos quedaron abandonados cuando apenas contaba algunos metros de profundidad.

Acercámonos á la embocadura del Cefiso, y nuestra barca, metiéndose de nuevo en un dédalo de juncos y cañas, nos llevó al pie de una colina donde serpentean varias líneas de murallas antiguas. Allí se elevaba la célebre Orcomena, una de las ciudades más ricas y poderosas de Grecia, en los tiempos heroicos.

Nuestra visita á las ruinas no fué muy larga. El célebre templo de las Gracias ha desaparecido para dejar el puesto á un pequeño convento donde seis entontecidos monjes vegetan en sombrías y sucias celdas. Las fiestas y los juegos que se ce-

lebraban allí en honor de las diosas han sido reemplazados por los nasales cánticos de aquellos barbudos religiosos, y á los últimos sonidos de las flautas fabricadas con las cañas del lago desapareció la alegre pléyade, llevándose consigo la poesía y no dejando más que la superstición.

El camino que seguimos al salir de Skripú franquea primero el Cefiso mediante un antiguo puente turco de piedra, de pendiente rápida y resbaladiza, y sin parapetos; luego se atraviesan extensos prados, entrecortados de barrancos, donde desaparece á veces el ganado que se aventura por tales parajes. Por fin, resuena, bajo los cascos de nuestros caballos, un suelo más duro, y el completo cambio de vegetación indica que acabamos de dejar los terrenos de aluvión por la caliza de las montañas. Tras una corta subida, á través de los brezos en flor, llegamos á una cumbre desde donde distinguimos, más allá de una fértil llanura, la ciudad de Livadia, una de las más pintorescas y graciosas de Grecia, que escalona en una rápida pendiente sus blancas casas de rojos techos, adornadas de verduras y de flores y situadas al pie del Helicón, á la entrada de una garganta sombría y misteriosa.

Había cerrado ya la noche cuando hicimos nuestra entrada en la ciudad por una calle ancha y limpia, llena de tiendas y cafés. Echamos pie á tierra ante la casa del paredra, á quien enviamos de antemano una carta del diputado de la provincia, recomendación mejor que todas las circulares oficiales de que hubiéramos podido proveernos. El mencionado funcionario estaba en el café; pero, al saber nuestra llegada, se apresuró á acudir á ponerse á nuestras órdenes. Era un arrogante palikaro de grandes y negros mostachos, que hablaba con tono de autoridad, andaba con aire de importancia y poseía un par de magníficas pantorrillas encerradas en botines rojos, bordados de oro y sembrados de gruesas borlas de seda.

Después de los saludos y apretones de mano que son costumbre, nos refirió que dos de sus hermanos, con sus respectivas mujeres y once criaturas, habían venido de Amfisa á verle

y se alojaban en su casa; que seis dormían en una misma habitación, y que no tenía platos bastantes para todo el mundo. En consecuencia, se hallaba imposibilitado de brindarnos con

LA VUELTA DE PERSÉFONA

su casa, pero nos había hecho preparar alojamiento en casa de uno de sus administrados, y á él nos condujo en persona, dándonos así una muestra inequívoca de sus buenas disposiciones respecto á nosotros y del deseo que tenía de agradarnos.

CAPITULO VII

EN LIVADIA

Al día siguiente, y al abrir nuestra ventana, abarcamos de una ojead amayor parte de la ciudad la y del Helicón, con sus laderas cubiertas de pinos, y su cumbre envuelta en las brumas matinales. A nuestros pies, las casas, de alegre aspecto, descienden hasta el torrente, iluminadas por el sol de la mañana, que lanza aquí y allá, sobre una pared blanca ó sobre un tejado rojo, una nota viva que resalta junto á penumbras de infinita suavidad y grandes sombras impregnadas de un tinte azul oscuro, como el del mar Egeo. La ciudad alta trepa á través de extrañas rocas, cuyos perfiles sobresalen de las casas, dominada por las ruinas de una antigua fortaleza, que levantaron los catalanes, según se dice, en lo alto de un escarpado pico. La ciudad baja se alinea en ambas márgenes del Hercino, que, más lejos, serpentea en la llanura, bajo un toldo de vegetación, hasta el lago Copais.

Todo parecía vida y animación, y al sonoro murmullo del torrente mezclábase el ruido sordo y regular de los martillos de los batanes. Cipreses, plátanos y álamos sombreaban las terrazas, y hallábanse diseminadas multitud de blancas casitas en

medio de jardines plantados de almendros, melocotoneros y perales, á cuya sombra crecían el maíz y la rubia. Por la parte de la montaña elevábanse dos altas murallas de rocas separadas por una profunda garganta, de donde salía un viento fresco. Los vapores del Copais subían lentamente á lo largo de las laderas del Helicón, sembrando por bosques y prados las gotas de rocío, que chispeaban al sol como diamantes.

La mejor manera de conocer bien la fisonomía verdadera de una población consiste en pasearse por ella al azar, sin preguntar á nadie por dónde se debe ir: este sistema nos ha dado siempre buenos resultados y más de una vez nos ha hecho descubrir sitios desconocidos de los guías, tipos raros y escenas pintorescas que ningún otro viajero ha entrevisto siquiera. Evitamos, pues, las oficiosidades de nuestros huéspedes y descendimos á pasearnos por las calles de la ciudad baja, examinando, hasta donde nos era posible hacerlo, los interiores de las casas: inspeccionando las tiendas, y seguidos constantemente por cincuenta ó sesenta curiosos que no se explicaban nuestra conducta y se reían á carcajadas cuando dábamos en un callejón sin salida, pero que se prestaban solícitos á guiarnos y á responder á nuestras preguntas. La calle principal es ancha, limpia y abundante en tiendas, cuyos extensos sobradillos de tablas forman como una galería cubierta á lo largo de las casas: por ella circula una ruidosa y atareada multitud. Los pequeños cultivadores de los ribazos vecinos llevan los frutos de sus huertas; los grandes propietarios de la llanura exhiben muestras de su algodón; los cocheros discuten los precios de transporte, y, mezclados á toda esta gente charlatana y agitada, algunos pastores nómadas, de rostro sombrío y adusto, reciben el precio de los corderillos que han vendido la víspera, regatean pañuelos estampados y telas inglesas de algodón, ó permanecen inmóviles, lanzando codiciosas miradas á varias escopetas Lefaucheux, expuestas en una tienda, y cuyo mecanismo tratan de explicarse en voz baja. Si llegan á entrar para preguntar el precio, nueve veces de cada diez, el comerciante rehusará ven-

derles las escopetas, sea cual fuere la suma que le ofrezcan. El odio de los griegos hacia estos pastores y el miedo que les inspiran son demasiado grandes para que consientan en proporcionarles armas. Por esto los vlacos se ven precisados á ir á buscar, á Turquía, esas largas carabinas de encorvada culata que, aun siendo de construcción primitiva, se convierten, en sus ejercitadas manos, en armas de precisión.

Según parece, mañana es día de fiesta ó de entierro, pues hay expuestos en una tienda cirios, gruesos y delgados, amarillos y blancos, colgados en pequeños mazos por las mechas, y la gente se apresura á comprarlos. En el mismo establecimiento, y bajo una vitrina, se ostentan los pasteles y frutas confitadas que se ofrecen á los recién casados ó que se colocan junto á los muertos. Algo más lejos pasamos ante el puestecillo de un zapatero. Un mocetón de nariz aguileña, erizados mostachos y mirada de águila, sentado á la turca en una tarima de madera, corta el rojo cuero, mientras que dos jóvenes, colocados junto á él, bordan los adornos ó confeccionan las borlitas de seda roja que han de dar realce al calzado. Las babuchas, de encorvadas punteras, á semejanza de las pantuflas chinas, colgadas de la parte anterior de la parada, se balancean á merced del viento. Las hay para todos los pies: para los pies de los albaneses, tan largos, al decir de los atenienses, que los dedos están en Macedonia cuando el talón no ha salido aún de Beocia; y para los pies de los griegos, que tienen la pretensión, justificada por lo general, de poseerlos admirablemente hechos; para las personas mayores y para los niños: pequeñas babuchas ligeramente bordadas de meandros azules y rojos, con una flor de oro en el centro. El zapatero, sin dejar su trabajo, responde á sus clientes, habla con los vecinos y fuma un cigarrillo; mientras que los aldeanos, reunidos en grupos, se pasan de mano en mano un par de zapatos, examinando las costuras, palpando el cuero y discutiendo largamente los precios.

Toda una calle está habitada por los caldereros, cuyos martillos golpean alegremente el metal. Allí se confeccionan esos

vasos de cobre rojo y antigua forma, que sirven para llevar la leche, y esas cafeteritas de cobre amarillo, provistas de un largo mango, en las que se hierve el café. Uno de los artesanos, cubierta la cabeza con un gorro turco y vestido con una blusa y un pantalón de lienzo, bastante remendado, nos dirige la palabra en mal italiano. Es un piamontés que, después de haber recorrido casi toda Europa y todo el Oriente, con el martillo y el yunque al hombro, ha venido á establecerse en Livadia, donde se ha casado; pero si bien golpea con tanto ardor á su esposa como á sus marmitas, nos parece muy dispuesto á dejar plantadas á la una y á las otras y volver á sus montañas natales. Mal visto por los griegos, que no le compran casi nada, á pesar de la superioridad incontestable de su trabajo; molestado por las autoridades, que sospechan que haya sido expulsado de Italia por revolucionario; desgraciado en su hogar doméstico, no tiene otra idea que echarse al hombro sus herramientas é ir al Pireo en busca de un pasaje gratuito en algún buque italiano; pero su mujer no está del todo conforme con tales proyectos.

—Que se vaya bendito de Dios,—exclama;—pero no sin que se haya pronunciado el divorcio.

Ahora bien: para esto es necesario pagar á los jueces, al papa y á los testigos, y el pobre diablo no tiene un céntimo. El Oriente está lleno de esta clase de tipos, procedentes de todas las naciones, á veces buenos y sencillos, otras bribones é impudentes, que viven penosamente y mueren en la miseria, cuando no son reimpatriados por compatriotas caritativos ó por el juez de instrucción.

En Livadia hay un centenar de extranjeros; pero la mayor parte son griegos de Turquía, súbditos del sultán, á quienes la conducta de los funcionarios turcos ha obligado á emigrar. Si Grecia, á pesar de la Constitución, no es el asilo de la justicia y de la libertad, tiene, no obstante, leyes que se pueden invocar y tribunales que no siempre se dejan corromper; y, aunque los prefectos y otros agentes oficiales propenden demasiado á imi-

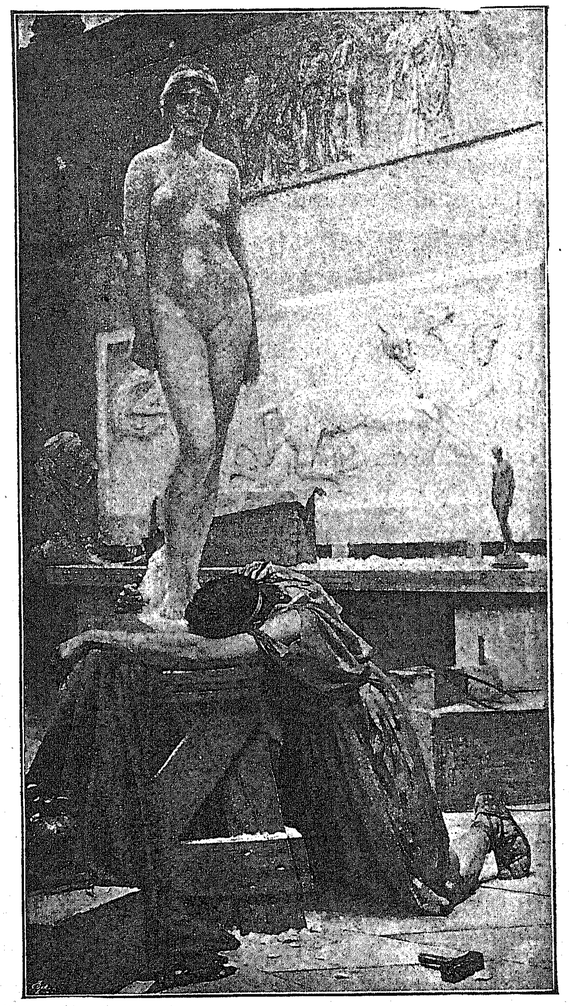
tar el despotismo de los pachás y á no reconocer más norma de conducta que su capricho, la opinión pública es, con frecuencia, bastante fuerte para volverlos al camino de la legalidad. De aquí que tales emigrados encuentren en Grecia cierta seguridad y ciertas garantías, que les hacen grata la estancia en ella, y toda su ambición, mientras venden sus quesos y pesan sus velas, es hacer de sus hijos verdaderos súbditos helenos, que irán á la Universidad para ser médicos ó abogados y no pondrán los pies en Turquía hasta que el monarca griego oiga misa en Santa Sofía.

Al regresar por la parte de la calle de Minerva, atravesamos una especie de bazar, con doble hilera de pequeñas tiendas, que se cierran por la noche, bajando al gran sobradillo de madera que durante el día las cubre, sostenido, como en Constantinopla, por una cadena de hierro que cuelga de una de las ventanas de la casa. Allí se venden las telas y los artículos extranjeros. Las sedas estampadas de Manchester flotan al viento, ostentando sus chillones colores; por tierra, en la calle, están apiladas porcelanas comunes, procedentes de Alemania, y vidriado ordinario de Trieste; en el fondo se ven alineadas las piezas de telas inglesas, género barato, cuya endeble trama está reforzada por el exceso de apresto y que es mucho menos sólido que el que se remitía á Oriente hace cincuenta años, con las mismas marcas é iguales denominaciones.

Francia sólo está representada por algunos tejidos de lana, botinas de cuero y cierta cantidad de panes de azúcar, muy pequeños y que llevan la etiqueta de una casa de Marsella. Todavía hoy más de las dos terceras partes de la población se visten con las telas que las mujeres hilan y tejen por sí mismas en sus casas; y aunque, en realidad, si se calcula el tiempo que han debido emplear trabajando, el precio resulta mucho más elevado que el de los productos similares que proceden de las fábricas europeas, como no hay necesidad de desembolsar dinero, dase gran preferencia á las telas de confección casera. Aun bien mirado, resultan éstas económicas si se tiene en cuenta que los tejidos de algodón y de lana hechos á mano son mejores y duran ocho ó diez veces más que los de fabricación industrial, que se reblandecen á la menor humedad y se rompen como papel. Por esto el mismo comercio inglés no aumenta sino muy lentamente, á pesar de lo muy bajo de los precios de las mercancías y de las facilidades excesivas y con frecuencia peligrosas, respecto al pago á las que se someten los exportadores.

Hétenos de nuevo en la calle de Minerva, frente á un pequeño café, cuya fachada está pintada de color verde manzana y que lleva el título pagano y bastante raro de *Café de Afrodita*. Junto á la puerta, una especie de turbina en miniatura, colocada bajo un depósito de agua, hace dar vueltas á dos martillos de madera, que golpean en timbres de vidrio de sonidos diferentes. El tintineo cristalino que produce este pequeño aparato acompaña alegremente el rumor de las conversaciones.

Si se hiciera una estadística de los establecimientos de comercio en Grecia, los cafés y las tabernas ocuparían, seguramente, el primer lugar, cosa que acontece también en otros países; pero si un economista dedujese de ello que los griegos son uno de los pueblos más intemperantes, cometería un singular error. Si en Inglaterra, en Holanda, en los países del Norte, se puede establecer una proporción entre las cifras de las tabernas y la de los borrachos, no ocurre lo mismo en Grecia, donde apenas se bebe más que agua. La sobriedad no es solamente una necesidad impuesta por el clima, sino también una de las cualidades de la raza; y si los cafés y las tabernas están siempre llenos, es porque las gentes experimentan una necesidad irresistible y constante de reunirse para hablar. Padre, esposo é hijos, apenas se levantan, se frotan los ojos, se limpian el rostro con la manga de la camisa y salen para no volver hasta la hora de la comida. En consecuencia, toda la población varonil se halla muy pronto reunida en la plaza pública ó sentada ante uno de los numerosos cafés de la ciudad, entre un vaso de agua clara y una taza de café del tamaño de una cáscara de huevo. Todos, ricos ó pobres, fuman cigarrillos de ese



PIGMALIÓN

tabaco de Missolonghi, rubio y oloroso como el mejor tabaco de Turquía, y un mozo coloca en la mesa de cada consumidor una cajilla de metal, donde se consume lentamente un carbón encendido, en el cual se enciende y se vuelve á encender el cigarrillo, confeccionado con una prontitud y una destreza extraordinarias.

El interior de los cafés de Grecia no tiene nada de oriental. En Atenas y en las principales ciudades marítimas se halla ocupado por mesas de mármol, el tradicional mostrador y divanes de cuero. En provincias, el mueblaje es todavía más sencillo, pues las mesas son de madera blanca, pintada de verde manzana, de rojo oscuro; las sillas son de paja y las paredes blanqueadas, y no tienen más adorno que algunas malas litografías, representando episodios de la guerra de la Independencia ó victorias de los rusos sobre los turcos. Desde 1879, los viajantes alemanes han tratado, aunque sin éxito, de reemplazar tales ornamentos por grabados en colores, en los que se ve á los zuavos y á los cazadores de á pie franceses huyendo con terror ante las bayonetas de los granaderos prusianos.

En el café principal de Livadia hallamos reunidos los tipos y los trajes más diversos, funcionarios y administrados, propietarios y mercaderes, atenienses y beocios. Aquí el *demarca* (subgobernador), con sombrero negro y gabán, habla deferentemente al *paredra* (alcalde), cuya holgada fustanela cae sobre las sillas inmediatas; allí el juez de paz, con sombrero hongo, discute con el secretario de la alcaldía, viejecillo seco, de viva mirada, que lleva una modesta fustanela de algodón. Los oficiales de la guarnición juegan unos con otros en un rincón de la sala, ostentando ajustadas túnicas. Los ciudadanos llevan todos, con raras excepciones, el traje nacional, con las variedades que inspiran la pretensión á la elegancia y los diversos grados de fortuna: chaqueta de largas mangas pardas y chaleco de paño ó terciopelo azul ó granate oscuro, más ó menos cubierto de trencillas del mismo color, y á veces completamente negro, con adornos negros también. Los calzones, casi ocultos por una fustanela que hace mil pequeños pliegues, ajustada al talle y hueca como una falda de bailarina, son de paño rojo ó de algodón blanco. Los altos botines, con rodilleras, sujetos por debajo de la rodilla con una liga de seda, son de paño fino de color gris ó azul, ó bien de fina lana blanca. Los personajes influyentes ú opulentos los llevan azules ó rojos, bordados de

oro y seda y adornados con cuatro grandes borlas de seda á la altura de la pantorrilla. Las babuchas son reemplazadas por escarpines negros de cuero charolado, y un gorro turco plegado á la moda del día, y apenas colocado sobre la oreja, completa el traje. Por la noche, una esclavina de paño negro, forrada de rojo, preserva de la humedad que sube del valle.

La multitud de los parroquianos discutía con animación, como siempre, y, como siempre también, la política constituía el fondo de las conversaciones. Tratábase, si no recuerdo mal, de una ley que el Ministerio había hecho votar recientemente á la Cámara. Parece ser que, aprovechándose de que los diputados de la oposición se habían abstenido de asistir á la sesión, el Gobierno había hecho comenzar el debate y proceder al escrutinio sin que el número de miembros de la asamblea fuese el exigido por la ley. Todos aquellos cafeteros ó vendedores de tejidos de algodón conocían al dedillo la Constitución, y su cólera no tenía límites al pensar en lo que llamaban un insulto al pueblo. Pasábanse de mano en mano los periódicos de Atenas, en los que se daba cuenta de la agitación que reinaba en la capital, y las ambiciones no satisfechas y las vanidades lastimadas de aquellos provincianos despertábanse más vivas que nunca. Las candidaturas para los puestos que un cambio posible de Ministerio dejaría vacantes se ostentaban abiertamente ante las autoridades que, desde el gobernador al alguacil, y desde el alcalde al último escribiente, tenían el aspecto preocupado, propio de las personas que no están seguras de lo que ocurrirá al siguiente día.

El dueño del café recorría éste, distribuyendo á todos el aromático líquido, pero reservando sus más graciosas sonrisas para los futuros elegidos. El subgobernador, bastante preocupado con la actitud que debería adoptar con los jefes de partido, parecía decidido á ir á Tebas á consultar al gobernador de la provincia. La capital no está más que á ocho leguas de distancia de Livadia, hallándose unida á ésta por una carretera que, si bien mal conservada, figura en la corta lista de las vías

del reino, por las que pueden circular vehículos. Las comunicaciones se realizan todos los días por medio del *leóforo*. No debe exaltarse la imaginación del lector por lo poético de tal nombre, imaginándose que se trata de un vehículo antiguo, de algo como los carros de Ayax ó de Príamo, arrastrados por cuatro fogosos corceles, guiados por un mancebo de cabellos de oro, pues el leóforo no es otra cosa que la diligencia, es decir, un vulgar carruaje, sucio y chillón, desvencijado y de incómodo movimiento. En él se colocan seis personas en el interior y tres en la parte delantera, teniendo que acomodarse sobre los equipajes los que se retardan en llegar. En cuanto al cochero, se sienta en uno de los estribos, excitando con la voz á cuatro escuálidos rucios que parecen haber sido ofrecidos en sacrificio á las sanguijuelas del lago Copais; pero, por imperfecto é incómodo que sea este medio de locomoción, no deja de constituir un gran progreso en un país donde todavía hace algunos años no se podía ir de Livadia á Atenas más que á caballo por caminos escarpados y peligrosos, en los que se corría veinte veces el riesgo de romperse la cabeza durante las tres largas jornadas que se empleaban en el viaje. Según parece, los leóforos son muy apreciados, pues casi siempre van llenos, y es prudente asegurarse de antemano un asiento si no se quiere estar expuesto á hacer el número siete é ir sentado sobre las rodillas de algún palikaro complaciente. Los desgraciados viajeros, zarandeados en todos sentidos, tropezando con el techo, demasiado bajo, del carruaje, llenos de pequeños fardos, cegados por el polvo, en el verano, mojados, en el invierno, por la lluvia, que penetra á través del remendado cuero de la capota, llegan á su destino muertos de fatiga; pero si los griegos no entienden todavía de comodidades, comienzan á conocer el precio del tiempo, y el incómodo vehículo, que recibe el gracioso nombre de leóforo, es un paso más en la vía de la civilización, cuyos refinamientos no desdeñan sino porque todavía no se hallan en situación de apreciarlos.

El subgobernador, llevando en un pañuelo rojo una muda

de ropa blanca y algunas provisiones, colócase modestamente entre un tratante en ganados y un empleado de ínfima categoría, que cambia de residencia, desapareciendo pronto entre una nube de polvo y perseguido por los equívocos de sus administrados. El griego casi no siente respeto por la ley, y no respeta poco ni mucho á los funcionarios públicos, por cuyo motivo se cree el pueblo más democrático de Europa.

Hubiéramos querido partir aquel mismo día para el monasterio de Stiri; pero uno de nuestros compañeros había tenido por la mañana un violento acceso de fiebre, consecuencia probable de las fatigas del viaje; y, aunque estaba decidido á volver directamente á Atenas sin acompañarnos hasta Delfos, no quisimos dejarle sin asegurarnos de que no había cogido en los pantanos de las Termópilas ó del Copais el germen de alguna intoxicación palúdica. Por esto fué aplazada nuestra marcha para el día siguiente, y en verdad que no lo sentimos, pues nada es tan agradable como esas paradas en que la calma y el reposo suceden á la agitación del viaje, y en que uno se transforma por algunos días en vecino del pueblo, adoptando sus costumbres y familiarizándose con las cosas y las personas como si hubiera vivido allí toda su vida, impregnándose dulcemente de la poesía del lugar, y partiendo á disgusto precisamente en el momento en que iban á comenzar el aburrimiento y la saciedad.

Nuestro huésped estaba empeñado en hacerme visitar los monumentos de Livadia, y el más notable, en su concepto, era el reloj ofrecido por lord Elgin á la ciudad, vulgar cuadrante blanco colocado en una torre amarilla que ofusca la mirada al contemplarla á distancia. No sé si lord Elgin, al distribuir así los relojes en Grecia, quería enseñar á los palíkaros el valor del tiempo, ó si creía compensar por tal medio el precio de las obras maestras antiguas que se había llevado furtivamente; pero, de todas maneras, es lo cierto que hubiera podido dar pruebas de mejor gusto.

En Livadia, como en todas las poblaciones de Grecia, hay

muchas iglesias; mas en su mayor parte sólo son pequeñas capillas exentas de adornos, algunas de las cuales conservan su sello bizantino, mientras las otras, de fecha reciente, carecen de estilo por completo.

Junto al mercado y sobre un terraplén levántase una iglesia nueva, fabricada con mármol gris y piedra calcárea del Helicón. Su edificación ha costado muy cara, sin embargo de lo cual nada tiene que pueda llamar la atención del viajero, como no sea la vista pintoresca de la ciudad y de la montaña, que se ofrece á la mirada cuando se sale por la puerta principal.

Un papa nos enseña los ornamentos regalados á la iglesia por la reina Amelia, de los cuales se muestra muy orgulloso.

Es un buen hombre, de aire inteligente, algo altanero, pero astuto y mordaz. Iba envuelto en una larga túnica de paño fino, y sus rubios cabellos arrollados, formando un enorme moño, estaban sostenidos bajo la mitra de terciopelo negro por un peine de concha. Su conversación revelaba un hombre instruído y ávido de saber, exento de preocupaciones, fuera de las que da la voluntad tenaz de conservar la autoridad y la influencia. En Grecia, el clero de las ciudades apenas se parece al de los campos, y el modo con que se recluta explica suficientemente esta diferencia. Allí no es el clero, como en Rusia, una especie de casta cerrada, de corporación hereditaria ó de tribu consagrada al servicio del altar y aislada del resto de la sociedad, ya que no por las leyes restrictivas (derogadas en 1864), á lo menos por las costumbres. En Grecia, los hijos de los comerciantes en pequeña escala y de los propietarios insignificantes son los que dan mayor número de discípulos á las escuelas eclesiásticas, y, por el contrario, los hijos de los papas piensan menos en suceder á sus padres que en entrar en la Universidad para obtener el título de abogado ó de médico, que puede llevarlos hasta las funciones civiles más envidiadas. Sea hijo de sacerdote, de ciudadano ó de aldeano, el aspirante á las funciones sacerdotales debe, ante todo, entrar en las escuelas elementales y sufrir exámenes graduados. Allí, como en todas partes,

la inteligencia y el trabajo hacen muy diversos los destinos de las personas. Los más torpes son sacristanes ó chantres, si saben leer siquiera, y los que no han pasado de la primera prueba quedan para siempre relegados en el diaconado, que disfruta de ciertos privilegios, pero del cual no se puede salir sin nuevos exámenes. Finalmente, los que han llevado á término sus estudios, llegan á ser, según el grado de su instrucción, papas de ayuntamiento ó de cantones.

Sobre las escuelas diocesanas, existen los seminarios, el instituto para los estudios eclesiásticos, fundado en Atenas por Rizaris, y la escuela superior de teología, en la Universidad. Pero todos estos establecimientos no son, propiamente hablando, escuelas eclesiásticas, y así, en el Instituto de Rizaris, los estudiantes, aunque todos gastan larga túnica y llevan recogidos los cabellos en forma de moño bajo el gorrito de terciopelo negro, no piensan, por lo común, sino en dedicarse al foro ó á la medicina, y muchos de entre ellos, á la vez que conservan la sotana, escriben artículos de polémica en los periódicos ó se entregan á otros trabajos literarios. Además, los cursos y la enseñanza tienen carácter secular. En la Universidad, apenas hay diez alumnos en la facultad de teología, y el curso, dado frecuentemente por un profesor laico, consiste, la mayor parte de las veces, en una serie de conferencias filosóficas, que no siempre se encaminan á la glorificación de la religión ortodoxa. Hasta se dice que, en cierta ocasión, uno de los profesores encargados de dicha enseñanza se dirigió á sus discípulos, diciendo:

—Hé aquí lo que estoy obligado á enseñaros; pero vosotros no tenéis la obligación de creerlo.

Allí aprenden los estudiantes, no sólo la teología, la filosofía y la historia, sino también elementos de geometría, de álgebra y aun de medicina. Las lenguas vivas están excluídas de esta enseñanza, que no se funda en el espíritu crítico y científico, ni admite, en cuestión de controversia, más que la de los autores ortodoxos. Por esto no se halla en toda Grecia un sacerdote que comprenda otro idioma que el griego.

Los jóvenes que han sido admitidos á los últimos exámenes y han obtenido el diploma de doctor en teología, tienen abiertos ante sí dos caminos que responden á sus diversas aspiraciones, al grado de su ambición ó á su carácter.

El uno consiste en renunciar á los encantos de la familia, entrando en un convento con la esperanza de ser algún día el prior del mismo y de llegar á las supremas funciones reservadas en la iglesia ortodoxa á los célibes, es decir, las de obispo y aun de metropolitano. Los que tienen aspiraciones más modestas y más terrenales son enviados á una ciudad en que resida un obispo, junto al cual desempeñan las funciones de vicarios. Procúranse entonces la amistad de un papa anciano que les ceda su hija y su clientela, y entonces reciben el nombramiento de papa. A esta categoría pertenecen los sacerdotes de las poblaciones importantes, y á ella también pertenecía el de Livadia, que nos hacía los honores de su iglesia. Aún era joven y esperaba llegar á arcipreste y acaso entrar en el santo sínodo; mas, por grande que sea su mérito, allí se detendrá su carrera, pues le están vedadas las altas funciones episcopales.

El clero casado no goza la consideración ni la influencia que se podría creer. Preocupado por los cuidados de la familia y por sus intereses personales, rebajado al rango de colector de impuestos por cuenta de una religión en la cual no hay ceremonia ni sacramento que sean gratuitos, pierde en independencia y en moralidad lo que gana en seguridad material. Las clases superiores no le profesan deferencia ni simpatía, y, sea cual fuere su instrucción, no es admitido en lo que se llama la buena sociedad.

Mientras hablábamos con el papa, oímos cánticos por la parte de fuera, y la iglesia se llenó de gente. Era el cortejo del entierro para el cual habíamos visto la víspera á uno de los comerciantes del mercado vender á los habitantes de la ciudad cirios de cera oscura. A la cabeza de la comitiva iba un hombre llevando la tapa del ataúd, pintada de negro y amarillo, y luego otros dos, con grandes bandejas de cobre cargadas de

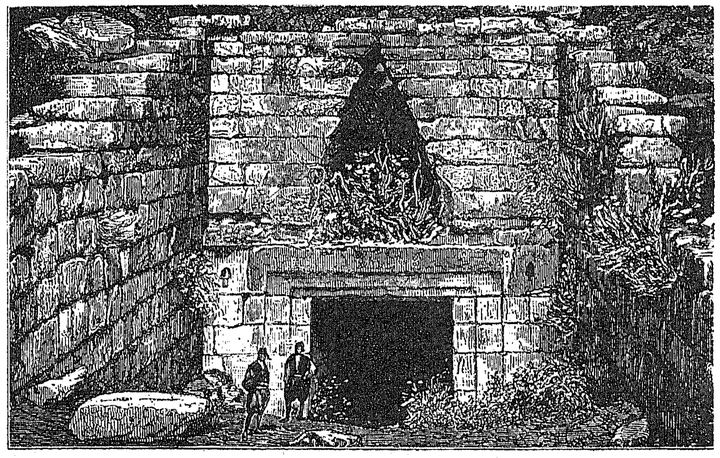
frutas confitadas y pasteles. Detrás de ellos, los monaguillos llevaban la cruz de oro, grandes linternas colocadas al extremo de un palo y esos anchos discos de cobre dorado y repujado que figuran siempre en las principales ceremonias de la iglesia ortodoxa. Seguían los sacerdotes, cubiertos unos con capas tejidas de oro, y envueltos solamente los otros en esos grandes velos negros que tan bien sientan á sus rostros orientales de largas barbas negras ó blancas. Por último, venía el ataúd llevado por los más próximos parientes del muerto. Éste, con el rostro descubierto, vestido con sus más ricas prendas y cubierto con un gorro enorme, parecía uno de esos maniquíes que se ven en algunas sastrerías. Detrás de él iban los parientes, los amigos y los curiosos, llevando cada cual un cirio encendido.

Los chantres recitaron las oraciones de costumbre, acompañadas á coro, por todos los fieles, de un modo quejumbroso é invariable, ya lentamente con acento grave y solemne, ya con precipitación, mascullando las palabras y hablando todos á la vez, como una reunión de comadres. Nos apresuramos á huir, sabiendo que la presencia de herejes en una ceremonia fúnebre está considerada por los griegos como un signo de mal agüero. Además, habíamos asistido con frecuencia á esas tristes solemnidades que terminan en el cementerio con la escena más aflictiva y menos edificante que es posible concebir. Colócase al muerto en tierra, se le despoja de sus vestiduras, se le quitan las sortijas de los dedos, ya tiesos, y se le priva hasta de la almohada en que descansaba su cabeza. Sólo para el público se le ha adornado por última vez, poniendo al palikaro su chaqueta de oro; á la *coconna* (palabra que significa señora), su falda de seda verde manzana; á la fanariota de Atenas, su traje escotado de baile, y al aldeano su camisa nueva; pero después de la representación, y ya entre bastidores, el actor deja sus oropeles y se pone el igualitario sudario.

Al dejar la iglesia, pedimos al hijo de nuestro huésped, que nos acompaña, que nos lleve á visitar las fábricas, y bajamos

por los márgenes del Hercino, que franquean dos ó tres viejos puentes bastante mal conservados.

Se nos había dicho que existían en Livadia tres fábricas de hilados de algodón que reunían en conjunto más de mil seiscientas brocas; pero una de ellas había quebrado el año anterior, y otra, á la sazón, se hallaba parada. La tercera, instalada



MICENAS: PUERTA DEL TESORO

en un edificio nuevo levantado sobre el torrente, sólo tiene un material imperfecto é incompleto, y no parece en vías de una gran prosperidad. Sin embargo, Livadia parece hallarse en condiciones favorables para llegar á ser una ciudad industrial, pues el Hercino puede proporcionar una fuerza motriz estimada en más de mil caballos, durante más de ocho meses al año. Además, la llanura del Copais puede producir una cantidad de algodón suficiente para alimentar varias fábricas, que enviarían sus tejidos á toda la Grecia del Norte, y, por otra parte, las lanas de los rebaños del Œta, del Parnaso y del Helicón serían excelentes para tejer paños comunes, cuyo consumo aumenta cada día, y que ahora vienen de Francia ó de Alemania. Entonces no se daría más el caso de que el algodón hilado de Li-

vadia fuese enviado á Inglaterra para volver, con grandes gastos, bajo la forma de indiana.

Una fábrica para majar el algodón, la cual está en actividad y funciona regularmente, algunas tenerías y un establecimiento para el blanqueo de las lanas, y que no emplea más que seis ú ocho obreros, constituyen, con lo mencionado, toda la industria de Livadia. El ingenio de los habitantes de esta ciudad está en mejores condiciones que los de otras partes, para consagrarse á las ocupaciones útiles y prácticas; pero faltan la seguridad, los recursos y la experiencia. Allí no hay ingenieros, ni mayordomos, ni escuelas prácticas para crearlos, ni trabajadores hábiles, ni caminos para llevar las primeras materias y distribuir los productos.

Bajando el curso de Hercino llegamos á la zona de verjeles que se extiende al E. de la llanura. Estos jardines, por los que circulan tajeas de riego, están separados por líneas de álamos que dan frescura al paisaje. Cultívanse allí exquisitos melones, legumbres, tomates, ciruelas, manzanas y albaricoques, y toda esta verdura contrasta agradablemente con las rocas grises y rojas, sobre las que está edificada la ciudad. Pero no hay que creer que este cultivo general se extienda muy lejos, pues á 500 metros se vuelven á hallar las landas y los pantanos, y los canales de riego terminan en charcas pantanosas, que producen la fiebre.

Estábase haciendo la recolección del maíz y del algodón, y por todas partes reinaba una grande actividad. El maíz desgranado se secaba al sol, mientras que los campesinos amontonaban en haces la envoltura de las espigas para hacer luego jergones. Los montones de algodón eran tan elevados, que desde lejos los habíamos tomado, al principio, por tiendas blancas.

Las mujeres y los niños pasaban por entre las líneas de plantaciones, recogiendo el algodón que se escapaba de las vainas entreabiertas y metiéndolo en sacos de tela que llevaban colgados al cuello y que iban luego á vaciar en el montón común, donde los hombres, armados con grandes raquetas de junco,

procedían á una primera distribución, reservando la calidad inferior para el tejido y el hilado domésticos y para la confección de groseros trajes, y colocando el de primera calidad en cestos cubiertos de tela, á fin de transportarlos á casa hasta el día de la feria anual, en que los corredores van á comprarlo por cuenta de las fábricas de hilados del Pireo ó de negociantes extranjeros. Falta todavía desbrozar el algodón por medio del ingenioso aparato americano llamado *Cotton Gin*, del tamaño de una máquina de coser, y que separa las briznas de algodón de la simiente. En seguida se forman las balas, que se colocan en la prensa, se envuelven en tela y se sujetan con aros de hierro para transportarlas.

No sólo se entregan á la agricultura los habitantes de Livadia en el recinto de esta especie de oasis, sino que casi todos poseen en la llanura del Copais, más allá de la línea baja de rocas que oculta la vista, algunos pedazos de terreno que explotan ó hacen explotar por arrendadores, y muchos también han emprendido con éxito trabajos parciales de saneamiento. Estos trabajos, comenzados en pequeña escala y casi sin recursos, han triplicado muchas veces el capital de los que los intentaron. Se me han citado algunos que, con un gasto de doscientas pesetas por hectárea y con medios completamente elementales, han logrado formar tierras de superior calidad, que valen hoy día más de tres mil pesetas por hectárea; resultado que da la medida de los beneficios que podría producir una operación en mayor escala y mejor dirigida.

Quedábanos por ver la principal curiosidad de Livadia: el antro de Trofonio; mas para ello era preciso atravesar de nuevo la ciudad y remontar el curso del torrente hasta la salvaje garganta de donde nace, enorme abertura de peñas grises y rojas cortadas á pico en el Helicón, y llena de enormes rocas caídas de la montaña. Cuando uno se acerca á tal sitio, el cuadro que se aparece de pronto es, en realidad, uno de los más imponentes y de los más pintorescos que se pueden contemplar en Grecia. El torrente, ancho y espumoso, pasa por debajo de un

viejo puente turco de altas arcadas. A la izquierda, grandes plátanos dan sombra á una fuente que corre murmurando; á la derecha se ven dentadas crestas coronadas por ruinas helénicas y construcciones venecianas, y en último término se divisa la garganta misteriosa, encerrada entre dos altos muros de rocas.

En medio del caos de peñascos enormes, y sobre una ancha superficie de rocas llena de multitud de agujeros, ábrese el antro de Trofonio, abertura que apenas tiene cuatro pies de ancho y que se halla obstruída por la arena y por restos de toda especie. En el fondo de este agujero hallábase el temido oráculo, al que no se iba á consultar sino temblando. Después de las purificaciones de costumbre y de permanecer en el retiro muchos días, durante los cuales se ofrecían sacrificios á Trofonio y á su hermano Agamedes, los sacerdotes cubrían al postulante con vestiduras de hilo, le ponían en la mano pasteles de miel y lo llevaban á la entrada de la caverna, en cuyo fondo se distinguía una estrecha hendidura. El postulante se tendía, haciendo pasar las piernas por la abertura, é inmediatamente se sentía arrastrado como por una fuerza invencible y sacudido luego con violencia, mientras que le rodeaban y amenazaban serpientes y bestias monstruosas y terribles, á la vez que espantosos ruidos salían de las entradas de la montaña. Entonces hablaba el oráculo, pronunciando algunos aforismos ininteligibles, y antes que el pobre diablo, engañado por las supercherías de los sacerdotes, hubiera tenido tiempo de recobrarse, era cogido de nuevo y arrojado violentamente al exterior, medio desvanecido de miedo. Permanecía por largo tiempo privado de la razón; pero Pausanias afirma *que se recobraba más tarde* la facultad de reir.

El paredra nos había invitado á pasar la velada en su casa, situada en lo alto de la ciudad, y hacia la cual nos dirigimos después de haber comido.

Esperábanos en el dintel, y nos presentó á su hermano, mozo de seis pies de estatura, siempre de buen humor y de una gordura completamente beocia, exagerada aún por lo holgado de

su fustanela. En la sala, adornada con espejos, objetos desconocidos hasta que se acabó el camino carretero, la kiria, ó ama de la casa, nos recibió con una timidez modificada por un aire de gran dignidad, favorecido por la amplitud de las formas. Entonces comenzaron los obsequios de costumbre; el café y las confituras, de las cuales se toma una cucharada, mientras con la otra mano se sostiene un vaso de agua fresca para beber en seguida algunos sorbos. En el centro de la habitación, un ancho brasero de cobre lleno de ardientes brasas permitía calentarse al mismo tiempo que se hablaba. En el rigor del invierno se le coloca bajo una mesa como las nuestras llamadas camillas, cubierta por un amplio tapete de lana que llega hasta el suelo. Todos se sientan alrededor, subiéndose hasta el cuello dicho tapete, mientras que el cuerpo se halla en una especie de estufa. Este calorífero primitivo, que se llama *tandur* en el Asia Menor, es una invención turca, de la cual se han aprovechado los beocios, y nada resulta tan extraño como aquel conjunto de cabezas que parecen no tener cuerpo y estar colocadas sobre un tapiz. Al rededor de la sala hallábanse, derechas y silenciosas, varias señoras de la ciudad, con sus chaquetas de terciopelo bordadas de oro, y cubiertas con el gorro rojo de larga borla, que les caía sobre el hombro. La mayor parte, aun las jóvenes, estaban pintadas, lo cual constituye una moda que no es nueva en Grecia, pues ya, en la *Odisea*, la fiel Eurimona recomienda á Penélope que se pinte las mejillas.

En cuanto á los hombres, ya conocemos su traje, que permite todas las variedades imaginables de bordados, trencillas y colores, salvo la fustanela, que es igual para todos. Había allí chaquetas que valían más de doscientos duros y cuya tela desaparecía bajo pasamanerías de oro: solamente dos ó tres jóvenes llevaban el traje europeo. Como en casi todas las provincias, los hombres eran hermosos, bien formados, elegantes y ágiles en sus movimientos; pero las mujeres respondían poco al ideal que se forja de la raza griega. Lo mejor que tienen son sus hermosos cabellos, que se peinan bastante mal; sus ojos grandes,

aunque sin expresión, y sus blancos dientes, que enseñan demasiado ó que no muestran bastante; pero son mal formadas, tienen la nariz chata, la boca grande y carnosa, salientes los pómulos, y, sobre todo, carecen de ese encanto, de ese no sé qué que disimula todas las imperfecciones físicas. Tal vez, dicho sea en su abono, esta falta de gracia dependa de la educación que reciben y de la existencia que llevan, que se resiente todavía de la influencia de las costumbres orientales.

Desde el punto de vista moral, las mujeres, en Grecia, son poco más ó menos lo que eran hace cincuenta años, salvo en algunas ciudades, donde la corriente de las ideas europeas y el contacto frecuente con los extranjeros ha introducido grandes modificaciones. Como antiguamente, las mujeres carecen de existencia individual y no suponen nada en la sociedad. Sin independencia y sin instrucción, permanecen relegadas en el interior de la casa, de donde no salen, como las musulmanas, más que para ir á la iglesia ó á hacer visitas. Sólo desde hace pocos años se las ve alguna vez pasear con sus maridos.

Hablamos largamente con el hermano del paredra, hombre inteligente y de un espíritu más frío y más observador de lo que es costumbre encontrar entre los griegos.

—Lo que aquí falta,—nos dijo,—es la mano de obra y la instrucción, pues de una y otra carecemos completamente. En todo el distrito, la agricultura está á muy bajo nivel, y la producción no llega á la mitad de lo que podría ser con un poco más de cuidado. Las principales cosechas del país son el algodón, cuya producción crece de día en día, y los cereales. En cuanto al vino, es escaso. Sería preciso atraer capitales extranjeros; pero esto no puede lograrse sin garantir una seguridad, que todavía no existe, contra la arbitrariedad de las autoridades y la codicia de los legisladores.

La desecación del lago Copais y el aprovechamiento de los terrenos conquistados remuneraría con holgura todo capital, por elevado que fuese, y permitiría entregar al cultivo multitud de hectáreas que, en la actualidad, sólo son una fuente de pérdidas, pues las aguas no solamente cubren buena parte del suelo, sino que hacen los terrenos inmediatos impropios para el cultivo. El Gobierno griego nada hace y nada quiere hacer para remediar tal estado de cosas.

Hablamos, por último, de lainstrucción, y le hice observar que la enseñanza agrícola no se da poco ni mucho en las escuelas, en lo cual hubo de convenir.

Nos despedimos, al fin, del paredra y su familia, y volvimos á nuestra casa por una callejuela poco á propósito para dar buena idea de la policía interior y de la limpieza de la ciudad.

CAPITULO VIII

DE LIVADIA Á DELFOS

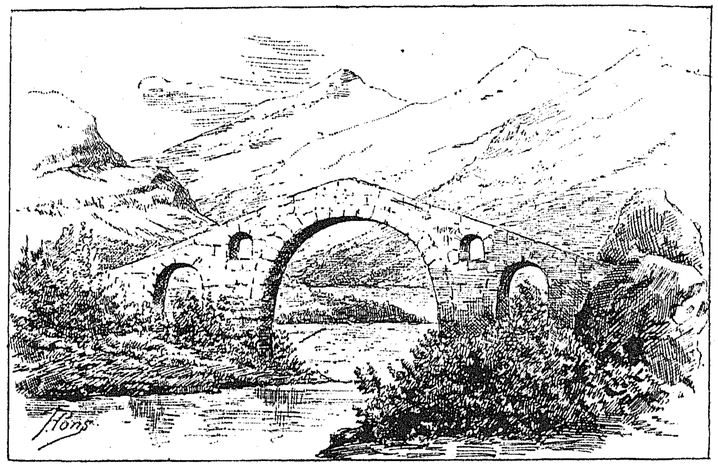
A la mañana siguiente salimos de la ciudad. El cielo estaba completamente cubierto y oímos retumbar el trueno por los altos valles del Helicón y el Parnaso. Pericles no sabía qué decir respecto al tiempo, y los agoyates miraban á todas partes sin resolverse y sin decir otra cosa que:

—Es que principia la mala estación.

Nuestro huésped nos insta á que no partamos; pero, pese al siniestro aspecto del cielo, decidimos ir hasta Arakhova, y nos ponemos en camino, acompañados de un joven de la ciudad llamado Alejandro Stavros, que el paredra nos ha dado como guía. Preciso es creer que los habitantes de Livadia sólo rara vez ven extranjeros, pues excitamos en alto grado su curiosidad. De todas partes afluyen curiosos; las calles están llenas de gente, y los balcones y ventanas rebosan de espectadores, lo cual da á la pequeña ciudad un aspecto animado. Muchos nos saludan y nos desean buen viaje, con algunas de esas fórmulas corteses y amistosas acostumbradas por los orientales.

Subimos por las calles altas de la ciudad, y, después de haber pasado por un bazar de aspecto completamente turco, dis-

frutamos, volviéndonos, una hermosa vista sobre la llanura y sobre Livadia, cuyas casas, pintorescamente escalonadas, hállanse iluminadas por un rayo de sol de buen augurio. Más allá, los jardines forman, al rededor de la pequeña capital, como un cinturón de verdura, y más lejos aún adivínase el lago Copais, medio oculto por la bruma.



PUENTE SOBRE EL EUROTAS

El terreno sobre el cual marchamos es oscuro y árido, y el sendero costea, evitándolo cuidadosamente, un antiguo empedrado turco completamente deteriorado. Seguimos primero un valle cerrado al S. por el Helicón y sus estribaciones, que van á unirse al Parnaso, hacia el N., y pronto nos hallamos sobre pendientes cubiertas de lentiscos, robles y mirtos, sin que se vean casas ni aldeas, ni exista apariencia de cultivo. El país parece desierto y abandonado, y, sin embargo, el vigor de la vegetación, la lozanía de la verdura, el oscuro color de la tierra y lo espeso del césped, todo atestigua la riqueza y la potencia productiva del suelo.

Aquella colina cubierta de arbolillos, cuyas hojas oscuras y brillantes estaban salpicadas de gotas de lluvia, que brillaba

cuando algún rayo de sol atravesaba las nubes, formaba un encantador primer término á la montaña sombría y grandiosa que se levantaba ante nosotros, y que, gracias al viento norte, comenzaba á verse libre de la niebla que la envolvía desde por la mañana. Poco á poco surgían imponentes masas de rocas, cuya anatomía gigantesca hacía resaltar el sol aun medio velado, produciendo vigorosas oposiciones de luz y sombra.

Al cabo de tres horas de camino hacemos alto junto á una fuente que sale de una roca enorme llamada *Korakalithari*, ó *Roca del cuervo*, especie de plataforma en cuya cima se hallan algunos vestigios de antiguos muros que probablemente pertenecerían á algún fuerte militar de la montaña. Sin duda, el sitio estaba bien elegido, pues allí mismo existe un puesto de gendarmes encargados de vigilar la comarca, que ha pasado en todo tiempo por ser el foco del bandidaje. Es, realmente, un paraje propicio para las gentes de mal vivir el que forman aquel conjunto de colinas completamente desiertas.

El camino, que, por cierto, es detestable, sigue por una serie de crestas de rocas, en las que crecen, de trecho en trecho, esos robles enanos y espinosos llamados por los griegos *pirnari*, y de los cuales habla Pausanias. También se veían grupos de torcidos pinos, y la montaña estaba surcada por lechos de torrentes apenas húmedos de las lluvias de los últimos días. Estos torrentes, siempre secos en verano, experimentan en invierno bruscos é inesperados cambios, ya hinchándose desmesuradamente á cada lluvia, ya bajando casi de repente. Cuando el tibio viento llamado *megas* derrite prematuramente las nieves, las aguas se precipitan con furor haciendo imposible el paso por aquellas gargantas.

Durante varias horas subimos y bajamos por caminos ásperos é incómodos á lo largo de la cadena que reune el Cerfis al Parnaso, cuya masa gigantesca se levantaba ante nosotros; pero las nubes habían cubierto nuevamente el cielo y comenzaba á caer una lluvia fría y fina. Nuestros caballos resbalaban sobre las mojadas rocas, y á cada paso estaban á punto de caer. Nues-

tras capas, empapadas de agua y recibiendo las ráfagas de viento norte, nos hacían el efecto de masas de hielo colocadas sobre nuestros hombros, y la desmoralización ganaba terreno visiblemente entre la caravana. Nuestro guía, Alejandro Stavros, alegre y charlatán al principio y que nos hacía olvidar la monotonía del camino mediante todo su repertorio de anécdotas y de canciones, se había embozado silenciosamente en su tupido *aba* de lana gris, y presentaba el aspecto de un inmenso capuchón puntiagudo que cabalgase medio prendido entre la bruma. Las nubes se amontonaban formando enormes volutas negras cargadas de lluvia y de tempestades, y el paisaje tomaba tintas grises é indecisas de una uniformidad desesperante.

Al cabo de seis horas de lucha y de pelear contra el viento, distinguimos, al fin, sobre un escarpado pico, la aldea de Arakhova, y creímos tocar al puerto de refugio; pero no contábamos con un profundo barranco que nos separaba de él, y para franquear el cual empleamos más de una hora. Penetramos en el pueblo por calles tortuosas, abiertas en forma de escalera en la misma roca, y limitadas por miserables casas colocadas en zigzag. Nuestro guía nos llevó á casa del alcalde, que fué para nosotros el más afable y obsequioso de los hombres, y que, encendiendo un buen fuego en el hogar, nos hizo olvidar la lluvia que nos había atormentado durante la jornada. Sin embargo, no dejaba de inspirarnos inquietud el día siguiente, pareciéndonos muy comprometido nuestro proyecto de ascensión al Parnaso.

A todas cuantas preguntas hacíamos sobre el tiempo, las gentes de la casa y las de la vecindad respondían impertubablemente:

—¿Qué sabemos nosotros? El tiempo está entre las manos de Dios.

Sin duda, estaba bien dicho; pero la inteligencia ha sido dada al hombre para adquirir la experiencia mediante la observación. Al preguntar cómo solían pasar habitualmente las cosas en aquellos parajes, nos respondían:

—A veces llueve un día, otras está lloviendo durante dos semanas con ó sin viento. Ya en verano, ya con más frecuencia en la primavera, y en el otoño, y más frecuentemente aún en el invierno.

¿Qué deducciones podíamos sacar de aquel fatalismo completamente oriental? Lo mejor era, pues, entregarse en manos de la Providencia, sin tratar de penetrar sus designios, y ponernos á la mesa donde nos esperaba la comida, comida completamente griega, pues las provisiones que nuestro cocinero había traido yacían en el fondo de las alforjas, bajo la forma de una horrible mezcla reblandecida y empapada por la lluvia.

Hé aquí el programa detallado de la comida susodicha:

Sopa con tomate, agua, aceite rancio y algunas rodajas de limón que sobrenadaban.

Carnero cocido y sazonado con pimienta.

Arroz con aceite rancio.

Cohombros cocidos con tomate, aceite y limón.

Queso de cabra, duro y parecido al yeso.

Vino cocido con resina y piñas, y que sabía extraordinariamente á la bota.

Pan duro, sin levadura, sin sal y á medio cocer.

Como postre, aceitunas amargas, conservadas en salmuera. Durante nuestra comida, buena parte de la población penetró en la sala á contemplarnos, mostrando menos discreción que los habitantes de Livadia. Entonces pudimos observar cuán bella y vigorosa es la raza de aquellas montañas, gracias al aire fresco y saludable que allí se respira y á la vida activa y sobria que se lleva. Los niños son desarrollados, fuertes y llenos de vida; los hombres tienen contextura de atleta y las facciones enérgicas y duras, y los ancianos, derechos como á los veinte años, mueren sin conocer las enfermedades y los achaques de la edad. Las mujeres son robustas matronas, de aspecto algo salvaje, de ancha barba, grande boca, que deja ver una doble fila de dientes blancos, arqueadas cejas que se juntan y frente coronada por cabellos de un color negro rojizo. En todos

se veía el tipo de la raza albanesa, raza que se encuentra esparcida por el territorio griego y que desmiente las teorías eslavistas del sabio Falmerayer.

Todas las mujeres iban igualmente vestidas: una sencilla camisa de algodón rayado, abierta por el cuello y con largas mangas perdidas; un delantal rojo de lana espesa y una gruesa capa oscura de grosero paño, sin mangas, sin adornos, abierta por delante y cayendo, sin formar pliegues, hasta las rodillas. Todo cuanto llevan, así ellas como los hombres, es obra de sus manos. Ellas esquilan los rebaños, hilan y tejen la lana y hacen de ella las chaquetas y las capas, que adornan con pesados bordados, de dibujo y colorido muy artísticos. Alimento, trajes, habitación, todo se halla al alcance de aquellos montañeses, siendo tan conforme con sus necesidades y sus instintos que no se debe esperar que pongan nada de su parte para cambiar y progresar.

La conversación con nuestros huéspedes era difícil, á causa de lo escaso del vocabulario griego que conocíamos y de faltarnos nuestro intérprete Pericles. Por fortuna, un habitante de la aldea, que había estado algunos años en Corfú, hablaba medianamente una mezcla de italiano y de inglés, y pudo reemplazar á aquél. Hiciéronnos muchas preguntas sobre nuestro viaje, las ciudades que habíamos visto y los países extranjeros que habíamos recorrido, interrogándonos especialmente sobre Atenas, la ciudad gloriosa de la antigua patria, y sobre Constantinopla, la gran metrópoli del futuro imperio griego, esos dos polos, entre los que oscilan sin cesar la vanidad y la ambición de todo buen heleno. Nosotros preguntamos también, y el sitio en que nos encontrábamos nos llevó á hablar del bandidaje, al que los arakhovianos, según fama, han proporcionado siempre numerosos individuos. Ellos se defienden enérgicamente de tal cargo, diciendo:

—¿Qué podíamos hacer entre los bandidos y los irregulares? En el tiempo en que Daveli y su banda recorrían el país, todos los días estábamos amenazados de un ataque ó de un sa-

queo, y no había más remedio que dejarse explotar ó sufrir la tortura. Si no se proveía á la banda del dinero ó de las provisiones que exigía, cabras, cabritos, carneros, todo, en fin, nos era arrebatado ó destruído por venganza, no estando aseguradas ni aun la vida y la libertad de las personas. No hubiera sido difícil hacer barricadas, cerrar la entrada de la aldea y defenderse á tiros; pero durante el día era preciso ir á trabajar al campo y no había seguridad de volver por la tarde.

—Y el Gobierno ¿no venía en vuestro socorro?—pregunté yo.

—Sí,—repuso con desdén mi interlocutor.—De vez en cuando, el Gobierno enviaba por aquí una compañía de irregulares que se instalaban como amos, usaban y abusaban de todo y no pagaban jamás. Después de haber bebido, comido y fumado, partían para la montaña y volvían casi siempre sin haber encontrado á los bandidos, que se presentaban de nuevo apenas los irregulares volvían la espalda.

—Pero vosotros, que conocíais los senderos y los refugios de la banda, ¿no servíais de guía á los gendarmes?

—Nos hubiéramos guardado bien de hacerlo, pues esto hubiera equivalido á nuestra sentencia de muerte y á atraer una venganza cierta sobre nuestras familias y nuestras casas. Se nos acusa de haber favorecido el bandidaje, lo cual es una calumnia. Nosotros transigimos con un mal necesario, y cuando éste fué demasiado grande, cuando las exigencias de Daveli se hicieron insoportables, nos armamos, reunidos á los habitantes de las aldeas vecinas, y destruímos la banda, después de haber dado muerte á su mismo jefe.

No dejaba de tener razón mi interlocutor, pues, como ya hemos indicado, las medidas tomadas por el Gobierno eran irrisorias, y con gran frecuencia resultaban perjudiciales para los aldeanos. Pero lo que él no dijo fué que el día en que la banda de Daveli se vió cercada y destruída, los gendarmes se batían al lado de los arakhovianos, pereciendo su capitán en la batalla.

Siempre que marchen de acuerdo las autoridades y los habitantes, el bandidaje se verá obligado á pedir gracia; pero hay que añadir que la indiferencia y aun la condescendencia de las poblaciones respecto á los kleftas es la consecuencia natural de la apatía ó de la mala fe del Gobierno. El espíritu del pueblo es excelente; pero el Gobierno lo ignora ó no se cuida de saberlo.

Pregunté si no había leyes ó reglamentos en virtud de los cuales se pudiera requerir y organizar á la población é indemnizar por medio de un impuesto general á los particulares que hayan sufrido pérdidas, y se me contestó que no había nada de esto, pues si bien hace años se dictó una ley en tal sentido, está abrogada ó caída en desuso. Hay una clase de bandidos respecto de los cuales muestran mayores simpatías los aldeanos: éstos son los desertores. Cuando se verifica el sorteo, según me han afirmado repetidas veces, el encargado de realizarlo hace trampas, adjudicando los números bajos á los individuos del partido político opuesto al suyo. Por esto muchos jóvenes que se llaman á engaño prefieren ganar la montaña, protegidos por sus amigos y parientes, que los socorren y los alimentan, y los gendarmes no los persiguen con gran ardor, mostrando respecto á ellos mucha indulgencia.

Otros se hacen bandidos por amor, como el famoso Kitzos, que hace años esparció el terror en toda la Grecia del Norte, y cuya historia verdadera está á punto de convertirse en una leyenda popular. Kitzos era un elegante palikaro, el gallito de su aldea, y amaba á una joven que, por su parte, le correspondía tiernamente; pero en Grecia, como en todo el Oriente, la autoridad paternal es absoluta, y la pobre muchacha, mal de su grado, fué prometida al hijo de un comerciante. El día de la boda, Kitzos penetró en la iglesia y mató al novio, á cuyo hecho siguió un tumulto indescriptible y un cambio de disparos que hirieron á muchos de los asistentes. Kitzos huyó al Parnaso, donde permaneció oculto algún tiempo, recibiendo la visita de sus parientes y amigos. Formó luego una cuadrilla, con la

cual saqueó las propiedades del que debió haber sido su suegro, y cayó luego sobre el Ática, donde cometió toda clase de tropelías. Pasó rápidamente, por real decreto, de la tercera clase á la segunda, y luego á la primera, es decir, que se ofrecieron por su cabeza, sucesivamente, dos mil, tres mil y cuatro mil dracmas; pero escapó siempre á toda clase de persecuciones, gracias á la protección de algunos miembros del Gobierno.

El bandido Daveli, citado frecuentemente en los relatos de nuestros huéspedes, era un albanés, un verdadero karagunis, que bajó de las montañas del Pindo con su compatriota Karabaleki en 1856. Ambos se instalaron, con unos sesenta individuos de su especie, en las gargantas del Parnaso, desde donde caían sobre todos los puntos de la provincia, robando y matando á derecha é izquierda. En cierta ocasión, Daveli fué con veinte hombres hasta Calcis, donde arrebató, en medio de la población, á la hija de uno de los ricos propietarios de la isla de Eubea, mientras que otros treinta bandoleros vigilaban por el camino que había de llevar al regreso su capitán. Era el día de Navidad; el dueño de la casa se hallaba en Atenas, y su mujer y su familia estaban jugando á las cartas en compañía de un juez griego prometido de la hija de aquéllos, cuando se abrió la puerta y entraron dos desconocidos que preguntaron por uno de los circunstantes. El juez miró á aquellos dos hombres y les dijo:

—Tenéis todo el aspecto de bandidos.

—¿Lo creéis así?—respondieron.

Y un momento después la habitación se vió invadida por los veinte facinerosos con Daveli á la cabeza. La resistencia era imposible. Los bandoleros se apoderaron de la plata y de las joyas y pusieron al fuego un puchero con aceite para meter en él los pies de los prisioneros: procedimiento que empleaban habitualmente, á fin de averiguar el sitio en que se guardaba el dinero. Uno de ellos obligó al novio de la joven á que jugase á las cartas con él, diciéndole:

—Si ganáis se os conservará la vida; pero si perdéis seréis muerto.

Por fortuna, durante toda esta escena, logró escaparse un criado, y corrió á dar la alarma. La partida tocaba á su fin, y el baño de aceite se hallaba á punto de hervir, cuando dióse el grito de que llegaba la tropa.

ALBANESES

Los bandidos emprendieron la fuga, llevándose consigo á la hija de la casa, que fué conducida á caballo hasta el Helicón, y luego á pie al Parnaso, donde se la alojó en la caverna llamada *Coriciana*. Habiéndose estropeado sus zapatos en los senderos, se envió á un bandido á comprarle otros á Livadia. Por lo demás, la trataban bastante bien, sirviéndole todos los días cordero asado, y diferentes veces se hizo ir de Kastri un papa para decirle la misa. Su rescate fué objeto de negociaciones continuas, y para convencer á sus amigos de que estaba sana y salva se le hizo presentar muchas veces en lo alto de rocas inaccesibles. Por fin, Daveli le devolvió sus joyas y le aconsejó que volviera á su casa por otro camino, temeroso de que los individuos más salvajes de su banda trataran de secuestrarla nuevamente.

Esta aventura y otras del mismo género habían hecho de él el terror de las montañas vecinas, y, al fin, se acordó hacer un grande esfuerzo colectivo para capturarle. Todo el Parnaso fué cercado y se empujó poco á poco á la cuadrilla hacia el desfiladero de Kulia. Los habitantes de Arakhova llevaban á su cabeza á uno de sus compatriotas llamado Megas, jefe de los gen-

darmes, que, á la cabeza de sus hombres, mató á Daveli, con quien perecieron veintiséis bandidos de los treinta que formaban la cuadrilla, y el mismo Megas, á quien se consagró un monumento recordatorio de su muerte en la cumbre de la colina, en el mismo sitio dónde Edipo fué parricida sin saberlo.

El hijo de Megas, llamado Giorgios, vivía aún en Arakhova, y de su boca escuchamos los detalles de esta historia, siendo él también quien nos declamó el canto compuesto en honor de su padre. Esta especie de elegías son improvisadas frecuentemente por las mujeres, y llevan el nombre de *tragudi*, palabra que pertenece evidentemente á los primeros tiempos de la poesía, cuando los poemas dramáticos consistían solamente en cantos pastoriles. La gran tragedia ateniense tuvo su origen en los pastos de las altas montañas; pero la palabra que hemos subrayado permaneció en el lenguaje popular, y la poesía que representaba reapareció casi bajo su forma primitiva mucho tiempo después de la desaparición de la tragedia y de la comedia griegas.

Durante todas las citadas aventuras, el Gobierno negaba la existencia del bandidaje; todo el que arriesgaba una palabra de verdad apoyada en pruebas, respecto al asunto, era denunciado y castigado. En tales momentos, un inglés, Smith O'Brien, ardiente fil-heleno, que no quería creer en el bandidaje y en las calamidades que promovían tantas quejas, hizo un viaje al interior de las provincias griegas, hasta el Parnaso. Por todas partes por donde debía pasar recibieron orden las autoridades de disimular todo cuanto desagradable ocurriera, y de evitar á toda costa que el viajero cayese en manos de los bandidos que infestaban el país, y se supo simular tan bien el orden y la seguridad, que O'Brien, de regreso á Atenas, publicó una carta, en la que calificaba de calumnias todos los cargos que se hacían contra el estado de las cosas en Grecia, y pintaba el país bajo el aspecto más favorable. Desgraciadamente, apareció en los periódicos una *Memoria* secreta de uno de los funcionarios cómplices en la farsa, y quedó al descubierto el sistema de engaños que se había empleado para con el viajero inglés.

En el momento en que, después de esta instructiva conversación, se ocupaba nuestro huésped en despedir á los curiosos para dejarnos dormir, entró un pastor delgado y harapiento, y, tras de haberse sacudido como un perro que sale del agua, manifestó que la lluvia había cesado y que, habiendo cambiado el viento al SE., era probable que hiciera buen tiempo al día siguiente. Preguntósele sobre el estado de los senderos del Parnaso, de donde venía, y, en vista de sus respuestas de que todavía se hallaban practicables y de que sólo en la cumbre encontraríamos nieve, decidióse verificar la ascensión, y se ordenó la marcha para las cuatro de la mañana.

Era todavía oscuro cuando salimos de Arakhova acompañados de nuestro guía Alejandro, de un hermano del paredra y de doce gendarmes regulares en traje de campaña, es decir, llevando por encima del pantalón de uniforme largos botines de lana blanca, colocados en babuchas de suela plana y puntas encorvadas: calzado más cómodo para correr por las rocas que los zapatos de ordenanza. Estos gendarmes, que habían sido enviados de Livadia la víspera, por orden del prefecto de la provincia, respondían de nosotros con sus cabezas por todo el tiempo que nos acompañasen. Dos cazadores de Arakhova, que iban á la montaña para ponerse al acecho de un oso cuyas huellas habían sido descubiertas, nos ofrecieron que tomáramos parte en su expedición y que nos apostáramos con ellos en el sitio donde la fiera iría, al romper el alba, á comer las cerezas y ciruelas de los bosques. Naturalmente, nos apresuramos á aceptar.

Durante hora y media subimos por un sendero áspero y rocoso que serpenteaba en medio de montones de peñascos dominados por las altas paredes de las rocas Fedríades, y, luego de haber franqueado una garganta y de marchar algún tiempo á través de espesos tallares, hicimos alto. Nos hallábamos en una especie de claro rodeado de abetos, donde nuestros dos

cazadores debían ponerse en acecho. Examináronse las huellas á la incierta luz de una linterna sorda, y vimos, efectivamente, en un terreno húmedo una ancha huella y cinco agujeros, producidos, sin duda, por las garras del plantígrado en cuestión. Cada cual eligió una roca para ocultarse, y todos esperamos en el mayor silencio.

El cielo comenzaba á teñirse de rosa pálido, y abajo, á cuatro mil pies de distancia, distinguíase, á través de los árboles y de las rocas, un extremo del golfo de Corinto, que limitaba, con una faja de plata, los grises acantilados de la Acaya. La atmósfera estaba tranquila, y cuando un soplo de viento pasaba por los abetos, semejaba el rumor que producen sobre las arenas las pequeñas olas de una mar en calma. Nosotros continuamos en acecho, engañándonos con los menores ruidos, impresionados por una rama muerta que se desprendía ó por una piedra que rodaba empujada por algún musgaño al salir de su agujero, y continuamos esperando, aunque ya las ramas altas de los árboles se iluminaban con los primeros rayos del día. El que no ha visto salir el sol más que en los climas fríos del Norte, no puede figurarse lo que es ese magnífico espectáculo en las montañas de Grecia. La atmósfera, de gran transparencia, colórase, á los rayos del naciente día, de matices rosa y dorados, y disfrútase la deliciosa frescura característica de las primeras horas de la mañana, comprendiéndose entonces por qué los antiguos divinizaron la Aurora, de rosados dedos.

Fué preciso renunciar á ver al oso, que debía haber vuelto ya á su cubil. Por capricho ó por prudencia, pues en esta clase de animales la astucia y la malicia compiten con la glotonería, no se había aventurado aquella noche á dirigirse al sitio en que le esperábamos, y habría ido á buscar su comida en otra parte.

Los dos cazadores partieron en otra dirección para tratar de encontrar la pista y elegir nuevo acechadero. En cuanto á nosotros, continuamos nuestro camino y llegamos pronto á una meseta cubierta de pastos y de cultivo, donde dos pequeños lagos de agua fresca y límpida reflejaban los primeros resplandores de la mañana.

Al O. del mayor de los lagos, en lo alto de una escarpada pendiente y en medio de puntiagudas rocas y matorrales espinosos, se halla la entrada de la gruta *Coriciana*, estrecha abertura triangular donde no se puede penetrar sino inclinándose. Hállase dentro primeramente una gran sala de noventa metros de largo por sesenta de ancho y doce de alto, llena de estalactitas. Un segundo paso, aún más estrecho que el primero, conduce á otra sala no tan grande, pero en la cual las estalactitas transparentes que descienden de la bóveda afectan grandes proporciones y extrañas formas. Esta gruta, dedicada antes al dios Pan y á las Ninfas, es hoy el refugio habitual de los bandidos del Parnaso. El humo de los hogares encendidos por éstos ha ennegrecido las paredes y hecho estallar las brillantes columnitas de caliza. Algunos tizones medio consumidos y casi calientes todavía, denunciaban la presencia reciente de alguien en la caverna. Nuestros guías parecieron bastante intrigados por este hecho y conferenciaron durante un momento en voz baja.

Los pastores habían abandonado ya la montaña para encaminarse á los pastos de invierno, y, aunque no se había observado el regreso de los bandidos al Parnaso, no era imposible que algunos merodeadores llegados de improviso, y sabiendo que las altas mesetas estaban abandonadas, se hubiesen ocultado al acercarnos nosotros en algún barranco de los alrededores. Era preciso, pues, estar alerta, y los gendarmes se dividieron en dos grupos, uno de los cuales nos acompañaba, mientras que el otro iba delante en descubierta, batiendo á derecha é izquierda las malezas. Así bajamos, sobre un montón de guijarros que rodaban bajo nuestros pies, la rápida pendiente que se extiende bajo la gruta, y costeamos los lagos para llegar á algunas chozas llamadas los *kalivia* de Arakhova. Allí es donde los habitantes de la aldea suben en verano para recoger la cebada que han sembrado en otoño, y para hacer pastar á sus

ganados. En el mes de octubre, luego que han arrojado un poco de semilla en un suelo apenas surcado por su arado primitivo, abandonan los *kalivia* para volver á la aldea.

Las cabañas de tablas y de ramas estaban desiertas cuando pasamos. Ante nosotros se levantaba la doble cumbre del Parnaso resplandeciente de nieve. Comenzamos á subir la pendiente NE. de la montaña, por un sendero abrupto, donde se necesita la seguridad de marcha de nuestras mulas, para no caer en los profundos barrancos que se abren á la izquierda, y continuamos subiendo á través de un bosque de pinos que acaba algo más arriba para dejar el puesto á inmensas rocas áridas y abrasadas. En las depresiones expuestas al N., la nieve caída los días anteriores se conserva intacta y espesa. Pronto es necesario echar pie á tierra, pues el sendero se hace impracticable aun para las mulas, y para llegar á la cima de Gerontovrakhos tenemos que saltar durante una hora por una capa de nieve, de veinte centímetros, ayudándonos de los pies, y de las manos. El viento sopla con furia, y el termómetro marca tres grados bajo cero; pero el panorama que se presenta entonces á nuestra vista, nos recompensa ampliamente de las fatigas de la ascensión.

La Grecia entera se extiende á nuestros pies. Al E. las verdes campiñas de Beocia, el lago Copais, el Ática, inundada de sol; la isla de Eubea, el mar Egeo, con sus islas. Al N. los formidables picos del Œta, el Pindo y el Pelión, ya cubiertos de nieve, y más lejos el Olimpo y el monte Athos. Al S. el estrecho y salvaje desfiladero de Delfos, á través del cual se distingue el golfo de Lepanto, reflejando vivamente el cielo, y más allá, en lontananza, las altas montañas del Peloponeso, terminadas por las agudas cumbres del Taigeto. Al O., por encima de un caos de montañas, el mar Adriático, en un horizonte preñado de tempestades. A nuestros pies, y al rededor de nosotros, se cruzan en todos sentidos sombríos abismos. Es inútil tratar de describir la sublimidad de semejante espectáculo, y sólo los que han subido á las altas cumbres y permanecido aunque sólo sea

un instante por encima de la tierra, comprenderán la impresión que experimentamos en la cima del Parnaso, ante aquella naturaleza formidable, como palpitante todavía á consecuencia de las últimas luchas de la creación, y concentrando, por decirlo así, bajo nuestra mirada, todo el mundo antiguo y veinte siglos de historia.

El descenso fué penoso, y grande nuestra satisfacción, cuando nos sentamos al rededor de un gran fuego que nuestros arrieros habían encendido al abrigo de una roca. Era el mediodía y habíamos empleado seis horas largas de camino para llegar á Delfos. El traqueteo del peso de las mulas y la dureza de las albardas que nos servían de silla, hacían el descenso tan insoportable, que preferimos marchar á pie, y, á indicación del sargento de nuestra escolta, tomamos un sendero que pretendía aquél ser el más corto y que atraviesa el fondo de un barranco, que nuestras monturas debían costear. Abrímonos un camino á través de espinosas malezas y por agrias pendientes de lisas rocas, que las hojas de pino, ya secas, hacen más resbaladizas todavía, agarrándonos á las ramas y á las raíces que trepan por el suelo duro y sonoro. Aquí y allá cruzábanse senderos trazados por los lobos y los jabalíes, y nuestro sargento no sabía por dónde se andaba. Alejandro Stavros había ido á la descubierta, y le creíamos perdido también cuando le vimos reaparecer con aire conmovido. Apenas estuvo junto al sargento, le dijo en voz baja:

—¡Los bandidos!

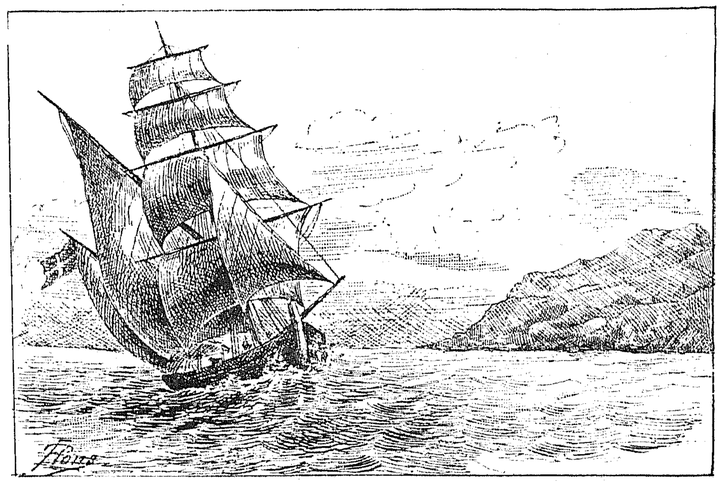
Justo es decir, en honor de los gendarmes, que no demostraron ni aun la apariencia de una vacilación respecto á lo que había que hacer. En un abrir y cerrar de ojos, seis de ellos nos rodearon de modo que garantizasen nuestra seguridad, mientras los otros seis se lanzaban á las rocas para evitar toda emboscada de parte de los bandidos. El sargento, con Alejandro Stavros y el hermano del paredra, se colocaron á vanguardia para reconocer si la alarma era justificada. En efecto: no tardamos en ver, á través de las malezas y de las rocas, un perfil blan-

co con forma humana que se deslizaba trepando. A este siguió otro y luego otro más y varios aún, y á través de las ramas brillaron cañones de fusil.

En el instante en que el sargento y nuestros dos compañeros se levantaban ante aquellos hombres, los gendarmes, que habían operado un movimiento envolvente, se presentaban en la parte de arriba, cerrando todo camino para la fuga. Oyóse el ruido que producen los fusiles al armarse; y ya nos preparábamos á ir, con los seis gendarmes que nos restaban, en socorro de los valientes que arriesgaban su vida por nosotros, cuando Alejandro vino á nuestro encuentro y nos dijo que no se trataba de bandidos, sino de prófugos de Anfisa, cantón situado al otro lado del Parnaso, hacia el N. Aquellos jóvenes, antes que ponerse el uniforme, bastante feo, en verdad, del ejército griego, habían preferido pasar el invierno en la montaña en compañía de los osos y de las águilas, contando con una crisis ministerial que llevase al poder el partido á que pertenecían, para poder volver impunemente á sus casas. Ellos eran los que habitaban la gruta *Coriciana,* donde habíamos hallado cenizas calientes, y no pensaban que en semejante estación se vieran molestados en su soledad por el capricho de unos viajeros. Decididos á defenderse contra la gendarmería, pero no queriéndo hacerlo sino en último extremo, al acercarnos nosotros se habían refugiado en aquel apartado barranco, á donde sólo la casualidad nos había conducido.

Nuestros hombres no parecían muy deseosos de apoderarse de aquella caza que la casualidad les había deparado, ni de sostener una lucha con sus compatriotas, á quienes más bien compadecían. Por lo demás, el perseguirlos y prenderlos era asunto de la gendarmería de Anfisa. Así, pues, los fusiles permanecieron en reposo, y, en vez de enviar balas á aquellos pobres diablos, les dimos un poco de tabaco, pues se les había agotado su provisión, y sus familias no debían enviarles un emisario hasta dentro de algunos días. Nos separamos de ellos, dándoles la mano y deseándonos recíprocamente buena suerte.

La única víctima de este encuentro fué el pobre Alejandro, que, al saltar por entre las rocas, se había lastimado un pie. Sufría mucho y hubo necesidad de llevarle hasta el sitio en que esperaban las mulas. Colocósele en una de ellas y continuamos nuestro camino. Después de haber atravesado un bosque de pinos, incendiado por los pastores, costeamos de nuevo la me-



COSTEROS GRIEGOS

seta de los kalivia, dejando á la izquierda el sendero de Arakhova.

La noche se acercaba, amontonábanse de nuevo las nubes, y la lluvia, que amenazaba desde hacía algunas horas, comenzaba á caer en anchas gotas, presagio de una tempestad que, por fortuna, derivó hacia el N., no sin dejar tras sí algunos chaparrones intermitentes. El sendero bajaba en zigzag por una agria pendiente, situada sobre el barranco de Delfos, pendiente que se hacía cada vez más húmeda y resbaladiza. Estábamos calados y llenos de fatiga, y Alejandro, cuyos pies y piernas se habían hinchado considerablemente, apenas podía sostenerse sobre la mula y lanzaba un sordo gemido de dolor á cada esfuerzo que hacía ésta para no resbalar.

Nuestros gendarmes, que caminaban desde hacía doce horas, iban silenciosos en fila india, y los agoyates ya no lanzaban á los ecos de la montaña los sonoros gritos de llamada, que saltaban, debilitándose poco á poco, á través de los solitarios valles, hasta las más elevadas cimas. Por fin, el sendero se suavizó, un poco de tierra se mezcló á las piedras, aparecieron los pequeños trozos de viña, y las casas de la aldea de Castri se presentaron á nuestra vista, escalonadas á lo largo de una árida pendiente. Antes de llegar al pueblo, pasamos junto á dos tumbas antiguas abiertas en la roca, y una de las cuales está cerrada por una alta puerta fija, esculpida en la misma peña. Una pequeña abertura, practicada en la parte inferior, servía para penetrar en el recinto; pero los temblores de tierra han hendido la masa de arriba abajo, y la maciza puerta se halla en la actualidad suspendida, pareciendo caer hacia adelante, como si algún titán subterráneo la hubiese desvencijado de un golpe.

La aldea de Castri, como la mayor parte de los pueblos griegos, no es más que un conjunto de calles y de casas miserables, rodeadas de fango y de inmundicias, y el edificio donde se nos había preparado albergue no nos pareció mucho más confortable que los otros. Alejandro fué tendido sobre pieles de carnero y envióse á buscar á una vieja, pues las viejas en las aldeas griegas hacen el oficio de cirujanos y médicos. La que vino tendría, seguramente, cien años, á juzgar por las arrugas que surcaban su apergaminado rostro. Examinó la hinchada pierna y limitóse á hacer que le aplicaran compresas de boñiga de vaca cocida con vino, pues, según su opinión, al cabo de tres días de este tratamiento, el paciente podía volver á pie á Livadia, si lo deseaba. Alejandro tenía completa fe en la ciencia de la vieja, y se negó enérgicamente á dejarse cuidar por un médico que nos acompañaba. Al día siguiente nos separamos de él con sentimiento, pues era de conversación alegre y de ingenio fino y despierto. Aunque ligeramente cáustico, de figura elegante, y tan resistente á la fatiga como al dolor, era fiel representante

de la raza griega en todo cuanto tiene ésta de brillante y de amable; pero no era posible que nos detuviésemos hasta su restablecimiento completo, y, en su consecuencia, hubimos de resignarnos á la separación.

CAPITULO IX

DE DELFOS Á PATRÁS

La comarca en que se hallaba la antigua Delfos tiene un carácter de austera grandeza y de sombría hermosura que sorprende vivamente la imaginación. Situadas en una saliente de la montaña, formando como una terraza en ligera cuesta, vense las diez casas de la aldea de Castri, rodeada de olivos y de viñas de escasa altura. A doscientos metros de allí se abre la estrecha y profunda garganta de Pleistos, más allá de la cual elévanse las rocas del Cerfis, cortadas á pico y cubiertas de arbolado. Detrás de Castri se levanta la inmensa muralla de las rocas Fedríades, dominada por la doble cima cubierta de nieve del Parnaso, que parece hecha para inspirar el sentimiento de la gravedad y de la majestad inaccesible. Franjas de blanco vapor se enrollan en torno de las rugosas laderas de este augusto corifeo de las montañas helénicas.

Hacia la derecha, nuestra vista remontaba el estrecho valle hasta el campanario de Arakhova, y á nuestra izquierda extendíase sobre la llanura de Krisa y la bahía de Salona. En este terreno, de algunas hectáreas de extensión, hallábase el templo de Delfos, del cual no quedan ni aun los vestigios. Te-

níamos por guía á un anciano del pueblo muy inteligente, que había ayudado en las excavaciones practicadas allí en diversas ocasiones; pero aún teníamos un guía más perfecto y más viejo en Pausanias, que marchaba, por decirlo así, ante nosotros, mientras se agolpaban confusamente las reflexiones excitadas por su minuciosa descripción. A veces perdíamos su huella á través de los detritus y de las cabañas modernas; pero pronto volvíamos á hallar la huella de sus pasos en los paseos de las terrazas, cubiertas de inscripciones relativas á la manumisión de esclavos en la Vía Sacra que conducía á la puerta del templo, al teatro, á la galería de pinturas, donde se hallaba expuesta la piedra que Júpiter hizo tragar á Saturno. Las sagradas fuentes corren todavía, siendo lo único que tiene vida entre aquellos desfigurados restos. A la entrada de una cueva gigantesca, que separa las dos rocas Fedríades, peladas moles de seiscientos metros de alto y de caliza azul agrisada, la fuente Castalia brota de la montaña, formando un arroyo que por un barranco salvaje va á desaguar en el Pleistos. Un receptáculo cuadrangular, abierto en la roca, recibe el agua, que pasa á través de un espeso lodo, y que en otros tiempos proporcionaba el líquido sagrado, en el cual debían purificarse los peregrinos antes de presentarse al oráculo, como los devotos indios se sumergen todavía en el Ganges antes de penetrar en la pagoda y de echarse á los pies del gran sacerdote de los brahmines. Por encima del receptáculo indicado, la pared, cortada verticalmente por obra del hombre, está llena de multitud de nichos, el mayor de lós cuales ha sido convertido en capilla consagrada á San Juan. La roca cortada á pico que domina á Castalia corresponde á la Hiampeia, de donde fué precipitado Esopo, acusado de haber criticado en un apólogo la impostura y la avaricia de los sacerdotes de Apolo. En el punto más elevado de la pendiente de Delfos se halla el edificio levantado por Herodes Atico, el gobernador romano que edificó en Atenas el hermoso teatro, abierto en el costado de la Acrópolis. Este edificio es el único monumento de Delfos que se conserva, bien que habien-

do perdido su revestimiento de mármol. Vense todavía algunas gradas abiertas en la roca.

El recinto sagrado encerraba otros monumentos: el tesoro, donde se guardaba una parte de las ofrendas; un teatro; la sala del consejo, donde se reunían los sacerdotes, y una sala de conversación, donde se daban cita los habladores. Polignoto había adornado las paredes con grandes pinturas, representando la toma de Troya y los infiernos.

Todos estos edificios, que ya no existen, hallábanse edificados sobre un terraplén sostenido en la parte del Sur, por espesos muros, de los cuales se ven aún las huellas. Allí es donde se ha descubierto un muro ciclópeo intacto, formado por enormes sillares de dos metros de forma irregular, pero cortados y unidos exactamente sin cemento ni juntura, y cuya superficie no fué desbastada y aplanada sino después de la construcción. Algunas de las líneas de unión son curvas: particularidad curiosa que sólo raras veces se observa, aun en la segunda época pelásgica.

¿Qué raza es la de estos pelasgos, cuyos fastos se pierden en la noche de los tiempos antehistóricos y que han dejado en todas las comarcas mediterráneas esos inconmovibles recintos, esas acrópolis indestructibles, esos macizos palacios, verdaderas obras de gigantes, sin trazar en ellas el menor carácter, el menor signo ideológico que revele su nombre, su origen y su historia, como lo hicieron egipcios de Menfis y de Ghizé, los semitas idumeos de Petra, los asirios de Nínive y los fenicios de Tiro?

Del famoso templo de Apolo sólo restan algunas piedras esparcidas y algunos cimientos de los que ni aun la dirección puede apreciarse; pero tal vez existan restos más considerables bajo las casas de la moderna aldea de Kastri que sería necesario expropiar y derribar para proceder á excavaciones sistemáticas. Este templo era anterior á todos los conocidos en Grecia, salvo el de Corinto. Las paredes eran de toba calcárea, la fachada de mármol y las columnas de toba revestida de estuco. En el santuario hallábase colocado el *omfalos*, piedra blanca considerada como el centro ú ombligo del mundo, y al rededor del cual se colocaban las ofrendas enviadas de todas partes, desde Marsella á Gnido, desde Farsalia á Cirene; cuatro mil estatuas, imágenes de los atletas vencedores, de los generales triunfantes, de los reyes afortunados y de las ciudades salvadas; diez cráteras de oro ofrecidas por Jijes, rey de Lidia, que pesaban setecientos ochenta y seis kilos, y que valdrían en la actualidad más de tres millones; un trono de oro macizo, del rey Midas, de Frigia, antes de que le salieran las orejas de asno, y, finalmente, el famoso trípode de oro sostenido por una triple serpiente de bronce fundido en una sola pieza, ofrenda de los griegos después de la batalla de Platea. El trípode fué robado por Nerón para acuñar moneda; pero la serpiente de bronce, llevada por Constantino á Bizancio, existe aún en parte, medio sepultada en el centro del Atmeidan, extensa plaza de Constantinopla. Una de sus cabezas, conservada en la iglesia de Santa Irene, junto al serrallo viejo, ofrece todos los caracteres de la naturaleza estudiada y cogida en vivo.

Los buenos sacerdotes de Apolo recibían dádivas de toda clase de gentes, y á los dones regios que se han citado hallábanse mezcladas extrañas ofrendas, como los asadores destinados para las carnes consagradas al Dios por la cortesana Rodopis, compañera de esclavitud de Esopo, y la estatua de oro de Friné, de tamaño natural, cincelada por Praxiteles, y colocada junto al gran altar de Apolo, entre las estatuas del grave Arquidamo y de Filipo, rey de Macedonia. El tesoro de Delfos fué saqueado más de una vez; los focios, los galos y Sila se apropiaron parte de las riquezas acumuladas en el santuario; Nerón se apoderó, en una sola vez, de quinientas estatuas de bronce, y más tarde Constantino hizo transportar á su capital todos cuantos objetos de valor quedaban.

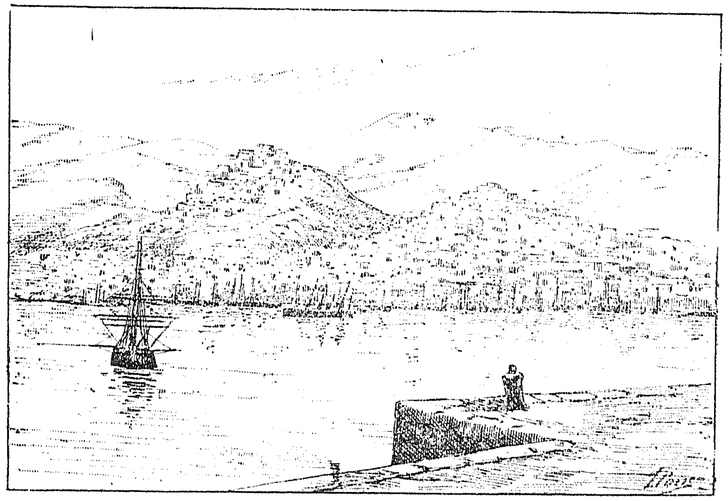
Detrás del santuario del templo hallábase el *aditon* ó antro de la pitonisa. En el centro abríase el abismo de donde se escapaban los vapores que ocasionaban transportes extáticos á los

que se exponían á ellos, y por encima de esta boca levantábase el trípode de considerable altura, cubierto por una plataforma circular, llena de agujeros, en cuyo estrecho espacio se colocaba la pitonisa, sentada sobre un escabel de bronce. En los primeros tiempos elegíase, para desempeñar este papel, á una joven, hija de campesinos pobres y sin educación; pero desde que una vez fué robada una pitonisa, ya no se confió este cargo sino á mujeres de cincuenta años, por lo menos. En ciertos días que los presagios hacían juzgar favorables para consultar al oráculo, la pitonisa montaba ó subía sobre el trípode, después de haberse preparado por medio de abluciones en el agua de la fuente Cassotis y de fumigaciones de laurel; un sacerdote, llamado el profeta, se colocaba junto á ella para recoger sus palabras, y entonces eran admitidos los interrogadores, siempre aisladamente. La pitonisa, bajo la acción del gas que subía del abismo, experimentaba todos los síntomas que se observan en los envenenamientos por el óxido de carbono: vértigos, desvanecimientos, alucinaciones, ideas delirantes. Anhelante, con los cabellos en desorden y llena de espuma la boca, profería palabras casi siempre incoherentes que eran recogidas por el sacerdote colocado junto á ella, y puestas en hexámetros para ser comunicadas en tal forma al interrogador. Esta extraordinaria sobrexcitación y los desórdenes cerebrales que resultaban de ella no dejaban de ofrecer peligros para la pobre mujer, víctima de la superstición del pueblo y de la bribonería de los sacerdotes, y Plutarco refiere que una vez la pitonisa, en un acceso de convulsiones, cayó desde lo alto del trípode, lanzando un grito terrible que puso en fuga á todos los asistentes, y que cuando éstos, repuestos de su espanto, volvieron junto á ella, encontráronla sin conocimiento.

Al cabo de pocas horas falleció.

El delirio de la pitonisa, cuya verdadera causa se ignoraba, debía herir la imaginación popular, siempre ávida de conocer el porvenir y deseosa de ponerse en comunicación con los dioses que inspiraban las respuestas de la profetisa.

Esta necesidad de superstición, instintiva en el hombre; la habilidad de los sacerdotes en interpretar las palabras incoherentes de una mujer sin razón ni voluntad, y la veneración tradicional que inspiraba el santuario, fueron las causas del crédito de que gozó durante largo tiempo el oráculo de Delfos. Su influencia fué grande sobre la religión, la moral y la política;



VISTA GENERAL DE SIRA

pero no se ejerció siempre de la manera más afortunada. Si los débiles fueron muchas veces protegidos, vengados los crímenes en ocasiones y acertadamente aconsejados los reyes, forzoso es reconocer que el oráculo, ó, mejor dicho, sus traductores oficiales, sin ideas fijas, sin grandes principios, sin convicciones inquebrantables, no ejercieron sobre los hombres, ni sobre el conjunto de los negocios, ninguna acción eficaz y poderosa. Las consultas no recaían sino sobre cosas particulares; el oráculo favorecía, ya á la libertad, ya á la tiranía; revelaba á todos los medios de defensa y de éxito, sin ningún cuidado por hacer prevalecer la justicia, condición que, sin duda, fué la que aseguró su crédito.

Delfos, ya centro religioso del mundo griego, hubiera podido llegar á ser el centro político si la Grecia hubiera sido capaz de unidad. Todo el mundo puede recordar la famosa Asamblea de los Anfictiones, especie de Congreso permanente de la paz, tan impotente para hacer ejecutar sus decretos como para hacerse respetar á sí misma.

Cada cuatro años celebrábase en Delfos una fiesta célebre: los juegos píticos. Una larga procesión partía de Atenas, bajo la dirección de la sacerdotisa de Minerva. Oleada inmensa de peregrinos de todas las edades y de ambos sexos, en la que se mantenía el orden á palos y cuyos severos vestidos estaban minuciosamente regulados por un decreto, siguiéndola una turba de mercaderes con sus carruajes, pues había que hacer más de diez días de viaje. En la meseta de Delfos levantábanse innumerables tiendas para aquella multitud, y durante todo el tiempo de la peregrinación ejercíase una policía rigurosa. Por lo demás, las prácticas piadosas prescritas no eran sino vanas formalidades completamente exteriores, limitándose á algunas ceremonias escrupulosamente realizadas: todo para la apariencia, nada para las disposiciones interiores de las almas. Estas fiestas periódicas, esta afluencia perpetua de devotos y de curiosos, fueron para los délficos una causa de ocio, pues sin industria, sin artes, sin agricultura, enriquecíanse á expensas de los extranjeros. Los que no tenían puesto alguno en el numeroso personal del templo, dedicábanse á guías de los viajeros, y enseñaban las curiosidades de la ciudad, recitando una lección aprendida de antemano y llena de historias maravillosas. Otros grababan ofrendas, que vendían en pequeños puestos de los alrededores del templo, como los vendedores de rosarios y de medallas á las puertas de nuestras iglesias. Y todos, sacerdotes ó sacristanes, guías ó comerciantes, eran ávidos parásitos, mendigos, que tomaban cuanto hallaban á mano.

Pero no tardó en sonar la hora de la decadencia para el oráculo de Delfos. Tucídides, que no admitía más autoridad que la de la razón; Parménides y Sócrates, que sólo conocían la autoridad de la conciencia; Aristóteles, que lo sometía todo á la autoridad de la ciencia, fueron los representantes de la nueva generación que iba á batir en brecha las antiguas creencias, y el mismo Demóstenes se burló de la pitonisa y de los Anfictiones. Bajo la dominación romana, la ruina fué más completa todavía. Los escépticos y los magos se dividían el favor público, y en los templos los dioses de Egipto, con cabeza de gavilán, y las diosas de la Fenicia, con triple hilera de pechos, habían reemplazado á las divinidades de la antigua Grecia pelásgica. Los juegos píticos ya no fueron más que fiestas pantagruélicas, ferias de arrabal, en las que las emanaciones de las frituras populares subían al cielo mezcladas con el humo de los sacrificios; las mesas de juegos de azar invadían el recinto sagrado; los acróbatas asiáticos, los luchadores de Capadocia, con sayos moteados de plata, levantaban sus tablados y sus cuerdas tirantes, y los juglares ventrílocuos, que tomaban por mofa el nombre de pitonisos, hacían un dios de su estómago y pronunciaban oráculos en la plaza pública, mientras que la última pitonisa balbuceaba la última mentira en su abandonado santuario.

Al fin, triunfó el cristianismo. Desde entonces todo se hunde, todo desaparece, y el gran templo de Delfos es vendido como una cantera para edificar las aldeas vecinas. Así, este valle solitario y salvaje y esta alta cima del Parnaso han visto sucederse todas las religiones, todas las creencias. Primeramente la religión del pueblo, supersticiosa y grosera, en la que las mujeres de Beocia se emborrachaban en la gruta coriciana y corrían durante la noche por montes y valles con los sacerdotes de Baco, armados de tirsos y de antorchas; luego la religión de los poetas, que se eleva sobre este brutal naturalismo y sube á lo alto, á la cumbre donde Apolo, dios de la música y de la poesía, de la juventud y de la belleza, preside la asamblea de las musas: concepción más ideal y más graciosa, aunque todavía completamente terrestre, que toma de las altas cimas la magia misteriosa y la resplandeciente aureola; por fin, el espíritu hu-

mano, después de haber subido hasta allí, abandona la tierra y vuela hacia el cielo; pero sólo á un pequeño número de individuos les fué dado seguirle hasta lo infinito en busca de lo desconocido, pues las abstracciones sublimes de los filósofos no tuvieron jamás imperio sobre las multitudes.

Para bajar de Kastri hasta las orillas del golfo de Corinto bastan dos horas de marcha por uno de los caminos más detestables que se conocen.

A medida que bajamos, el carácter de salvaje horror que distingue al barranco de Delfos se modifica poco á poco y van apareciendo plantaciones de olivos, cada vez más numerosas y más ricas. A nuestra derecha, vemos abrirse el valle de Anfisa, limitado por la cordillera de Guyona, más elevada todavía que el Parnaso, y por las montañas de la Dórida, cubiertas de espeso bosque y surcadas por torrentes. Comarca agreste y salvaje, que contrasta singularmente con las inmensas rocas sencillas y armoniosas en sus contornos desnudos y deslumbradores de luz, que estamos acostumbrados á ver en las provincias orientales. También los habitantes de los dos países han tenido en todos los tiempos un carácter diferente. En la comarca que atravesamos no se halla huella alguna de arte ni de civilización, pues las poblaciones, rústicas y groseras, han permanecido siempre fuera del movimiento general. La Grecia concluye en Delfos: más allá sólo se encuentra el bárbaro Epiro.

Mientras caminábamos trabajosamente, llevando los agoyates por la brida á los caballos que conducían los equipajes, para impedirles caer en el barranco, el viento había aumentado en violencia. En toda la Grecia se hallan estos vientos locales, que se forman en cada garganta y en cada valle, expuestos al mediodía, y en los que el sol calienta el suelo. El aire fresco de las montañas desciende por ráfagas desiguales y furiosas que llenan los desfiladeros de gemidos, doblan los árboles y á veces los derriban, y precipitan en los abismos á los viajeros que no se refugian al abrigo de una roca elevada, ó que no se agarran á un matorral, esperando á que renazca la calma. Este viento, más

frecuente en verano que en invierno, sopla siempre dos ó tres horas después de la salida del sol, aumenta hacia el mediodía, y cesa al ponerse el astro rey. Durante la noche reina una calma absoluta, soplando sólo, hacia la mitad de ella, en ciertas ocasiones, un ligero viento del Sur, húmedo y fresco.

Al cabo de dos horas y media de bajada llegamos á Anfisa, pequeña población de 6,000 habitantes, graciosamente situada en medio de la verdura á lo largo de una colina, sobre la cual se ve un viejo castillo arruinado, entre restos bastante más antiguos.

Al pie de la colina, una hermosa fuente con arcada de hierro revela su origen turco, pues Anfisa fué, durante la dominación musulmana, una de las poblaciones de Grecia más frecuentadas por la raza conquistadora. Hoy todavía el comercio de Tesalia llega directamente del Norte por Gravia y Lamia, hasta el golfo de Corinto, y las caravanas que suben de Scala de Salona hacen allí alto antes de continuar su camino. Los trajes de los camelleros, su tipo, su lenguaje de consonancias graves y ligeramente guturales; los camellos de raza tártara, de pelo largo y doble joroba, acurrucados y extendiendo sus largos cuellos sobre el suelo, ó lanzando un ronco mugido cuando se les carga, todo hace ilusión, y se creería estar en pleno país musulmán si la vista de la cruz que se yergue sobre la iglesia vecina, y el ruido de las campanas, no recordaran que nos hallamos en tierra cristiana.

Del lado opuesto de la plaza un grupo pintoresco de montañeses de la Dórida hablaba ruidosamente, y, sin duda, entre ellos más de uno de grises mostachos debió tomar parte en la guerra de la independencia, durante la cual los kleftas de Katzantonis y de Andrutzos, el padre de Odisea, se mostraron de una crueldad que no cedía en nada á la de que frecuentemente dieron prueba los turcos. Eran albaneses, altos, de pronunciadas formas, ojos grises, cabellos rubios ó castaños, que les caían sobre los hombros, y nariz aguileña muy pronunciada, que aún hacía más saliente lo hundido de los ojos. Iban cubiertos con

capas de largo pelo, y un cinturón sustentaba pistolas de larga y puntiaguda culata, y yataganes con puño de plata labrada y en forma de alas de mariposa. Uno de ellos, de aspecto feroz y sentado á la turca, tocaba una guzla albanesa, especie de mandolina de largo mango. El turco, jefe de la caravana, hablaba con ellos y parecía estar en buenas relaciones con aquellos rústicos montañeses, que probablemente no hubieran deseado otra cosa que saquear las mercancías que iban á atravesar las salvajes gargantas del Elatos.

Dicho jefe era oriundo de Esmirna, y su cráneo rapado y oblongo, su nariz ganchuda y sus pómulos salientes, denotaban su origen asiático, á la vez que ciertos detalles de estructura en la arcada de las cejas y en los huesos de las mandíbulas revelaban una mezcla de sangre griega. En la Turquía europea y en muchas poblaciones del litoral del Asia Menor, la raza turca pura ya casi no existe, pues las mujeres cristianas que de grado ó por fuerza han entrado en los haremes, han hecho perder al pueblo dominador su carácter primordial. Es necesario penetrar en el interior de las tierras, en las provincias más lejanas del Asia Menor, para volver á hallar el tipo de los nómadas Oigurs, de los soldados de Ortogrul y Otman, que plantaron sus tiendas de fieltro en las orillas del Bósforo.

Nos habíamos separado de nuestro camino para visitar Anfisa, y antes de llegar á Scala de Salona nos faltaban dos horas y media. El camino, tras una corta bajada á través de colinas cubiertas de arbolado, penetra en un verdadero bosque de olivos seculares que cubre toda la pequeña llanura formada por un ensanchamiento del valle. Muchos de estos olivos alcanzan dimensiones enormes, y se afirma que datan de los primeros siglos de nuestra era.

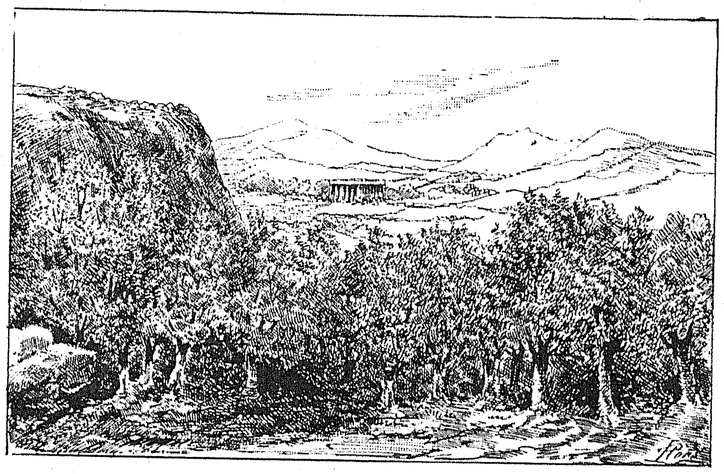
Al salir del bosque de Krisa llegamos á algunas casas nuevas, construídas á la orilla del mar y que constituyen el puerto ó, como se dice en estilo levantino, la *escala* de Salona ó Anfisa. Cuatro ó cinco almacenes y otras tantas tabernas se alinean sobre una pequeña playa, donde se amontonan el fuco y los despojos arrastrados por las corrientes. Las montañas, absolutamente áridas y pedregosas, que avanzan hacia el S., forman una bahía abierta en el golfo de Corinto. Rojos peñascos surgen aquí y allí de entre la mar, y forman como un rompeolas que resguarda el desembarque contra las oleadas del S. Este pequeño puerto, en el que el correo griego hace parada cada semana, parece triste y desierto. El comercio que allí se hace es insignificante, y todavía disminuirá el día en que un camino de hierro vaya de Lamia al Pireo, aparte el tráfico de Tesalia, de la vía que sigue hoy. En la costa O. y casi á la entrada de la bahía, al pie de un acantilado rojizo, cuyo aspecto hace pensar en la Arabia pétrea, levántase el pequeño burgo de Galaxidi, donde unos cuatro mil habitantes viven exclusivamente del mar ó para el mar, pues la población se halla compuesta de constructores y proveedores de buques, fabricantes de cordajes y aparejos, capitanes, armadores, marineros, calafates, pescadores y herreros. Los hombres se embarcan á veces para largos viajes, permanecen ausentes muchos años, con frecuencia no vuelven, y Galaxidi es una de las ciudades de Grecia donde el número de mujeres sobrepuja al de los hombres. En el último censo la cifra de éstos era de 1,900 contra 2,600 del sexo femenino, es decir, una cuarta parte menos.

Los talleres de construcción de Galaxidi rivalizaron en otros tiempos, en reputación é importancia, con los de Sira, Nauplia y Navarino. Los buques que salían de ellos tuvieron gran renombre por sus buenas cualidades náuticas y su excelente marcha, é inspiraban bastante confianza á los aseguradores para que las primas exigidas en todas las estaciones, y así en el Mediterráneo como en el mar Negro, no pasaran de un medio por ciento. Un buque de 140 toneladas de carga, construído de madera de abeto, guarnecido de todos sus aparejos, aparatos y piezas de recambio; en una palabra, dispuesto á hacerse á la mar, sólo cuesta allí veinte mil pesetas, es decir, la mitad menos que en otros puntos. Es cierto que no estará enclavijado, clavado ni forrado de cobre; pero, gracias á la habilidad y á la

experiencia de los marinos griegos, su vida será larga, y durante ella habrá enriquecido dos veces á su armador.

Gracias también á la sobriedad de los marineros, á lo escaso de la tripulación, á la libertad absoluta que tienen los capitanes para formar ó disolver ésta; gracias, en fin, al sistema de navegación, en participación, la marina griega puede efectuar los transportes á un precio exiguo. Un capitán, á la vez armador y negociante, compra á crédito las mercancías, que lleva á un puerto de Turquía, donde, después de haberlas vendido, casi siempre con gran beneficio, renueva la operación cambiando á veces de nacionalidad, es decir, de pabellón, y siendo turco en Constantinopla, ruso en Odesa, bajo el nombre de socios que ha sabido proporcionarse por todas partes. Así va de puerto en puerto, haciendo, según su expresión, la caravana, permaneciendo á veces ausente dos y tres años, y encontrando en todas sus escalas negociantes y gente de su misma raza, y que hablan su misma lengua, con los cuales trafica ventajosamente; mientras que los buques de otras naciones hallan en las escalas de Levante obstáculos y lentitudes sin cuento, mala fe en los corredores, negligencia en los corresponsales, exigencias fiscales exorbitantes por parte de las autoridades, y no pueden luchar con tan temible concurrencia. Hace veinte años tasábase en cincuenta millones la cifra de los fletes de la marina mercante griega; pero desde entonces el genio comercial se ha despertado en otras poblaciones del Mediterráneo. Trieste, Ragusa, Venecia, Génova y Liorna, todas las ciudades marítimas, han rivalizado en actividad, y cada nación ha bajado al palenque con las armas que le son propias. Los dálmatas son tan sobrios y hábiles marinos como los griegos, y los buques italianos están construídos económicamente, por lo cual se ve ya flotar menos que otras veces el pabellón griego en los puertos de Austria y de Italia; pero todavía se verá, durante largo tiempo, en los de Oriente y en las costas de Turquía, esas pintorescas embarcaciones de Nauplia ó de Galaxidi, con la proa levantada en forma de gancho, la popa prolongada y labrada y los costados pintados de

colores vivos, y con su atrevido velamen que les permite tomar viento muy cerca de tierra, y correr bordadas entre los arrecifes del archipiélago, donde ningún otro buque se atrevería á aventurarse. Estas embarcaciones de cabotaje llevan, de cada una de aquellas aldeas colgadas sobre un acantilado ó pico por encima del mar ó perdidas en el fondo de una pequeña ensena-



TEMPLO DE APOLO EN PAVLITZA

da entre las montañas, el aceite, las frutas secas, las naranjas y el vino, y son los proveedores de los dos ó tres principales mercados de Levante, donde los buques de mayor porte van á recibir tales mercancías para llevarlas á países más lejanos.

En las costas de Grecia se ha establecido también un servicio de cabotaje, mediante vapores, por una compañía griega, que, según dicen los accionistas, no hace gran negocio, ya á causa de la mala administración, ya porque no puede luchar contra el bajo flete de los buques de vela; pero si á éstos continúan confiando los griegos sus mercancías, para ellos mismos hacen uso de los vapores, al menos tratándose de trayectos un poco largos; y, así, el puente del paquebot en que nos embarcamos en Scala de Salona estaba cubierto por una multitud com-

pacta y abigarrada y lleno de bultos de todas clases, de líos y de cestos de provisiones. Las mujeres y los niños, colocados sobre alfombras ó colchones, obstruían el paso, y un olor indescriptible á ajo y á rancio salía de aquella masa humana. En cuanto á los salones y á los camarotes de primera clase, la atmósfera pestífera que allí se respiraba, la suciedad de las camas y los bichos que se paseaban en bandadas innumerables nos obligaron á abandonarlos. Por fortuna, el capitán nos ofreció la pequeña garita elevada que le servía de observatorio, donde nos instalamos lo mejor que nos fué posible. Dicho capitán era un viejo lobo marino de Ipsara, que hacía pasar constantemente entre sus dedos un rosario de gruesas cuentas, costumbre esencialmente oriental que conservan los griegos del antiguo régimen. Había servido á las órdenes de Canaris, durante la guerra de la Independencia, y también había desempeñado las funciones de piloto, á bordo de un buque francés. Bajo sus blancas y espesas cejas brillaban todavía sus ojos cuando se le hablaba de brulotes y de cruceros contra los turcos. Pasábase la vida sentado, fumando sin cesar su larga pipa turca de madera de cerezo con ancho hornillo de tierra roja, y cuya boquilla de ámbar opaco, de color amarillo de limón, perteneció, según afirmaba él, á un pachá muerto en la batalla de Metelín.

El sol había desaparecido por detrás de las montañas de la Dórida, y sólo iluminaba los picos más elevados. El del Parnaso, cubierto de nieve, brillaba como un rubí, y aún distinguimos á Delfos, colgada, como un nido de águila, entre las grandes rocas salvajes y sombrías, medio veladas ya por la niebla que subía del valle.

Llegó la noche, que fué húmeda y fresca. Los pasajeros del puente se envolvieron en sus cobertores, y el silencio sucedió á los ruidosos diálogos y á las discusiones. Hasta el amanecer del día siguiente no debíamos levar anclas, y nuestro paquebot, tras una corta parada en Galaxidi, debía tocar en Vostitza, en la costa del Peloponeso, y luego en Patrás.

El golfo de Corinto que recorríamos no es, por decirlo así, más que un inmenso lago de ciento treinta kilómetros de largo que comunica con el mar Jónico por una estrecha abertura de dos kilómetros y medio de anchura, rodeado por todas partes por las más altas montañas del Peloponeso y de la Grecia del Norte, que á cada vuelta dan origen á nuevos y maravillosos puntos de vista. El Parnaso, el Helicón y el Citerón, formando planos diferentes, dibujaban su perfil oscuro de ópalo ó de amatista sobre el firmamento, franjeado por anchas bandas de rojo y oro. En el fondo del golfo, hacia el O., las montañas descendían bruscamente, y el estrecho espacio comprendido entre las escarpadas rocas del Acro-Corinto y el Xero-Vuni, reunidas solamente por un istmo bajo, invisible para nosotros, parecía una puerta resplandeciente abierta sobre el Oriente.

Al cabo de tres horas de navegación, paramos, sin echar el ancla, en la costa del Peloponeso, ante Vostitza, grupo de blancas casas, alegremente suspendidas de un acantilado recto como una pared y que penetra en el mar formando un cabo. Dicha población es cabeza de una pequeña provincia cuyos habitantes parecen hallarse en la abundancia, y cuyas casas, nuevas, regulares, elegantes y rodeadas de jardines, atestiguan el bienestar que reina en la región y el progreso de la industria. Vostitza debe toda su riqueza y su vida al comercio de la uva de Corinto, cuyas plantaciones se extienden como un verde parterre, todo al rededor de la población hasta el pie de la montaña; y bien que esta prosperidad descanse únicamente sobre el mayor ó menor favor de que continúe gozando el *plum-pudding* en los países anglosajones, es de creer que se mantendrá indefinidamente.

Las barcas y los *caiques* de vivos colores circulaban por la rada, transportando viajeros de pintorescos trajes y sus equipajes, desde la costa al paquebot, cuya quilla se bañaba en una mar soleada. En el fondo del cuadro, de la otra parte del golfo, continuaba viéndose la maravillosa cordillera del Parnaso, brillante de nieve. Los barqueros gritaban y gesticulaban, hablaban los pasajeros, disputaban los parroquianos del café inme-

diato, y allá abajo, nuestro buque largaba su vapor y soplaba con bastante fuerza para poner en fuga á todos los tritones de la antigüedad. Era aquél un espectáculo original y curioso, de carácter oriental todavía, pero que formaba contraste con el que se debía disfrutar, hace más de cuarenta años, en aquel mismo sitio cuando los turcos ocupaban la pequeña ciudad de Vostitza, y bajo la dulce sombra del plátano, en el silencio del *kief*, la fuente acompañaba con su murmullo el canto de los pájaros, el ahogado hervidero de los *narguilés* y la voz lenta y grave de los soñolientos fumadores.

Al abandonar á Vostitza, nos aproximamos á la costa norte. El golfo se estrecha cada vez más, y paramos ante Lepanto, cuyas viejas murallas suben en zigzag á lo largo de una escarpada pendiente, hasta el castillo que la corona. Luego que franqueamos el estrecho que pone en comunicación el golfo con el mar Jónico, el horizonte se ensancha de repente ante nosotros. El viento del SO. nos lanza en pleno rostro su irritante soplo, y el mar, antes tranquilo, ondula bajo nuestro buque, que obedece dócilmente á su impulso. Pronto aparece una ciudad, extendiéndose á lo largo de la costa. Una mole, una verdadera mole, se adelanta hacia el mar, y distínguense, fondeados, ocho ó diez grandes buques con pabellones extranjeros. Nuestra embarcación se desliza hábilmente entre esta flotilla, y echamos el ancla á doscientos metros del muelle. Estamos en Patrás.

Patrás es la tercera ciudad de Grecia, después de Atenas y Sira. Cuenta diez y siete mil habitantes, entre ellos cuatro mil industriales y dos mil criados, proporción numérica que es un signo infalible de progreso. Las calles, bien trazadas, no se hallan en muy buen estado de conservación, y se convierten, en invierno, en verdaderos barrizales; pero las casas son hermosas; los almacenes están bien provistos, y hay una Bolsa y un teatro, donde compañías italianas, bien pagadas, y, en consecuencia, mejores que las de Atenas, cantan óperas de Verdi y de Rossini. El traje nacional se hace cada vez más raro: la fustanela y el gorro ceden el puesto al gabán y al sombrero negro. Las señoras de la ciudad hacen venir de París sus trajes y sus sombreros, y las mujeres del pueblo se cortan faldas de las telas de algodón estampadas en Manchester.

La civilización europea, con sus instintos, sus necesidades y sus satisfacciones, ha echado raíces en este pequeño rincón de la Grecia continental, é irradiará sobre todas las provincias de alrededor, el día en que los agentes de los puentes y calzadas del reino no se apropien el dinero votado para abrir caminos.

CAPITULO X

LAS ISLAS JÓNICAS

Hay cerca de Patrás, como en las inmediaciones de todas las ciudades de Oriente, una colina, antigua Acrópolis, que aquí ha sido sucesivamente castillo franco, fortaleza turca y ruina griega. Subimos á ella por un sendero escabroso, y llegamos, á los pocos minutos, á un manantial cuya agua cae sobre un recipiente de mármol, sombreado por enorme plátano. Bajo este dosel de verdura, los bimbachis, los yuzbachis y otros oficiales otomanos, hacían extender sus alfombras y se dejaban mecer por ese ensueño contemplativo propio de las razas orientales, y que no es otra cosa, en el fondo, que una incurable pereza de cuerpo y de espíritu.

Hoy día la antigua fortaleza sirve de prisión para los detenidos y de casamatas para los presidiarios. No hicimos más que pasar ante la verja que cierra la entrada del patio donde se pasean los primeros. Entre éstos hay rostros de bandidos cuya expresión da escalofríos cuando se pegan á los barrotes para vernos pasar, lanzando miradas de fiera enjaulada, que hacen verdadero daño. Y, sin embargo, al contemplar á aquellos hombres no se experimenta esa impresión de disgusto y de

profunda repulsión que se siente al penetrar en los presidios de otros países europeos. La mayor parte de aquellas fisonomías no están deprimidas y deformadas por el vicio y la crápula. ¿Qué crímenes han conducido allí á aquellos miserables? Nueve veces de cada diez han matado, y sólo por excepción ha sido el robo el móvil de su delito. Poca cosa basta para que los cuchillos salgan á relucir de las vainas de cuero: querellas de juego, rivalidades amorosas, disputas por las elecciones. Habituados á tener en poco la vida y á estimar en menos la de los demás, los palikaros cambian las balas ó las cuchilladas con una facilidad deplorable. Las cabezas se calientan en poco tiempo, y un mal golpe pronto está dado. Es inútil querer persuadirles de que proceden mal, pues para ellos hubiera sido una vergüenza no destripar al adversario, aunque para ello haya sido preciso ir á esperarle á la revuelta de un camino de la montaña. Han mamado con la leche esta moral convencional que la tradición y los cantos populares transmiten de generación en generación, y sería preciso volver á educarlos de nuevo. Es indudable que, á medida que la civilización y las ideas modernas penetren en el interior del país, se modificarán las costumbres, habrá menos asesinatos por puntos de honor, y más asesinatos por cálculo, y acaso las cárceles se poblarán de bribones de todas clases, de bandidos cínicos y de todos esos productos gangrenados de nuestras sociedades que son todavía casi desconocidos en Grecia.

Dimos un poco de tabaco á aquellos de entre los presos que nos señalaron sus guardianes como más dignos de consideración.

Uno de ellos, joven aún y buen mozo, tenía el rostro pálido y triste, y las facciones demacradas más bien por la tristeza que por causa de la reclusión. Pertenecía á una familia honrada y acomodada de Kalavrita; hacía dos años amaba á una joven que le engañó casándose con un sobrino del paredra. Entonces él mató al paredra, á su sobrino y á la joven; y en su mirada franca, pero sombría, adivinábase, al hablarle de esta

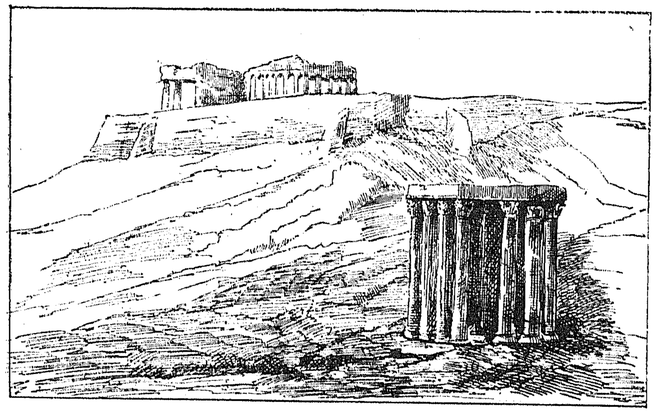
lúgubre historia, algo así como un dolor profundo y un tierno recuerdo de la que había amado.

Al bajar hacia la ciudad, pasamos ante los almacenes de la sociedad griega *Acaya*, que tiene por fin la fabricación de vinos con uva del país. Además del vino tinto ordinario, se hacen allí imitaciones de vinos de Málaga, de Madera y de Lunel, que, sin duda, se harán una reputación, y nosotros probamos una especie de vino de Champagne, que con el tiempo hará seria competencia al legítimo, en los mercados rusos, donde se hace de él un consumo enorme. Esta sociedad se halla muy próspera y realiza buenos beneficios. Los griegos son demasiado inteligentes y codiciosos para no seguir tal ejemplo, y ya se forman sindicatos de propietarios para extender el cultivo de la viña, al cual se presta admirablemente toda la costa del Peloponeso.

Al salir embarcados de Patrás, seguimos á lo largo de las citadas costas, poco accidentadas y monótonas, pues se reducen á una extensa llanura propia para el cultivo del trigo y de la viña, y en cuyo centro se halla la aldea de Andravida, asiento de un antiguo señorío franco.

Al pie de la montaña se halla el enarenado puerto de Glarentza, frente á la isla de Zante, separada solamente de la tierra firme por un estrecho de cuatro leguas.

A medida que nos acercábamos, iba desarrollándose ante nuestros encantados ojos el panorama de la isla. Una pequeña villa italiana, graciosa y alegre, con sus altos campanarios venecianos, y sus jardines llenos de flores y de árboles; al rededor campiñas cubiertas de ricos cultivos; sobre la villa, montada en una roca tapizada de plantas en flor, una fortaleza moderna con sus bastiones y sus cortinas: tal es el primer aspecto bajo el cual se presenta Zante, *la flor de Levante*, según la llaman los italianos; *el paraíso terrenal*, al decir de Spon; *la isla de oro*, como la llama Robert. Ya no estamos en Grecia, y allí se adivina la influencia de una civilización más refinada, debida á muchos siglos de ocupación por los venecianos, los franceses, los rusos y los ingleses. Los tipos que se encuentran por las calles parecen arrancados de un cuadro de Bellini ó del Veronés, y en las ventanas de los antiguos palacios, cuyas altas fachadas esculpidas ostentan los escudos de antiguas familias de la nobleza, se ven encantadoras cabezas rubias. Se está allí muy lejos del igualitario Oriente, donde los hijos ni aun llevan



RUINAS DEL TEMPLO DE JÚPITER, EN ATENAS

el nombre de su padre. En las tiendas se habla el italiano, y nada, en el traje, revela la proximidad de la tierra donde florece el palikaro.

Subimos á la fortaleza por una ancha y excelente calle limitada por parapetos y admirablemente trazada por los ingleses sobre el flanco de la roca, camino delicioso sombreado por árboles, y desde el cual se extiende la vista por la rada, rodeada de verdura. Verjas guarnecidas de plantas trepadoras cercan las quintas ocultas entre árboles y flores, que servían de residencia á los funcionarios ingleses, quienes llevaron á ellas, como á todas partes donde van, sus costumbres de comodidad, elegancia y limpieza. Pero, ¡ay!, desde que abandonaron las siete islas á Grecia, el descuido y la negligencia orientales han hecho su camino. Las paredes se agrietan, los caminos se llenan de ba-

rrancos, las calles se estropean, y la vasta fortaleza, admirablemente organizada por ellos, se halla, en la actualidad, ruinosa y mal conservada. Subimos una interminable serie de escalones estrechos, abiertos en la pared interior del muro de recinto, y llegamos, por fin, á una pequeña garita de piedra, suspendida sobre una cornisa artificial, á trescientos metros sobre la ciudad. Desde allí se extiende la vista por el mar, y envuelve en el mismo rayo visual toda la Grecia, desde el Taigeto hasta el Parnaso.

Al tomar el camino que costea la colina por el O., es decir, del lado opuesto al mar, bajamos hacia la llanura que ocupa todo el centro de la isla, y está limitada por todas partes por montañas. Viñas y olivares, quintas de recreo, rodeadas de naranjos y granados, dan á esta llanura un aspecto de riqueza y animación. Por todas partes surcan la campiña canales de riego.

Para volver á la ciudad, seguimos un camino perfectamente afirmado, aunque la administración local no se ha cuidado de él para nada desde la marcha de los ingleses. Pero forzoso es confesar que esas carreteras que causan la admiración del viajero no se extienden jamás muy lejos, y han sido construídas más bien para recreo de los paseantes que para el bienestar del país. Conducen, por cien encantadores rodeos, á un maravilloso punto de vista; pero no pasan, como debieran, por los centros de población. En el interior hay caminos menos anchos que ponen en comunicación los pueblos, y fueron construídos por los franceses mientras ocuparon las islas Jónicas, donde todavía es popular el nombre del general Donzelot.

¿Han ganado estas islas con su anexión á Grecia? Respecto á este punto, las opiniones están divididas, y más de una vez, en Zante, sobre todo, oímos á ciertas personas echar de menos la dominación inglesa, que siquiera les daba seguridad. Preciso es confesar que la situación actual no es para inspirar gran confianza. El antiguo jefe de la oposición bajo el protectorado, el doctor Lombardos, diputado demócrata, gobierna el país casi como lo hubiera hecho un tiranuelo de la Edad Media. Apoyado por el populacho de la ciudad y por los aldeanos, á quienes la mala división de la propiedad tiene en un estado miserable, reina allí á su capricho, imponiendo á cada elección sus candidatos, por tales medios, que los adversarios juzgan prudente abstenerse. Una vez, en un mes, hubo treinta asesinatos y dos mujeres abrasadas; y se dice en voz baja que aquello fué una maniobra electoral, y que Lombardos hubiera podido impedir tales horrores si hubiese querido. Pero si los condes, cuyos títulos de nobleza y de propiedad se remontan al dux Michieli, se quejan, los comerciantes y los pequeños productores se felicitan de un cambio de régimen que los ha salvado de la ruina; pues, gracias á la unificación de las tarifas aduaneras, Zante puede no sólo vender con beneficio sus productos á los exportadores, sino también servir de punto de concentración de aquéllos para toda la costa del Peloponeso, y ser así un mercado tan importante como Patrás para el comercio de la uva de Corinto, que representa por sí solo una cifra de doce millones.

Otras riquezas agrícolas y minerales podrían ser también ventajosamente explotadas si las disensiones que reinan en el gobierno interior no paralizasen los recursos que podría utilizar una administración más inteligente y, sobre todo, más disciplinada.

Después de haber recorrido una larga calle que forma por sí sola casi toda la ciudad, volvemos hacia el puerto, pasando ante el palacio que sirvió de residencia á los proveedores de la serenísima república de Venecia. Allí fué donde nació, en 1772, el poeta Hugo Fóscolo, que sirvió á Francia como soldado y murió miserablemente en un hospital de Londres, en 1827.

Solomos, uno de los grandes poetas de la Grecia contemporánea, nació también en Zante, isla que la fábula antigua colocaba ya bajo la protección del dios de los versos, y parece, en verdad, que la fusión de la sangre de las dos razas, griega é italiana, haya dotado á los jonios del genio de la poesía.

Por su imaginación, por sus entusiasmos, á veces algo enfáticos y teatrales, y, sobre todo, por el sentimiento musical, los

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

naturales de Zante son verdaderos italianos; y cuando se acaba de oir las nasales melopeas de los salvajes kleftas del Parnaso, es imposible no quedar encantado con las graciosas y ligeras barcarolas que cantan con voz llena y simpática los bateleros de Zante, durante las hermosas noches del estío, en la rada embalsamada por los efluvios de los naranjos y jazmines.

Al salir de Zante, subimos en derechura hacia el N., y en menos de dos horas franqueamos la corta distancia que separa esta isla de la de Cefalonia, la mayor de las Jónicas. Penetramos en los repliegues del golfo que forma una rada segura y bien cerrada; pero la capital, Argóstoli, dista mucho de presentar el aspecto risueño y florido de Zante. Por todas partes se ven colinas áridas y secas que recuerdan las costas de Grecia; aquí y allá, en los valles, algunas viñas bastante descuidadas; en el fondo del golfo, una montaña de 600 metros, el monte Nero, en otro tiempo cubierto de bosque, pero hoy completamente desarbolado. La isla tiene 67,000 habitantes que viven del comercio de la uva de Corinto y de los cereales, mas á veces corren el riesgo de morir de sed, cuando las raras fuentes, medio salobres, se secan durante el verano.

La gran curiosidad de Argóstoli son los molinos, construidos por Miliaresis, y cuyas ruedas mueve una rápida corriente que, por un raro fenómeno, se precipita desde el mar á cavernas profundas é insaciables. Hace más de cuarenta años que se construyó el establecimiento, y ni un solo día se ha interrumpido la extraña y poderosa corriente. ¿Qué se hace de las grandes masas de agua que se sepultan en las entrañas de la tierra? Aún no se ha podido comprender esto, á pesar de las varias explicaciones que se han dado.

En las islas Jónicas son frecuentes y temibles los temblores de tierra, que han asolado especialmente á Cefalonia y Santa Maura, no haciendo muchos años que las dos ciudades quedaron casi destruídas, pereciendo en la catástrofe muchos centenares de habitantes.

La costa que seguimos durante algunas horas parece salvaje y montañosa, y altos picos se elevan en el interior de la isla. Acercámonos á tierra firme. Ante nosotros se abre el golfo de Arta, en cuya estrecha embocadura se destacan algunas casas blancas rodeadas de muros y de delgados minaretes: es Prevesa, la primera ciudad turca.

Allí termina Grecia y comienza la Albania.

Al amanecer pasamos ante Paxos, islote sin recursos, sin comercio y sin industria, cuyos habitantes pasan, no se por qué, como absolutamente desprovistos de inteligencia. Nuestro buque entra en el brazo de mar que separa la isla de tierra firme; de un lado se distinguen grandes pendientes rocosas, cortadas por sombríos desfiladeros, un país triste y desierto; de otro, risueñas bahías, ensenadas llenas de arbolado, promontorios cubiertos de verdura, floridas quintas, caminos limitados por geranios y rosales; allí la barbarie, aquí la civilización. Avanza hacia el mar una inmensa roca coronada por bastiones, ceñida por baterías acasamatadas, erizada de cañones y rodeada por todas partes de defensas formidables, disimuladas detrás de matorrales de áloes: es la ciudadela de Corfú. Nuestro buque echa el ancla entre la ciudad y la roca de Vido, cuya fortaleza fué desmantelada por los ingleses al ceder las islas á Grecia.

La ciudad, que se halla sobre un promontorio, frente á un golfo en forma de anfiteatro, de una riqueza y una variedad infinitas, está rodeada de murallas transformadas en muelle por la parte de la rada. Entramos por la puerta de la Marina, asaltados por los mozos de equipajes, malteses; los guías y dependientes de las fondas, que siguen nuestros pasos, nos hostigan con sus ofertas y llenan nuestros bolsillos con anuncios y prospectos. Eramos la presa que se disputaban injuriándose y enseñándose los puños. Pronto la pendencia fué general, y nos aprovechamos de ella para subir á un coche que nos esperaba y que nos condujo á la fonda de San Jorge, en la Explanada. Esta explanada, creación del general Donzelot, es una vasta plaza que se extiende entre la ciudadela, colocada como un nido de águilas sobre una roca cortada á pico, y la ciudad con sus

altas y fortificadas casas. Varias filas de hermosos plátanos y de olmos la rodean por todas partes. Al S. termina la plaza por un terraplén, desde el cual se extiende la vista por el mar y por las colinas cubiertas de quintas y de jardines. Al N. se halla el palacio de los gobernadores, edificio de estilo puro y severo, adornado por una columnata, y ante el cual se eleva, entre bosquecillos de arbustos siempre verdes, la estatua de sir Federico Adams. Al otro extremo de la plaza, un pequeño templo circular evoca la memoria de sir Tomás Maitland, el primer lord comisario inglés, de poco grato recuerdo para los habitantes de Corfú, y ante el puente levadizo que permite el acceso á la ciudadela, se levanta una estatua de aspecto marcial y heroico: la del mariscal Schulemburgo, que defendió á Corfú contra 30,000 musulmanes en 1716, obligándoles á reembarcarse con pérdida de 15,000 hombres.

En el interior de la ciudad, las calles son pendientes y tortuosas, como en todas las ciudades fortificadas, que, oprimidas por las murallas que las rodean, no pueden ensancharse. Estas calles son italianas por su nombre, por sus arcos, por la fisonomía de la gente que transita, por el aspecto de las tiendas, en donde los vendedores llaman á los compradores; por la lengua que se habla, y también por el desorden y la suciedad que reina en los establecimientos. Uno se creería, al observar la ciudad, que estaba en alguno de los barrios de Nápoles. Las mujeres, de tez mate, nariz aguileña y cabellos negros, charlan ó hilan, sentadas en las puertas de sus casas. Otras, con moño gigantesco y falda de cola, pasean lentamente bajo las arcadas, regateando telas ó mirando las alhajas. Ya no se ve allí el aspecto de las mujeres de la Grecia, cuyos gustos y costumbres tienen reflejos todavía del gineceo oriental.

También en las islas Jónicas las mujeres, antes de la ocupación veneciana, estaban recluídas en su casa, viviendo con los criados en habitaciones cuyas ventanas se hallaban guarnecidas de estrechos alambrados, que impedían ver y ser visto, y pasaban el tiempo hilando ó haciendo media y entregadas á los

quehaceres domésticos. Cuando los venecianos se establecieron en Corfú, fueron cambiando poco á poco las costumbres; y si bien la educación de las mujeres siguió siendo nula como antes, disfrutaron mayor libertad. Adoptaron el uso de la careta, que de signo de bienestar y de pudor pasó pronto á ser abrigo para el vicio. Iban al teatro á palcos con rejas, incómodo obstáculo que cayó pronto ante la vanidad y el deseo de ostentación, y se las vió figurar en los bailes dados por los jóvenes de la ciudad en las salas del casino. Entonces usaban un rico traje semiitaliano y semioriental, pechera de paño de oro, bajo el traje de larga cola, pequeño tricornio veneciano y zapatos de alto tacón. Las costumbres elegantes y corrompidas de Venecia echaron fácilmente raíces bajo aquel clima dulce y enervador. Las esposas y las hijas de los naturales de Corfú han conservado, de esta refinada civilización, de esta vida fácil, la soltura de los ademanes, el andar listo y gracioso, que contrasta singularmente con el pesado aspecto de sus compatriotas del continente.

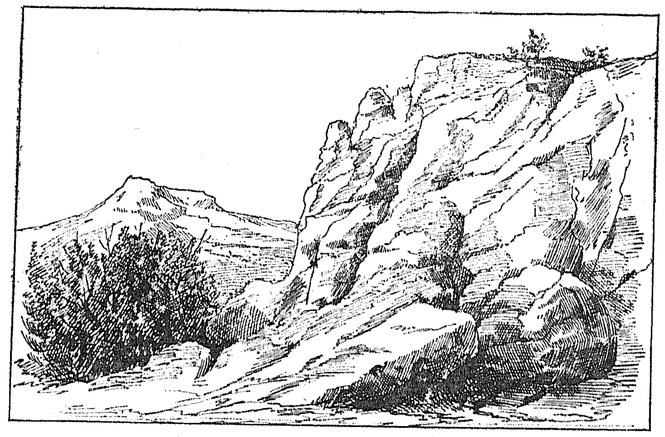
La multitud se apiña en tres ó cuatro calles que se cruzan: allí está el mercado. Frutas enormes, melones suculentos, limones dulces, violáceas ciruelas y monstruosos racimos de uvas guarnecen los puestos. Allí se oyen todas las lenguas de Oriente y de Europa. Los ciudadanos hablan italiano; los campesinos el griego; los judíos el español; los malteses esa extraña jerga que es un árabe corrompido, con algunas palabras italianas; los albaneses cambian sus reflexiones en un idioma rudo y breve, y algunos suliotas van á estrechar la mano de sus hermanos emancipados, mientras los marineros de un cañonero turco llegado la víspera se comunican sus deseos con entonaciones lentas y aspiradas. Todas las naciones y las religiones todas se codean en aquel estrecho espacio.

En las islas Jónicas son numerosos los católicos, y sólo en Corfú hay ocho mil bajo la dirección espiritual de un obispo nombrado por la corte de Roma. Por autorización especial que les otorgó el papa, á petición del Senado de Venecia, siguen el

calendario oriental y celebran todas sus fiestas los mismos días que sus compatriotas de religión griega. Esta costumbre, lejos de crear una rivalidad entre las dos religiones, ha originado una fraternidad seguramente muy cristiana, pero que ocasiona los más singulares efectos. Así, por ejemplo, el día de la fiesta de San Arsenio el clero ortodoxo y el clero del rito latino se reunen en la misma iglesia para celebrar su liturgia, y la poco armoniosa mezcla de los cánticos no turba á los fieles de las dos sectas que asisten á la ceremonia. La preocupación bizantina contra los católicos ha desaparecido completamente de las siete islas, y desde el edicto especial del papa Pablo V, que regula en un sentido muy liberal las uniones entre los que pertenecen á diferentes comuniones, son frecuentes los casamientos mixtos, por lo cual no existe allí el espíritu de división y de odio que domina en el resto de Oriente, perturbando las relaciones de la vida civil y política. En las islas del Archipiélago, por ejemplo, los católicos se aislan del resto de la nación y tienden á formar una comunidad aparte que no quiere mezclarse ni en las cuestiones de interés común, ni en la vida pública, y cuya influencia es nula. Por el contrario, en Corfú los sentimientos patrióticos son tan ardientes entre los latinos como entre los ortodoxos, y los católicos, que casi todos pertenecen á la clase más elevada de la sociedad, mostráronse los más activos promotores de la anexión, pagando con su persona y con su bolsillo y siendo admitidos como jefes del movimiento por todos los Municipios.

En cuanto á los israelitas, si bien hay algunos instruídos que han adquirido grandes fortunas en el comercio ó en la banca, y aunque no ofrecen generalmente el espectáculo de esa abyección y ese fanatismo que hace retroceder con disgusto al viajero bastante osado para penetrar en las juderías de las poblaciones musulmanas, preciso es confesar que han conservado aún no pocos caracteres de degradación, nada á propósito para inspirar simpatía. Todavía habitan, ya que no por orden de la autoridad, al menos por costumbre y por gusto, un barrio aparte, cuyas infectas callejuelas parecen despedir á los visitantes.

Bajo el protectorado inglés, dicho barrio tenía, en cada uno de sus extremos, macizas puertas, que la policía hacía cerrar cuidadosamente en ciertas solemnidades religiosas. Además, los judíos estaban privados de todos sus derechos políticos, y



CANTERAS DEL PENTÉLICO

era curioso ver á un gobierno, de religión protestante, defensor de la libertad del pensamiento y promovedor de la ley del *Habeas Corpus*, mantener en vigor humillantes reglamentos, que databan de la Edad Media, é inspirar su conducta en ejemplos de la inquisición veneciana.

A fuerza de vagar por la ciudad, subiendo calles bien empedradas, pasando bajo macizas bóvedas y remontando escaleras, llegamos á una plataforma donde se eleva la Catedral, monumento de estilo italiano, pero sin carácter. Desde allí se ve desarrollarse el admirable panorama de la rada, con sus buques mercantes y sus barcos de guerra, y el islote de Vido, que, desmantelado, hoy sirve aún de rompeolas y de abrigo contra la marejada que levanta la tramontana. Más allá se extiende el

canal que separa la isla de la tierra firme y que parece un maravilloso lago.

Al bajar hacia la explanada, pasamos ante la iglesia consagrada á San Espiridion, uno de los grandes obispos de Oriente que en 525 se reunieron en Nicea para condenar la herejía de Arrio y redactaron la profesión de fe conocida bajo el nombre de símbolo de Nicea. San Espiridion, de pastor que era, llegó á ser obispo de Chipre, y fué condenado á perder el ojo derecho durante la persecución de Galerio. Su cuerpo, cuando murió, fué transportado á Constantinopla con todos los honores debidos á los mártires. ¿Cómo un simple ciudadano griego llegó á ser poseedor de dicho cuerpo y pudo transportarlo á Corfú? La historia nada dice sobre este incidente; pero es cierto que aquel griego refugiado conservó el cuerpo embalsamado y se lo dió en dote á su nieta cuando se casó con un miembro de la familia Bulgaris. Los restos del santo obispo pasaron de una canastilla de boda á una urna de maravillosa riqueza, que fué colocada en la iglesia construída en su honor, donde todavía pueden verse tan piadosas reliquias, que son objeto de una veneración particular por parte de los naturales de Corfú. Tres veces al año se lleva en procesión la urna de ébano al rededor de la plaza, al ruido de las salvas hechas por el fuerte y los buques de la rada. Las autoridades, de uniforme, y la población entera siguen al clero, llevando cirios encendidos y recitando letanías. Durante ocho días, la ciudad está engalanada, y en todo este tiempo las campanas de las iglesias griegas y católicas no cesan ni de día ni de noche de tocar, á todo vuelo en las iglesias latinas, y á golpes repetidos en las ortodoxas.

El sol empezaba á bajar en el horizonte, cuando nos encontramos en la Explanada. Delante de los cafés que guarnecen un lado de la plaza había largas hileras de sillas y dos mesas que se adelantaban hasta la mitad de la acera. Bajo las avenidas que se extienden al pie de la ciudadela, los paseantes circulaban mientras que la música militar tocaba maravillosamente piezas de óperas y valses de Straus.

Nuestro posadero, que se hallaba en pie melancólicamente delante de su casa, nos dijo suspirando:

—¡Ah, señores! ¡Si hubierais visto esta ciudad durante la protección inglesa! ¡Qué diferencia! ¡Qué animación! Todos los funcionarios ingleses (había muchos) ganaban grandes sueldos y gastaban aquí todo su dinero. Venían á pasar el invierno á Corfú, familias de todos los países, sin contar los oficiales de la armada, que permanecían en nuestra ciudad durante ocho meses del año. Entonces todo era fiestas, cabalgatas, cenas, y los fondistas y taberneros veían sus bodegas vacías en menos tiempo de lo que necesitaban para llenarlas, mientras ahora apenas si, cada ocho días, algún viajero que no se ha repuesto del mareo y de la cocina de á bordo nos viene á pedir un almuerzo antes de volver á marcharse.

—Pero ¿y la corte?—contestamos nosotros.—El rey viene aquí casi todos los veranos.

—¡Psché!—dijo con aire desdeñoso.—¿Qué nos importa á nosotros la corte? ¡Esos griegos de Atenas no tienen un céntimo! El rey no se hospeda en el palacio del gobernador: se instala con cuatro ó cinco personas, en la antigua quinta de los lores comisarios y pasa el tiempo en bañarse, en pescar y en montar á caballo. Y hace bien, después de todo. ¿Qué queréis que venga á hacer en una ciudad cuyos empedrados queman los pies en verano? La vanidad de los habitantes de Corfú puede ser halagada por la preferencia de su majestad hacia nuestro golfo y nuestro cielo; pero el cañonero turco que entra dos ó tres veces por año en nuestra rada, deja más dinero en el país que la corte de Atenas. ¡Ah, señor! ¡En tiempo de los ingleses era otra cosa!

Lo que nuestro posadero nos decía lo hemos oído repetir á los conductores de coches de plaza y con un tono no menos lamentable.

—¡Ah, señor! ¡Qué buen tiempo era aquel de los milores!

De aquí se puede deducir que el haberse marchado los ingleses ha sido un perjuicio para los habitantes de Corfú, y que

éstos se equivocaron en daño de sus verdaderos intereses, el día que pensaron en anexionarse al reino de Grecia.

Ese es el parecer de los mismos ingleses y de la aristocracia de Corfú, que muestra enfrente de la administración inglesa, regular y honrada, la corrupción y el egoísmo de las clases políticas en Grecia, las ambiciones y las rivalidades personales, el espíritu de partido que compromete los más grandes intereses del Estado y de los particulares. Las quejas de los naturales de Corfú están, hasta cierto punto, justificadas por la tempestad democrática que se ha desencadenado en aquella isla desde la anexión; pero, si se mira de cerca la administración inglesa, se ve que esta calma y esta seguridad no eran más que el entorpecimiento que había llevado el absolutismo, entorpecimiento que no compensaba en manera alguna la prosperidad material.

Los impuestos, mal repartidos, arruinaban al pequeño labrador, mientras que los grandes propietarios no pagaban sino una suma insignificante. Los productos del país pagaban un derecho de un veinte por ciento al exportarlos. Los productos extranjeros estaban sujetos á grandes derechos de importación, mientras que las mercancías inglesas no pagaban más que sumas ínfimas. En cada isla existían aduanas interiores, de manera que una cantidad de vino transportado de Cefalonia á Zante, por ejemplo, estaba obligada á pagar un derecho del veinte por ciento *ad valorem* á la salida, y un diez por ciento á su llegada á Zante, ó sea un total de un treinta por ciento. Las uvas de Corinto pagaban á veces hasta cien pesetas las mil libras, en lugar de diez y ocho pesetas que se pagaban en Patrás. Además, á su llegada, el productor estaba obligado á llevar sus mercancías á los almacenes del Gobierno, y tenía otra vez que pagar por derechos de almacenaje. Se comprende que, con semejante sistema, la concentración de la producción de varias islas en un solo punto que hubiera constituído un gran mercado era absolutamente imposible. Por la protección acordada á los productos de fabricación inglesa, la industria local no podía nacer ni desarrollarse. No existía ni una sola fábrica en todas

las islas Jónicas, salvo dos molinos pertenecientes á Milianesis que visitamos á nuestro paso por Argóstoli, en la isla de Cefalonia.

La navegación, en aquel país de marinos, estaba en decadencia, pues los buques ingleses acaparaban el tráfico entre los puertos de la Gran Bretaña y las Siete Islas.

La situación agrícola y enconómica del país no era menos deplorable. El clima, dulce y variable, cansa las más sólidas organizaciones y mantiene la pereza y la indolencia en los trabajadores, que no labran la tierra y se contentan con recoger los frutos que dan, sin ser cultivados, los olivares plantados durante la dominación veneciana. Faltos de inteligente cultivo, los campos no dan más que una miserable renta. Las tierras están divididas entre un pequeño número de propietarios, quienes han establecido allí colonos que se suceden de padre á hijo durante algunos siglos. Estos labradores se han acostumbrado á considerar la tierra que tienen en arriendo como propiedad suya, y, firmes en esta convicción, muchas veces rehusan pagar las rentas á los propietarios. De esto resultan procesos que la oscuridad de la ley y la lentitud de los jueces hacen interminables. La autoridad inglesa se guardó muy bien de poner mano en este asunto.

En cuanto al Gobierno helénico, no solamente no ha hecho nada para resolver la cuestión, sino que ha dejado á los demócratas apoderarse de la dirección de los negocios y de la opinión pública. Los diputados, elegidos por la intriga, ó la violencia, son socialistas que van á la Cámara con el solo deseo de reformar la propiedad, dividiendo las tierras entre los propietarios y los colonos. Así se ve que la cuestión agraria promete al país complicaciones tanto más graves cuanto que el clima, que debilita el alma y el cuerpo, deja subsistir las pasiones violentas. De todas las islas Jónicas, Corfú es la que da mayor contingente de criminales.

Este estado de cosas, del que se preocupan vivamente los propietarios amenazados, los trabajadores á quienes prometen

buena recompensa los políticos, y el Gobierno que se encuentra entre dos clases enemigas que es preciso contentar, es un resto del régimen feudal que implantaron los venecianos, y que estuvo en vigor en las islas hasta la conquista de ellas por los franceses en 1797. La seguridad de la dominación de los primeros dependía de la existencia de las grandes propiedades, cuyas tendencias se oponían á los instintos igualitarios de la raza helénica, y formaban en torno del proveedor general como una clase de aristocracia, cómplice del despotismo oficial.

El proveedor general era un verdadero soberano que no pensaba más que en enriquecerse durante los tres años que duraba su soberanía en las islas. Guardaba para sí los caudales del Estado, vendía la justicia, se hacía entregar regalos por la nobleza de Corfú, por el clero y por los propietarios. Hubo un proveedor general que imaginó un medio muy original de enriquecerse. Convidaba á los nobles y grandes propietarios á espléndidos festines, cuyas invitaciones no osaban éstos rehusar. La comida era magnífica, y la recepción suntuosa; pero cada comensal sabía (pues se le había prevenido antes) que debía dejar debajo de su plato, al levantarse de la mesa, un billete, prometiendo regalar á su excelencia, después de la cosecha de las aceitunas, cierta cantidad de aceite, que variaba según la fortuna ó la posición oficial del personaje. Un ayudante de campo se cuidaba de recoger estos compromisos, que eran, á su vencimiento, presentados á los convidados del proveedor general.

En las otras islas, los proveedores prestaban los caudales del Estado á los campesinos, al ciento por ciento, reembolsable en productos, á los cuales ellos mismos fijaban el precio; se hacían pagar la impunidad, según la gravedad del delito, y se mostraban tanto más crueles en las represiones cuanto más apartada de Venecia se hallaba la isla que gobernaban.

Rusia, que ocupó estas islas durante cinco años, no quiso reformar una organización que se conformaba tanto á sus principios. Francia no tuvo el tiempo necesario para ello, é Inglaterra no vió interés en hacer reformas. Al actual rey incumbe, pues, esta delicada tarea.

Si se sale de Corfú por la parte S. de la Explanada, se sigue una buena carretera, la única que se conserva bien, porque conduce á la quinta real. A la derecha de la carretera hay una hilera de pequeñas casas rodeadas de jardines cercados por paredes, por encima de las cuales se ven las copas de los limoneros y de los azufaifos. A la izquierda, las olas del mar se estrellan contra la muralla de contención que sostiene el camino. Después de una corta subida, encuéntrase uno en la cima de un promontorio sembrado de quintas, cuyas cercas de rosales y jazmines esparcen por la carretera una lluvia de aromáticas flores, mientras que la vista desciende bajo los olivares seculares, hasta el estrecho golfo, cuyas aguas penetran en el interior de la tierra firme hasta llegar detrás de la ciudad. En media hora se llega á una plataforma circular, situada en el extremo de este promontorio y rodeada de áloes y pitas, que se llama *il Canone*. Desde esta punta, que se adelanta hacia el mar, como una mole gigantesca, domínase una ensenada rodeada de montañas cubiertas de arbolado, y la mirada descansa con complacencia sobre los dos islotes que salen de entre las olas como ramilletes de verdura, y en uno de los cuales se halla una pequeña capilla rústica. Esta decoración tiene algo de fantástica. Todavía no hace muchos años que la sociedad inglesa se daba cita en el indicado camino, hoy desierto.

El interior de la isla brinda á hacer encantadoras excursiones, pues aun cuando se ha dicho que sólo en las inmediaciones de la ciudad existen caminos, la verdad es que no hay aldea algo importante á la que no se pueda llegar en coche con facilidad. Los ingleses ensancharon y afirmaron el número de kilómetros suficientes para dar un paseo higiénico; pero la red de caminos que desde la capital se dirige á todos los puntos del país fué trazada y ejecutada por orden del general Donzelot, en la época en que las siete islas estaban colocadas bajo el protectorado francés. Si estas vías de comunicación se deterioran, la

culpa es del Gobierno helénico, que nada hace para conservarlas; y por poco que esto se prolongue, pronto no se podrá llegar en cabalgadura á sitios en donde, hace más de sesenta años, se paseaba ya en coche de dos caballos.

Hacia cualquier lado que uno se dirija después de haber atravesado la zona de los huertos y jardines que rodean la ciudad, penétrase en un país pintoresco cortado por verdes valles y salvajes barrancos. Un verdadero bosque de olivos cubre toda la isla, especie de selva virgen cuyos árboles enormes y jamás podados tienen veinticinco pies de altura y el aspecto majestuoso de los hijos de la Naturaleza. Bajo estos árboles magníficos, no agostados por muchos siglos de existencia, el suelo se halla cubierto de grandes helechos que aumentan el carácter inculto del paisaje. Aquí y allá, del seno de esta vegetación lujuriante y sobre una colina, surge una aldea cuyas altas casas, decoradas con arcadas y galerías de piedra, se parecen á las de un pueblo italiano, y cuyo campanario, completamente veneciano, con sus arcos simulados con ladrillo y su puntiaguda cúpula, sobrepuja á los pinos y los cipreses más elevados. A veces un camino de travesía que cruza algunos descuidados cultivos, lleva hasta una alquería adosada á un antiguo castillo arruinado. Sobre la puerta vese esculpido en piedra un escudo medio borrado por las injurias del tiempo, y sobre el cual pende un rosario de cebollas puestas á secar, siendo aquél un triste símbolo de los nobles propietarios arruinados por la mala fe de los campesinos y reducidos á dejar arruinarse las moradas señoriales, donde sus antepasados dieron fiestas brillantes á los proveedores de Venecia.

Las dos excursiones que nos dejaron más agradables recuerdos de nuestra larga permanencia en Corfú, fueron la ascensión al monte Pancrator y el paseo de Gasturí. El Pancrator levántase al N. de la isla hasta la altura de unos mil metros, y en su cumbre se goza de una extensa vista sobre el Adriático, hasta las costas de Italia, cuando el cielo está claro, y sobre las islas que marcan el fin de la dominación griega por la parte

del N. El pico de Gasturí, situado al S. de la capital, está menos lejano y es de más fácil acceso. El camino serpentea por entre un bosque de aspecto melancólico y severo, y sube dando vueltas hasta una cima rocosa que descansa sobre el mar, desde la cual se domina todo el estrecho que separa la isla de la

FAMILIA DE ARCADIA

tierra firme. A nuestros pies divisábamos las costas de la isla llenas de cortaduras y ensenadas, cubiertas de variada verdura, y que bajaban hacia el S. borrándose poco á poco en un vapor luminoso que marcaba las salientes, dibujaba los contornos y teñía de un indefinible tinte de oro y violeta pálidos los cabos cubiertos de arbolado que se suceden el uno al otro. Barcos de pescadores con agudas velas hendían las azuladas olas, y frente á nosotros se alineaba la larga cadena gris y sombría de los montes Acroceronianos, cuyos gigantescos terraplenes suben

hasta las rocosas crestas, donde mezclan su blancura las estrías de los mármoles y los surcos de la nieve.

A lo lejos, sobre alguna escarpada roca, distínguense oscuros murallones. Son las ciudades donde todavía flota el estandarte turco: Parga, célebre por sus desgracias durante la guerra de la independencia; Filates, y allá en lo alto, casi en las cumbres, la famosa fortaleza de Suli. Desde sus montañas, los oprimidos cristianos pueden ver á sus pies el mar y la verde isla donde flota la bandera de San Jorge, y de la cual tal vez algún día les vendrá la libertad.

CAPITULO XI

MARATÓN

Apenas hacia dos meses que habíamos vuelto á Atenas, cuando ya meditábamos nuevos viajes. El sol de febrero había hecho florecer por todas partes las anémonas; el cielo estaba despejado; la temperatura era de una suavidad deliciosa, y la nostalgia de la montaña se apoderaba de nosotros cuando á través del polvo que penetraba por los arrabales del Stade ó de la Universidad veíamos las cumbres del Parnaso ó del Pentélico, que se dibujaban sobre el azul firmamento.

Pensamos que algunas excursiones fáciles nos darían ánimos para el largo y penoso viaje que proyectábamos hacer al Peloponeso, y una mañana, cómodamente instalados en un carruaje, tomamos el camino de Maratón, llevando con nosotros abundante provisión de víveres y abrigos. Nuestro dragomán había partido delante con los equipajes voluminosos y las sillas, y á la mitad del camino debíamos encontrar á los gendarmes que nos acompañarían durante los tres ó cuatro días que pasáramos por el Atica.

Salir al alba en una de esas hermosas mañanas frescas, tranquilas y luminosas que sólo son propias de Oriente, es un

goce que sólo los que lo han experimentado pueden comprender sin necesidad de frases que lo describan, pero que es completamente inútil querer hacerlo apreciar á los que no lo han conocido, aunque para ello se empleara el estilo más lleno de imágenes y las palabras de mayor colorido. Salimos, pues, con el cuerpo bien dispuesto y el espíritu ávido de curiosidad. El sol saliente iluminaba la cadena del Parnaso, de una parte de la llanura; pero por la otra el monte Himeto servía de gigantesca pantalla á la pequeña capital del mundo helénico, todavía envuelta en sombra.

Al salir de la ciudad, pasa el camino entre el palacio real y una serie de elegantes casas cuyas columnatas corintias y cuyos frontispicios de mármol producen el más agradable efecto sobre el cielo azul: moradas suntuosas levantadas por los banqueros griegos de Marsella, de Londres ó de Constantinopla que van á instalarse allí durante el invierno. Seguimos á la izquierda el pie del Licabeto, esa puntiaguda roca que da tanto carácter á la fisonomía de Atenas cuando se viene del Pireo, y cuya cumbre sustenta una pequeña capilla servida por un monje anciano y medio idiota que pide limosna á todos los visitantes. Las laderas de la roca están cortadas á pico por las canteras que se hallan en explotación y que producen de lejos grandes manchas claras semejantes á esas anchas y rosadas heridas hechas en los troncos de los abetos por el hacha del leñador. De allí salen todas esas piedras calcáreas de color gris rojizo, duras y surcadas por brillantes cristalizaciones que han servido para construir los nuevos barrios de Atenas. Los picos hieren la roca, que resuena como un trozo de metal, y los barrenos saltan quebrantando la masa entera; pero el buen ermitaño no parece conmoverse por aquel estrépito subterráneo, y pasa maquinalmente las cuentas de su rosario sin sospechar que la montaña que le sostiene, á él y á su capilla, va deshaciéndose poco á poco.

A nuestra derecha se halla el seminario, es decir, la escuela superior de teología fundada por Bisaris, y de la que ya hemos

hablado. De allí salen los sacerdotes más fanáticos y los periodistas más librepensadores. En el momento en que pasamos por delante de ella, la abandonan en desorden unos treinta alumnos de diez y ocho á veinte años, cuyos cabellos, que no se cortan jamás, están echados hacia atrás y torcidos formando un pequeño moño, medio cubierto por un casquete de terciopelo negro. Llevan un traje de lana negra muy ancho y de mangas largas, semejante á la toga de nuestros abogados: los calzones cortos y las reglamentarias medias de lana azul han sido reemplazados por el vulgar pantalón moderno. Todos estos jóvenes tienen la fisonomía inteligente: me parecen dispuestos á arrojar pronto su largo ropaje á las asquerosidades del camino. A la izquierda, sobre las últimas pendientes del Licabeto, y por encima de algunos olivos mezclados con cipreses, un convento deja ver sus arcadas á la italiana y su cúpula bizantina, rayada por hiladas blancas y de color de rosa. Vense allí aún algunos frescos antiguos, y veinte monjes, cuya sola ocupación consiste en encender pequeñas velas de cera ante las santas imágenes, en cantar los oficios y en podar los árboles de su jardín, desde donde se extiende la vista hasta el mar. Vense, pues, por decirlo así, reunidos allí bajo nuestra vista, los tres tipos mejor caracterizados de la clase sacerdotal de Oriente. Aquí los jóvenes neófitos que ocuparán un día los altos cargos de la Iglesia, ávidos de saber, pero ya escépticos, ambiciosos y habiendo aprendido, en una religión en apariencia inmutable, el arte de falsear los principios mediante la interpretación de las palabras; allí los monjes, simples soldados del ejército ortodoxo, ignorantes, pero astutos; buenos, pero rapaces, entregados á su ministerio por costumbre y sin pensar que una idea filosófica ó una inspiración divina pueden desprenderse de las ceremonias que practican como concienzudos obreros, ni de las oraciones que recitan maquinalmente pensando en sus olivos y en su vinillo blanco; y, finalmente arriba, sobre la roca del Licabeto, el solitario de San Basilio, de entontecida mirada, que pasa su vida sentado al sol y limpiándose los parásitos animados en los

pliegues de su sayal, verdadera petrificación humana, á la que queda poco del ser racional.

Nuestro camino pasa por una aldea rodeada de huertos y de jardines: es Ambelokipos, la patria de Sócrates y de Aristides. Un poco más lejos, á la derecha, un camino conduce á un pueblo bastante grande, cuyas casas distinguimos á la otra parte de grandes campos plantados de viñas: es Khalandri, la patria de Alcibiades, el vividor célebre que debía su popularidad tanto á sus vicios como á su elocuencia.

La campiña por que atravesamos está cultivada por todas partes. A los inmensos campos de trigos, ya verdes, suceden los viñedos muy bien cultivados, y bosques de olivos menos pintorescos que los de Corfú, pero hábilmente cuidados y que prometen una buena cosecha. El terreno se eleva poco á poco sobre el valle del Cefis, cuyo curso está indicado á lo lejos por una franja de verdura. Sobre una pequeña colina, un campanario puntiagudo se descubre á nuestra vista, un verdadero campanario como los de los pueblos de Occidente, con su flecha cubierta de pizarra. Este pueblo es católico, y la población tampoco es griega. Se estableció allí en 1840, por orden de la reina Amalia, una colonia de campesinos bávaros, y las largas caras tudescas, los ojos azul pálido, cubiertos de pestañas rubias, la facha pesada de estos pobres expatriados, contrastan singularmente con la raza seca y nerviosa que los rodea. Esta colonia agrícola de Heracli no ha prosperado; la población ha disminuido; la mayor parte de las casas están abandonadas, y la sangre germánica desaparece bajo aquel clima de fuego.

Perdimos de vista el campanario de Heracli subiendo entre los olivos, y, después de haber dejado tras nosotros á Marusi, hermoso pueblo perdido entre los árboles, llegamos á Kefisia. A derecha é izquierda, las casas de campo, á las cuales van en verano á buscar frescura las familias atenienses, tienen sus fachadas pintadas y persianas verdes. Allí hay jardines adornados de flores, y el agua pura, que desciende de la montaña, baja por los canales que la conducen á los jardines.

Nuestro coche se detuvo en una pequeña plaza que está casi enteramente cubierta por las ramas de un gigantesco plátano, cuyo tronco no podrían abrazar seis hombres reunidos. Debajo de esas ramas, los fumadores se reunen para conversar, formando grupos pintorescos bajo el verde reflejo del follaje. En verano posesiónase de la plaza la sociedad fanariota. Los vestidos elegantes, la lengua francesa, que se oye más que la griega; los jóvenes empleados de embajada que pasean entre los grupos; todo contribuye á hacer ilusión, y con un poco de buena voluntad uno se creería transportado á alguna pequeña villa francesa. Hasta media noche se respiran las frescas emanaciones de los árboles, húmedos por el rocío de la mañana, y se fuma. Todo el mundo fuma allí, y también las señoras, que saben enrollar un cigarro tan bien como los hombres, hablando, y son las últimas en separarse, después de haber tramado, para la mañana siguiente, alguna excursión, mientras sus padres están en casa.

Si se quiere uno contentar con un paseo á pie, el valle de las Ninfas ofrece un delicioso refugio contra los ardorosos rayos del sol. Un riachuelo corre sobre las rocas blancas; al abrigo de grandes plátanos se puede sentar uno siempre sobre un verde césped, y allí se leen las comedias llenas de sensibilidad del poeta Menandro, un hijo de Kefisia. Este oasis era, según se dice, el lugar de predilección de Herodes Atico, que poseía allí una hermosa quinta de recreo.

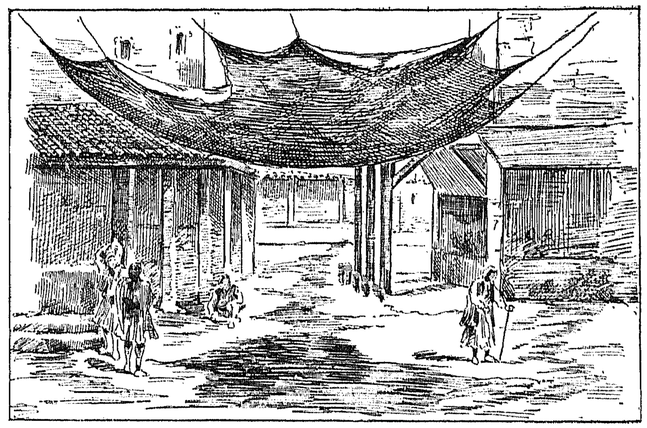
Desde Kefisia debíamos visitar al paso los contrafuertes del Pentélico y franquear durante una hora una serie de colinas cubiertas de una triste vegetación, antes de llegar al monasterio de Mendeli. Este convento, que tiene poca importancia, está situado en una saliente de la montaña encima de una torrentera romántica que baja en derechura hacia la llanura. Magníficos álamos sombrean una explanada cubierta de césped; una corriente abundante alimenta un vivero, y es conducida por un canal cubierto que hizo construir el emperador Adriano, hacia Atenas, en donde refrigera á los habitantes y los árboles del jar-

dín real. Los riachuelos enlazados que circulan bajo los quinconces están siempre llenos; pero pasa á menudo, en verano, que los depósitos particulares están secos, y las compañías de aguas, cuando hay quejas, mandan á los quejosos á los jardineros del palacio real; en una palabra: no se muere nadie de sed en Atenas. Verdad es que se ha de ir en busca de agua á las fuentes de la ciudad, lo cual no constituye una desgracia, mientras sería desastroso para la capital que la sequía destruyese el jardín real, ese maravilloso oasis que es uno de sus más bellos puntos de recreo.

El convento de Mendeli no tiene nada de interesante. El exterior se parece á un punto fortificado; las murallas son altas y sin aberturas, y la puerta, forrada de hierro, podría resistir los más violentos asaltos. Estas precauciones, tomadas contra los soldados irregulares del ejército turco, en tiempo de la dominación otomana, son el día de hoy inútiles. Si alguna vez alguna cuadrilla de bandidos se adelanta hacia allí, no se inquietan por eso los frailes: saben que saldrán del peligro con un jarro de miel y una bendición. Se cuenta que entre ellos los ha habido que se han entendido con los bandidos, y que éstos estaban siempre seguros de encontrar en el monasterio un retiro inviolable para preparar el golpe que meditaban.

El patio interior está rodeado de galerías, bajo las cuales se alzan las celdas. En el centro está la iglesia adornada con pinturas bizantinas: una de ellas, representando el infierno, ofrece los tormentos más espantosos que podían crearse en las imaginaciones crédulas de la Edad Media. Los frailes, sentados sobre bancos de piedra, remendaban vestidos groseros. Sin sus largos cabellos y su gorra de fieltro negro, se les tomaría por campesinos. Uno de ellos, encorvado por la vejez, yacía inerte en un rincón. El infeliz estaba loco, y cuando tenía hambre, sed ó demasiado calor, el instinto animal le hacía pronunciar sonidos inarticulados: entonces sus compañeros le imponían silencio ó bien lo llevaban á una especie de nicho oscuro que le servía de dormitorio y que se cerraba por fuera.

El primer domingo después de Pascua, los atenienses vienen en gran número al monasterio del Pentélico. Instálanse cocinas al aire libre y se colocan mesas á la sombra de los álamos. Se come cordero asado y se bebe vinillo blanco de Kefisia al son de las guitarras ó del arpa, que toca un chicuelo napolitano. Excepto un grupo de aldeanos que han ido á la fiesta como curiosos, nadie lleva el traje nacional. Báilase, cogiéndo-



BAZAR DE ATENAS

se todos por la mano y formando una cadena de cinco ó seis personas. Por todas partes reina la más franca alegría, pero sin gritos ni tumultos, y las libaciones jamás llegan hasta la embriaguez. El griego es sobrio, y de aquí que el regreso de sus fiestas populares no ofrezca ese aspecto grosero que choca en otros países de Europa.

Abandonamos el convento para ir á visitar las antiguas canteras de mármol, que se hallan en lo más alto de la montaña, á tres cuartos de hora de distancia. El camino, bien trazado durante medio kilómetro, se detiene al pie de un estrecho pasadizo que desciende de la montaña en línea recta, y por el que es preciso continuar á pie. Las blancas paredes despiden deslumbradores reflejos de luz del sol, que calienta como un horno las

marmóreas rocas. Los trozos de éstas, sujetos con cuerdas, se dejaban deslizar á lo largo de este barranco, y ciertas cortaduras practicadas en las rocas indican todavía la disposición de los postes que debían retenerlos. Al fin, llegamos á la cantera principal, de donde se extrajeron los materiales del Partenón.

La montaña está cortada á pico, y se sigue aún la traza del cincel que marcaba la dimensión de las piezas que se habían de extraer y trabajar allí mismo, porque los materiales recibían un primer trabajo en el sitio de donde se extraían. Vimos uno destinado, como lo indica su forma circular, á formar uno de los tres tambores de una columna del templo, y media dos metros diez centímetros de diámetro. El arquitecto Ictino consagraba un cuidado especial á escoger los materiales que se empleaban, y una pequeña falta ó alguna raya coloreada en la masa hubieran sido lo suficiente para rechazarla. Otros pedazos esparcidos debían servir para estatuas, porque los más hábiles escultores gustaban de aquel mármol tan fino, tan brillante y puro para transformarle en sus manos. La Naturaleza parece haberse complacido en reunir en el mismo rincón de tierra á los grandes hombres, los grandes artistas y el más bello material que pueda transmitir á la posteridad la gloria de unos y el genio de los otros.

Cerca de la gran cantera y en la base de la roca se abre una caverna tapizada de estalactitas y que tiene cerca de treinta metros de profundidad y quince de altura. Al entrar en ella se encuentra una pequeña capilla en ruinas, decorada con pinturas groseras, que se eleva probablemente en el emplazamiento de un altar consagrado á las Ninfas. En los muros están esculpidas las águilas de Bizancio. En el fondo de la gruta hay una hendidura de un metro de altura, con un poco menos de ancho, en la cual se puede entrar, pero andando encorvado y con las manos en el suelo en ciertos sitios. Se baja de este modo por aquel ramal, que da la vuelta sobre sí mismo, hundiéndose en las entrañas de la tierra. Un ruido sordo se oye: se llega de este modo hasta una bajada inclinada, tan rápida y resbaladiza

por la humedad, que las tres veces que he visitado esta caverna no he juzgado á propósito ir más lejos.

Las luces que llevábamos no nos proyectaban su luz sino á pequeña distancia; el aire se hacía menos respirable, y el frío hacía peligrosa una más larga estancia. El ruido que oíamos era producido por el agua que filtra á través de la espesura de la montaña y se reune en una corriente más fuerte que cae de grieta en grieta para ir á salir cerca del monasterio y formar la corriente de agua abundante que habíamos visto por la mañana.

Más allá de las canteras, el sendero sube en rápidas pendientes hasta la cima de la montaña, casi siempre invadida por un viento del Norte, que nos hace refugiar detrás de una pared de piedras, construída por los pastores.

Allí estábamos á 1,200 metros sobre el nivel del mar, y nuestra vista se extendía á toda la Grecia Oriental, el monte Parnaso, la Eubea y su pico del Delfis, el canal de Euripa y las blancas casas de Calcis; el Atica toda entera hasta el cabo Sunio, sus promontorios y bahías profundas; más allá, el mar y sus islas y las cimas más alejadas del Peloponeso. Por el E., las pendientes de las montañas están cubiertas de bosques de pinos, y bajo de ellos los robles, que se inclinan rápidamente hacia el mar. Aquella llanura árida, inundada de luz, que forma un medio círculo al rededor de un golfo, cuya playa de color medio encarnado se parece á las costas vecinas de la Eubea, es el campo de batalla de Maratón, en donde 11,000 atenienses defendieron la Grecia, espantada, contra 40,000 bárbaros.

Bajamos por senderos de cabra á lo largo de la montaña, y á la hora y media llegamos á la aldea de Vrana, situada en un estrecho desfiladero que se abre sobre la llanura de Maratón. Al pie del desfiladero hay un monasterio, destruído por los turcos. De allí, la llanura de Maratón se presenta bajo un aspecto imponente, encuadrada dentro de las altas montañas desnudas, bordeada por el mar y por las montañas de la Eubea, con la cima piramidal del monte Ocha. Aquella llanura, la cual

ningún árbol engalanaba, no es, á decir verdad, más que un pantano pestilente, del cual se desprenden exhalaciones venenosas cuando los ardientes rayos del sol lo desecan. Nada tan triste como aquella soledad, que conserva el aspecto lúgubre de los campos de batalla abandonados, en los que no queda sino el túmulo bajo el cual duermen para siempre los guerreros. En el centro de la llanura se distingue un pedestal que nuestro guía llama *i Soros*, es decir, la tumba. Es, en efecto, el monumento levantado en honor de los 192 atenienses que sucumbieron durante el combate, porque en aquella lucha, en la cual tomaron parte, según se dice, 50,000 hombres persas, perdieron 6,000 de los suyos, no costando la vida sino á 192 griegos, menos que la más insignificante de las escaramuzas de nuestras guerras. Cerca de nosotros se ven otros dos monumentos; pero como Pausanias dice formalmente que ninguna tumba fué construída para los persas, es de presumir que son las de los esclavos que combatían por primera vez al lado de sus amos.

Por la descripción de Pausanias se pueden seguir paso á paso, sobre el terreno, las fases de la batalla. A la izquierda, al pie de la colina, se encontraba el ejército griego, que se arrojó corriendo sobre los persas. A la derecha, y separado solamente del mar por una ancha playa de arena, se distingue el pantano, en el cual perecieron los bárbaros al retirarse á sus barcos. Al N. del pantano, al pie del monte Koratri, está la fuente Macaria, en donde tuvo lugar la gran carnicería. El genio de Milcíades le llevó á intentar un ataque corriendo, que tan bien respondía á los instintos indisciplinados, pero valientes, de los griegos, pero que ningún general había tentado hasta aquel día. A partir de entonces, los medos, cuyo nombre era suficiente para aterrorizar á los griegos, no fueron ya temidos, y en las luchas que se siguieron, el recuerdo de Maratón daba siempre á los helenos la confianza en la victoria.

Saludemos á aquellos héroes. Su cuerpo formó un dique á la oleada de la barbarie, cuya invasión hubiera ahogado en su germen la civilización luminosa, cuyos rayos debían más tarde penetrar en toda Europa.

Como un viento frío y una bruma espesa subía del pantano, envolviendo poco á poco las colinas de alrededor, nos refugiamos en la única casa de Vrana que era habitable.

Antes que nosotros habían llegado caballos de Atenas, y á la mañana siguiente, muy temprano, tomamos la dirección del S. con la intención de atravesar el Atica hasta su parte extrema, costeando toda la parte oriental, que se encuentra enfrente de la isla de Eubea. El sendero da la vuelta al campo de batalla de Maratón y sube sobre las colinas que son las últimas pendientes del Pentélico por el lado O. Se entra después en un terreno cubierto de bosques, cuyo camino atraviesa torrentes sin agua, siempre á la vista del mar. En el monasterio de Daú, cuyas ruinas, situadas en un valle y rodeadas de árboles, presentan un aspecto pintoresco, dejamos la carretera que se dirige á Atenas, entre el Himeto y el Pentélico, y seguimos un valle paralelo al mar, del cual sólo nos separa el monte Rapentosa.

Nuestro guía nos enseña en las pendientes S. del Himeto, al otro lado del valle, la gran propiedad creada por un francés, M. de R. Había construído un pueblo y puesto en explotación más de dos mil hectáreas de tierra; daba instrumentos á los campesinos, y los buenos consejos tampoco les faltaban, porque M. de R. era hábil é instruído. Pero, como en Eubea, la pereza del campesino, la hostilidad de los notables, la mala voluntad de las autoridades locales, la indiferencia del Gobierno, han ocasionado la ruina y el abandono de esa empresa. Se destruían las cosechas y las plantaciones de viñas, sin que fuese posible á M. de R. obtener que se formase una causa. Una vez sorprendió él mismo á un merodeador y lo condujo á Atenas para dar un ejemplo; pero por poco le cuesta esto la vida. Los hermanos del culpable le esperaban detrás de unos árboles y descargaron sus escopetas sobre él. Muchas veces escapó á los bandidos, que eran advertidos, por los habitantes del país, de su presencia, y no podía ir á su propiedad sino armado y

con escolta. Tomó, por fin, el partido de vivir en Atenas, donde murió casi pobre, dejando una propiedad que debía reportarle, al menos, cincuenta mil pesetas al año.

Desde la aldea de Vrana nos acercamos al mar para seguir hasta el puerto de Rafti, rodeado de terrenos incultos y cerrado por un islote que lo abriga del viento del SO. En las colinas que se descubren encima de Rafti, cerca del pueblo de Marcopolo, hay minas de lignito, que son explotadas por una compañía griega, y que se emplea exclusivamente en las fábricas del Pireo y de Sira.

La costa llega á ser demasiado escarpada para poderla seguir. La carretera sigue una región montañosa hasta el pueblo de Keratea, rodeado de jardines y campos, en una pequeña llanura dominada por una montaña que lleva el mismo nombre. Nueve horas habían pasado desde nuestra partida de Maratón. Después de pasar por Metropisi franqueamos una colina cubierta de pinos.

Luego de haber contorneado una colina, nuestra vista se extiende por el mar, sembrado de islotes. En la playa, al fondo de una bahía bien abrigada, están anclados varios buques. El humo se eleva hacia el cielo. Después aparecen chimeneas de fábricas y oímos ya el ruido de las máquinas. Nada tan sorprendente como la aparición de la humanidad trabajando, en medio de aquellas soledades. En el fondo de un valle encontramos un camino de hierro. Una locomotora escolta una docena de vagones cargados de escoria. Un ingeniero que se encuentra allí nos ofrece un asiento en la plataforma de la máquina, y llegamos de este modo á la fábrica de Laurio.

Hace unos veinte años, un barco italiano, sorprendido por una tempestad en el archipiélago, no llegó á salvarse de una pérdida completa sino arrojando en el mar una gran parte de su carga. Se refugió, no sin trabajo, al abrigo del cabo Sunio y de la isla Macrosini, y, esperando que la calma se hubiese restablecido, se reemplazó las mercancías perdidas por piedras de especie volcánica que los marineros encontraron en una ensenada vecina. Cuando el buque llegó á Cagliari, su puerto de destino, el primer cuidado del capitán fué arrojar, no en el puerto, pues los reglamentos se oponían á ello, sino en el muelle, aquellas piedras. La casualidad, que á veces interviene, hizo que aquel día un industrial metalúrgico pasease por el puerto, y se detuvo delante de aquel montón de piedras descargadas del buque.

Hábilmente interrogado uno de los marineros de á bordo, contó sus naufragios y cuanto les había sucedido, y el especulador en cuestión dedujo de esta conversación que era en una bahía en la parte S. del Atica, donde las piedras en cuestión habían sido tomadas como lastre, porque había reconocido, por haberlos visto en España é Italia, esos residuos procedentes de los hornos en donde se opera la fundición del plomo, cuyos residuos parecen á los que arrojan los volcanes. Se entendió con una importante compañía de Marsella; se enviaron ingenieros, quienes, desembarcando en una playa baja rodeada de montañas desiertas y sin agua, se encontraron con inmensos montones de aquellas escorias, testimonio de las explotaciones considerables de la antigüedad. En los valles, en las cimas de las montañas y por todas partes, galerías de minas y verdaderos bancos de escoria, atestiguaban la importancia de los trabajos ejecutados en otros tiempos. Los peritos apreciaron aproximadamente la cantidad de materia, probaron las escorias que contenían el ocho, diez y doce por ciento de plomo, y se vió que era un buen negocio. Se pidieron concesiones, se enviaron trabajadores y máquinas, y así es como, gracias á una tempestad, fué fundado el establecimiento del Laurio.

La explotación de las minas era conocida desde la más remota antigüedad. En los tiempos de Homero, los fenicios se llevaban estaño de las costas de Grecia; la Eubea poseía minas de hierro y de cobre en grande actividad. Las islas de Chipre y de Sifante daban oro y plata; Delos, cobre, y Rodas plomo y hierro. Las minas de plomo argentífero del Laurio constituían la más sana de las rentas de la República Ateniense, y contribuye-

ron al esplendor y á la prosperidad del Estado durante el siglo de Pericles. La guerra del Peloponeso, tan fatal á Grecia, dió un golpe mortal á los establecimientos metalúrgicos del Laurio; los esclavos empleados en las minas, exasperados por los malos tratamientos, rompieron las cadenas con que se les sujetaba en el trabajo, se apoderaron por sorpresa de la fortaleza de Sunio, y llevaron la devastación y el terror al Atica. Los ciudadanos de Atenas no osaban aventurarse fuera de la ciudad, por temor de ser asesinados. Los trabajos no fueron ya nunca tan activos. Por lo general, se explotaron los pilares de sustentación y las minas se cegaron. En el tiempo de Estrabón se fundían aún las escorias abandonadas; pero en el de Pausanias todo había desaparecido. El país se despobló y se cubrió de árboles, estableciendo allí su retiro las bestias salvajes. Diez y ocho siglos después, en 1865, la compañía de que hemos hablado fué á establecer allí sus hornos para fundir los residuos metalúrgicos antiguos. En algunos años llegó á ser un establecimiento de primer orden, con máquinas de las más perfeccionadas. Construyó, á través de las montañas, treinta kilómetros de carretera empedrada para poner en comunicación el establecimiento con los depósitos de escoria. Un camino de hierro de tres mil metros fué construído para llevar los minerales; el puerto fué arreglado por un muelle de ciento cincuenta metros de longitud, donde los buques pueden arribar, para embarcar los lingotes de plomo.

Una máquina de vapor de ochenta caballos de fuerza envía una corriente de aire á diez y ocho hornos, á los cuales, de día y de noche, se les carga de escorias para fundir.

En veinticuatro horas, cuatrocientas toneladas de escoria producen veinticinco toneladas de plomo, equivalentes á ocho mil toneladas de plomo por año.

Se han establecido allí hornos para refinar y completar el sistema de fabricación. Un buque de vapor ha sido comprado para hacer el servicio regular entre el Laurio y el Pireo. En fin, una galería de mil doscientos metros de longitud lleva á

una colina de cuarenta metros de elevación, y termina por una alta chimenea. Ha sido construída para la condensación de los humos plomizos que salen de los hornos.

Mil quinientos obreros están empleados en el establecimiento, y están alojados en el pueblo construído para ellos en el flanco de una colina que domina el mar, por encima de las construcciones del establecimiento. Un hospital ha sido fundado para los heridos y enfermos, que están cuidados allí, ó bien en su casa,

DANZA GRIEGA

por el médico de la compañía, y á costa de ésta obtienen los remedios gratuitamente. Al lado del pueblo hay una gran cuadra que contiene doscientos caballos que sirven para el transporte de materiales. Los directores y capataces son franceses, italianos ó bien españoles; pero casi todos los obreros son griegos. Estos son inteligentes y aprenden pronto el oficio en que han de trabajar; pero son inconstantes, y la facilidad con que abandonan el trabajo y su insubordinación son faltas graves que muchas veces han ocasionado graves perjuicios á los intereses del establecimiento. Comen mal, y esta sobriedad, propia para conservarles una agilidad extraordinaria para correr por las montañas, los dispone mal para los pesados trabajos industriales

que acaban con sus fuerzas. El ejemplo de los extranjeros empleados allí, y las recompensas que obtienen los trabajadores hábiles, ejercen, sin embargo, gran influencia sobre esa gente cuyo supremo gusto es el de no trabajar, y se pueden contar hoy unos doscientos obreros asiduos al trabajo y hábiles para cumplir en su oficio. Mas no se ha de disimular que, para toda industria importada á Grecia, el más grande obstáculo será siempre la pereza de los obreros indígenas.

No cansaré al lector exponiéndole los detalles de los trabajos de la fábrica. Se resumen simplemente en lo siguiente: los antiguos no tenían á su disposición para trabajar el mineral extraído de las minas más que instrumentos imperfectos (hornos bajos y malos fuelles); las escorias abandonadas, después de un primer trabajo, contenían aún un diez por ciento de plomo que, á su vez, contenía cuatrocientos gramos de plata por mil kilogramos. Estas escorias son las que, refundidas hoy, arrojan, gracias á los adelantos industriales, un seis por ciento de plomo. Los ocho millones de kilogramos de metal, producido durante un año, producen tres mil doscientos kilogramos de plata, del valor de setecientos cincuenta mil francos.

Tras una minuciosa visita á la fábrica, á los talleres de reparación y al laboratorio, sentámonos con delicia en el balcón de la casa que habita el director, frente á la rada, cerrada á lo ancho por la larga isla de Macronisi, donde Elena desembarcó con Menelao á su regreso de Troya, aunque no falta quien asegura que fué con Paris al abandonar Esparta, lo cual sería menos legítimo. Una buena comida y blandos lechos acabaron de hacernos olvidar las fatigas y las incomodidades de la víspera.

Al día siguiente, acompañados por uno de los ingenieros de la fábrica, fuimos á visitar los pozos de mina abiertos por los antiguos, que perforaron este extremo del Atica por todas partes, aunque en mayor abundancia sobre las mesetas y en el nacimiento de los valles, y para llegar á ellos hubimos de escalar rocas de mármol blanco con venas grises, en las que nuestros caballos resbalaban á cada paso. Hallábamonos entonces en

medio de mamelones agrisados cubiertos de malezas, sobre las cuales aparecían los montones de escorias acumulados durante siglos. Los pozos abiertos en piedra calcárea, dura y cristalina, son, ya verticales, ya oblicuos y cortados en escalones, según que el filón metálico se hallaba casi á flor de tierra ó que era preciso irla á buscar á una profundidad que varía entre cincuenta y ciento diez metros. Estos dos tipos de pozos se hallan reunidos frecuentemente en la misma explotación; y mientras que el pozo vertical servía para la aeración y para elevar grandes trozos de metal por medio de una cabria, los esclavos subían por los escalones el mineral, en sacos de piel de cabra: éste es el sistema empleado actualmente en el Asia Menor. Las galerías que se destacaban del pozo central eran de una grande irregularidad, y seguían la dirección del filón, ya subiendo, ya bajando rápidamente formando cámara, cuando el depósito se ensanchaba, ó estrechándose hasta dejar apenas sitio para que pudiera pasar un hombre arrastrándose sobre las manos y las rodillas. Hemos dicho que la extracción del mineral se verificaba casi siempre por medio del hombre, y, naturalmente, los esclavos eran los encargados de este trabajo. Los propietarios de las minas no tenían jamás el número suficiente de aquéllos para la explotación, y los ciudadanos de Atenas les alquilaban los suyos. El general Nicias tenía mil que alquilaba al tracio Sosias á un óbolo por día, ó sean cincuenta y cinco pesetas al año, sin comprender la manutención. Como el precio de compra de un esclavo era de ciento á quinientas pesetas, según su fuerza y su habilidad, se ve que este capital humano producía aún más del diez por ciento. Por otra parte, como el trigo que servía para la alimentación de los trabajadores valía, en la época de Pericles, ó sea en la de la mayor prosperidad de las minas, unas siete pesetas los cien kilos, los gastos de manutención, que iban á cargo de los empresarios, no eran considerables y la mano de obra les resultaba barata.

Las concesiones se hallaban muy próximas unas á otras, y con frecuencia un empresario obtenía una concesión en una

mina que estaba ya explotándose, lo cual daba lugar á frecuentes discusiones. Impedíase trabajar á los obreros, incendiábanse los trabajos del vecino ó se ahumaban unos á otros recíprocamente en las galerías. Cuando los trabajadores de dos minas rivales se encontraban bajo tierra, atacábanse á mano armada, y los picos de punta cónica y los mazos de hierro se convertían en armas terribles en manos de los esclavos. Fué preciso instituir una legislación y tribunales especiales para arreglar las cuestiones y juzgar los procesos sin número que suscitaba semejante estado de cosas.

A poca distancia de Ergastiria existe una vasta cisterna de veinte metros de largo por diez de ancho y seis de profundidad, en perfecto estado de conservación. Servía, con otras hoy medio en ruina, para lavar los minerales antes de hacerlos pedazos en morteros de hierro.

En cuanto á los hornos, se ven por todas partes sus restos. Eran alimentados con leña; y cuando todos los árboles que había en aquel distrito fueron cortados, se hicieron venir de los países vecinos, en su mayor parte de la Eubea.

En la cima de la colina vimos los restos de una fortaleza destinada á proteger las minas, tanto contra las invasiones extranjeras como contra las tentativas de sublevación de los esclavos. Se encuentran allí varias cisternas dentro de las rocas, en donde se almacenaba el agua caída del cielo, que era muy precisa en caso de guerra, porque la única corriente cercana de allí se encuentra á ocho kilómetros. Algunos pasos más lejos vimos las dos columnas de un monumento antiguo. El terreno entra en el mar en forma de istmo, luego se ensancha y alza, formando el cabo Sunio la parte extrema del Atica. Desde este promontorio se disfruta de una vista que sería, como todas las vistas de Oriente, casi imposible de describir: el mar, brillante como un metal en fusión por la parte S., de un azul sombrío y profundo por el N.; aquel rosario de islas que se descubren como piedras preciosas en un vapor de oro, la Eubea, Andros, Zea, Serfo, Mirlo, el golfo de Egina, las costas del Peloponeso, y, en fin, prodigiosamente alejadas, las cimas cubiertas de nieve de las montañas de Creta. Las quince columnas derechas, batidas por el aire salitroso del mar, y los vientos, dominan el mar Egeo en toda su extensión, desde lo alto de aquel pedestal que la Naturaleza había hecho, pero que los antiguos supieron escoger. Los griegos tuvieron siempre un instinto maravilloso para edificar sus monumentos en el emplazamiento más propio para hacer valer y comprender el sentido y la expresión religiosa. El cabo Sunio era uno de aquellos sitios notables, en los cuales la divinidad debía parecerles más presente que en otras partes y que parecía pedirles altares y templos. Homero lo llama ya un *promontorio sagrado*, en el pasaje en donde Néstor cuenta á Telémaco el viaje que hizo al rededor de Troya.

Las columnas del templo, lejos de estar revestidas de aquella pátina caliente y dorada, de la cual el tiempo ha revestido las ruinas de Grecia, hacen con el azul del cielo, por su blancura nítida, un contraste casi chocante: se podría creer que acaban de ser talladas si no se distinguieran claramente los contornos alterados, debilitados sin cesar por la acción atmosférica. El promontorio mismo lleva trazas de aquella destrucción lenta, pero incesante, y, en más de un puesto, sus flancos escarpados se han hundido, arrastrando alguna parte de la plataforma que soporta el templo, y hallándose algún trozo á punto de hundirse. Las ruinas mismas habrán desaparecido pronto. Aquellas columnas están borradas de tal modo, que es difícil formarse una idea de la forma del templo. Se sabe, sin embargo, que fué construído después de la era de Pericles, pero en una época en que los artistas y las riquezas abundaban en Atenas, y se podía pedir los planos á un alumno de Ictinus y las esculturas á los discípulos de Fidias. Era de aspecto general más robusto que el templo de Tesea; las cortaduras no eran tan numerosas y las columnas más rechonchas, ya que no tienen más que seis metros diez centímetros de altura, por un metro dos centímetros de diámetro en la base. Las grandes losas de mármol esparcidas por todas partes son las metopas del friso, cuyas esculturas poco sa-

lientes han sido niveladas por el tiempo y las intemperies de la atmósfera. A poca distancia, al N., se encuentran los restos de los Propíleos, pórtico que daba acceso al interior del templo.

En los tiempos primitivos se adoraba allí á Neptuno como en el cabo Matapán, el cabo Malea, el Mantelo y en la extremidad S. de la Eubea. Más tarde el culto de Minerva fué sustituído ó, á lo menos, adjunto. Se celebraban en Sunio panateneas en honor á la diosa. Acudía allí de todas las partes del Atica é islas vecinas una afluencia extraordinaria de espectadores que se aglomeraban en las azoteas para ver salir bajo los pórticos de mármol la procesión sagrada, los sacerdotes cubiertos de vestidos resplandecientes, los sacrificadores, los niños que llevaban el incienso en las cajitas de oro. El humo de los altares se alzaba en la atmósfera límpida, encima del frontón pintado de colores vivos y acroteras resplandecientes bajo los rayos del sol. En el mar había corridas de trirremes, y las barquillas cargadas de curiosos seguían la lucha.

El día que visitamos el Sunio, las colinas, el mar y las islas vecinas estaban inundadas de luz y parecían engalanadas para una fiesta; pero, si la Naturaleza es la misma, el hombre ha desaparecido, y de los resplandores paganos no quedan más que columnas esparcidas en la soledad.

De Sunio debíamos ir á dormir al pueblo de Vari, á medio camino de Atenas. Teníamos que hacer seis horas de marcha por malos senderos, por los cuales nuestros caballos no podían ir de prisa. Una jornada larga, fatigosa y sin interés: tal es el recuerdo que me ha quedado de aquel trayecto á través de las colinas entrecortadas de llanuras pantanosas. No se ve allí ninguna habitación, ningún ser animado; ningún ave se hace oir en aquel país falto de agua, en el cual hasta las lluvias se hunden en las hendiduras de un terreno calcáreo, sin dejar trazas de ellas en el suelo.

Unas miserables chozas al lado de una fuente, cuyos habitantes parecen morir de hambre, es lo único que encontramos en aquel paraje desierto. Por fin, á última hora de la tarde, en

contramos campos de trigo, y llegamos á Vari, aldea que se compone de unas diez casas, en una de las cuales nuestro guía, que se había adelantado, había instalado nuestras camas. Una carretera para vehículos pasa por allí, procedente de Keratea, y un coche nos esperaba para llevarnos á la mañana siguiente á Atenas. La carretera pasa á través de llanuras áridas, cubiertas de arbustos, y sería la más triste del mundo si no se disfrutara de la vista del golfo de Egina y de las montañas de Corinto, con su elegante perfil y bellos colores. El sol, que descendía en el horizonte, envolvía esta naturaleza seria y un poco seca, y las rocas desnudas que dominaban aquellas llanuras nos parecieron menos feas. A una vuelta, el perfil de la Acrópolis, abrasada por los rayos del sol, nos apareció destacándose sobre el morado sombrío del Parnaso. Bajo esta luz de la noche se efectúa una armonía tal entre aquel cielo sin nubes, aquel mar sin arrugas y aquella tierra desecada, que ni el espíritu ni los ojos pueden desear nada más bello que lo que se presenta entonces á la vista del que está acostumbrado á vivir en los países del Occidente.

En un instante, nuestras impresiones del día se borraron, y el recuerdo no volvió sino más tarde.

CAPITULO XII

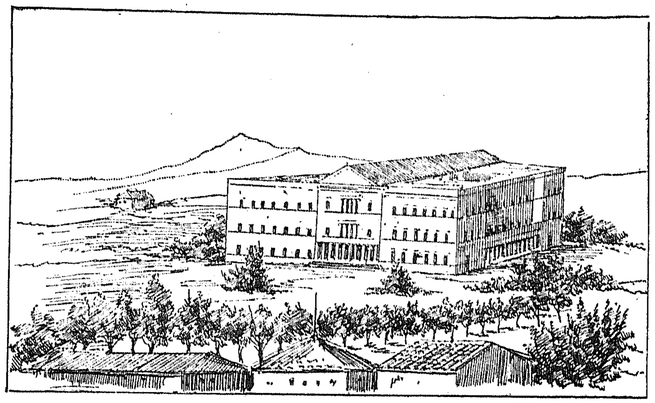
EXPEDICIÓN Á CORINTO

EL 10 de abril marcharemos para el Peloponeso. Vamos á Corinto, pasando por Megara. Visitaremos Micenas, Nauplia, Argos, Tripolitza, para llegar á Esparta. Atravesaremos la cordillera del Taigeto, recorreremos la Mesenia, iremos á Vostitza, sobre el golfo de Lepanto, y cerraremos el ciclo de nuestros viajes, que habrán abrazado la Grecia entera.

Nuestros preparativos están hechos. Nuestro guia se ha encargado, mediante cien francos diarios, de proporcionarnos camas de campamento, lo necesario para comer y los caballos. Un contrato en debida forma ha sido otorgado entre nosotros y él, porque, á pesar de los buenos informes que se nos han dado, se han de tomar siempre precauciones con los griegos. Hasta tratamos que si nos dejaba durante el viaje no se le daría más que la mitad de lo debido por las jornadas cumplidas.

Algunas cajitas de conservas fueron, por nuestra parte, adjuntas á las demás provisiones, porque en el Peloponeso no se encuentra qué comer por todas partes. En cuanto á las armas, son inútiles. Los merodeadores mal intencionados son raros en Grecia, y siempre se está en número suficiente para intimi-

darlos. En cuanto á los bandidos, si se tiene la mala suerte de encontrarlos, los remingtons más perfeccionados, los winchesters más rápidos, no son de ninguna utilidad contra gentes invisibles detrás de sus malezas, prestos á enviar una bala á la cabeza del primero que hace un movimiento sospechoso. Si he llevado siempre un revólver en mis viajes á Oriente, era como garantía contra los ataques de los perros, quienes, cuando un viajero se aproxima á un pueblo, se precipitan sobre él como lo-



PALACIO REAL DE ATENAS

bos. Todavía debo decir que, en el espacio de ocho años, no tuve ocasión de servirme de él más que una vez, y que siempre los gritos de los agoyates y las piedras que cogían eran suficientes á mantener en respeto á aquellos molosos recalcitrantes.

De Atenas á Megara existe una carretera espaciosa, la cual permite hacer en una jornada el trayecto de Atenas á Kalamaki, que no podía efectuarse antes en menos de cuarenta y ocho horas; pero como queremos visitar un monasterio de la isla de Salamina, y como el domingo de Cuasimodo hay fiestas y bailes en Megara, dormiremos allí y no llegaremos hasta la mañana siguiente á Corinto. Seguimos hasta Eleusis la carretera que conocen ya los que nos han seguido en nuestro primer viaje. De allí hasta Megara, el camino, trazado sobre los flan-

cos del monte Urikeri, domina toda la bahía de Eleusis y la isla de Salamina. El tiempo era admirable; la temperatura dulce, y la atmósfera tan clara, tan límpida, que pudimos distinguir los menores detalles de las montañas, situadas en el centro de la isla.

La primavera es la estación más favorable para disfrutar de los paisajes griegos. En el verano se tiñen de un oscuro uniforme, y el cielo se colora de un azul fuerte. En los meses de abril y de mayo, al contrario: después de un día de lluvia, el aire purificado viene á ser de una transparencia extraordinaria; pero la luz, de una dulzura exquisita, siembra por los montes y llanuras efectos de claroscuro, disimulando así la aridez del suelo y la sequía. El estrecho camino que sigue durante largo tiempo la vía antigua, en la cual están impresas las ruedas de los carros, sube y baja rodeando promontorios, atravesando bosques de olivares ó bien acercándose á las orillas del mar, que ofrecen á cada paso los aspectos más variados sobre el estrecho canal que separa la isla de Salamina de la tierra firme.

Sobre un promontorio de la isla, y á menos de tiro de fusil de distancia, se distingue el monasterio de Faneromeni, construido, según se dice, en el emplazamiento del antiguo templo de Minerva Sciras. No ofrece nada de particular ni como construcción ni como arquitectura, como no sea la dimensión de la iglesia, una de las más grandes de Grecia. Pero lo que justifica el interés de una visita á la iglesia de Faneromeni es la cantidad de pinturas que la adornan en el interior. La tradición quiere que se cuenten en ellas ciento cincuenta mil figuras. Un viajero concienzudo no ha contado más que tres mil setecientas, lo que es ya un buen número. Sea lo que fuere, y dejando la estadística para ir á la impresión general, es un efecto extraño el de todas aquellas figuras de veinte centímetros á cuatro metros que tapizan las paredes que rodean la cúpula; se hunden como una larga procesión en las profundidades de la nave; desaparecen en la oscuridad de las capillas ó bien aparecen como espectros que se levantan de sus tumbas, cuando un rayo de sol entra á través de las ventanas bizantinas y viene á iluminar la muralla. Del mismo modo que aquellas figuras de piedra del arte gótico que han poblado nuestras catedrales, las pinturas de Salamina representan la historia real ó simbólica de la religión, el Antiguo Testamento en el lado izquierdo, el Nuevo en el derecho. Cada personaje está representado en la misma actitud, los mismos gestos y la misma fisonomía que en las demás iglesias bizantinas, y el artista no se ha apartado de la fórmula redactada por el fraile Dioniso de Furna, que prescribe minuciosamente las reglas del arte ortodoxo. Los santos llevan banderas, sobre las cuales están inscritos sus nombres. A cada bandera está anexionada una inscripción extraída de la *Escritura Sagrada*, de la cual se traza un episodio. La *Biblia*, las obras de los padres de la iglesia, la vida de los santos, el gran *Monólogo de Simeón el Metafrasto*, han dado textos en los cuales los fieles debían encontrar el comentario, el desenvolvimiento filosófico de los grandes principios religiosos, que no se desprendían sino imperfectamente de las figuras bizantinas hieráticas.

El autor de esta obra inmensa habría quedado desconocido si no hubiese inscrito su nombre en la pared occidental: Giorgios Marcos de Argos, ayudado de sus discípulos Nicolaos, Benigelos, Georgakis y Antonis. En 1735 acabó de pintar la iglesia de Faneromeni. ¿Quién era ese Marcos? Nadie lo sabe: un fraile, probablemente, uno de aquellos oscuros religiosos que no veían en el arte que ejercían más que un objeto de propaganda religiosa, una glorificación de Dios y de los santos, y que pintaban sus plegarias en lugar de escribirlas ó cantarlas.

El monasterio fué fundado en el siglo XVII por un campesino de Megara llamado Lambros, el cual, después de un sueño, descubrió allí una imagen de la Virgen. Llegó á ser, bajo el nombre de Laurentios, el primer director de la comunidad, y tuvo como sucesor á su hijo Joaquín, que hizo ejecutar la decoración de la iglesia. No hay hoy más que unos veinte religiosos,

cuyas principales ocupaciones son, como para todos los religiosos griegos, los ejercicios de devoción y de agricultura.

Tres horas apenas nos habían sido suficientes para atravesar el canal, visitar el monasterio y volver al punto en que nos esperaba el coche. Después de una rápida bajada, llegamos á una pequeña y fértil llanura, cubierta de olivares, abierta al E. por el lado del mar, protegida al N. por una ramificación del Citerón, en la cual se abre entre dos magníficas peñas el desfiladero de Kandili. Un sendero sube por allí hasta Eleuteres, aquella antigua fortaleza que defiende la carretera de Tebas á Eleusis. No tardamos en distinguir el pueblo de Megara, que ocupa dos montículos aislados en medio de la llanura. Las casas, de techo llano en forma de terrado, blanqueadas con cal, se elevan hasta la cima, y en la más alta de las colinas se levanta una torre veneciana de bóvedas ojivales. Algo más abajo, en una plaza pequeña, se halla una iglesia en cuyas paredes están incrustadas algunas piedras antiguas, con restos de esculturas é inscripciones que datan de los primeros siglos del cristianismo. Nada subsiste de los edificios descritos por Pausanias, pues construídos con piedra blanda, sin consistencia, se fueron derruyendo como arena bajo la acción de la intemperie. Queda, no obstante, un recinto pelásgico, cuyos sillares han padecido menos y que se distingue sin esfuerzo entre las ruinas modernas.

Las calles del pueblo son estrechas y montuosas; puertas bajas dan acceso á pequeños patios, sombreados, á veces, por una higuera. Creeríase estar en una aldea árabe si no se viese á las mujeres circular por las callejuelas, asomar á las ventanas sus caras curiosas, reir al mirarnos, y si no se oyera en los cafés á los ociosos del lugar, hablar alto y cuestionar unos con otros. Los megarienses fueron conocidos un tiempo por su alegre carácter, y parece que los actuales habitantes del pueblo han heredado esta dichosa cualidad de sus antepasados. El traje de los hombres es el mismo que en el Atica; pero las mujeres casadas visten de un modo particular que no se parece en nada

al de las albanesas de Eleusis: una falda de tela negra ancha y de mil pliegues; un corpiño muy apretado, con mangas ajustadas, de seda de color vivo, rojo, verde, azul ó violeta; por encima de este corpiño una especie de chaleco muy sesgado sobre el pecho, sin mangas, bordado de oro y también de color vivo, pero diferente del corpiño; la camisa, de algodón blanco y que sale por debajo de la falda, está adornada de bordados de color rojo subido; un delantal azul y un ancho cinturón oscuro colocado bajo el vientre, á lo morisco, completan este traje tan vistoso como elegante. Las megarienses se cubren la cabeza con una ancha cinta amarilla y calzan babuchas de cuero rojo los días de trabajo, y de terciopelo rojo los festivos. Las jóvenes solteras llevan un ropaje de lana azul oscuro, guarnecido de galones rojos, sesgado sobre el pecho, abierto por delante y sostenido por un cinturón de rayas de color. Los paños están forrados de blanco, con un ancho bordado rojo, y el de la izquierda va siempre levantado y pasado por el cinturón. Esta es la señal distintiva de las solteras que, los días de fiesta, llevan en la cabeza el pequeño gorro rojo cubierto por completo de monedas colocadas como las tejas de un tejado.

Toda la población estaba reunida en la plaza mayor del pueblo; los hombres se hallaban agrupados ante las paredes deslumbrantes de blancura ó sentados bajo la parra que daba sombra á la taberna principal, ó, por lo menos, á la mejor frecuentada, pues encontramos allí á las autoridades del país, incluso un bravo sargento de gendarmes, que obligó que nos hicieran sitio, mientras el tabernero nos traía sillas y una bandeja con tazas microscópicas y *rahatlokum*, pasta dulce y perfumada de resina de lentisco, de la que hacen gran consumo todos los orientales.

El aspecto de la plaza era á propósito para seducir á los aficionados al color local. Las mujeres, á excepción de las viejas, con el traje vistoso y agradable que se ha descrito, hallábanse alineadas en largas filas de cuarenta ó cincuenta, dando la mano la primera á la tercera, por encima del hombro de la segun-

da; ésta á la cuarta, por encima del hombro de la tercera, y así sucesivamente, formando un entrelazado difícil de describir, pero de gracioso conjunto. Avanzaban cantando una melopea lenta y cadenciosa, y dando tres rápidos pasos hacia adelante y uno hacia atrás. Esta danza, cuyo origen, según los eruditos, debe buscarse casi en la antigüedad, tiene un carácter de gracia casta y de elegancia virginal que contrasta singularmente con las provocadoras ondulaciones y las contorsiones licenciosas de las danzas de los haremes musulmanes. Tan desvergonzado materialismo no ha podido aclimatarse jamás entre las helenas, y compréndese bien que, si bien no buscan hoy más que un placer y un ejercicio saludable para el cuerpo, en las danzas, éstas pudieron ser, en otro tiempo, un símbolo religioso, casi una ceremonia del culto.

Los bordados de oro centellean; las chaquetas de seda de varios colores lanzan reflejos cambiantes como los del mar al ponerse el sol, y entre todas las mujeres las hay tan lindas que acreditan la fama de belleza que tuvieron un tiempo las megarienses: el óvalo del rostro es regular; la nariz fina y recta; los ojos negros y rasgados; la boca tal vez un poco grande, pero bien trazada; los cabellos colocados bajos, sobre la frente; pequeña la oreja, y el cuello digno de una Venus de Praxíteles. Las filas de bailarinas pasan ante nosotros, desfilando como regimientos en día de revista, ya acortando el paso, ya precipitándolo, y mostrándose infatigables bajo el esplendoroso sol que inunda la plaza.

Mientras que la fiesta continúa, recorremos el pueblo en busca de perspectivas pintorescas: aquí se ve una puerta que recuerda la arquitectura turca; allá un patio cuyas cortadas y azuladas sombras y cuyos toques luminosos sobre las blancas paredes parecen hechos ex profeso para formar un cuadro oriental. Grupos en las calles, mujeres sentadas en el descansillo de las puertas, niñas que, al vernos, se internan en oscuras profundidades, donde no distinguimos más que un mechón de cabello rubio y dos grandes ojos que nos miran, como los de

un gato asustado, en el fondo de un agujero; mil escenas encantadoras y pintorescas que se graban para siempre en la mente del viajero. Tratamos de dibujar algunas mujeres, pero se ocultan riendo ó se tapan el rostro; las jóvenes huyen tímidamente; las hay entre ellas que se refugian en los terrados de las casas para escaparnos más seguramente. Una de ellas, engolosinada á la vista de una moneda de plata que podrá añadir á las que guarnecen su tesoro, consiente en estarse ante nosotros inmóvil; pero nuestros lápices y el álbum, de los cuales no comprende el uso, la aterrorizan y apela á la fuga; sus hermanos y parientes la detienen; se le explica que solamente queremos hacer su retrato, que será el más bello ornamento de nuestra colección. Se sienta riendo y medio tranquilizada. Hombres, mujeres y niños se reunen en torno nuestro, y tres ó cuatro individuos se constituyen en nuestros guardias, manteniendo el orden, apartando los indiscretos y cumpliendo nuestros menores deseos. Un anciano lleva sillas para sentarnos; otro tiene una copa llena de agua para lavar nuestros pinceles; un tercero nos preserva de los rayos del sol con nuestras sombrillas. La obra adelanta entretanto, y todos lanzan exclamaciones y ríen. La joven Marionka que nos sirve de modelo está ansiosa de ver lo que los extranjeros han hecho de su rostro; teme, y con razón, que la hayamos desfigurado. Pero el color amarillo, que simula los bordados de su traje, y, sobre todo, el oro, el verdadero oro ofrecido para el caso por un joven arquitecto de la escuela francesa, nuestro compañero de viaje, y del cual hemos cubierto las monedas estampadas en el vestido, se lleva todos los sufragios, y la bella Marionka corre por todos lados á enseñar su retrato, que los megarienses de ambos sexos se pasan de mano en mano.

Por la noche, los cafés están alumbrados por pequeños vasitos de cristal que se balancean. Las mujeres toman el aire fresco en los terrados de las casas.

Al atravesar la pequeña ciudad encontramos las tabernas alumbradas y llenas de bebedores y jugadores que discuten rui-

dosamente. Otros, sentados fuera, delante de pequeñas mesitas pintadas de encarnado, beben agua clara y fuman hablando de elecciones. Un mozo de café de unos seis pies de altura, adornado de un enorme bigote retorcido, circula entre los grupos balanceando su fustanela; lleva también un pequeño delantal de color, del cual salen dos gigantescas pantorrillas encerradas en dos botines encarnados. Aquélla era la más extraña figura que hayamos visto hasta aquel día. Nos sirvió cinco ó seis tazas de café con un aire afable, y para encender nuestros cigarrillos nos llevó un carbón incandescente.

Se llamaba Aquiles y se mostraba contento de aquel no mbre Estaba convencido de que su patrono era un gran jefe de palikaros, que por sí solo se había apoderado de Constantinopla, había dado muerte á todos sus habitantes y se había retirado al Pindo, á un punto inaccesible, esperando allí que las circunstancias le permitiesen renovar la guerra. Como nuestro doctor probase á convencerle siempre por mediación de Alejandro, de la inanidad de las leyendas, y tratara de explicarle el mito de Aquiles y de Minerva presentándole las armas fabricadas por Vulcano, nuestro hombre replicó friamente que Aquiles era un gran palikaro, que Minerva era una gran santa y que era natural que hiciera fabricar por los genios unas armas destinadas á hacer invisible é invulnerable á un héroe tan grande como él. Así es como, por toda Grecia, las tradiciones homéricas se desnaturalizan y se cristianizan, mezclándose con las más extrañas supersticiones de la Edad Media. El campesino griego del siglo XIX amalgama los semidioses del paganismo con los santos, los diablillos de los valles encantadores con los ángeles del paraíso, invocando así á las sirenas y las furias como á la Panagia, y creyendo quizás más en las visiones de que puebla las cimas misteriosas que en los misterios del cielo que se encuentra muy lejos de él.

Oímos un ruido de música y de canto. En un pequeño patio, en el que se penetra por una estrecha abertura, como una puerta morisca, cinco ó seis mujeres y algunos palikaros están sentados en círculo al rededor de una mesa alumbrada con una antorcha. Una copa que llenan en un pellejo suspendido en el techo de una habitación vecina pasa por la ronda. Beben aquel vino negro azucarado que se bebe en toda la Grecia, pero sin que nunca la alegría vaya á los límites de la borrachera.

OBISPO GRIEGO

Un joven que toca una guitarra canta una canción cuyo ritmo melancólico tiene algo de salvaje. Las mujeres están silenciosas. Inmóviles, con las manos sobre las rodillas, no se podría decir si se divierten ó si se fastidian.

Nos volvemos á nuestro domicilio, en el cual encontramos preparada la cena y las camas. A los que buscaran aquí informes de lo que se intitula Hotel de Megara, diré que en este mundo se han de aceptar las cosas tales como son, y que en un país en que frecuentemente se está expuesto á no encontrar abrigo sino en compañía de bestias de todas clases, y peor aún

en compañía de los propietarios, no se puede rehusar una cama medianamente preparada.

Al salir de Megara nos adelantamos por el S., cerca de una montaña que termina por un promontorio rocoso que cae á pico en el mar: el cabo Tiko. Lo franqueamos por una subida rápida, por un estrecho sendero á doscientos metros de altura del mar. A cada torrentera que se encuentra por aquellas pendientes, las aguas han destrozado el camino durante el invierno, y más de una vez estamos obligados á echar pie á tierra para dejar pasar nuestros caballos á su antojo sobre las rocas resbaladizas. Aquel difícil paraje se llama Kaki-Scala (mala escalera), y cierto es que merece su nombre. Allí es donde el bandido Scirón atacaba á los viajeros y los precipitaba en el mar después de haberlos despojado. Verdad es que Teseo ha hecho sufrir á aquel bandido la pena del talión, y que no se está ya expuesto á ningún mal encuentro en aquel paraje de horrible memoria; pero se está expuesto, como casi nos iba á suceder, á recibir en la cabeza alguna piedra desprendida, por los ganados ó pastores, de los picos que dominan el sendero. Sea premeditación, sea imprudencia de parte de aquellos pastores salvajes, una piedra, que pesaba á lo menos diez kilos, pasó silbando á dos pies apenas de la cabeza de uno de nuestros compañeros, y fué, á saltos gigantescos, á precipitarse en el mar. Nuestro guía hizo dos ó tres disparos para advertir nuestra presencia, y oímos las campanillas de las cabras alejarse precipitadamente; pero los pastores no se dejaron ver.

Luego el sendero baja; un valle se abre proyectando su sombra en algunos pinos y olivares silvestres, y, atravesando por un barranco bordado de arbustos, nos paramos en una fuente, para almorzar y descansar nuestros caballos. Empezamos otra vez el camino, siguiendo siempre el litoral, con una magnífica vista sobre el mar, cubierto de islas é islotes que parecen, por un fenómeno de espejismo, común en los mares de Oriente, suspendidos encima del agua. Pero el sol del mediodía cae de lleno en aquellas rocas expuestas al S., y, á pesar de la belleza del paisaje, las horas nos parecen largas, y el paso de los caballos que resbalan sobre las piedras llega á ser pesado. Una barca pasa á algunos metros de la orilla, y envidiamos á aquellos pasajeros que se ven tendidos en la pequeña embarcación mientras el viento los empuja hacia Kalamaki. Aquel punto deseado se esconde siempre para nosotros detrás de algún promontorio que nos falta franquear. Al fin, un grupo de casas aparece y luego bajamos de nuestros caballos delante de una casa de piedra, en la cual la compañía del Lloyd austriaco había establecido sus despachos y almacenes. A nuestra derecha, las montañas han desaparecido dejando entre ellas y el Peloponeso una llanura inmensa. La estrecha banda de tierra en que nos encontramos no tiene sino algunos cinco kilómetros de anchura, y al otro lado se abre el golfo de Corinto, casi un pequeño mar. Una carretera construída por la compañía austriaca atraviesa el istmo de Kalamaki á Lutraki. Dos veces por semana, un vapor viene del Pireo, y los viajeros, con sus bagajes, son llevados en media hora á Lutraki, en donde los espera el vapor de Patrás y de Corfú, evitándoles así rodear la Morea. Desde que el Gobierno griego ha cerrado el cabotaje al comercio extranjero, el Lloyd ha suprimido este servicio, que se hace hoy por los buques menos confortables de la compañía helénica.

Al salir de Kalamaki, se llega, por una corta subida, á la meseta del istmo, que no se eleva sino unos setenta metros sobre el mar. Se disfruta desde allí de una agradable vista sobre los dos mares. El país es inculto y abandonado, cubierto de pequeños pinos, en los cuales pululan las perdices rojas, y en los que se esconden los bandidos. Cuando los viajeros desembarcados del buque han de atravesar el istmo, se ven grupos de gendarmes reconociendo el menor repliegue del terreno. Es un espectáculo pintoresco lleno de color local, pero que da que pensar al viajero. El día en que pasamos por aquellos parajes, no siendo de tránsito oficial, no hay gendarmes por el camino; pero debo decir que no se ve ningún rostro sospechoso. Cruzamos antiguas murallas arruinadas, construídas por los corintios para dete-

ner la marcha de los dorios, de los persas ó de los beocios. Los emperadores de Bizancio y los venecianos, en el siglo XV, las han reparado y aumentado con nuevas defensas. El tratado de Carlowitz, en 1699, menciona la muralla del istmo como formando los límites de las posesiones venecianas en la península.

Una torrentera poco alejada no es otra cosa que el principio de un canal proyectado por los antiguos.

En una época en que los navegantes no se resignaban á doblar el cabo Maleo «sino después de haber olvidado lo que tenían más apreciado en el mundo», era natural que se pensase en aprovechar las condiciones topográficas excepcionales del istmo de Corinto. El puerto de Lesché recibía todas las mercancías de Sicilia y de Italia, destinadas á Oriente; al puerto de Cenchrée, sobre el golfo Sarónico, llegaban todos los productos de Asia destinados á Italia. Los gastos de tránsito eran considerables para aquellas mercancías, descargadas y llevadas al otro lado del istmo. Se había inventado un camino resbaladizo sobre el cual se pasaban las barcas por un sistema de garrucha, del cual habla Tucídides. Periandro, tirano de Corinto en 602 (a. de J.), fué el primero que concibió el proyecto de construir un canal accesible á las trirremes; pero tuvo que abandonarlo á causa de las predicciones de los astrólogos, que le anunciaban la próxima destrucción de su ciudad y la pérdida del poder si irritaba á Dios por aquel trabajo impío. Después de él, Demetrio Poliorcetes, en 301, quiso renovar la empresa de aquella obra; pero los ingenieros le persuadieron que el nivel de los dos mares no era igual. En el siglo XIX ha habido sabios que han incurrido en el mismo error á propósito del canal de Suez. Más tarde, César y Calígula abandonaron la empresa por consideraciones políticas. Nerón empezó los trabajos con la energía del déspota que no cuenta los sacrificios de hombres y de dinero. Quince mil obreros fueron escalonados en el recorrido del plan trazado, y el emperador dió solemnemente el primer golpe con su azadón de oro. La revolución de Vindex, en la Galia, le obligó á marchar á Roma, y todo fué de nuevo abandonado. De todas

aquellas tentativas no han quedado otras huellas que las del canal de Nerón, que se pueden seguir en una extensión de 1,700 metros, y doce pozos de sondeo que no tienen más que 10 metros de profundidad.

La apertura del canal de Suez ha vuelto de nuevo la atención sobre el istmo de Corinto, y se ha pensado recientemente en el proyecto de un canal accesible á los buques de comercio y vapores. Varias sociedades han sido fundadas para este fin. También se han hecho concesiones, pero nada más. No conviene aquí apreciar científicamente este trabajo: me contentaré con dar una idea de él, tomando las cifras facilitadas por los mismos concesionarios, aunque muy á menudo sean equivocadas.

El canal tendría un recorrido de 5,742 metros, 42 de ancho y un mínimum de 6 metros y medio de profundidad. Inútil es decir cuán defectuosas son estas proporciones. Dos buques no podrían cruzarse en el canal, y de esto resultaría un retraso considerable. Un buque de 16 metros de ancho y otro de 10 no pasarían sino con peligro de sufrir averías, y aun sería necesario que los dos barcos hubiesen puesto sus vergas en pantena. En cuanto á la profundidad, es inferior á la que necesita un buque de regular calado. En el canal de Suez, la profundidad de 8 metros ha sido considerada como mínimum.

Tomando las cifras del proyecto adoptado en 1869 por las Cámaras, se llega á diez y ocho millones de gastos; pero el autor no habla de las barrerras que se habrían de construir en las dos extremidades del canal, ni del material de remolque, ni del alumbrado, ni los gastos imprevistos: habla del precio de la mano de obra para las trincheras, como si se tratara de tierra ligera, siendo el suelo de la isla de una calcárea dura, en la cual el obrero trabajaría mucho para extraer un metro cúbico diario. En los cálculos que hace para las rentas de la empresa, el autor del proyecto hace entrar puertos y líneas que no participarían en nada en el tráfico del canal. Con echar los ojos sobre un mapa hay lo suficiente para comprender que un buque que viene de los puertos de Occidente con rumbo á Sira no tendría

ninguna ventaja en pasar por el istmo. En efecto: no ganaría más que cuatro horas, en el trayecto de Marsella á Constantinopla, por ejemplo, y dos horas solamente para ir á Sira, lo que no equivaldría al derecho mínimo de cincuenta céntimos por tonelada que tendría que pagar. Para un buque que viniese del Adriático, el trayecto sería abreviado en doce horas, y habría un gran beneficio en tomar el canal. Para los buques de vela quedaría siempre la cuestión de la irregularidad de los vientos, en el golfo de Lepanto y el mar Jónico.

No entraré aquí en el detalle de la cuestión, pero queda visto que sólo la navegación del Adriático con los puertos de Oriente, situados al N. de Sira y de Esmirna, tendría interés en transitar por el canal de Corinto, lo que disminuye singularmente la probabilidad de provecho para la compañía concesionaria.

El autor del proyecto estima en novecientos mil francos la renta anual, los cuales, disminuídos en los cuatrocientos mil necesarios para el entretenimiento y gastos de explotación, serían apenas suficientes para dar á los accionistas un interés de un dos por ciento. Un ingeniero de gran mérito, que durante largo tiempo ha dirigido los trabajos del canal de Suez y que posee la experiencia de aquellos trabajos especiales, ha estudiado la cuestión del canal de Corinto y ha llegado á la conclusión de que el beneficio de la empresa sería, todo lo más, de un uno y medio por ciento. Así es que las diferentes compañías que se han fundado han abandonado sucesivamente sus concesiones sin empezar los trabajos.

Los vapores y los buques de vela no temen ya hacer frente á los vientos del cabo Maleo, y prefieren siempre el riesgo de un pequeño retraso al pago de un derecho de paso que podría elevarse á más de mil pesetas. Corinto, que había soñado ser, como antes, un gran mercado para Oriente y Occidente, será siempre lo que es, es decir, un pueblo arruinado cada diez años por un terremoto, con un puerto malo, en el cual no pueden estar seguros los vapores contra el viento del Oeste.

Durante más de dos kilómetros costeamos dos profundas

canteras paralelas á la carretera, de donde han salido todos los materiales de los monumentos de Corinto. Aquellas canteras habían llegado á ser Necrópolis en que se encuentran todavía medallas. Los habitantes del pueblo de Hexamili, que está cerca, vienen siempre á ofreceros algunas antigüedades, procedentes, según ellos dicen, de las buscas que han hecho en las ruinas de la vecindad; pero lo que ellos no dicen es que aquellas monedas y urnas, cubiertas aún de venerable polvo, han sido recientemente fabricadas en Atenas, Italia y Alemania, que las envían á los campesinos vecinos de antiguas ruinas. El campesino griego tiene un verdadero talento para simular el entusiasmo del hombre que ha encontrado un tesoro inesperado, pero que comprende el valor de él y no quiere cederlo sino á precios elevados. El viajero prudente hará siempre mejor en abstenerse y oponer una sonrisa misteriosa á las proposiciones de los vendedores de antigüedades.

Más allá encontramos algunas tumbas: la de Lais, la segunda de este nombre, y la de Diógenes, según se dice; así como derrumbamientos de murallas que han pertenecido á templos, baños y un anfiteatro. Llegamos, en medio de casas hundidas y abandonadas. Es Corinto, destruída por un terremoto en 1858. La mayor parte de los habitantes se han ido al nuevo Corinto que se ha construído á orillas del golfo de Lepanto, á tres kilómetros de la antigua ciudad, y allí se ha transportado la capital del distrito, la residencia del nomarca, todas las administraciones y las escuelas. Los habitantes siguieron en un principio á disgusto aquel ejemplo, sea por amor al suelo en que habían vivido desde su infancia, sea por indiferencia; pero poco á poco las casas se elevaron y la emigración es completa. El plano de la nueva ciudad ha sido hecho en grande escala por gentes que le creían destinado el más brillante porvenir comercial. Así es que, aunque las calles sean regulares, las casas están separadas por grandes espacios de terreno que da á los diferentes barrios un aire de ciudad provisional destinada á desaparecer. El clima es más salubre que en el antiguo Corinto, y el agua es excelente.

Se ha construído una muralla, que está lejos de estar concluída, y que obliga, en mal tiempo, á los buques á ir á desembarcar los pasajeros á Lutraki. En cuanto á nosotros, ni siquiera bajamos á la nueva ciudad, que conocemos demasiado por haber esperado en ella durante dos mortales días un buque griego en retraso. Nos instalamos en una casa cuyos balcones tienen una inclinación inquietante. En una sala, falta de puertas y ventanas, están preparadas nuestras camas.

La noche se pasa en leer las cartas y los diarios que nos han sido expedidos de Atenas. Nos imaginamos las más alegres imágenes de la patria y de la familia. Después el cansancio acaba con nosotros y nos dormimos.

A las cinco de la mañana, nuestro guía Alejandro nos despierta sin piedad. Tenemos que hacer una jornada de seis horas para llegar á Micenas, y hemos de realizar la ascensión del Acro-Corinto, ese peñasco de seiscientos metros que domina el pueblo.

Empezamos á subir por un camino que serpentea por una vasta carretera, guarnecida en varias partes por un adoquinado de la época de la dominación veneciana. En hora y media llegamos á la entrada de la ciudadela, hoy completamente abandonada. Las murallas, que forman un doble recinto, se componen casi siempre de construcciones francesas, venecianas ó turcas, elevadas sobre las antiguas murallas helénicas. Dos torres que flanquean la puerta son poligonales. Entre el primero y segundo recinto están las ruinas de una verdadera ciudad, en donde la población entera de Corinto podía encontrar refugio seguro en caso de ataque. Así es que hay construcciones de todos los siglos, columnas antiguas, cisternas de varias épocas, iglesias bizantinas y mezquitas turcas.

La vasta meseta del Acro-Corinto tiene dos cumbres. La menos elevada, al O., está coronada por fortificaciones venecianas; la más alta, al E., no es más que una roca cubierta de plantas aromáticas, desde la cual se domina un extenso panorama. A nuestros pies se halla el istmo, que parece un estrecho

puente lanzado entre el Peloponeso y la Grecia del Norte; luego el Parnaso con su nevada cima, el Helicón, el golfo de Salónica, Egina, Salamina, las cumbres más poéticas y las llanuras más ilustres. En el fondo, el Atica, la Acrópolis de Atenas, el Pentélico y el Himeto, que va á perderse, hacia el cabo de Sunio, en las profundidades del horizonte. Muy cerca de nosotros, la línea

MAINOTAS

de murallas, profundamente dentada por las almenas turcas, envuelve la escarpada roca, dándole un carácter imponente de grandeza y de fuerza, y ya rasando los bordes del abismo, ya hundiéndose en los barrancos para reaparecer en las crestas. El pueblo que tenía en su poder semejante fortaleza, que cierra como un bastión gigantesco el paso del istmo, debió ser el amo de la Grecia; pero los corintios no fueron jamás de temperamento belicoso. Las riquezas que debían á su excepcional posición comercial introdujeron hábitos de lujo y de molicie entre el pueblo, que no tenía ni la avaricia y sequedad del comerciante, ávido de dinero, ni la energía militar del ciudadano, ansioso

de gloria. Págaba mercenarios para defender su territorio, y cuando los persas invadieron la Grecia, los corintios se limitaron á ofrecer sacrificios á Venus para que los librase de la esclavitud. Después de las victorias de Platea y de Salamina, mientras el resto del país elevaba estatuas á sus héroes, Corinto dirigía acciones de gracias á sus cortesanas.

Sin embargo, el genio griego no resultó ahogado entre los corintios por el espíritu mercantil y por la corrupción, resultado fatal de las riquezas fácil y rápidamente adquiridas: era un pueblo de ociosos, de epicúreos inteligentes, enamorados de lo bello y expertos en la materia. Sus moradas y sus templos estaban decorados con gusto; el bronce y la arcilla tomaban, en manos de sus obreros, las formas más elegantes; á Corinto eran llamados los pintores de mayor renombre de toda la Grecia, y allí eran atraídos, por magníficas ofertas, los cantores y los poetas más ilustres; la hospitalidad era para todos amable y fastuosa. Pero esta opulencia fué la causa de la pérdida de Corinto.

Conocido es el sitio y saqueo de la ciudad por los romanos, cuya codicia encendieron tales riquezas y tales tesoros del arte. Estatuas, alhajas, muebles incrustados de oro y marfil, todo fué saqueado y llevado á Roma por los generales, que se formaban así hermosas colecciones á bajo precio. Tras los romanos vinieron los bárbaros, hérulos, eslavos y turcos, y los temblores de tierra acabaron la obra de los hombres. La desgraciada ciudad ha desaparecido, y nada subsiste bajo aquellos montones de ruinas, esparcidos en una llanura pedregosa, donde vegetan algunos cuadros de poco lozana cebada. Corinto evoca ideas de oro y púrpura, de lujo y voluptuosidad; pero ni siquiera su nombre ha quedado para salvar del olvido á esta ciudad, que no produjo ni un gran general, ni un artista ilustre, ni un hombre de Estado, ni un escritor. Un pueblo que sólo supo reir y gozar no tiene derecho á la inscripción en el gran libro de la historia.

Una de las particularidades más singulares de la roca de que se trata, elevada seiscientos metros sobre el mar y aislada por todas partes, es la abundancia extraordinaria de aguas, lo cual, en tiempo de guerra, debió ser un recurso inapreciable para los que se refugiasen en la ciudadela. Por todas partes se ven agujeros insondables, pozos, manantiales, hasta el punto de que los aldeanos de las inmediaciones aseguran que existen tantos como días tiene el año; pero estos orificios, ocultos por las altas yerbas y por las plantas salvajes, ofrecen un peligro continuo á los visitantes, á quienes los guardas cuidan de prevenir que no se separen del camino trazado. En 1836, un oficial del buque inglés *Portland* desapareció en uno de esos pozos naturales, sin que fuera posible, no ya salvarle, sino ni aun hallar su cuerpo, á pesar de cuantas investigaciones se practicaron.

Otra singularidad, no tan afortunada como la abundancia de aguas de esta meseta, es la fiebre que reina en ella, desmintiendo la teoría que atribuye á los terrenos elevados y rocosos una inmunidad absoluta. Los guardas que forman la pequeña guarnición de la Acrópolis sufren todos esta maligna influencia, que, por suerte, rara vez es mortal. Dase por causa de la fiebre la existencia de ciertas plantas, particularmente la que recibe el nombre vulgar de cardo blanco *(phlomos)*, que cubre, en cantidades enormes, la meseta y las pendientes del Acro-Corinto. La acción perniciosa de esta planta era tan bien conocida de los antiguos, que todos los años, por la primavera, enviaban destacamentos de soldados para cortarla. En otoño, después de la florescencia, y sobre todo al ponerse el sol, exhala un olor pútrido que infecta el aire y causa las fiebres, según se dice. También las emanaciones de otras plantas, el *Agnus castus*, por ejemplo, son muy temidas por los campesinos en Grecia, y los médicos del país confirman, por su propia experiencia, esta creencia popular.

Al bajar, nuestro guía nos enseña, en la ladera de la roca, una gruta que se supone sirvió de asilo á San Pablo. Allí escribió éste sus epístolas á los corintios, mientras encima de él se

adoraba á los ídolos en sus templos de mármol, y á sus pies resonaban en la ciudad los cantos de las cortesanas.

En una especie de explanada, á la entrada de la población, se hallan siete columnas de orden dórico, únicos restos del templo consagrado á Minerva Chalinitis ó á Juno Buneana, según la interpretación que se quiera dar á las descripciones de Pausanias, siempre inciertas y vagas. El aspecto macizo, rehecho, el tipo amplio y pesado de los capiteles y el espeso arquitrabe que los corona, indican que este templo es de una época anterior á las de los de Egina y Tesea, y permiten hacer remontar su construcción al siglo VII antes de nuestra era. Cinco de las columnas que aún están en pie pertenecían al *porticum* (fachada del O.), y las otras dos á la fachada lateral del S. Tienen solamente cuatro diámetros de altura y están esculpidas en dos pedazos, en dura turba extraída de las montañas inmediatas, y cubiertas de estuco, coloreado antiguamente. Hállanse acribilladas de agujeros abiertos por los turcos para colocar los postes de las casuchas que apoyaron contra esas ruinas.

Las estrías son en número de veinte, particularidad notable, sobre todo en una época tan remota, pues el dórico más antiguo no tiene, de ordinario, sino diez y seis. Esta columnata, desgastada por la base, rota y desnivelada por los temblores de tierra, ha escapado, no obstante, á la catástrofe que destruyó la población; y aislada, en medio de la ciudad derruída, conserva todavía un imponente carácter de solidez y de fuerza.

CAPITULO XIII

DE CORINTO Á NAUPLIA

Nuestra caravana se componía de siete caballos, tres para nosotros, uno para Alejandro y otros tres para los bagajes. Aunque los corceles griegos poseen cualidades apreciables, también tienen defectos que ponen á ruda prueba la paciencia de los viajeros. Acábase, sin embargo, por estimar en lo que valen esos flacos caballejos que andan diez horas sin detenerse, trepan por las rocas, se dejan deslizar por las pendientes y franquean sin vacilar los pasos más escabrosos; y al cabo de muchos días, y aun semanas de viaje, no es posible separarse de ellos sin cierta tristeza y sin hacerles alguna amistosa caricia.

Costeamos por el O. la roca del Acro-Corinto, y subimos hacia un mamelón donde se escalonan las casas de rojos tejados de una gran aldea: Hagios-Basilios. De ella descienden hasta el camino, para vernos pasar, algunas mujeres de singular tocado, consistente en un pedazo de tela bordada, arrollada en torno de la cabeza como un turbante, y cuyos dos extremos, adornados de franjas, caen graciosamente á un lado. Cerca de allí, en la cumbre de una pequeña colina, se hallan algunos

muros ciclópeos: son las ruinas de Cleones, en las que apenas se distingue más que la línea de las murallas y el emplazamiento de un templo. En casi toda la Grecia acontece lo mismo: es un vasto cementerio en el que todas las ciudades están sepultadas, quedando apenas algunas piedras para indicar al pasajero donde yacen tantos emporios ricos y florecientes.

Las colinas, cubiertas de pinos, se elevan y se acercan, formando una garganta abrupta por la que penetra el camino, ó, mejor dicho, el sendero, lleno de escaramujos y retamas, de agujeros y hendiduras y de pedazos de roca. Por allí rondaba, en otro tiempo, el león, de cuya piel se hizo Hércules un traje de caza y al cual debió servir de antro una de las grutas abiertas en las paredes que costeamos.

De pronto, las rocas se separan y bajan, dejando al descubierto un pequeño valle que se redondea á nuestros pies, en forma de circo, formando un paisaje en extremo melancólico. Nada de árboles, nada de matorrales, nada más que el brezo rosado que se extiende hasta perderse de vista. Ni un ser viviente. El silencio sólo se ve turbado por el grito de las alondras, que huyen á nuestra aproximación. En el centro del valle se levantan tres columnas dóricas, dos de ellas unidas aún por su arquitrabe, y la tercera aislada y vacilante. Allí se alzaba el templo de Nemeo, mutilado por el tiempo, ese implacable enemigo del hombre. Nada es capaz de dar idea del efecto de esas columnas en medio de aquella triste soledad.

Día vendrá en que las únicas tres columnas sobrevivientes caigan á su vez y rueden entre los restos que yacen á sus pies. La obra de destrucción quedará concluída, y, por poco que la civilización penetre en aquel valle tan desierto, el templo antiguo será convertido en cascotes, y el altar de Júpiter Nemeo llegará á ser quizás el altar de alguna modesta iglesia de aldea.

Tras un corto descanso junto á la fuente Adrastea, donde Polínice y los siete jefes de la expedición contra Tebas apagaron su sed, continuamos nuestro camino subiendo las pendientes de las colinas situadas al S. del valle, entre altas yerbas y brezos. Después de pasar el Kani de Dervenaki, de gracioso aspecto, seguimos entre dos cadenas de montañas bastante altas, por un estrecho valle erizado de rocas y bañado por un torrente que atravesamos más de veinte veces, ya á la derecha ya á la izquierda, para buscar el camino más practicable. Laureles, rosas y mirtos bordan las orillas, y sirven de nido á las tórtolas, mientras que sobre las masas de algunos cactos se arrastran grandes tortugas de caparazón oscuro y muy combado. En las alturas, hállanse esparcidos varios rebaños de cabras, y el pastor, apoyado en su cayado, nos sigue lentamente con la mirada, á la vez que llama á los perros, que nos enseñan desde lejos los colmillos. Este desfiladero poco practicable fué, en 1822, teatro de una sangrienta derrota infligida por el jefe griego Colocotroni al ejército turco, durante la guerra de la independencia.

Pronto desembocamos en la vasta llanura de Argos, que se extiende hasta el mar, el cual brilla ante nosotros en el horizonte. Al S. se levanta el pelado pico coronado por los parduscos y almenados muros del castillo de Argos, mientras que, á nuestra izquierda, sobre las blancas casas de Nauplia, se yergue la inmensa roca de Palameda, con su ciudadela roja, edificada sobre las azules aguas del golfo. En la llanura, los campos de trigo, todavía verdes, alternan con jardines y aldeas aisladas.

Tras de terrenos pantanosos cortados por canales de regadío que nos obligan á dar vueltas, no hacemos más que atravesar el camino directo de Argos á Corinto para internarnos de nuevo en las tierras labradas y subir una colina pedregosa junto al miserable caserío de Karvathi. De pronto, distinguimos los ciclópeos muros de Micenas, sobre un montículo cónico, entre dos enormes paredes de rocas de las que está completamente separado por profundos barrancos. El aspecto es salvaje y siniestro, y no se puede desear otro teatro más adecuado al sombrío y sangriento drama de la horrible familia de los

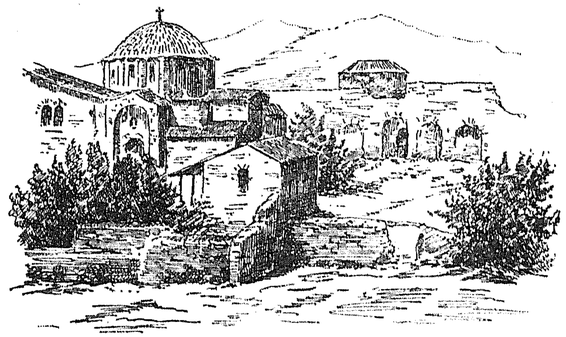
Atridas que sólo ha legado á la posteridad recuerdos de asesinatos, adulterios, infanticidios y parricidios. Cuando se entra en aquel formidable recinto, parece que se anda sobre sangre, y hasta el negruzco tinte de los muros aumenta tal impresión. Antes de ir allí precisa haber leído la tragedia en que Sófocles hace revivir, con admirable energía, á Agamenón, el pastor de los pueblos, Clitemnestra y Egisto, Orestes y Electra. La imaginación, bajo el imperio de esta vibrante poesía y frente aquella naturaleza tan extrañamente triste y salvaje, nos lleva sin transición á veinte siglos atrás. Desde el momento en que uno se interna entre aquellas dos murallas, formadas por moles que cien hombres apenas podrían levantar y que preceden á la puerta real, apártase instintivamente, como si sobre aquel suelo de roca que todavía conserva las huellas de las ruedas oyérase marchar el carro de Agamenón, al volver de la guerra de Troya. Más allá, bajo la puerta que coronan dos gigantescos leones rampantes, le esperan su esposa Clitemnestra y Egisto. Un paso aún, y caerá víctima de infame asechanza. Adelantémonos: hé aquí el palacio; óyense gritos, la muchedumbre se amotina, sale un hombre, puñal en mano, con la vista extraviada y erizado el cabello; todos huyen ante él: es Orestes, que acaba de asesinar á Clitemnestra, y á quien las Furias persiguen. Electra, su hermana, le ha puesto el puñal en la mano y ha asistido friamente al asesinato, diciendo:

—¡Hiere una vez más, si puedes!

Después de la destrucción de la familia de Agamenón y de la vuelta de los Heraclidas al Peloponeso, Micenas perdió su poderío, y su población fué arrojada de la ciudad por los habitantes de Argos. Desde esta época permaneció siempre desierta, semejante á esas casas aisladas donde se ha cometido un crimen, en las que nadie se atreve á entrar y que el pasajero evita por las noches, cuando oye las hojas de las ventanas rechinar sobre sus goznes con siniestro ruido.

Los muros están intactos y siguen las sinuosidades de la roca, rodeando la Acrópolis por todas partes menos por el S.,

donde la altura de la roca era ya de por sí una defensa más que suficiente. No están flanqueadas por torres, sistema de defensa que sólo más tarde fué conocido, y ofrecen dos sistemas diferentes de construcción ciclópea: el uno compuesto de polígonos irregulares cuidadosamente adosados unos á otros, sin el auxilio de piedras más pequeñas, y cortados de suerte que presentasen una superficie compacta; y el otro formado por trozos



EL MONASTERIO DE DAFNE

groseramente escuadrados, colocados en líneas horizontales de desigual altura y cuyas junturas caen indiferentemente sobre macizo ó sobre otras junturas. Tres puertas daban acceso á la ciudad fortificada. La principal, situada al O., es la célebre *Puerta de los Leones*. Llégase á ella por una especie de avenida de quince metros de largo por diez de ancho, encerrada entre dos gruesos muros de defensa compuestos de grandes trozos triangulares de piedra. Esta puerta, de forma piramidal, tiene más de cinco metros de elevación y tres de anchura, en su parte superior. El dintel está formado por una sola piedra, monolito enorme de cerca de cinco metros de largo por dos de ancho, y uno con veinte centímetros de espesor. Todavía se ven los goznes sobre los que giraban las hojas de la puerta. El dintel está coronado por un bajo relieve gigantesco, esculpido en una piedra triangular de tres metros de alto, de caliza muy fina que ha tomado un tono general gris verdusco oscuro. Esta es-

cultura, el más antiguo ejemplar que poseemos del arte de las edades heroicas, representa dos leones rampantes á ambos lados de un pilar central. Faltan las cabezas de aquéllos, pero los restos de la melena que se distinguen con claridad en el animal de la izquierda y las garras perfectamente detalladas, bastan para reconocer que se trata de leones. Fueron esculpidos á martillo, y resultan de formas pesadas, pero no por eso tienen un carácter menos severo y grandioso. Según algunos autores, este bajo relieve es un símbolo cuyo origen hay que buscar en las esculturas míticas de la Persia. El pilar representa el altar del Fuego, del Sol, emblema del principio generador. A decir verdad, está demostrado que los espartanos practicaban el culto del Sol tal como se lo habían transmitido los persas á las primeras colonias egipcias, y las relaciones íntimas que existieron entre Esparta y Micenas pueden explicar la presencia en la susodicha puerta, del *Atchdan* de los sasánidas.

Luego de pasar la Puerta de los Leones, hállase el recinto de la Acrópolis que sube en forma de triángulo hacia la montaña. Aquí y allá se ven cimientos de casas y cisternas abiertas en la roca, una de las cuales está revestida de un cemento destinado á impedir la absorción del agua por la piedra porosa que forma las paredes. En el extremo oriental existen restos de murallas que parecen haber pertenecido á un gran edificio de forma regular. ¿Será tal vez el palacio de Agamenón, el que retembló con las imprecaciones de Orestes y los gritos de Clitemnestra estrangulada?

Cerca de allí, se abre en la muralla otra puerta más pequeña que da acceso á un antiguo camino, descendente hacia la parte baja de la ciudad. Por un lado, un parapeto resguarda del precipicio; por el otro se elevan los muros de la Acrópolis, que protegía, durante las salidas, el flanco derecho de los soldados, el que no estaba cubierto por el escudo.

Bajando la colina y fuera ya del recinto, á unos cuatrocientos metros de la Puerta de los Leones, está situada la construcción que se ha llamado sucesivamente tumba de Agamenón y tesoro de Atrea, y que probablemente fué ambas cosas. Si se exceptúa la fachada, el resto del monumento es por completo subterráneo y tiene el aspecto exterior de un túmulo. Llégase á él por un corredor de veinte metros, por seis y veinte centímetros de ancho, formado, como la avenida de la Puerta de los Leones, por dos muros ciclópeos; luego hállase uno frente á una puerta de seis metros y medio de alto por más de tres de ancho en la base. La parte más notable de esta puerta es el dintel, compuesto de dos enormes piedras yuxtapuestas; la mayor tiene ocho metros quince centímetros de largo, seis y medio de ancho, y un espesor de un metro veinte centímetros, lo cual representa un peso de ciento setenta mil kilogramos, extraído de una cantera próxima y llevado hasta allí. Sobre el dintel hay una abertura triangular que probablemente serviría para incrustar algún bajo relieve, pues la suposición de que estuviese destinada á tragaluz casi no es aceptable; el aire y la luz estaban desterrados de las tumbas, y no es de presumir que se hubiera dejado una abertura por la cual hubiesen podido entrar los ladrones.

Cuando se penetra en el edificio, hállase una sala circular de catorce metros y medio de diámetro, rematada en una bóveda parabólica. Las claves de los arcos que componen ésta son sencillamente sillares horizontales, puestos en curva los unos sobre los otros, y cuyos ángulos salientes fueron cortados por la parte interior para darle la apariencia de una bóveda. Su elevación es de cerca de catorce metros. La sala se hallaba revestida por completo de placas de bronce sujetas por clavos del mismo metal, de los cuales aun quedan algunos. La piedra colocada en el punto más alto de la bóveda fué arrancada, según se dice, por orden de Veli-Pachá, en virtud del rumor que circulaba de que allí se hallarían inmensos tesoros. A la derecha hay otra sala más pequeña, cuadrada y abierta en la roca; sobre la puerta que le da acceso existe también una abertura triangular, semejante á la de la puerta principal. Tal vez este

sitio sirvió de sepultura y contuvo el cuerpo de Agamenón. Este monumento, que parece construído ayer, llama la atención por su carácter de fuerza y de grandiosidad. Las proporciones de la cúpula dan formidable idea del poder de los hombres que la construyeron.

En los alrededores existen otras tumbas, pero son más pequeñas y completamente cerradas. En estos parajes fué donde hace algunos años verificó un alemán, el célebre doctor Schlieman, investigaciones que produjeron descubrimientos de gran interés. En las cinco tumbas que exploró, encontró, en un lecho de arena fina, esqueletos enteros que se ha logrado conservar intactos rociándolos con alcohol saturado de resina: tenían la cabeza al E., los pies al O., y eran de estatura gigantesca. En uno de ellos, el rostro, con todas sus carnes, estaba perfectamente conservado bajo una pesada máscara de oro; no había huella alguna de cabellos, pero se distinguían los ojos y la boca, que se había entreabierto bajo el peso de la máscara, dejando ver treinta y dos dientes intactos. El color del cuerpo era parecido al de las momias egipcias. En otra tumba, al rededor de un cráneo, por desgracia demasiado frágil para que fuera posible conservarlo, estaba colocada una diadema de oro, adornada de líneas en espiral y en cuyo centro se ven dos soles. Cerca del cuerpo se halló un hierro de lanza, dos pequeñas espadas de bronce, dos largos cuchillos del mismo metal y una copa de oro, de una sola asa. Con las espadas yacían esparcidos varios pedacitos de tela, procedentes, casi de seguro, de las vainas. Por último, en la misma tumba fueron hallados dos vasos de tierra, moldeados á mano, verde el uno, el otro rojo, y adornados con figuras geométricas.

Cerca de otros dos esqueletos, uno de los cuales era de mujer, descubriéronse ornamentos de oro que pesaban cinco kilogramos, dos cubiletes de oro y plata, ciento treinta y cuatro botones de oro, cuatro empuñaduras de espada, de oro también, unos pendientes representando á Hércules dando muerte al león de Nemea, once espadas de bronce, dos cetros con empuñadura de cristal, dos fragmentos de casco recubiertos de oro, cuatro grandes corazas del mismo metal, dos de ellas cuadradas y dos semicirculares, adornadas con figuras representando leones, caballos y esfinges, y, finalmente, dos discos de oro cubiertos de vegetales y de animales asiáticos en relieve. Como se ve, el descubrimiento era importante, y el infatigable investigador que emplea su fortuna en tales trabajos tiene el derecho de estar orgulloso del resultado; pero tal vez se ha dado demasiada prisa en bautizar á los muertos que ha exhumado y en imponerlos al mundo bajo los nombres de Agamenón, Casandra y sus compañeros, muertos por Egisto. Sin embargo, es innegable que estos descubrimientos tienen gran interés y que darán motivo á eruditas y curiosas discusiones entre los sabios de todos los países.

La exploración de las ruinas de Micenas nos había ocupado más tiempo del que pensábamos. Era preciso renunciar á ir á pernoctar á Argos, con tanta más razón cuanto que comenzaban á caer anchas gotas de lluvia, y no hubiera sido agradable verse sorprendido por la tempestad, de noche y en caminos de travesía. Era preferible soportar la desagradable estancia que nos ofrecía el miserable y malsano poblacho de Karvathi. Nos instalamos en la casa menos ruinosa y sucia, y comimos filosóficamente los restos de nuestro almuerzo. Durante la noche, estalla la tempestad con violencia, el viento sopla con furia, la lluvia pasa á través de las hendiduras del techo y nos inunda. Los agoyates tapan las aberturas con las mantas de los caballos, sujetas por gruesas piedras; pero el agua filtra, á pesar de ello, y tenemos que pasar el resto de la noche sentados en nuestros lechos y con los paraguas abiertos, mientras que á nuestro lado, un niño, atacado por la fiebre y tiritando, gime de un modo lamentable. Más de una vez nos acometen ideas tristes y desalentadoras, y cruza por nuestra mente la idea de un brusco regreso. En comarcas tan primitivas como lo es aún el centro del Peloponeso, los viajeros se ven sujetos á accesos de abatimiento moral y físico; pero es preciso saber resistirlos,

pues pronto el primer rayo de sol que ilumina un hermoso paisaje lo hace olvidar todo, y renace la alegría.

Nos levantamos transidos; el suelo de la habitación, mojado por la lluvia, está resbaladizo, y nuestros trajes se hallan empapados de una humedad malsana. El niño calla, pero su mirada apagada y su entrecortada y fatigosa respiración hacen daño. Sólo le quedan algunas horas de vida: la fiebre del país le mata. Su madre, acurrucada junto á él, le mira con aire entontecido. Su padre, joven aún, pero delgado y de tinte terroso, fuma con indiferencia. Por fuera, la lluvia ha cesado, pero el cielo está sombrío y las nubes cubren las montañas. Nos apresuramos á alejarnos de aquel triste lugar, y, tras haber dado algunas dracmas á nuestros huéspedes, montamos á caballo.

En un cuarto de hora llegamos á la carretera que conduce á Nauplia, mal conservada, como los demás escasos caminos del reino, y sembrada de agujeros y baches llenos de lodo que nos salpica de pies á cabeza cuando nuestros caballos dan en ellos.

A derecha é izquierda del camino, el campo está cubierto de viñas y plantaciones de tabaco cuyas anchas hojas apenas comienzan á verdear. El tabaco de la Argólida tiene renombre por su superior calidad: expórtase á Turquía con el nómbre de tabaco griego, y al resto de Europa con el de tabaco turco. Algunos aldeanos siembran, en tierra bien preparada, granos de algodonero, pues el cultivo del algodón se extiende cada vez más en la provincia. La especie que allí se cultiva es el algodonero herbáceo de Siria, que alcanza de ochenta centímetros á un metro de altura; sus hojas son tiernas, de un color verde claro; sus flores, amarillentas, rosáceas ó violadas, ostentan una mancha purpúrea en la parte inferior de cada pétalo. El algodón es de una gran blancura, pero de hilo un poco corto. Me fué difícil averiguar cuál es el rendimiento medio, pues cada propietario me dió una cifra diferente. Por lo que yo pude apreciar, obtiénese, por hectárea, unos ochocientos kilogramos, comprendiendo el grano, es decir, doscientos ochenta kilogramos de algodón limpio. En Nauplia se ha establecido un taller donde se desgrana y limpia el algodón, prensándolo en balas para la exportación.

Pasamos varias aldeas ó grupos de habitaciones rodeadas de jardines y de altos álamos. A medida que nos acercamos á la ciudad, cruzámonos con gentes á pie ó á caballo, carretas y carruajes que dan al camino una animación á la cual se está poco acostumbrado en Grecia. Ya son aldeanos que vuelven de llevar sus mercancías á la población, ó ciudadanos propietarios que van á vigilar los trabajos de la siembra, ya viajeros que se dirigen á Nauplia para tomar el buque que ha de partir al Pireo. Las mujeres, sentadas sobre colchones enrollados y abigarrados cobertores, llevan en brazos á sus hijos y se cubren con grandes paraguas; los hombres cabalgan á su lado, bien á horcajadas, bien sentados sobre los sacos de cuero. Cerca de Nauplia y de Pronia, que le sirve de arrabal, el camino se ensancha y mejora. Todo este trozo fué construído por los franceses; costea el puerto, al pie de la roca Palameda, y franquea un puente levadizo que precede á una gran puerta con las armas de Venecia.

Echamos pie á tierra ante un hotel, situado en una plaza plantada de árboles, y donde nos dan dos grandes habitaciones con balcón al exterior. Nos sentamos en verdaderas sillas, escribimos en verdaderas mesas y dormimos en verdaderos lechos. Estamos resueltamente en plena civilización. Bajo nosotros, en una fonda, oficiales de uniforme y paisanos con gabán toman café y juegan al billar. Por las calles pasan señoras vestidas con arreglo á las modas parisienses.

Nauplia, encerrada entre fortificaciones, sólo tiene seis mil habitantes, pero está regularmente edificada y se parece mucho al Pireo y á Patrás. Las calles son rectas y empedradas, y las casas tienen un aspecto limpio y hasta elegante. Los grandes almacenes construídos por los venecianos al pie de la ciudadela, y el palacio del gobierno, levantado por Capo de Istria durante su residencia en Nauplia, dan á la pequeña ciudad el

aspecto de una capital. En el puerto, tabernas, tiendas de comestibles, limitan el muelle, por el cual circulan marinos con ancho pantalón hueco, soldados con uniforme europeo, corredores y mercaderes. Por lo demás, no hay ningún monumento digno de ser citado, ni aun la iglesia de San Espiridion, donde Capo de Istria fué asesinado el 9 de octubre de 1831, por los hermanos Constantino y Jorge Mauromichalis.

Mas allá del arrabal de Pronia, en la ladera de la roca, se halla un monumento ejecutado por un escultor alemán, y levantado por los oficiales y soldados de la brigada real bávara, á sus compañeros muertos en Grecia en 1833 y 1834. Es un león colosal, esculpido en la roca, como el de Lucerna, pero sin gran carácter: un león de academia alemana. A su lado, en un pequeño cementerio, multitud de tumbas ostentan nombres franceses.

Sólo nos faltaba visitar la fortaleza de Palameda que se levanta sobre el mar y la ciudad, á la altura de doscientos diez y seis metros, y sólo es accesible por la parte de la población, mediante una escalera de mil peldaños abierta en zigzag, en la ladera de la roca. Sobre la puerta del fuerte yérguese el león de San Marcos, bajo tres escudos adornados con el gorro ducal y una inscripción que recuerda el valor y las virtudes oficiales de Morosini. En las murallas están juntas las armas francas con los blasones venecianos. En el patio yacen muchos hermosos cañones que llevan en la culata el león de San Marcos y la fecha del año 1687: son las piezas que llevó Morosini. Pero lo más hermoso del fuerte de Palameda es la vista sobre el golfo y las montañas que lo encierran, sobre la verde llanura de Argos y sobre las altas montañas de la Arcadia que limitan el horizonte. La mar estaba tan pura y tranquila que distinguimos á una gran profundidad los bancos de arena como grandes franjas de plata, y las líneas de rocas, negras de algas y de fuco. Alejandro nos arranca de nuestra contemplación, pues debemos ir á visitar, á una legua de allí, las minas de Tirinta, y sólo tenemos el tiempo preciso, si no queremos vernos expues-

tos al percance de no poder volver á la ciudad y haber de buscar albergue en algún sucio kani del arrabal de Pronia, pues Nauplia, como ciudad fortificada, se permite el lujo de cerrar sus puertas al ponerse el sol: las llaves se entregan entonces al comandante; y si no tenéis una autorización especial, ni ruegos ni amenazas obtendrán respuesta, á no ser que insistáis mu-

LA VÍSPERA DE PASCUA

cho, en cuyo caso un centinela os disparará su fusil. Como ninguno de nosotros desea servir de presa á los insectos de Pronia, ni de blanco á los reclutas de la guarnición, nos apresuramos á bajar los mil escalones de la ciudadela.

Esperábanos un carruaje, y, luego de haber seguido durante media hora el camino por el cual habíamos llegado antes de Micenas, apeámonos al pie de una colina rocosa, poco elevada, que surge como una isla en medio de la llanura. Esta altura se halla ocupada completamente por la antigua ciudadela, cuyas murallas ciclópeas, admirablemente conservadas, son notables por lo grueso de los sillares, el más pequeño de los cuales no

podría ser movido por dos bueyes uncidos al yugo, según dice Pausanias. Estos muros, «cuya masa indestructible ha fatigado al tiempo», son los que existían ya en la época de Homero, que habla de *Tirinta la bien fortificada*. Tienen seis metros de espesor, ocho en algunos sitios, y en las partes que están mejor conservadas alcanzan trece metros de altura.

La ciudadela tenía tres entradas, una sola de las cuales, la del E., se ha conservado. De la llanura sube una rampa costeando los muros, y termina en una puerta compuesta de sillares enormes: sólo el arquitrabe tiene tres metros cuarenta centímetros de longitud. La puerta tenía cinco de altura y giraba sobre un eje colocado en el centro, á la manera de los modernos torniquetes de las Exposiciones. Cerca de allí se encuentra la parte más curiosa de la Acrópolis, las célebres *galerías*, practicadas como verdaderas casamatas, en el espesor de los muros del E. y del S. Estas galerías, de forma ojival, están compuestas de cinco ó seis sillares que avanzan encorvándose uno sobre otro y se reunen en la cúspide. Tienen, por término medio, dos metros de ancho y tres, por lo menos, de altura. La longitud total de la parte conservada es de veinticinco metros. Por la parte de levante se abren cinco troneras que se elevan hasta la altura de los dos primeros sillares.

La bóveda es, probablemente, el ejemplo más antiguo del empleo, en Grecia, de la forma ojival. Hállanse también algunos otros ejemplos de esta clase de construcción en Micenas, Thoricos (Atica) y en las minas de Arpino, Segni y Alatri, en Italia.

La historia de Tirinta es bastante oscura; la ciudad fué destruída en época muy remota por los habitantes de Argos, pero cuenta entre sus reyes á Perseo, Anfitrión y Hércules. Por esto es imposible dejar de contemplar con interés y curiosidad las macizas murallas entre las cuales vivieron hombres que lograron categoría de semidioses en la mente de los poetas.

Si se ha de dar crédito á los autores antiguos, los habitantes de Tirinta eran, con los de Megara, las gentes más alegres de

la Grecia, hasta el punto de que no podían ocuparse en cosas serias.

Hoy día el interior de la Acrópolis es un campo de tabaco que pasa por producir el de mejor calidad de la Argólida. Los cultivos que ocupan las pendientes del ribazo y la llanura, vecinas, pertenecieron hace años á una granja-escuela fundada por Capo de Istria para enseñar á los griegos las mejores prácticas de la agricultura moderna. Después de la muerte de su fundador, no tardó en ser abandonada, pereció por falta de recursos, de alumnos y de profesores, y las tierras fueron arrendadas por campesinos.

Preciso es confesar que las escuelas técnicas no son muy del gusto de los griegos. Todo joven un poco educado piensa en cosas muy distintas de aprender los medios de triplicar los ingresos y la riqueza de su país: lánzase á la política, que le ofrece, á la vez que satisfacciones de vanidad, ocasión de hacer fortuna por mil distintos medios. Sin embargo, en la actualidad hay ya cierto número de personas que comprenden la importancia de las cuestiones científicas é industriales. Existen propietarios que se ocupan en aumentar los rendimientos de sus tierras, y que leen libros y periódicos de agricultura publicados en el extranjero. En las librerías de Atenas hay ejemplares de las obras de los agrónomos más distinguidos. Es evidente que se verifica un movimiento de la opinión hacia la industria de la tierra, la más noble y la más útil á que el hombre puede dedicarse. Tal vez la escuela de Tirinta renazca un día de sus cenizas, y ese día la nación griega habrá dado un gran paso en el camino del progreso.

Tocaban retreta en el momento en que nuestro carruaje traspasaba los fosos de Nauplia y rodaba sobre el empedrado de la calle Mayor. Al llegar á la plaza de la Constitución (palabra que casi no se halla en Grecia más que escrita en los rótulos de las plazas públicas) hallamos en gran conmoción á toda la concurrencia de los cafés de alrededor. Acabábase de saber la caída del Gabinete presidido por Bulgaris. Conociamos bastan-

te esas crisis periódicas y los incidentes serios ó burlescos que producen, para que nos interesaran las discusiones sostenidas en torno nuestro, y paseamos durante algunos momentos por las calles de la ciudad baja, en compañía de un amigo, antiguo oficial retirado. La noche estaba oscura, la vía pública poco iluminada, y de vez en cuando un chillido lastimero, seguido de furiosos ladridos, nos advertía que habíamos pisado involuntariamente la pata ó la cola de algún perro dormido. A nuestra izquierda subían las estrechas y sombrías callejuelas de la ciudad antigua, especie de escaleras limitadas por casas turcas, cuyos balcones cerrados avanzan en curva. Ibamos á volver sobre nuestros pasos, cuando nuestro compañero nos detuvo por el brazo, diciendo:

—Esperad: voy á hacer que trabéis conocimiento con un anciano klefta que os interesará.

Condújonos á un paraje abovedado que debía salir al mar, y, deteniéndose junto á una puerta pequeña, llamó fuertemente con la contera de su bastón.

—*Pios iné*,—dijo, no sé desde qué profundidad, una voz temblorosa.

—*Anoixé* (abre),—repuso el oficial.

La puerta se abrió y penetramos en un especie de taller lleno de esas maletas de viaje, de piel encarnada y adornadas con anchos clavos de cobre, que están en uso en Grecia. El dueño de la casa se levantó y dió un apretón de manos á nuestro amigo. Luego, volviéndose hacia nosotros, se inclinó ligeramente, colocando la mano sobre su corazón: era un anciano alto, seco, huesudo, algo encorvado, pero todavía vigoroso, y cuyos pequeños ojos negros tenían una singular expresión de energía bajo las espesas y largas cejas blancas que los sombreaban.

—Yorgaki,—dijo nuestro compañero,—he traído á estos señores para que os conozcan.

Y verificó nuestra presentación.

Yorgaki nos tendió la mano y dijo cordialmente:

—*Oristé, oristé. Katisaté parakalo.*

Es decir:

—Bienvenidos. Tomad asiento.

Y nos presentó taburetes de madera.

El viejo klefta no había pasado su vida confeccionando maletas, y su mano fué más hábil, en otro tiempo, para agujerear la piel de los turcos que para picar flores en el encarnado cuero. Sin hacerse rogar mucho, nos refirió sus campañas y cuanto sabía respecto á los personajes que hicieron papel importante en la época de la guerra de la independencia de su patria. Había conocido á la célebre Bobolina, á cuyas órdenes sirvió, y diónos curiosos detalles acerca de aquella mujer extraordinaria que obligó á capitular á la guarnición turca de Nauplia y que tan bien se batía por mar como por tierra.

Era de Spetzia, islote situado junto á Hidra, á la entrada del golfo de Nauplia, y cuya población hubo de sufrir mucho tiempo el despotismo y la crueldad de los pachás. El esposo de Bobolina, llevado prisionero á Constantinopla en 1812, había sido empalado allí por orden del sultán, y su viuda, ardiendo en deseos de vengarse, cuando llegó el momento de la insurrección, armó á sus expensas tres buques, cuyo mando tomó, mientras sus dos hijos se alistaban en el ejército. Bobolina adornó su tocado con una cruz y la leyenda: *Muerte ó libertad*, poniendo en su pabellón la efigie de Cristo con la frase legendaria de los espartanos: *Encima ó debajo*, que los marineros traducían: *Vencer ó ir á pique.*

Fué aquélla una ruda guerra. Los bricks de Hidra, las polacras de Psara, los chebecks de Micenas, las pinkas de Trikeri, rivalizaban en atrevimiento y audacia, y los kalundjis turcos temblaban cuando, desde sus buques de alto bordo, paralizados por la calma, veían dirigirse hacia ellos aquellas largas barcas de nueve bancos de remeros, ó aquellas tartanas convertidas en brulotes (*uferia*) que se adherían al costado de las embarcaciones enemigas como una túnica de Neso.

Bobolina, con su flotilla, se distinguió por su encarnizamiento, entre todos los cruceros, persiguiendo á los buques turcos

hasta el fondo de los golfos del Asia Menor, y saboreando el placer de la venganza. Poco después regaló sus buques á la patria, y continuó sirviéndola como oficial de marina. Asistió al sitio de Tripolitza y tuvo asiento en el consejo de los jefes griegos, junto á Colocotronis, Cantacuceno é Hipsilantis, que le demostraban una gran deferencia. Inspeccionaba las avanzadas, animando á los tiradores, y se mostraba erguida sobre las trincheras, despreciando los proyectiles que le enviaban desde las murallas.

En 1821 se le encargó el sitio de Nauplia, que bloqueó por mar y tierra durante catorce meses, con infatigable constancia, muy superior á las fuerzas de su sexo, rechazando las salidas, estrechando cada día, bajo el fuego del enemigo, el círculo en que encerraba el castillo y la ciudadela, y obligando, por último, á rendirse, á los musulmanes de la guarnición. Cuando se habló de rendición, á ella fueron dirigidas las primeras proposiciones, y por su conducto comunicaron los sitiados con los jefes helenos. Hubo varias entrevistas en el recinto ciclópeo de Tirinta, y los enviados turcos besaban humildemente la parte inferior del traje de Bobolina, suplicándole que les salvara la vida.

La heroica Bobolina, cuyos rasgos de valor nos contaba con entusiasmo el viejo klefta, no fué la única mujer griega que se consagró á la causa de la independencia. Otras le sacrificaron también su reposo, su vida, su fortuna, sus hijos. Una mujer de elevado nacimiento y gran belleza, Modena Mavroienis, cuyo padre fué estrangulado por orden del sultán, se refugió en Micenas, y excitó á sus habitantes á la insurrección, prometiendo su mano al que venciese á los turcos, armando buques y formando una compañía escogida, con la que rechazó ella misma un ataque de los piratas berberiscos. En este encuentro dió muerte por su propia mano al capitán enemigo, cuya cabeza pisó desdeñosamente, exclamando:

—¡Honor á los valientes! ¡Victoria á la cruz!

Y los palikaros respondieron:

—¡Gloria á Módena Mavroienis, hija del mártir Esteban! ¡Que sus laureles sean inmortales!

Módena, enardecida por aquel triunfo, organizó diez y seis compañías de cincuenta hombres, y, á pesar de las lágrimas y las súplicas de su madre, á pesar del delicado estado de su salud, embarcóse para la Eubea, que bloqueaban á la sazón las flotas del sultán. Llevaba la espada que la emperatriz Catalina de Rusia había enviado á su padre, y ostentaba en su pecho la cruz de San Uladimiro que había podido sustraer á la rapacidad de los verdugos. Defendió las gargantas del Pelión contra el ejército del seraskier Selim Pachá, al que mató tres mil soldados, obligándole á retirarse á Larisa. Peleó hasta el fin de la guerra en las montañas de la Phtiótida, y contribuyó á la victoria en que el ejército turco fué destruído casi por completo.

También fueron dos mujeres, cuyo nombre no recuerdo, las que mandaron con extraordinaria autoridad, la flotilla encargada de proteger al nuevo gobierno instalado en Salamina.

Todo el mundo conoce asimismo el drama de Suli, donde las mujeres se precipitaron á un despeñadero para no caer en manos de los turcos; y es digno de mención, igualmente, el nombre de Despo, que, encerrada en una torre con sus tres nueras y sus nietos, se defendió hasta el último extremo, y luego, subiendo sobre una caja de municiones, le prendió fuego con un tizón y voló con toda su familia, prefiriendo la muerte á la esclavitud y la deshonra.

La historia conservará también el nombre de Moskos, la mujer de Tsavellas, que peleaba siempre junto á su esposo, y lanzaba sobre los turcos, desde lo alto de las montañas, enormes trozos de roca, para aplastarlos y romper sus líneas. Los cantos populares han consagrado la memoria de Kaidos, la hija de Moskos, que combatía junto al venerable polemarka Samuel, prendiendo fuego á una mina bajo los muros de Vilia, defendiendo el monasterio de San Venerando y sustituyendo por una pica su carabina, cuando ésta estuvo demasiado caliente para que pudiera seguir utilizándola.

En Esparta se habla todavía de Constanza Zacarías, hija también de un mártir de la libertad empalado en Tripolitza, la cual, á los veinticuatro años, púsose al frente de 500 campesinos, á quienes inflamó con sus arengas, dando la señal de la insurrección en la Laconia y derribando la media luna de las mezquitas de Leondari.

Por todas partes, en Grecia, durante la guerra de la Independencia, tomaron las mujeres una parte activa y gloriosa en la lucha. La vida de esclavitud y de temor no había podido extinguir en ellas el instinto nacional y los sentimientos de honor y deber que debían á la religión cristiana y á la monogamia. Mientras que la mujer musulmana, en quien la poligamia y la ignorancia han atrofiado el sentido moral y corrompido el corazón, no sabía más que gemir ó intrigar en el fondo del harem, las griegas marchaban las primeras al combate, no viendo en la pérdida de la vida sino el camino que conduce á *un porvenir en que la muerte y la naturaleza, admiradas, verán renacer la criatura á una gloria imperecedera*, como decía el polemarca Samuel.

Hablando de aquel tiempo tan poco lejano, y refiriendo historias de combates, emboscadas y brulotes, el viejo klefta se erguía y sus ojos echaban chispas. Su perfil gigantesco se dibujaba con extrañas contorsiones en la pared, de la cual pendían una cartuchera turca y un mosquete de Kalundji, trofeo recogido en el campo de batalla.

Al volver á la fonda, nuestro amigo nos refirió otros detalles que completaban los que nos había contado el viejo fabricante de maletas. ¡Pobre Bobolina! Tuvo un fin trágico. Su hermano sedujo á una joven de Hidra. Los griegos, en general, los insulares, en particular, y entre éstos los hidriotas, no admiten bromas respecto al honor de las mujeres. La seducción de una joven era un acontecimiento inaudito en la isla, y causó una emoción indescriptible. Los parientes y los amigos se reunieron y rodearon la casa de Bobolina, donde se había refugiado el seductor, exigiendo que éste se casara con la mujer á quien había

deshonrado. Bobolina, cuya autoridad en la familia era grande, se negaba á tal casamiento; y como el tumulto crecía, salió á la puerta y se puso á arengar á la multitud. Pero si pertenecía á la raza de los héroes de Homero, por el valor, era también de una locuacidad demasiado vigorosa, y prodigó tales injurias á la joven seducida, que su mismo hermano, furioso al oir tratar así á la que aun amaba, la mató de una puñalada.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

CAPITULO XIV

DE NAUPLIA Á MISTRA

Tres medios pueden emplearse para ir de Nauplia á Argos, cuyas casas se distinguen hacia el NO. desde lo alto de la roca Palameda: el carruaje, por el camino real; el caballo, por la orilla del mar, costeando el golfo hasta Mili (los Molinos), y de allí, en una barca, hasta Argos, y, finalmente, el buque, hasta Mili, y de allí al término del viaje, el caballo.

Al ir á Tirinta habíamos recorrido ya parte del camino real, cuyos baches y cuya monotonía conocíamos. Cabalgar durante dos horas por la arena, á lo largo de un vasto pantano que exhala la fiebre, tampoco nos tentaba. Adoptamos, pues, el tercer sistema, á pesar de ser el más largo, ó tal vez precisamente por serlo, ya que nos ofrecía mayor variedad y más distracciones.

A las cinco de la mañana abandonamos el puerto en una barca sin puente, cuya gran vela cuadrangular, sostenida por esa verga en diagonal que es el signo distintivo de la marina griega, hinchaba la brisa de tierra. Pasamos entre la punta extrema de la ciudad y el fuerte Burdzi, y nos dirigimos en derechura hacia el O. El aire estaba fresco y nos levantamos los cuellos de nuestros capotes de viaje, mientras que los marineros

se ponían sus gruesas blusas de lana y el patrón se envolvía en un enorme tapabocas inglés de un rojo escarlata que hacía el más extraño y chocante contraste en medio de aquella gama de colores pálidos que nos encantaba los ojos. El sol, oculto aún por las montañas, sólo iluminaba la cumbre del monte Malevo, y la mar se hallaba envuelta en una bruma azulada con reflejos indecisos de color perla. Las montañas de Grecia son verdaderamente maravillosas, y se pasarían horas enteras admirando sus formas, sus contornos y la feliz concordancia de sus líneas y sus colores. Sólo de aquella mar, irisada con el azul del cielo y el oro del sol saliente, pudo nacer la diosa de la belleza; sólo en aquellas montañas, tan nobles, tan armoniosas, de tan grandioso dibujo, aun cuando no son muy elevadas, podían habitar los dioses y los héroes creados por la imaginación griega.

Hacía media hora que navegábamos dulcemente, cuando el sol franqueó por completo la cresta de las montañas é iluminó todo el golfo, disipando la ligera bruma que velaba su superficie. Apenas habíamos empleado una hora en atravesar el golfo, y ya el sol nos había obligado á quitarnos los abrigos y abrir los parasoles, cuando nuestra barca fué á encallar suavemente en la arena de la playa de Mili.

Al pie del monte Pontino brotan de la roca tres manantiales que forman un pantano cubierto de plantas acuáticas: es el famoso pantano de Lerna, donde se ocultaba la hidra á la cual dió muerte Hércules. Los terrenos inmediatos son turbosos, cubiertos de alta y espesa yerba, entre la que crecen bastantes gladios, y se corre el riesgo, en el caso de acercarse demasiado al pantano, de desaparecer en algún profundo hoyo lleno de fango, cosa que sucede á veces á los animales enloquecidos por las picaduras de los insectos que pululan en aquella húmeda vegetación. Algunos martín-pescadores vuelan sobre un lago central de 140 á 200 metros de anchura, y tan profundo, que se dice que Nerón trató de sondarlo y no pudo encontrar el fondo. Por tal abismo hace la tradición desaparecer á Plutón cuando

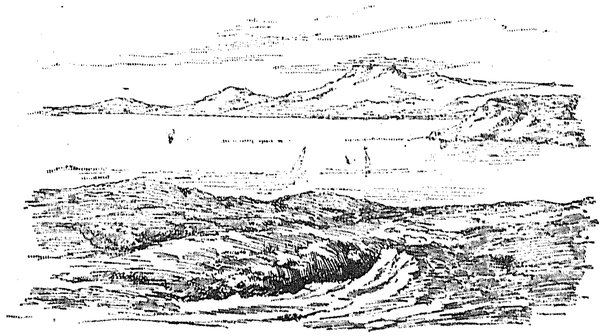
robó á Proserpina. La proximidad del pantano y el uso de las aguas corrompidas que de él salen hacen muy malsana la permanencia en Mili. Sus habitantes tienen la tez amarilla, la mirada atónita, las carnes blandas é hinchadas y el lento andar de las personas extenuadas por la fiebre y saturadas de miasmas palúdicos.

Uno de los grandes atractivos de un viaje por Grecia es el de reconstituir la historia más remota, dando cuerpo á las leyendas, haciendo vivir en la imaginación personajes que hasta entonces sólo eran mitos vagos de la fábula, y transformando los semidioses y los héroes en simples mortales, á quienes se sorprende en el ejercicio de la vida humana. Cuando se ha visto Tirinta y el pantano de Lerna, asimílase uno, por esa intuición súbita que da la contemplación de los lugares históricos, la existencia de aquel rey, Hércules, que ordenó y vigiló los trabajos de saneamiento y extirpó las fiebres, cuya periódica aparición diezmaba las poblaciones. El mito de la hidra no tiene otra explicación que ésa.

En veinte minutos llegamos al camino que atraviesa el río Erasino, que los antiguos juzgaban alimentado por el lago Stimfalo, tras un recorrido subterráneo de 38 kilómetros. Esta hipótesis no es inverosímil, gracias á la constitución geológica del Peloponeso, cuyo suelo calcáreo está surcado, á grandes profundidades, por una red de grietas que absorben las aguas de los ríos y de los lagos para conducirlas á grandes distancias.

Nos hallábamos, desde hacía algunos instantes, en medio de casitas rodeadas de jardines que suponíamos constituían un arrabal de Argos, cuando nuestro guía se detuvo ante una casa de buena apariencia. Estábamos en el centro de la ciudad. Argos no es, en efecto, sino una aldea grande, compuesta de edificios bajos, mal edificados y rodeados de jardines y verjeles, donde los naranjos y los limoneros en flor, los jazmines y los agabanzos embalsaman el aire con sus perfumes. En determinado sitio, las cercas espinosas son sustituídas por muros; las casas se aproximan, se alinean y forman dos ó tres anchas calles, en las que hay bastante movimiento y que constituyen el bazar, que ofrece poco de notable. En algunos almacenes, más grandes que los restantes, se amontonan fardos de hojas de tabaco, la preciosa planta que se cultiva en la llanura de Argos y que podría enriquecer á todos los habitantes de esta comarca, si no fuesen tan perezosos y descuidados.

A la vuelta de una encrucijada, nos cruzamos con un sacer-



BAHÍA DE SALAMINA

dote que camina con paso rápido y al que se acercan los transeuntes para besarle el extremo de la estola que balancea el viento. Le siguen dos monaguillos que llevan colgada de una vara una gran caldera de cobre en la que se destaca en relieve la cruz bizantina. Era un papa que se disponía á verificar varios bautismos. Sabido es que los católicos ortodoxos, como se dice en Grecia, ó cismáticos, como los llamamos nosotros, practican el bautismo por inmersión. Comúnmente se lleva á los niños, para efectuarlo, á la iglesia más próxima; pero á veces, en caso de necesidad, de enfermedades ó de complacencia retribuida, el papa va al domicilio de la criatura, masculla algunas oraciones en medio de los asistentes, parientes y amigos, arrodillados, y luego, cogiendo al niño por los brazos, le sumerge en el agua por tres veces. Con frecuencia resulta de la inmersión sagrada una enfermedad que se lleva al pequeño al paraíso;

pero nada ha podido hacer renunciar al clero griego á una práctica que la Iglesia ha estimado funesta en todas partes para la salud de los niños.

Al salir de la población por la parte del NO., nos hallamos al pie del monte Chaón, en cuya ladera hay abierto un teatro de los mejor conservados de Grecia, que tenía 137 metros de diámetro y podía contener unas veinte mil personas.

Para llegar á la cumbre del monte Chaón, es preciso subir durante una hora pendientes escarpadas y pedregosas hasta el castillo de Larisa, que produce un efecto grandioso por su buen estado de conservación.

En 1822, el castillo de Larisa fué el refugio de los griegos insurrectos, que sostuvieron un sitio heroico contra el ejército turco. Este hecho de armas, que hace honor al valor helénico, dió por resultado la destrucción del ejército turco y la proclamación de la independencia. Los griegos combatían cantando el himno patriótico de Rigas, cuyos trágicos acentos inflamaban el valor de todos aquellos pastores y campesinos, guerreros improvisados. Entonces se les veía bajar á la llanura, luchar cuerpo á cuerpo con los jinetes turcos, saltar á la grupa de éstos para apuñalarlos, ó bien, en número de dos mil, resistir seis cargas consecutivas de doce mil spahis. Todo el mundo, en aquel momento de supremo peligro, dió pruebas de abnegación y de entusiasmo. Las querellas y las rivalidades personales cesaron, para no dejar sitio más que á un solo pensamiento: salvar á la patria.

Los griegos han sido muy mal juzgados, y, tras haber querido hacer de pastores rudos é ignorantes otros tantos héroes antiguos, resplandecientes de virtudes y sabiduría, se ha sido injusto con ellos al ver que no respondían al tipo soñado por los ideólogos de universidad ó por los zurcidores de constituciones de gabinete. Cuando se habla del heroísmo desplegado por aquel pueblo esclavizado, no faltan gentes que ponen por delante hechos aislados de traición, de crueldad ó de doblez, exagerándolos y dando al olvido el carácter general de la insurrección, es decir, un valor grande, un amor inmenso á la libertad y un gran espíritu de sacrificio.

Cuando los mainotas, llamados por el Gobierno nacional para defender la Argólida, bajaron de sus montañas, comenzaron por saquear las aldeas griegas, que eran evacuadas, y fueron á ocultar en la montaña el fruto de su rapiña; pero al volver bajo sus banderas, se batieron admirablemente, hicieron experimentar pérdidas enormes á los otomanos y prestaron los más señalados servicios á la causa común.

Por la noche celebramos consejo y acordamos ganar un día, yendo á Tripolitza por el camino más directo, que pasa al S. del monte Artemisio. Mantinea, situada al N., no merece la pena de una visita, y algunos cimientos que yacen en el fondo de un pantano, en el centro de un paisaje de los más tristes, apenas responden á la descripción de Pausanias. Por la mañana volvimos, pues, á emprender el camino recorrido el día anterior hasta Mili, y luego, volviendo á la derecha, subimos serpenteando á lo largo de pendientes áridas y abrasadas, á través de pobres matorrales y de rocas desprendidas. La ruta que seguimos está indicada como carretera en las estadísticas oficiales; pero por muchos de sus puntos no se podría hacer pasar siquiera una carreta.

Después de cabalgar tres horas por áridas mesetas, rebasamos el kani de Dusa y penetramos en una estrecha garganta, entre el Ktenia y el Partenio.

Sobre una roca que se destaca de esta última montaña se alzan las ruinas de Palæo-Mukli, una de las mayores poblaciones de la Morea en la época de la dominación bizantina. Estas ruinas son importantes, y entre ellas se ven los restos de numerosas iglesias. Una de éstas conserva todavía sus pórticos, sus arcadas, la gran cúpula central y otras dos más pequeñas á los lados; está construída con ladrillo y bajo el mismo plano que las iglesias bizantinas de Constantinopla, mientras que los otros monumentos y las murallas de la ciudad son de piedra negruzca extraída de la montaña inmediata. En lo alto

de la roca se halla una respetable fortaleza de piedra, unida á la población por otras dispuestas en la ladera de la montaña. Por todas partes se ven huellas de calles, de casas y de un considerable número de cisternas. Muchos de estos restos pertenecen á la época de la ocupación francesa, pues Palæo-Mukli era un punto estratégico importante, ya que domina el estrecho paso que, desde la costa, da acceso á los valles interiores de la Laconia y de la Arcadia. Era una población de veinticinco mil habitantes; pero luego que Mateo Azán, que la gobernaba en nombre del emperador Comneno la entregó á Mahomet II, fué despoblándose poco á poco, hasta no ser más que un montón de ruinas donde anidan millares de cuervos.

Al salir de la garganta del Partenio, desembocamos en una extensa llanura, cultivada y rodeada completamente por montañas, como un circo inmenso, en cuyo extremo se halla Tripolitza. Esta ciudad, formada hacia 1770 con los restos de las tres antiguas ciudades Palantio, Tegea y Mantinea, llegó á ser, bajo la dominación turca, el centro de la administración de la Morea. Allí residía el pachá, con su guardia de albaneses, en un serrallo lleno, como todos los de Turquía, de criados, cafeteros, llevadores de pipas, confiteros, bañeros ó barberos, ujieres, pajes, bufones, músicos y titiriteros, que obsequiaban al público con espectáculos de gusto dudoso. Añádase un imán (sacerdote) y el verdugo, brazo derecho del pachá, sin el cual no salía nunca y que era el único personaje que gozaba el privilegio de sentarse delante de su amo, y se tendrá una idea de lo que podía ser la corte de aquellos funcionarios despóticos que mantuvieron á Grecia en la esclavitud durante cuatrocientos años.

Del palacio, de las murallas, cuya puerta principal era dorada, de las casas que hicieron construir algunos turcos ricos, de las mezquitas, de las fuentes, sólo quedan hoy día algunos informes restos, en medio de los cuales se elevan construcciones nuevas y se dibujan nuevas calles, anchas y bien trazadas, con alegres tiendas abiertas á todos los vientos. En una plaza plan-

tada de árboles hay varios cafés llenos de gente. El bazar ofrece gran movimiento, y en él abundan los hojalateros y los quincalleros. Los habitantes de esta pequeña ciudad de once mil almas tienen fama de activos, laboriosos y económicos. Van á las principales poblaciones de Grecia, á Atenas, el Pireo, Nauplia y Patrás; reunen allí con su trabajo un pequeño peculio y

HIDRIOTA

vuelven á establecerse á su país natal. El tipo es más pequeño, más rehecho y de rasgos menos acentuados que en la costa y en la Grecia del Norte.

En cuanto al clima, es tal como puede esperarse á una altura de mil metros sobre el mar, en una meseta rodeada de montañas desprovistas de arbolado, donde ningún obstáculo detiene las violentas ráfagas del viento norte. El invierno es lluvioso, frío, y con frecuencia cubre durante muchos días la ciudad y el campo un espeso manto de nieve.

Aquel día lo era de elecciones en Tripolitza, y la muchedumbre era numerosa y bullanguera. Al pasar nosotros, los hom-

bres de edad se levantaban y nos saludaban, poniéndose la mano en el pecho; los jóvenes se volvían con curiosidad; pero nos miraban con aire arrogante, sin benevolencia ni cortesía. Existe una singular diferencia entre la generación antigua y la nueva. Mientras que los ancianos han conservado, de la dominación turca, su aspecto impasible, inmóvil, que se parecería á la apatía musulmana si no lo modificase el vivo y rápido resplandor de la mirada, pronta á percibir y reflejar la impresión producida, los jóvenes, que han nacido libres, son turbulentos, vanidosos, hablan alto, discuten á tuertas y derechas y están ávidos de llamar la atención. No llevarán á los negocios el espíritu feudal de sus abuelos, pero tampoco el espíritu de sacrificio, por el bien público, de sus padres.

Fuimos invitados á comer en casa del prefecto. La comida resaltó por la variedad de platos que se sirvieron: cordero asado, cordero con tomate, pollos en varias salsas, pavos asados con brotes de enebro, *pudding*, platos de confitería. Pero los vinos del país no merecieron nuestra aprobación, y esa mezcla resinosa que los constituye nos pareció cosa detestable. Yo tenía á mi lado al presidente del tribunal de primera instancia, hombre muy inteligente é íntegro, según lo que de él me habían dicho en Atenas, y que había estudiado Derecho en París. Durante la conversación, hablóme de la mala fama de que gozan los tribunales griegos en el extranjero.

—Nuestro régimen político,—dijo,—ó, por lo menos, el modo con que está aplicado, es causa de que con frecuencia se confíen las funciones de la magistratura á hombres que no son dignos de ellas por ningún título; pero desde que está en vigor la ley de la inamovilidad, esos casos son cada vez más raros. Hay más integridad: los procesos son menos frecuentes y más cortos. La legislación que nos rige, y que fué importada completamente de vuestros países centralizadores, es abrumadora para esta pequeña nación, entregada á los intereses locales. Es erróneo culpar á los jueces y á los abogados. Los unos fallan con arreglo á las leyes; los otros defienden los intereses de sus

clientes por todos los medios que las leyes permiten. La inclinación á las querellas, á la astucia, al embrollo, ya muy pronunciada en nuestro pueblo, se ve alentada todavía por los mil subterfugios y dilaciones que permiten los procedimientos vigentes. Si los asuntos se prolongan gracias á las muchas formalidades y á las sentencias interlocutorias, que necesitarían un personal diez veces más numeroso que el que puede sostener el presupuesto, cúlpese á las leyes, que no están en relación con el carácter y el espíritu todavía muy oriental de la población helénica. Desde el principio hubiera sido preciso un procedimiento muy sumario que permitiese llegar á una solución pronta; y en el que el fondo no resultara sacrificado á la forma. Sin duda, hay reformas muy posibles, sin volver, no obstante, á la edad de oro, en que los ancianos reunidos en consejo conciliaban los intereses encontrados ó pronunciaban una sentencia que era siempre acatada. Entonces había menos fraude y mejor fe que ahora.

La conversación recayó en seguida sobre las elecciones, y yo no disimulé á mi interlocutor el mal efecto que me habían hecho las escenas de desorden, violencia y arbitrariedad de que había sido testigo, citándole, entre otras, la intervención de las tropas del Gobierno, que más de una vez habían rechazado á culatazos á los electores hostiles al candidato oficial.

—No lo niego,—me respondió;—pero nuestro estado social no es el mismo que el de otros países de Europa. Si el Gobierno se abstuviese de intervenir en las elecciones, podía estar seguro de ser derrotado; y por la naturaleza misma de las cosas se ve en la precisión de intervenir, aunque no quiero decir con esto que deba hacerlo á culatazos, sino legalmente. En Grecia no hay verdaderos partidos políticos: sólo existen partidos personales. Todos se preocupan muy poco de la Constitución y de la libertad. Cada cual pertenece á un grupo cualquiera de gentes que se reunen en torno de un hombre que, á su vez, sigue la suerte de tal ó cual jefe; y como las cuestiones de amistad, de parentesco ó de interés son las únicas que determinan su

fidelidad, ellas son también las que causan las deserciones. So pena de equivocarse, no se debe juzgar de la masa del pueblo helénico, de su estado moral y material, de sus progresos y de sus elementos para lo porvenir, por las agitaciones políticas. Esa verbosidad tumultuosa, esas frases que se cruzan, esas amenazas y esas injurias contra los ministros del rey, sólo perturban la superficie sin llegar al fondo, que es de mucho buen sentido y de una gran adhesión á la monarquía. Todo ese fuego graneado de palabras se amortigua por la expansión, y los descontentos acaban por admirarse de no poder ni querer más. Estad convencido de que esta población, en apariencia bulliciosa é hirviente, es, en el fondo, dulce é inofensiva.

En el momento en que el magistrado tomaba aliento, oyéronse en la calle tres ó cuatro disparos. Precipitámonos á la ventana y vimos que recogían del suelo á un hombre y lo transportaban á un café vecino, mientras que un grupo de jóvenes palikaros se alejaba, lanzando injurias contra el candidato ministerial.

—Será alguna pistola de la oposición que se habrá disparado por casualidad,—dije volviéndome hacia el magistrado.

Pero el pobre hombre estaba tan humillado en su amor propio de heleno ante un extranjero, que traté de animarle, asegurándole que mi opinión estaba lejos de ser desfavorable á Grecia, y que si, á pesar de su estado político que podía hacer desesperar de su porvenir, conservaba tan gran vitalidad, esto demostraba los progresos inmensos que podría hacer aplicando mejor su energía y sus buenas cualidades.

Añadí que otros países dan el espectáculo de desórdenes tan lamentables como aquéllos, con la diferencia en su contra de que allí se calman los ánimos con menos facilidad que en Grecia. En Hungría se hace la estadística de los muertos y heridos que cuenta cada elección, y cuya cifra se eleva á centenares. En América, el revólver es un argumento *ad hominem* que todo buen elector tiene prevenido en su bolsillo. En Inglaterra, las costillas hundidas y los ojos saltados son las bagatelas de las puertas de los colegios electorales.

Mi interlocutor me agradeció la intención con un vigoroso apretón de manos.

Trajeron la noticia de que el pobre diablo á quien habían recogido del suelo acababa de morir, pero que él era el que primero había disparado sobre los agentes del candidato de oposición, después de una viva polémica sobre los méritos de sus respectivos principales. Nadie se ocupó más en ello, y continuó la conversación sobre varios asuntos. Nos retiramos bastante tarde, y á la dudosa luz de un farol volvimos á la casa en que debíamos pasar la noche.

Yo me dormí leyendo la historia de Tripolitza y los episodios del sitio de 1821 por los griegos, que la tomaron por asalto, y dieron muerte á todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, salvo las mujeres del viejo Kurchid-Pachá, gobernador de la Morea. Dícese que éstas no echaron de menos la dorada esclavitud del harem entre los jóvenes guerreros de la independencia; pero, habiendo sido estipulado su rescate, fueron entregadas de nuevo al Kurchid, quien las hizo coser dentro de sacos y arrojarlas al mar.

Salimos de Tripolitza. En una hora de galope á través de una llanura cultivada, pero monótona, llegamos á Tegea, sobre cuyas ruinas estaba situada la ciudad de Nicli, mencionada con frecuencia en la crónica griega de la conquista de la Morea. El camino que conduce de Tegea á la aldea de Kryo-Vrisi sigue el lecho del Saranda-Potamos, torrente seco entre dos montañas áridas, en un valle estrecho y silencioso; pero así que se ha pasado el punto de división de las aguas, el paisaje cambia de aspecto. Las laderas de las montañas se guarnecen de azaleas y de arbustos, entre los cuales los grillos cantan á más y mejor; de lentiscos, de matorrales blancos ó rosados, y en el valle las plantaciones de moreras alternan con los grupos de plátanos, que dan sombra á los arroyuelos; luego vuelven á empezar las mesetas rocosas, las colinas grises y pedregosas que no ofrecen más variedad que algunas pendientes muy á propósito para romperse la crisma: la naturaleza es árida y el país desierto.

Abrese el horizonte hacia el S., y por encima de la aldea de Vurlia, rodeada de olivos, descubre la mirada, 500 metros más abajo, el verde valle del Eurotas, dominado por la majestuosa cordillera del Taigeto, de 2,300 metros de elevación, con sus agudos picos cubiertos de nieve, que se dibujan con limpieza sobre el firmamento, con sus sombrías gargantas de color azul oscuro y con sus bosques de abetos negros. En el fondo del valle, el Eurotas, cuyas aguas chispean, serpentea entre la verdura; por sus márgenes se extienden aldeas de rojas techumbres, rodeadas de moreras, álamos y tierras de cultivo; más abajo, entre la sombra proyectada por el Taigeto, se vislumbra Esparta. Largo tiempo permanecí contemplando aquel grandioso espectáculo. Llegó la noche, y la luna salió de detrás del monte Parnón, iluminando con sus blancos resplandores todo el valle: el Taigeto parecía una inmensa muralla negra y almenada, y el viento, refrescado por la nieve de la montaña y perfumado por los aromas del valle, llegaba hasta nosotros.

Al otro día bajamos al valle por una rápida pendiente, y pasamos el Eurotas por un puente de atrevida construcción bizantina, formado por una sola arcada. Las rápidas y límpidas aguas corren entre dos vallas de laureles-rosas, narcisos y lises azules; la campiña es feraz en extremo, y en ella abundan las higueras, las moreras, los naranjos, los limoneros y los olivos. Costeamos verjeles y jardines bañados por arroyuelos, y, pasando al pie de las ruinas de un teatro, llegamos á Esparta.

La Esparta moderna se levanta sobre el emplazamiento de la antigua, y, aunque su fundación es de fecha relativamente reciente, ha adquirido un rápido desarrollo. Las calles son anchas, bien trazadas y con casas de grosera construcción, pero sólidas, rodeadas de jardines y como cortadas todas por el mismo patrón.

Ciertos barrios presentan el aspecto de una estación de baños alemana, y hay que reconocer que las casas, construídas por algún arquitecto bávaro, no son completamente adecuadas á las exigencias del clima. En invierno, cuando el viento desciende del Taigeto, se tirita en ellas, y los habitantes se ven obligados á cubrirse de abrigos en sus alcobas. En cambio, en verano resultan abrigadas, y noche y día reina un calor asfixiante.

En los barrios excéntricos, las calles mal cuidadas se hallan cubiertas de yerba, y las casas, espaciadas á largas distancias, están separadas por solares ó verjeles surcados de arroyuelos que, á veces, invaden la vía pública. Por el contrario, en el bazar, las construcciones se suceden sin interrupción, y las tiendas están protegidas por sobradillos de madera de tipo uniforme, sostenidos por columnas de hierro colado; protección, en realidad, insuficiente contra el sol de Grecia, sobre todo en calles anchas y polvorientas, que hacen echar de menos las frescas callejuelas de los bazares musulmanes.

Hasta la situación de la nueva ciudad es defectuosa. El clima resulta malsano por las emanaciones de los pantanos que forma el Eurotas y por la cálida humedad que exhalan los jardines y las plantaciones. En verano hay falta de aire, y el excesivo calor del día (36° por término medio) continúa durante la noche: ni la menor brisa refresca la atmósfera. En invierno, el sol, tras haber caldeado el suelo durante algunas horas, desaparece pronto detrás del Taigeto. Entonces invade las llanuras fría humedad, y los bruscos cambios de temperatura ocasionan enfermedades graves.

De la ciudad antigua, casi nada resta. Tres ó cuatro hileras de hermosas piedras cuadrangulares, bien cortadas y unidas sin cemento alguno, han sido bautizadas con el nombre de *Tumba de Leonidas*, sin que haya prueba alguna en pro de tal aserto.

En la ladera de la más alta de las cuatro colinas que ocupaba la ciudad, está abierto el teatro. Allí se hallaban reunidos los espartanos cuando recibieron la noticia de la derrota de Selasia, que los entregaba sin defensa á los macedonios. Refiérese que oyeron la nueva sin pestañear, y que la representación continuó en medio del general silencio.

Se ha querido ver una gran dignidad en esta actitud de todo

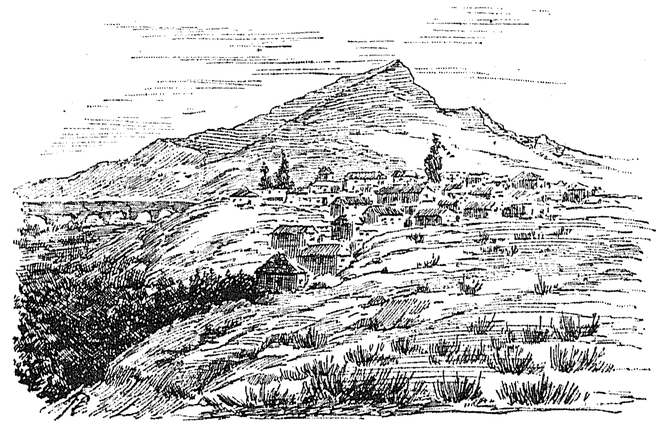
un pueblo; pero yo pienso que más bien era la indiferencia de gentes corrompidas, dispuestas á soportar todos los yugos, con tal que se les dejase disfrutar las riquezas que Lisandro había introducido en la República. Ya no eran aquéllos los austeros espartanos de Licurgo. El famoso legislador, al amoldarlos á su ideal, al esclavizarlos á sus leyes hasta el punto de matar en ellos por quinientos años toda idea y toda iniciativa individual, había descuidado armarlos para la lucha de la vida; y, apenas se vieron libres, halláronse sin defensa contra el vicio y contra una nueva esclavitud. Extinguiéronse sin dejar tras sí nada que pueda dar testimonio de sus sentimientos, de su imaginación y de su ciencia. La constitución de Licurgo distaba mucho de ser sabia: era el aniquilamiento, el vacío por todas partes y en todos. Subsistiendo únicamente el instinto feroz de las muchedumbres, los espartanos fueron siempre exclusivamente soldados.

Se ha tratado de rehabilitarlos y de hallar, en una descripción de Pausanias, la prueba de que su ciudad estaba adornada con monumentos, templos, pórticos y estatuas. Pero si, en efecto, Pausanias cita cierto número de edificios, no los describe, lo cual permite creer que no lo merecían. Santuarios pequeños y groseramente construídos, estatuas de madera iluminadas y de estilo arcaico: esto es lo que debía ostentar la ciudad de Licurgo.

La escultura no era allí tolerada sino en cuanto reproducía los tipos consagrados, en toda su torpeza hierática; y si se elevó á Apolo Amicleo un trono de oro y marfil, fué porque Creso, rey de Lidia, proporcionó el oro, y la ciudad de Magnesia los artistas. Los espartanos sólo trabajaban el bronce, y con placas de este metal guarnecían los santuarios en que colocaban las estatuas de los dioses, estatuas que, por lo general, no eran más que una columna con una cara, unos pies y unas manos. La pintura que en las otras ciudades de Grecia gozaba de favor hasta el punto de constituir una de las bases de la educación, en Esparta estaba prohibida, y la cerámica solamente fabricaba ca-

charros groseros, pues estaban igualmente prohibidos los hermosos vasos de Samos.

Los poetas eran casi todos extranjeros, y, bajo pena de destierro, no podían cantar otra cosa que la guerra y la sumisión á las leyes. La misma música tenía reglamentados su ritmo, su forma y su tonalidad. Un día, el músico Frinis se presentó



VISTA DE TEBAS

con una lira de nueve cuerdas, y el éforo de servicio cortó inmediatamente dos de ellas. Otro artista, Timoteo, que había cometido el crimen de dejar volar su imaginación en busca de melodías más ideales, fué castigado con una fuerte multa; y como su lira tenía doce cuerdas, uno de los éforos cogió un cuchillo y le preguntó de qué lado prefería que se cortaran todas las que sobraban del número fijado por la ley. El baile no era más que una gimnasia militar, un aprendizaje de la guerra, en que los bailarines simulaban un combate, parando los golpes, retrocediendo, saltando, para evitar las estocadas, ó bajándose para herir al enemigo.

Esparta tenía el aspecto de un campamento, y sus habitantes la austeridad, la rudeza y la estrechez de espíritu de las razas completamente militares, que desdeñan las delicadezas de

la civilización, los placeres de la inteligencia y del gusto. El legislador no tuvo más que explotar estas tendencias naturales para cimentar sólidamente la constitución y hacerla durar quinientos años, ejemplo único en la historia. En Atenas, Licurgo hubiera sido expulsado entre la befa y la chacota general antes de ocho días, pues esta absorción del individuo por el Estado, esta reglamentación de la vida privada, eran odiosas al carácter ático.

El distinto genio de los dos pueblos se revela en un simple detalle. Ambos quisieron apropiarse la victoria, bajo la forma de una ingeniosa alegría; pero mientras los espartanos, en su salvaje brutalidad, elevaron en el templo una estatua de Marte con enormes grillos en los pies, los atenienses, con poética inspiración, encerraron una Victoria sin alas en el encantador santuario, obra maestra de elegancia y de gracia, que se eleva en un ángulo de la Acrópolis.

Continuamos nuestra excursión franqueando un canal que, con el Eurotas y su afluente el Magula, forma una especie de isla triangular, cubierta de macizos de árboles, de altos álamos y de flores de mil colores. Es el Platanisto, donde, en otro tiempo, los jóvenes espartanos, divididos en dos campos, luchaban cuerpo á cuerpo, mordiéndose, arracándose los ojos y procurando echar á sus adversarios al río. Allí también se llevaba á los niños á un recinto consagrado á Diana, para azotarlos, obligándoles á guardar silencio mientras duraba esta operación. Hoy no se va al Platanisto más que para saborear una taza de café y respirar aire fresco, oyendo el arrullo de las tórtolas sobre los álamos.

Volvemos hacia la ciudad, remontando el curso del Magula, á través de senderos sombreados por árboles y limitados por floridos matorrales. En los verjeles, los árboles están cargados de fruto; y si éste sólo es de mediana calidad, como se nos asegura, no será de fijo por falta de calor. Los cultivos que atravesamos parecen bien cuidados; pero aquí, como en toda Grecia, se nota falta de brazos. El jornal se paga á tres dracmas (tres pesetas), es decir, casi tanto como en los alrededores de Atenas, aunque allí los víveres son más abundantes y baratos. Este elevado precio proviene de la falta de competencia. La de comunicaciones contribuye también á mantener semejante estado de cosas, que empeora el no haber salida para tan abundantes productos. En general, las propiedades son pequeñas, y las explota el mismo dueño. No hay allí grandes granjas, y la ciencia agrícola se halla poco desarrollada. Sin embargo, el sistema de riegos está bien entendido y hecho con habilidad y economía; pero los arados y otros instrumentos son, como en el resto del reino, defectuosos y primitivos.

En cuanto á los edificios que hemos podido ver, están bien construídos, son cómodos y tienen alegre aspecto. Los campesinos, ocupados en labrar ó en coger hojas de morera, llevan el traje albanés, ó sea la fustanela y el gorro; las mujeres la túnica y la capa sin mangas. Estos trajes están hilados, tejidos y bordados por las mismas mujeres. El aspecto de la campiña es de los más alegres y llenos de promesas para lo porvenir; no se puede menos de compararla con la de Atenas, tan abandonada, tan melancólica y tan atrasada desde el punto de vista agrícola.

Tras de haber concedido tantas horas y tanto estudio á los antiguos, justo era que otorgásemos siquiera algunos minutos de atención á los modernos y á sus ensayos de civilización, según nos lo rogaba nuestro huésped. Como quiera que éste era juez, nos llevó al tribunal, edificio de estilo vulgar, sin ningún adorno exterior. Penetrando en él, se llega á una sala dividida en dos partes por una balaustrada de madera. De un lado se hallan, sobre un pequeño estrado, una mesa de madera blanca y cuatro sillas con asiento de crin, para los jueces, y á los lados otras mesas más pequeñas para los secretarios. Las paredes están blanqueadas con cal y en las ventanas no hay ni sombra de cortinas. Del testero pende un retrato en litografía, del rey Jorge.

Precisamente había sesión. Los jueces iban de gabán negro.

El público, que era numeroso, permanecía de pie en el recinto que le estaba reservado, y durante todo el tiempo guardó una actitud silenciosa y sumisa, escuchando con vivo interés, sin demostrar apresuramiento ni confusión, como si tuviera conciencia de la importancia del acto y del respeto que se debe á la ley y á sus intérpretes. No dejó de impresionarme agradablemente el modo de administrar justicia en aquella pequeña ciudad, lejana del centro. Viniéronme á la memoria las palabras del presidente del tribunal de Tripolitza, y mostréme dispuesto á creer que la magistratura en Grecia, y á pesar de algunas lamentables excepciones, vale más que la reputación que le han formado ciertos autores extranjeros. Entre los jueces y las partes (pues se trataba de un asunto civil) reinaba la mayor familiaridad, y los interrogatorios parecían una conversación amistosa, entrecortada á veces por grandes gritos acompañados de ademanes homéricos y de vehementes apóstrofes, que los jueces oían sin pestañear.

Cuando ya nos íbamos, vimos entrar cuatro prisioneros conducidos por gendarmes, y preguntamos qué crimen habían cometido.

—¡Bah! Cuestión de cuchilladas,—nos respondió uno de los gendarmes encogiéndose de hombros y como diciendo:

—No valía la pena de prenderlos por esa miseria.

Cerca de la puerta, en una salita abierta á todo el que llega, están los archivos, clasificados por legajos, en los estantes. Nada sería más fácil que sustraerlos; pero, por lo visto, nadie se preocupa de ello.

En el mismo edificio se hallan la Alcaldía, las oficinas de la prefectura y un embrión de museo, donde se colocan los fragmentos de esculturas y las inscripciones que se descubren de vez en cuando haciendo excavaciones ó labrando los campos que ocupan parte del emplazamiento de la antigua Esparta.

Nuestro huésped insistió para que fuéramos á visitar la escuela de niños, á cuya instalación había contribuído, y fuimos á ella por una calle que todavía se hallaba en estado de proyecto,

siendo recibidos por el profesor, un vigoroso y bello espartano en fustanela, con grandes bigotes y aire de matamoros, pero de mirada astuta é inteligente. La clase era espaciosa, clara, bien ventilada, y estaba dotada de bancos, pupitres, libros y pizarras. En una palabra: un mobiliario escolar completo. Postes con letras marcaban la división de las clases. En la pared se leían, en diferentes colores, sentencias morales, sacadas ya de autores clásicos, ya de padres de la iglesia. Los alumnos parecían contentos de su ocupación; los había de la ciudad, con el traje moderno, y del campo, con su fustanela blanca y su gorro rojo, del que se escapaban mechones de rubios cabellos, con su sano color, su expresión franca y sus miembros sanos y bien proporcionados. En nada se parecían á esos seres pálidos, de mejillas hundidas, tinte plomizo y mirada aburrida, que se ven en los bancos de los colegios de otros países.

El profesor los sujetó á un examen en nuestra presencia, y daba placer ver el gusto con que se entregaban á aquel asalto de inteligencia. Un niño de diez años recitó un episodio de la retirada de los diez mil, con el mismo entusiasmo que si tal acontecimiento hubiese pasado en nuestra época y que si algún pariente suyo hubiera formado parte de la expedición. Luego llegó la vez á la Aritmética, y cuando el maestro proponía un problema, todos los discípulos esperaban ansiosamente la respuesta, mirando alternativamente al profesor, al condiscípulo interrogado y á nosotros, para leer en nuestros semblantes un signo de aprobación, que los enorgullecía. Veíase que las contestaciones eran más bien obra de la reflexión que de la memoria.

Las nociones de agricultura y de jardinería son absolutamente desconocidas, y la instrucción religiosa se limita á lo que enseña el maestro de escuela; pero éste, á pesar de su aspecto, es partidario de todos los progresos y de todas las mejoras, y nos ruega que escribamos en un pedazo de papel los títulos de las obras á propósito para llenar los vacíos que observamos en la biblioteca de la escuela.

En ésta, como en la mayor parte de las de Grecia, observa-

mos una buena voluntad, una actividad, un celo, y en los discípulos un afán de aprender, que dan confianza en el porvenir del país. La mayor parte de los niños, sean de la ciudad ó sean del campo, viven con sus padres. Los que no habitan demasiado lejos, vuelven á su casa todas las tardes, y los que viven muy lejos, sólo van los domingos. Todos pagan cincuenta céntimos al mes, y el Gobierno da al profesor sesenta dracmas mensuales y casa, lo que constituye una posición algo desahogada.

Por la noche quiso nuestro huésped hacernos asistir á un baile local. Se preparó convenientemente el patio de la casa y se invitó á los vecinos, y, sobre todo, á las vecinas. Los había de todas edades, clases y trajes, sentados fraternalmente unos junto á otros, en la más perfecta igualdad. La mezcla de las distintas clases parece muy natural, y nadie ve en ello una falta de respeto. Preciso es decir que las relaciones entre superiores é inferiores, entre amos y criados, no son las mismas que en nuestros países, y que la fraternidad no sólo existe en las costumbres, sino también en las almas. El baile era el *syrtos* de costumbre, danza grave y lenta, que debió tener en su origen un carácter religioso, y que es siempre la misma, sin la más ligera variación. Las bailarinas, cogidas por la mano, dan vueltas con monótono balanceo.

Cuando circuló el vino resinoso hubo mayor animación. Un joven alto, con fustanela, se levantó y comenzó á ejecutar algunos pasos ligeros y graciosos, con aire grave y serio; luego se puso á dar vueltas con extraordinaria rapidez, ya agachándose hasta el suelo, ya levantándose de un salto, balanceándose en todos sentidos y accionando á diestro y siniestro con los brazos, sin que sus movimientos guardaran relación alguna con los de sus compañeros. Por fin, colocándose á la cabeza de toda la banda, agitaba su pañuelo con una mano, mientras que con la otra sujetaba por el cuello á su compañero más inmediato. El baile continuó hasta que la fatiga obligó á los danzantes á descansar, y entonces dos muchachas se adelantaron tímidamente hasta el centro del patio. Creímos que íbamos á presen-

ciar algún baile nacional, un verdadero *choros* espartano; pero, con gran desilusión, les vimos comenzar una polca. Fué preciso que hiciéramos un esfuerzo de cortesía, para aplaudir aquella innovación, importada directamente de Atenas y de la que los jóvenes espartanos se mostraban muy orgullosos.

Faltábanos ver la tercera Esparta, la Mizithra de los griegos, la Mistra, como decimos nosotros.

Seguimos un sendero entre arbustos floridos, á través de verjeles de moreras y de olivos seculares, á la sombra de enormes higueras de anchas hojas y de plátanos que datan de los primeros tiempos de la dominación otomana. Arroyos claros y rápidos siguen la dirección del camino, y de trecho en trecho muge un chorro de una fuente turca, cuya arcada ojival está ruinosa. Nos cruzamos con algunos campesinos que van á Esparta á llevar sus mercancías. Los asnos trotan, cargados de serones con legumbres, entre los cuales muestran los niños sus avispadas cabezas, seguidos de mujeres jóvenes, cuyas largas trenzas rubias les caen por las espaldas; sus ojos azules son grandes, dulces y de mirada profunda; sus facciones regulares; alta su estatura, y su aire de elegancia natural. Los hombres, muchos de los cuales son también rubios, tienen el rostro enérgico y varonil, atrevida y aun algo feroz la mirada. Se dice que son valientes hasta la temeridad, pero vengativos y dados á la rapiña.

Atravesamos la aldea de San Juan, cuyas casas, de madera pintada y con grandes balcones turcos, están ocultas entre la verdura. Los naranjos de los jardines se hallan en flor, los granados muestran sus corolas rojas por encima de los muros, los grandes álamos ondulan al viento, y por todas partes se oye el ruido del agua que corre de las fuentes ó en los canales de ladrillo. Bandadas de palomas siembran de movibles manchas blancas la clara hojarasca de la primavera. Nada hay más encantador ni más oriental.

Continuamos costeando la montaña, y llegamos pronto al pie de la roca de Mistra, montículo cónico y escarpado, al pie de la

cadena del Taigeto, del cual está completamente separado por profundas gargantas y pendientes cortadas á pico. En 1247, Guillermo de Villehardouin, durante su permanencia en Laconia, descubrió esta roca, que le pareció á propósito para construir un fuerte, é hizo de ella, en efecto, una plaza casi inexpugnable, llamándola Mistra, palabra que en *patois* antiguo significa la *ciudad soberana*. Los griegos han convertido este nombre en el de Mizithra, que quiere decir *queso cuajado*. Fué casi enteramente destruída por los turcos, y sus habitantes pasaron á engrosar las poblaciones de Parori y Esparta.

Las casas van escalonándose unas sobre otras, hasta llegar á la cumbre, coronada por la ciudadela. Nada puede dar idea del aspecto de esta ciudad, que contuvo veinticinco mil almas, y hoy está abandonada y desierta: sólo Rodas me ha causado una impresión parecida. No se ve por todas partes sino palacios, casas ó iglesias en ruina. Vágase por las calles empedradas que suben en zigzag, se pasa bajo bóvedas sobre las cuales están esculpidos los escudos de familias francesas, se penetra en patios tan llenos de yerba como de recuerdos de los cruzados. Es aquello un paseo á través de la Edad Media.

Después de haber subido por callejuelas y encrucijadas que hoy sólo recorren los lagartos, pasamos ante un antiguo monasterio donde se hallan muchas tumbas, entre otras la de la bella Teodora Tocco, esposa de Constantino Paleólogo, muerto en 1430. La iglesia llamada Pantanasia es la única que está bien conservada. Su plano es igual al de una basílica latina. El pórtico se compone de una hermosa columnata abierta (lo que todavía en Italia recibe el nombre de *logia)*, y se le adosó una torre bizantina. Es uno de los monumentos más completos de este período del arte en la Edad Media. La riqueza de la ornamentación, lo acabado y ligero de las molduras, la pureza de los perfiles y la habilidad en la ejecución, hacen suponer que data de la época veneciana. Las paredes son de piedra y ladrillo; las puertas, las columnas y el pavimento, de mármol. En el interior, los frescos representando escenas del *Antiguo Testamento*, están casi intactos. Las esculturas pertenecen al tiempo que se puede llamar tercera época, en la cual, luego de haber transformado los ornamentos imitados de la antigüedad, crearon los artistas formas nuevas.

Un poco más arriba se halla la catedral, junto al palacio ar-

BANDIDO GRIEGO

chiepiscopal, construído por el obispo griego Nicéforo, luego que Guillermo de Villehardouin entregó Mistra á Paleólogo, como precio de su rescate, en 1263. La iglesia metropolitana es grande. El interior está adornado de columnas, en una de las cuales se han grabado las donaciones hechas al cabildo en el siglo XIII.

Continuando en nuestra tarea de subir calles escarpadas y tortuosas, llegamos á una hermosa plaza que las gentes del país llaman del Palacio de la Basilisapula ó de la Princesa. En medio de los escombros y de los lienzos de pared con ventanas ojivales, es difícil precisar si se encontraba allí el palacio de los déspotas de Mistra.

Tras una ruda subida, se llega, al fin, á la ciudadela, cuyas fortificaciones se componen de varias líneas de murallas flanqueadas de torres y recompuestas por los bizantinos, por los turcos y por los venecianos. En la parte baja se ve todavía una gran torre cuadrada que ha conservado todo su aspecto feudal: en ella se descubrió, en 1827, dentro de un sarcófago, una armadura completa: casco de visera, cota de malla, coraza, etc.; pero nadie, en Esparta ni en Atenas, supo decirnos qué se había hecho de ella.

Desde aquel sitio se disfruta una magnífica vista sobre la llanura de Esparta, cerrada por todas partes como un campo atrincherado, por altas montañas, mientras que detrás del castillo se alzan los más elevados picos del Taigeto.

Al bajar encontramos otras iglesias, en las que observamos la particular forma de los ábsides, que hacen una saliente exterior, y están sostenidos por repisas. En el interior hacen el efecto de un gran nicho abierto á dos metros de altura. Una de estas iglesias, dedicada á San Nicolás, estaba tan llena de broza y piedras que habían rodado de las calles altas, que nos costó trabajo penetrar en ella. El techo está hundido y el interior muy deteriorado. Sin embargo, aun se distinguen las huellas de algunas pinturas. A derecha é izquierda hay dos cuartos, en uno de los cuales se hallan dos retratos, bastante bien conservados, del emperador Alejo Comneno, á quien se atribuye la construcción del templo. Algunos de los capiteles cúbicos que existen, adornados de hojas de acanto y laurel arrolladas con gusto, son de la época de transición entre el estilo romano y el bizantino, es decir, de los siglos X y XI.

Vagamos al azar sin resolvernos á abandonar la población, por la cual han paseado con rabia su demoledor martillo la guerra y la venganza. Adelantamos bajo un sol ardiente, á través de un dédalo de calles desiertas y pedregosas, entre las tapias de los patios, por encima de las cuales aparece, de vez en cuando, un poco de verdura. En ocasiones, las callejuelas se estrechan hasta el punto de que podemos tocar las paredes con

ambas manos. Aquí y allá observamos un fragmento de escultura griega, una inscripción romana, una dedicatoria bizantina ó una divisa franca, bajo un escudo. Subsisten aún algunos sólidos edificios que fueron los baños turcos; pero los griegos no se bañan jamás, y los convierten en almacenes de pólvora. Otros monumentos dominan también aquella escena de desolación, dejando caer cada día una piedra, como una lágrima vertida sobre lo pasado. Son iglesias que han ostentado sucesivamente la cruz bizantina, la latina y la media luna. Todavía quedan asimismo uno ó dos minaretes, truncados como columnas funerarias, en testimonio de los cuatro siglos de servidumbre que hubo de padecer la patria de Leonidas.

Sólo oíamos el ruido de nuestros pasos ó el roce de una serpiente contra las yerbas secas. El silencio parecía ir delante de nosotros. Sin darnos cuenta de ello, llegamos de repente á un sendero que sube á la ciudadela, costeando la población. Ante nosotros se abre una garganta profunda y perpendicular que se sepulta en la ladera del Taigeto. En el fondo, un torrente que desciende mugiendo de la montaña salta entre enormes rocas, redondeadas y pulidas por las aguas, y sobre nuestras cabezas, los muros de la fortaleza derruídos, llenos de brechas, serpentean por las crestas de las rocas.

En un pico avanzado, algunos árboles nos proporcionan un poco de sombra para descansar, después de aquel paseo de dos horas con una temperatura de 35°. A cien metros por debajo de nosotros, á la entrada del barranco, distinguimos con claridad, cerca de los antiguos baños, una fuente con una inscripción turca en caracteres largos y entrelazados, como saben dibujarlos todavía los calígrafos de Constantinopla. Algunas mujeres, con la cabeza cubierta por anchas bandas rojas, lavan ropa. Más lejos comienza la faja de jardines que forma como un lazo de unión entre la ciudad decrépita y la campiña eternamente joven. Luego se extiende la llanura de Esparta con sus recuerdos, la Lacedemonia de los príncipes griegos, la Slavokhon de los bárbaros del Norte, y más allá todavía, cerrando el horizonte, apa-

recen las rojizas y escarpadas laderas del monte Menelayo, donde se elevan las tumbas de Menelao y Elena, la María Estuardo de la antigüedad.

No podíamos decidirnos á decir adiós á Mistra, pues ningún sitio como aquél detiene al viajero amigo de lo pasado y ávido de emociones, frente á un paisaje de grandiosas líneas, que no tiene igual en belleza y en recuerdos en toda Grecia, á pesar de ser tan rica bajo este aspecto, frente á una ciudad llena de ese conmovedor carácter que anuncia el paso de la vida á la muerte.

CAPITULO XV

DE ESPARTA Á CALAMATA

PARA ir de Esparta á Calamata existen dos caminos: uno que costea al N. la mole del Taigeto por Lemdari y que se recorre en tres jornadas, y otro que atraviesa la montaña y es una tercera parte más corto, pero mucho más difícil. El primero es el de los mercaderes, propietarios, funcionarios y viajeros prudentes; el segundo es el de los excursionistas aventureros, en busca de emociones y sensaciones poderosas, pero ligeros de equipaje y poco sensibles al vértigo y á las incomodidades.

Las noticias que nos habían dado en Atenas sobre este último camino eran poco tranquilizadoras. Decíasenos que, en ciertos sitios, el sendero era impracticable para las caballerías y peligroso aun para los peatones; citábansenos accidentes terribles, en los que caballo y caballero habían desaparecido en el abismo, y se añadía que lo menos que nos podría ocurrir era perder una parte de los equipajes. Sabíamos que tales descripciones no eran exageradas, pero cuanto habíamos leído y oído referir de la pintoresca belleza del camino nos hizo persistir en nuestra resolución de atravesar el Taigeto. Yendo á dormir á

Tripi, á una legua de Mistra y dos de Esparta, y suponiendo que al día siguiente no fuésemos detenidos por algún accidente como la caída de algún equipaje ó de algún mulo, podíamos esperar que se franquearía la montaña en diez ó doce horas.

Al salir de Mistra subimos por un sendero pedregoso, á un valle cubierto de arbolado, cerrado á derecha é izquierda por rocas elevadas, pero cuyo aspecto nada tiene de salvaje. El sol no se ha puesto aún, pero sus ya débiles rayos iluminan con dulce luz todo el paisaje, juegan entre el follaje de los lentiscos y en las altas ramas de los plátanos y nos prometen un paseo encantador hasta Tripi. A medida que avanzamos, se estrecha el desfiladero, y las rocas, de un color amarillo claro, desaparecen bajo un entrecruzado de árboles y arbustos de todas clases. El sendero, ya sigue la orilla del torrente, ya sube un peñasco, desde el que, á través de los robles y los plátanos, puede verse la llanura de Esparta. Continuamos subiendo por una senda escabrosa limitada por pinos y álamos de Italia. En la ladera de la roca que nos domina, las cavernas forman negros agujeros, y, ya á la derecha, ya á la izquierda, se abren de vez en cuando pequeños valles llenos de sombra, de verdura y de fresco.

A una vuelta del camino distinguimos á Tripi, cuyo nombre, que significa hendidura, indica su situación á la entrada de una profunda garganta del Taigeto. Las casas se hallan distribuídas aquí y allá sobre varias colinas, en medio de una vegetación exuberante que dominan altos cipreses. Por todas partes surcan las praderas y cortan los senderos pequeños canales de riego. Pocas veces he visto un cuadro más gracioso y más fresco.

Nos dirigimos á casa del papa. El edificio era vasto y ventilado, y desde la galería de madera que le rodeaba gozábase una encantadora vista sobre el valle. En las ventanas no había vidrieras, lo cual sería demasiado lujo para un pueblo tan retirado, pero las reemplazaban hojas de madera.

Mientras se preparaba la comida, fuimos en compañía del papa y de la mayor parte de la población á visitar la iglesia,

construída hace algunos años sobre una eminencia inmediata, desde donde abarca la vista un magnífico panorama. No se podía escoger mejor emplazamiento para una iglesia, pues en esto los griegos modernos han seguido casi siempre el ejemplo de los antiguos, que colocaban sus santuarios en sitios elevados, de manera que hiriesen desde lejos la vista del labrador ó del viajero. La iglesia es grande, de formas esbeltas y bien proporcionadas. El interior está adornado con más gusto y esmero de los que se acostumbran en las capillas griegas. Las esculturas de la bóveda y las pinturas del iconostasio están bien cuidadas, y las paredes, en vez de hallarse simplemente blanqueadas con cal, están revestidas de estuco pulido y coloreado. Hay una ancha y cómoda tribuna reservada para las mujeres.

La escuela, edificada junto á la iglesia, es espaciosa y bien iluminada, y su instalación, aunque sencilla, es completa y está bien conservada. Ambos edificios fueron construídos sólo con los fondos proporcionados por los vecinos de Tripi y de las aldeas inmediatas. Estos ejemplos de celo y liberalidad, en pro de la instrucción popular, son frecuentes en Grecia, y deberían aprovechar á más de una nación europea que descuida lastimosamente la propagación de las luces. En la pequeña biblioteca aneja á la escuela vimos muchos libros griegos originales y traducciones á este idioma de obras de varios países.

La morada del amable é inteligente papa que nos hospedaba hallábase, como todas las del pueblo, invadida por los gusanos de seda. En todas las habitaciones, salvo las que nos estaban reservadas, veíanse zarzos de mimbre cubiertos de esos preciosos bichos que impregnaban el aire de un olor poco grato. Los gusanos acababan de despertarse de su tercera muda, y parecían dotados de un apetito formidable; las hojas de morera, roídas en redondo por mil diminutas mandíbulas, desaparecían como por encanto. Esta industria prospera en todo el distrito, y, sea que la hoja de morera tenga mejores cualidades, sea que la ventilación de las habitaciones con techos abiertos y ventanas desprovistas de cristales es grande, sea, en fin,

que el aire de la montaña ejerza su benéfico influjo, es el caso que las epidemias que atacan á esta clase de animales no han hecho sino raras apariciones en Tripi, aun en los años en que asolaban toda la parte baja de la comarca.

Después de la comida, en la que figuraba como postre una enorme fuente de perfumadas y sabrosas fresas, nos sentamos bajo el emparrado. En la aldea cantan algunas jóvenes; y como manifestamos al papa el deseo de conocer la letra de las canciones que no podemos oir bien, levántase bruscamente, sale y con voz de Estentor que debe hacer magnífico efecto en la iglesia, en los oficios, grita:

—¡Eufrosina, ven aquí! ¡Tú también, Marionka! ¡Y tú, Zenobia!

Una buena ortodoxa no pensará jamás en desobedecer al papa. Zenobia, Marionka y Eufrosina llegan, pues, tímidas y ruborizadas, cogidas de la mano para serenarse. Forman un grupo encantador, con sus grandes ojos azules y asustados, sus cabellos rubios, que se escapan en sueltos mechones de sus tocados azules con palmas amarillo de oro, y esas dalmáticas blancas que, sin marcar demasiado el talle, lo acusan ligeramente y dan al conjunto un aspecto esbelto y sobrio de líneas.

—Vamos,—dice el papa;—cantad algo para que os oigan los extranjeros.

Pusiéronse rojas como granadas maduras y miraron hacia atrás como si quisieran huir. Viendo que las intimaciones algo bruscas del buen sacerdote no conseguían nada, recurrimos al mejor argumento cuando se trata de hijas de Eva: la adulación. Eufrosina se echó á reir: nuestro pleito estaba ganado.

Entonces comenzaron al unísono una melopea en tono menor, lenta y melancólica. Al principio cantaron en voz baja y de un modo algo monótono, pero luego fueron animándose gradualmente, en vista de nuestras demostraciones de aprobación. Su voz era dulce y fresca y estaba casi exenta de ese timbre nasal peculiar á los griegos. Entonaban una romanza muy popular entre los habitantes de la Laconia. Tratábase de un pa-

likaro que ha combatido contra los turcos, obteniendo muchas victorias. Vuelve á su país y se apresura á ir á ver á su esposa y á sus hijos; pero de repente se halla ante Caronte, enviado por Dios para llevarse su alma, á pesar de sus súplicas y su resistencia.

UN PAPA

Y el canto termina con esta estrofa:

«Pájaros, partid, ¡adiós! Si vais muy lejos de aquí, á Kolocintia, mi patria, recordad que ante la puerta de mi casa se eleva un manzano; descansad sobre sus ramas cubiertas de rosadas flores, y cuando salga mi amada saludadla y habladle de nuestro antiguo amor; decidle que no me espere, porque Caronte me ha sorprendido en mi camino y me retiene en el seno del negro abismo, lejos de mi mujer y de mis hijos.»

El pájaro desempeña un gran papel en la poesía popular griega. A él confía sus mensajes el klefta sorprendido entre las rocas; á él encarga, el guerrero herido de muerte, que lleve el

último adiós á su madre ó á su prometida, y él recibe la confidencia de los desengaños amorosos. El klefta moribundo ó el amante engañado desean volver á nacer en forma de pájaro. En la antigüedad, los pájaros tomaron también mucha parte en la vida de los hombres.

—Reconocednos como dioses,—dicen á éstos,—y os daremos, así como á vuestros hijos y á los hijos de vuestros hijos, riqueza y salud, dicha, larga vida, paz, juventud, alegría, coros y festines.

Esta protección, asegurada por el nido á la casa que le abriga, ha quedado como una creencia popular en Grecia.

En abril, los niños iban de puerta en puerta á cantar la *Canción de la Golondrina,* que es una obra maestra de gracia y delicadeza:

«Ya ha venido, ya ha venido la golondrina, con su vientre blanco y su lomo negro, trayendo el buen tiempo y el buen año. ¿No irás á buscar en tu abundante casa un cesto de higos, y una copa de vino, y un poco de queso, y la flor del trigo? La golondrina no rehusa nada, ni siquiera un pastelillo. ¿Nos iremos con las manos vacías? Si nos das algo, nos iremos; si no nos lo das, no nos moveremos de aquí y luego nos llevaremos la puerta y su dintel y la mujer que está sentada dentro. Tu mujer es pequeña y nos la llevaremos sin trabajo. ¡Vamos: da, da algo! Por poco que sea, tendremos bastante. Abre, abre tu puerta á la golondrina. No somos viejos, somos niños.»

Y el niño presentaba á guisa de platillo, para recoger los presentes, un nido de golondrina.

La poesía es ingénita en el alma humana, es su primera voz; pero lo que no tienen las poesías paganas, lo que, por el contrario, poseían en alto grado los cantos posteriores, es una sensibilidad, á veces mística, una delicadeza de sentimiento que parece que no debería existir sino en los pueblos refinados por una larga civilización. En estos cantos populares, el grito del corazón es verdadero; la emoción, conmovedora. Vese en ellos la acción del cristianismo sobre el corazón de pueblos medio salvajes, y que la religión de Cristo templó con una melancolía dulce y una ternura admirable las rudas y feroces melopeas de los pastores del Taigeto ó del Pindo.

Hacía ya mucho rato que habían partido las jóvenes cantantes, y yo me encontraba aún en el balcón contemplando el valle cubierto de arbolado, las rocas, la inmensa llanura bañada por la luz fosforescente de la luna, oyendo las modulaciones de los ruiseñores, el alegre murmurio de los arroyuelos, y, á lo lejos, la grave nota de una cascada que desempeñaba el papel de bajo, en aquella sorprendente y grandiosa armonía. Muy á disgusto cedí á las instancias de Alejandro, que me estaba repitiendo, desde hacía una hora, que cogería la fiebre si continuaba expuesto á la humedad de la noche, y que, además, era preciso que partiésemos al amanecer del día siguiente.

A la hora en que aun no se distingue un turbante blanco de un turbante verde, según dicen los musulmanes en el tiempo del ramadán, me despierto y oigo como el repiqueteo de la lluvia sobre las tejas. Iba á buscar en un nuevo sueño el olvido de aquel fastidioso contratiempo que nos obligaría á permanecer otro día entero en Tripi, cuando me acordé de los gusanos de seda. El ruido era causado por las jóvenes larvas que se disponían á hacer la primera comida de la mañana.

Abro las hojas de madera de la ventana, y un soplo de aire fresco y vivo penetra en mi habitación. El cielo está despejado, y por la parte de Oriente toma ese tinte lechoso que precede de lejos á la salida del sol. Alejandro, ya en pie, cierra nuestros sacos de viaje; los agoyates están preparados con sus bestias, mulos de gran alzada cuyas buenas cualidades nos han alabado la víspera. En esta exactitud, en este apresuramiento inusitados, se ve que se trata de una empresa seria y que nadie desea retrasarse y dormir en el camino, sobre las alturas solitarias, devastadas por los lobos y por los maniotas. Despedímonos del papa, que nos estrecha la mano con verdadera efusión.

Al pasar por delante de una de las últimas casas del pueblo,

se entreabre una puerta y aparece una cabeza joven: es Eufrosina, una de las cantantes de la víspera. Sale y viene á presentarnos una cestita llena de fresas, diciendo:

—*Kyrie, eleison.* Salud, señores; que Dios os acompañe en vuestro viaje.

Tratamos de corresponder á esta atención con una hermosa dracma nueva; pero la joven montañesa hace un ademán negativo, casi de reproche, y vuelve á su puerta, desde la cual nos repite:

—Buen viaje, señores.

Al principio, el camino no ofrece grandes dificultades, y damos broma á Alejandro por sus pronósticos y por las precauciones que había tomado contra todas las eventualidades. Sus bolsillos estaban llenos de provisiones de todas clases, dos repletas alforjas se hallaban sujetas ante él, y detrás de la silla estaban colocadas nuestras capas, nuestras mantas, los paraguas y los quitasoles. En bandolera llevaba nuestros álbumes, los anteojos y un fusil, y en su cinturón un gran cuchillo destinado á descuartizar corderos á lo palikaro, á cortar leña, á desbrozar inscripciones ó á destripar á los bandidos, si es que los había.

Seguimos un arroyuelo limitado por una cerca de oxiacantos; pero pronto cambia el paisaje y penetramos en el salvaje desfiladero del Magula, encerrado entre dos inmensas murallas de rocas de amarillo brillante, con venas de ocre rojo y verde, cuyas cimas resplandecen al sol saliente, con reflejos de oro y plata.

A cada paso es más necesario tomar precauciones. El camino es más pedregoso, y, aunque permitiendo ver por algunos sitios el valle envuelto como en vaporosa bruma, va estrechándose continuamente. Llega un momento en que el sendero desciende tan bruscamente hacia el fondo del barranco, que es preciso echar pie á tierra y que los agoyates se ven obligados á sujetar á los mulos por la brida y por la cola, para impedirles que resbalen por las pendientes de mármol pulido por las lluvias, y caigan en el abismo. Más de uno rueda, y á cada caída los agoyates se desatan en imprecaciones, en lamentaciones, en injurias ó en expresiones de desaliento. No sin dificultades, ni sin pérdida de tiempo, se verifica la travesía del torrente, y uno de nuestros mulos está á punto de ahogarse en un agujero á donde le ha arrastrado la fuerza de la corriente. Subimos en seguida por un sendero abrupto, abierto, como una cornisa, á lo largo de la pared de la roca. En el barranco, á una profundidad espantosa, se oye el hervor del torrente al pasar por en medio de enormes rocas, cubierto casi por completo por la bóveda de verdura que forman las ramas entrelazadas de los sombríos abetos ó de los plátanos seculares. Cuando se levanta la vista, se distinguen gigantescas moles de rocas suspendidas sobre las alturas y que parecen prontas á desprenderse; de vez en cuando ábrense profundas gargantas, y la vista sube, á através de rocas desnudas y descarnadas, hasta los bosques de abetos que sirven de guarida á las cabras salvajes, á los jabalíes y á los osos, y más arriba, hasta las nevadas y peligrosas cumbres, donde los jóvenes espartanos se preparaban, por las fatigas y riesgos de la caza, á los más serios peligros de la guerra.

El camino se hacía cada vez más rápido, y, en ocasiones, tan inclinado hacia el precipicio, tan liso y resbaladizo, que aun á pie nos costaba trabajo seguir adelante. En muchos sitios, avalanchas de piedras y árboles desarraigados habían arrastrado trozos considerables del sendero, y aun considero un prodigio el que los mulos pudieran atravesarlo. Lo que todavía me sorprende es la destreza con que evitaban las salientes de las rocas que se adelantaban á través del camino, precisamente á la altura de las cargas, y el menor choque con las cuales los hubiera precipitado en el abismo abierto á nuestros pies. El instinto de aquellos animales es verdaderamente maravilloso y sobrepuja todo cuanto se puede decir. Cuando desmontábamos para atravesar los pasos que juzgaba impracticables el agoyate que nos servía de explorador, era un espectáculo verdadera-

mente curioso el de la tranquilidad y la inteligencia con que los mulos salían de apuros, sin terquedades ni rebeliones contra sus amos. Detenianse un minuto ó dos ante los barrancos que se trataba de franquear, midiéndolos con la vista, con prudencia y circunspección; luego, de pronto, se lanzaban, trepaban, colocando la pata en el sitio que de antemano habían escogido, saltando de roca en roca, manteniéndose en equilibrio sobre agudos picos en los que una cabra apenas hubiera podido poner las cuatro patas, y no deteniéndose sino al otro lado del obstáculo.

Al cabo de tres horas de semejante ejercicio, personas y animales hallábanse fatigados, con tanto más motivo cuanto que el sol dejaba caer á plomo sus rayos sobre nuestras cabezas. Después de haber costeado enormes rocas, que podrían muy bien pasar por los proyectiles que los Titanes insurreccionados lanzaban á la cabeza de Saturno, hicimos alto á la orilla del torrente, en una agradable y verde pradera, rodeada de plátanos y robles. Por encima de nosotros se elevaba una roca gigantesca, lisa, regular, como la pared de una cantera, y recubierta en ciertos sitios por vigorosa yedra. La estrecha franja de cielo que se distingue entre las dos cumbres forma como un brillante techo sobre nuestras cabezas.

Con pesar abandonamos aquel sitio encantador y proseguimos, entre dificultades crecientes, el camino de Lada-Kutsava. Los pedregales, cuyos guijarros resbalan bajo nuestros pies, alternan con las largas capas inclinadas de esquisto, pulimentado como un espejo. Tanto por nuestra seguridad como por la de las mulas, vamos á pie, pues en aquellas resbaladizas superficies no hay medio de detenerse, y, al menor paso en falso, monturas y jinetes serían infaliblemente arrastrados á un precipicio de trescientos metros.

Estos lugares salvajes no están completamente deshabitados. A mil metros sobre el nivel del mar hemos distinguido, en los huecos de las rocas, algunos pequeños pedazos de tierra cultivada. Las huellas oscuras á lo largo de los picos y los troncos ennegrecidos por el fuego, anuncian también la presencia en estos parajes de pastores que, hasta allí, continúan su obra de destrucción incendiando los bosques.

En el momento en que nos acercamos á la garganta más elevada, desde donde descubrimos el monte San Elías, límite de la Laconia y de la Mesenia, nos vemos de pronto, y sin que ningún indicio nos lo haya advertido, envueltos en una niebla espesa que nos impide distinguir á tres pasos de distancia y hace el camino más peligroso aún, cubriendo las rocas de abundante humedad. Tres veces nuestros mismos agoyates se equivocan sobre el camino que hemos de seguir y nos llevan al lecho del torrente. Empezamos á desalentarnos, y los arrieros se desesperan de habernos acompañado y de habernos alquilado sus bestias. Nos guarecemos un instante bajo una roca, esperando á nuestros compañeros retrasados y perdidos entre la niebla, y cuando se han reunido á nosotros, guiados por nuestras voces, tratamos de orientarnos. El individuo que nos sirve de guía, un cazador de Tripi, que ha ido á practicar un reconocimiento, guiado por su olfato de montañés, ha vuelto á hallar el sendero y nos conduce, por una subida abrupta y pedregosa, á la cumbre de un mamelón, desde donde, cuando el cielo está despejado, se descubre una vista magnífica, por un lado, sobre las llanuras de la Mesenia, y por el otro sobre el valle de Esparta.

Entonces comienza la bajada, no menos penosa que la subida; pero la niebla va aclarándose poco á poco, y, por fin, desaparece tan bruscamente como se presentó, descubriendo á nuestra vista todo el golfo de Culamata, que se extiende como una larga y lisa superficie entre el Magno y Corón. Pronto nos lo oculta una estribación del Taigeto, y, por fin, tras una hora larga de bajada, en medio de un laberinto de montañas y por una rápida pendiente, llegamos á Lada-Kutsava, pueblo rodeado de una vegetación exuberante, gracias á los numerosos manantiales que fertilizan un suelo ingrato y transforman las calles en lechos de torrentes. Las casas están amontonadas unas sobre

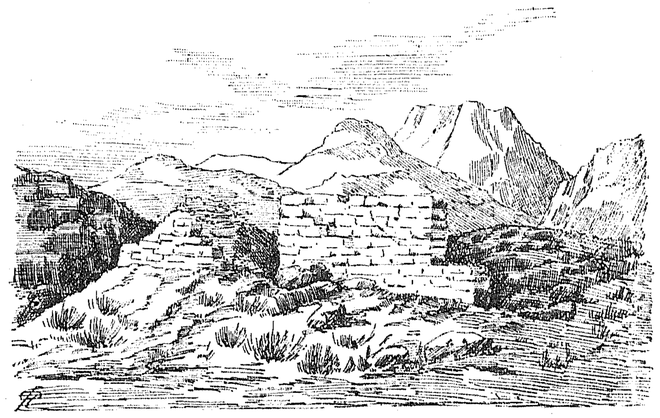
otras, pegadas á las salientes de las rocas como las gradas de un teatro, y la inclinación de las calles es tal que nuestras mulas se niegan á avanzar. Nos detenemos, por fin, en una pequeña plaza, sombreada por un hermoso grupo de árboles, y pronto nos rodea un círculo de curiosos.

La llegada de extranjeros á una aldea de estas provincias lejanas causa, al principio, una especie de estupor y de turbación. Nadie se os acerca, á no ser los perros, que se lanzan con furia á las patas de los caballos; los niños huyen como del diablo; algunas mujeres entreabren las puertas y lanzan una mirada recelosa; los hombres permanecen inmóviles ante sus puertas y nos siguen con mirada dura y algo feroz, demostrando á la vez timidez y salvajismo. Pero poco á poco desaparece la desconfianza; se rechaza á pedradas á los perros, la actitud de sospecha es reemplazada por una hospitalaria familiaridad, y, sin preguntaros vuestro nombre, vuestra posición ni el objeto de vuestro viaje, todos cifran su orgullo y su amor propio en recibiros lo mejor posible.

No siempre ha pasado esto así. En 1797, cuando los señores Dimo y Estefanópoli se presentaron en el Magno como embajadores de Bonaparte, se los trató bastante mal, no dejándoles ver nada, rodeándolos de aparentes obsequios que no eran más que otras tantas murallas contra su celo y su actividad y deteniéndolos en los confines del país, sin permitirles penetrar en él. Hoy día que los maniotas no tienen motivos para considerar á todo viajero como un espía de los turcos, se dejan llevar de su temperamento de montañeses griegos, es decir, de la ingenuidad y la franqueza, para practicar la hospitalidad.

Ya es tarde cuando nos detenemos en la plaza de Lada-Kutsava con las mulas fatigadas y los arrieros recalcitrantes. Alejandro declara terminantemente que es una locura seguir por un camino difícil teniendo la seguridad de ser sorprendidos por la noche sin abrigo ni socorro posibles, y nosotros mismos estamos tan cansados que decidimos dormir aquí.

Pero no es cosa fácil hallar albergue en una aldea donde cada casa se compone solamente de una pieza que sirve de dormitorio á toda la familia. Gracias á la carta de recomendación general que nos había dado en Atenas un personaje de la familia más influyente del Magno, logramos alojarnos en la única taberna de la aldea; mas hemos de pasar la noche en el suelo, envueltos en nuestras mantas y en nuestros capotes de viaje, empapados de la humedad de la niebla, pues ninguno pensó ni



RUINAS DE DOLIS Y LLANO DE QUERONEA

por un instante aceptar el ofrecimiento de un colchón que nos hizo el amo de la casa. Hasta más de la media noche, la ruidosa conversación de los palikaros, reunidos junto á nosotros, y cuyo argumento favorito era un puñetazo sobre la mesa, nos impidió dormir. A las cinco de la mañana, los aldeanos que se dirigían á las faenas del campo fueron á llamar con los mangos de sus útiles para hacerse abrir. No tuvimos más remedio que renunciar al sueño y sentarnos en la pequeña plataforma que precede á cada casa, en Lada-Kutsava, para asistir á la salida del sol; pero el frío, que era penetrante, nos arrojó de allí, y, temblorosos y fatigados, hubimos de esperar dos horas á que los arrieros consintieran en despertarse y ensillar las bestias. Tales noches pasadas en claro no son raras durante un viaje por Grecia y no contribuyen poco á retraer al que no está re-

suelto de antemano á soportar toda clase de fatigas y privaciones. Comer mal, dormir mal, tras una jornada larga y penosa: tal será su suerte seis días de cada diez. Preciso es que lo sepa de antemano para que las decepciones y el mal humor que de ello resulten no le impidan gustar el interés y el encanto que, á pesar de todo, hallará en el curso de su viaje.

El Magno, en cuyo centro nos hallamos, es, después de la Acarnania, la provincia de Grecia más inaccesible á las oleadas de la civilización que baten la comarca. Cuando el viajero se aventura por estas montañas, hiérele el contraste entre los pueblos del resto de Grecia y los maniotas, medio bárbaros. Mientras las artes, la industria, la instrucción, el progreso bajo todas las formas, se esparcen poco á poco por los valles de la Morea, estos rudos montañeses han permanecido lo que eran en tiempo de los turcos. Entre ellos se halla todavía el tipo del verdadero klefta, celoso de su independencia, siempre armado contra el opresor, rudo para sí mismo como para con los demás, poco escrupuloso respecto á la propiedad ajena, pero defendiendo la suya, tierra, mujer ó animales, con un encarnizamiento que llega á veces hasta el heroísmo.

El Magno forma el extremo más meridional del Peloponeso, y no es otra cosa que esa sombría y gigantesca cadena del Taigeto, bañada al O. por el golfo de Corón, y al E. por el de Maratonisi. Al S., desciende bruscamente y termina en una acerada punta, que es el cabo Matapán. Su longitud de N. á S. es de unas veinte leguas, y su anchura máxima de ocho. Esta mole ha sido siempre el asilo de la libertad, ó, más bien, de la independencia, durante todas las dominaciones sucesivas que sufrió Grecia. Allí fué donde se refugiaron los oprimidos y se agitaron los revoltosos. Jamás los soldados turcos pudieron pisar su suelo, y, tras sangrientas derrotas, el pachá de Tripolitza se contentó con imponer un modesto tributo, que no fué pagado jamás. Sólo, á veces, se presentaban desdeñosamente, en la punta de un sable, algunas monedas de oro al perceptor de impuestos, que esperaba en el límite de la provincia.

Uno de los caracteres de este país es el de estar cubierto de castillos fortificados, llenos de almenas y defensas de todas clases, que le dan cierto parecido á lo que debió ser Italia en la Edad Media, es decir, un conjunto de feudos cuyos dueños, seguidos de sus vasallos, se hacen la guerra entre sí cuando no tienen enemigos á quienes combatir. Estos capitanes, como se los llama, forman una especie de aristocracia militar, responsable ante el Gobierno de la conducta de sus feroces súbditos; pero, á despecho de una apariencia de sumisión, comparten en el fondo las pasiones y los instintos de sus indisciplinados vasallos. El ascendiente y la autoridad de estos capitanes son aún tales que el pueblo entero se levantaría hoy á su voz con el mismo entusiasmo que en otros tiempos.

A pesar de que el Magno es una provincia administrativa del reino, con su prefecto, sus subprefectos y sus alcaldes, el antiguo espíritu feudal subsiste junto á la nueva organización, y los descendientes de las grandes familias han permanecido siendo capitanes, jueces y amos de sus tribus, pues hasta este punto son adictos los maniotas á sus costumbres y á sus tradiciones de odio y de gloria. Cuando el rey Otón envió tropas al Magno para ocupar el país y arrasar los castillos, los montañeses se sublevaron, emboscáronse tras de sus rocas y recibieron á tiros á los soldados, haciendo ceder al Gobierno ante una insurrección que amenazaba extenderse. Junto á cada aldea, cada uno de los jefes construía su castillo en el pico más inaccesible, en la colina más elevada, para vigilar la llegada del enemigo, preparar la defensa y organizar las emboscadas. Estas pequeñas ciudadelas, ó *pirgos*, se componen, generalmente, de una ó dos torres cuadradas, que se elevan en un patio interior, por encima de las demás construcciones y cobertizos. Las torres tienen, á veinte ó treinta pies del suelo, tres ó cuatro ventanas defendidas por fuertes barrotes de hierro. Penétrase en ellas por una estrecha poterna, y, antiguamente, cada piso se comunicaba con el inferior por medio de una escala que se quitaba durante la noche. Muchos de estos pirgos, arruinados, han sido aban-

donados á las aves de rapiña; pero otros, aun intactos, están habitados por los descendientes de las antiguas familias, rodeados de sus palikaros.

Los maniotas, para quienes la guerra ha sido durante muchos siglos la única distracción, no pueden habituarse á la vida tranquila, limitada por un artículo de la Constitución y los gendarmes, y echan de menos el tiempo en que la bandera, señal de reunión, ondeaba en las almenas, y en que ellos bajaban en bandas á los valles, para quemar los pueblos, degollar á los turcos y saquear las ciudades.

Su aspecto, su traje, todo se resiente de sus antiguas costumbres belicosas. Siempre armados con largos fusiles de culata esmeradamente trabajada, que son un resto de su pasado esplendor, se los ve errar en torno de su castillo ó penetrar en los matorrales. Y es que las querellas entre vecinos y las luchas entre aldeanos continúan teniéndolos en alarma. Un árbol cortado, una cabra robada, son el pretexto de furiosos odios, que terminan á tiros y con homicidios, sin que la autoridad legal y la fuerza armada, relegadas á las poblaciones de la costa, se atrevan á intervenir. Una opresión demasiado rigurosa sublevaría á todo el país, que daría tregua entonces á sus interiores disensiones, y se reuniría para la defensa común. Por eso el Gobierno cierra los ojos.

La venganza es la pasión dominante en el maniota. Ella excusa todos los crímenes y hace correr en la montaña más sangre que la guerra contra los turcos. La responsabilidad y el deber que impone no se transmiten solamente de generación en generación por línea directa, sino también por el matrimonio, y cada novia lleva en dote á su esposo tres ó cuatro muertes que ejecutar. Cuando un hombre tiene que realizar una venganza, nada le detiene, con tal de lograr su fin: ni fatigas, ni peligros, ni privaciones. Durante semanas y meses enteros, se oculta en apartados valles, vive casi de nada, durmiendo por el día en bosques impenetrables, rondando por la noche al rededor de las aldeas, en compañía de los lobos, acechando la ocasión propicia para herir á su víctima, y no atreviéndose á volver á su casa hasta haber dado muerte á su enemigo, temeroso de ser acogido con burlas é injurias por sus parientes y hasta por su misma mujer.

Al lado de esta indiferencia hacia el crimen y la vida humana, de esta brutalidad de carácter y de la innata propensión al pillaje, hállanse en los maniotas ciertos sentimientos generosos, la fidelidad á sus jefes, una hospitalidad franca más bien que cordial, el respeto á la palabra empeñada y una repugnancia por la mentira que no se acostumbra á hallar en el resto de Grecia. Aquellas gentes, que os asesinarán sin remordimientos para robaros algunos céntimos, os reciben, aunque no os conozcan, como á un pariente, en virtud de la simple recomendación de uno de sus jefes, poniendo á vuestra disposición su casa, sus víveres, sus bestias de carga, y ofendiéndose si les ofrecéis una remuneración cualquiera. Durante todo el tiempo que recorrí el país, siempre acompañado por diez palikaros de cada distrito que atravesaba, lo único que pude hacerles aceptar fué un poco de pólvora y de tabaco, mientras que en la Morea, el aldeano en cuya casa se halla albergue sabe perfectamente reclamar el precio de sus servicios, si se tarda en ofrecérselo.

Las mujeres participan también del carácter general de la raza y del espíritu belicoso de los hombres de la familia. Más de una vez se las ha visto combatir con la misma audacia, el mismo furor é igual crueldad que ellos. Durante la guerra de la Independencia mostraron un valor digno de las fieras espartanas, sus antepasadas, que sólo querían dar á luz héroes. Constanza Zacarías, de que he hablado en otro lugar, era maniota.

Estas se ven condenadas por las preocupaciones todavía dominantes en Grecia, á los trabajos más penosos de la casa y de los campos; ellas tejen los vestidos, amasan el pan, muelen el grano, labran la tierra y no se sientan jamás á la misma mesa que sus maridos. Sin embargo, en las grandes familias, las hijas heredaban de su padre el título de capitán, y tenían sobre

los guerreros de su distrito la misma autoridad y la misma influencia que un hombre.

A pesar de la dura y penosa existencia que llevan, las maniotas son de una belleza correcta, algo varonil; tienen elegante talle, grandes ojos negros, piel fina, y á veces de notable blancura, y una expresión austera y noble que no deben, ciertamente, á la instrucción, pues hay muy pocas que sepan leer. Su traje se compone de un zagalejo de algodón guarnecido de un ancho bordado rojo, una especie de camisola y gorrito rojo, al rededor del cual se arrolla una banda de seda.

No obstante la inferioridad de su posición, se las respeta y no se las maltrata jamás. El honor de las mujeres está confiado á todos los hombres de la tribu, y un ultraje ó una seducción se castigan con rigor implacable. La mujer seducida es condenada á muerte por su marido, por su padre, por sus hermanos, hasta por un pariente lejano, á quien la ley maniota confiere el derecho de hacer justicia. Si se trata de una soltera, el culpable tiene medio de escapar á una muerte cierta casándose con ella. Si huye, aunque sea hasta Atenas, la venganza le seguirá, y un día ú otro se le hallará con un cuchillo clavado en el pecho, en medio de una calle.

Si es demasiado pobre para casarse, se expatría y va lejos á buscar fortuna; pero antes de su marcha, y ante toda la familia reunida, indica la época en que volverá. Si cumple su palabra, se celebra el matrimonio con las mismas fiestas y los mismos disparos que si nada hubiese pasado. Si no vuelve, los parientes de la joven oran durante tres días, y, pasado este plazo, el padre le salta á ella la tapa de los sesos, único medio, según ellos, de reparar su honor. Estas costumbres salvajes subsisten aún en los cantones más retirados, á despecho del código, de los tribunales y la gendarmería.

Las maniotas, por lo demás, son capaces de hacerse respetar por sí mismas, y podría costar caro al viajero que se empeñase en obtener los favores de una de estas amazonas. Lo menos que le ocurriría sería recibir una paliza, y si osaba defenderse oiría silbar las balas. Todavía se conserva en la aldea de Kambos el recuerdo de un músico alemán que tuvo la imprudencia de dirigir algunas galanterías á una mujer, y á quien ésta mató de un pistoletazo.

Las costumbres han seguido siendo las mismas en todas partes, pero no en todas ofrecen el mismo carácter de ferocidad. Todas las ceremonias que se celebran durante la vida del hombre, desde su nacimiento hasta la tumba, van acompañadas de tiros que repercuten de cumbre en cumbre y producen la ilusión de una batalla.

Cuando un varón viene al mundo, su padre sale á la calle y dispara varias veces la escopeta para dar la noticia. Tal es el parte de nacimiento enviado á los amigos y parientes. Estos abren sus ventanas y disparan á su vez, correspondiendo á la invitación. El maniota habla poco, pues entabla y sigue á tiros una conversación que dura todo el día. El recién nacido es frotado inmediatamente de pies á cabeza con sal y pimienta mezcladas. El papa le corta un mechón de cabellos que pega con cera de uno de los cirios del altar, y moja en agua bendita, colgándolos luego del cuello del niño, como un amuleto destinado á protegerle contra los maleficios. En los primeros años, la criatura pertenece á su madre, que le lleva á la espalda, cuando sale, en una especie de saco hecho con piel de carnero, con el cual le cuelga de un árbol mientras trabaja, ó de un clavo mientras teje ó amasa el pan, cantándole canciones que recuerdan las hazañas de sus antepasados. A los diez años, su padre le enseña á manejar la escopeta y á disparar con certeza, apoyando el cañón del arma sobre una roca ó entre dos ramas de árbol. Primero se ejercita contra los pájaros y las liebres; pero la moral acomodaticia que forma el fondo de la educación de los jóvenes maniotas no les enseña la diferencia que existe entre un hombre y una liebre.

A los veinte años es la época del sorteo. Sólo con gran trabajo se consigue hacer observar la ley militar en aquellos pueblos rebeldes á toda disciplina. Gran número de jóvenes la eluden

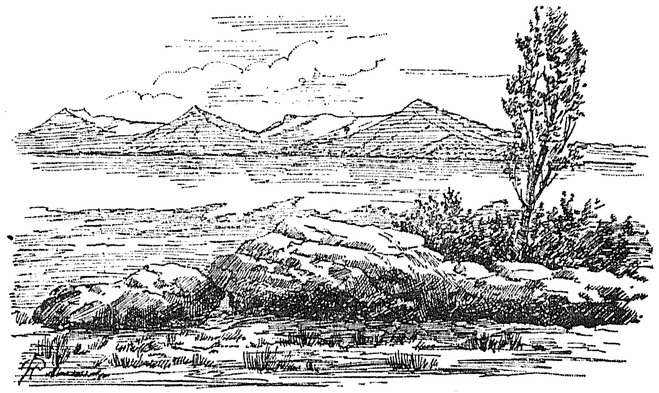
y permanecen tranquilamente en sus aldeas, sin que nadie se atreva á ir á prenderlos. Sin embargo, algunos parten, y por medio de ellos entra luego poco á poco el progreso en aquellos salvajes valles. De las ciudades donde han estado de guarnición, llevan ideas más sanas, apreciaciones nuevas sobre las condiciones de existencia que crea la civilización, y gran número de ellos vuelven pronto á Atenas, donde los maniotas forman una especie de corporación á las órdenes de un jefe. Hace algunos años, conocí al hombre á quien todos los maniotas de la ciudad prestaban ciega obediencia. Era el coronel Petropolakis, verdadero señor feudal, cuyas casas, en el Magno, estaban fortificadas y defendidas por cañones.

Cuando un joven quiere casarse, su padre pide á la novia, y trata del asunto con el padre de ésta; pero el pretendiente mismo no puede dirigir la palabra á la mujer que ha elegido, y toda infracción de esta regla sería considerada como una deshonra. Las bodas se verifican siempre al ruido de los disparos, y acaban con una comida, durante la cual se arroja por la ventana, á los transeuntes, gran número de frutas secas. Al cabo de ocho días de festejos, los recién casados deben volver á la iglesia.

Cuando muere un maniota, se le expone en su casa, con el rostro descubierto y sus armas colocadas á ambos lados; y cuando se lo llevan á enterrar, las mujeres y los hombres le acompañan, lanzando aquéllas agudos gritos. En el momento en que lanza su último suspiro, se apagan todos los fuegos de la casa, que no deben volver á encenderse sino al cabo de una semana. Los amigos de la vecindad llevan el alimento completamente preparado y comen con la familia del difunto; pero las mujeres no toman parte en estas comidas, ni pueden probar bocado hasta que los hombres están satisfechos. Antes de cerrar el ataúd, se coloca sobre el pecho del muerto un amuleto para defenderle contra el espíritu de las tinieblas, y en algunas aldeas se añade aun un pan y una botellita de vino, como hacían los griegos de la antigüedad, con la convicción de que es-

tas provisiones servirían al difunto para el último viaje que, al Erebo, le restaba que hacer. El último día, el papa bendice un clavo, que se sepulta en la puerta de la habitación del muerto, á fin de impedir que éste salga por la noche de su tumba y venga á asustar á los vivos con sus apariciones.

Estas creencias, completamente paganas, estas sencillas su-



EL LAGO COPAIS

persticiones, están todavía muy vivas en aquellos pueblos, que viven solitarios y libres, en medio de salvajes montañas y en comunicación directa y constante con la Naturaleza. Aquellos hombres, que afrontarán, sin pestañear, todos los peligros, que desafiarán con indiferencia una muerte segura, no pasarán por ciertas montañas donde las malignas hadas, que ellos llaman nereidas, bailan por la noche y hacen bailar hasta morir al imprudente á quien cogen por su cuenta. Tiemblan por la noche, cuando, estando tranquilo el tiempo, riza un ligero soplo las copas de los abetos.

—¡Las nereidas! —exclaman todos, haciendo precipitadamente ocho ó diez veces la señal de la cruz.

Los bosques espesos están poblados por seres sobrenaturales, por genios, casi siempre maléficos para la humanidad. Las fuentes tienen sus divinidades; las cavernas sus hadas, siempre

dispuestas á tender asechanzas al caminante ó á apoderarse de su alma.

En todos los pueblos primitivos ó ignorantes se halla ese politeísmo inconsciente que transforma en poderes sobrenaturales las fuerzas misteriosas de la Naturaleza. Cada pueblo le imprime el carácter de su temperamento, ya melancólico y dulce, ya lúgubre y temeroso, ya violento y salvaje, como en el Magno.

Los papas, que al mismo tiempo son médicos, comparten y explotan estas supersticiones. Llegan junto al enfermo, y, mediante cierta suma, le imponen las manos, recitando algunos versículos de los libros sagrados, que los campesinos consideran como otras tantas fórmulas mágicas, destinadas á exorcizar el hada maléfica que atormenta al paciente. Aparte de esto, tales sacerdotes son los más ignorantes y fanáticos que he visto. En su mayor parte, apenas saben deletrear su breviario, y son incapaces de dar la menor instrucción moral y religiosa á sus ovejas, á quienes explotan con una avaricia sin freno. Muéstranse hostiles y malévolos respecto á los extranjeros, porque podrían denunciar sus supercherías. En otro tiempo, seguían á los guerreros en sus expediciones, á fin de participar del botín.

La historia del Magno no tiene más que un interés local y secundario.

Los maniotas ¿son de la raza primitiva de los pelasgos? ¿Son, por el contrario, los últimos sobrevivientes de los espartanos, cuya fiera actitud y acentuados rasgos tienen? Todavía hoy se consideran como los descendientes directos de Licurgo y de Leonidas, y las tradiciones, las palabras y los giros que recuerdan el antiguo idioma dórico justifican tal pretensión. Bajo los romanos, tomaron el nombre de *laconios libres*, y permanecieron siempre invencibles y no sometidos. Sólo, en 867, bajo el emperador Basilio, renunciaron al culto de los ídolos y abrazaron el cristianismo.

Cuando los cruzados ocuparon el Peloponeso, encontraron en el Magno una resistencia encarnizada, y fué preciso, para contener á aquellos turbulentos pueblos, cubrir el país de castillos y de puestos militares. Guillermo de Villehardouin hizo levantar las dos fortalezas de Mistra y de Passava, en el sur, y dividió la comarca en varias baronías. Pero frente á cada torre feudal levantaron los jefes maniotas sus macizos pirgos, y entablaron con los nuevos ocupantes una guerra de escaramuzas, de celadas y de sitios. Después de la marcha de los franceses, los capitanes maniotas sucedieron á los caballeros y barones, y pusieron en uso, por su propia cuenta, las instituciones feudales importadas de Occidente: llegaron á ser verdaderos soberanos, rodeados de feudatarios y vasallos, que cobraban el diezmo y llevaban escudos y banderas. Esta aristocracia militar, fundada en el siglo XIII, ha subsistido hasta nuestros días. De 1472 á 1675 tuvo por jefes los descendientes de la familia imperial de los Comnenos, refugiados en el Magno después de la caída de Trebisonda. Uno de ellos, Esteban I, que se intitulaba orgullosamente *Protogeros*, es decir, primer senador del *Senado de Lacedemonia*, popularizó su nombre en la montaña, por su bravura, su fuerza excepcional y su belleza.

Obligado á ceder ante una insurrección fomentada por el primado Liberaki, Jorge, el último de los protogeros, se expatrió con sus partidarios y fué á pedir asilo á la república de Génova, que le concedió el territorio de Paomia, en Córcega. Los maniotas desmontaron el terreno cedido y se consagraron á la agricultura. En 1768, cuando la cesión de Córcega á Francia, contribuyeron con celo y valor á reprimir los levantamientos y obtuvieron una nueva concesión de tierras en Cargese. Esta colonia griega subsiste aún en nuestros días, con sus tradiciones, sus usos, su lengua, su religión y sus ceremonias del rito oriental. Sus jefes, que se llamaban todos Estefanópoli Comnenos (hijos de Esteban Comneno), fueron reconocidos por cartas patentes del rey Luis XVI, en 1778, como descendientes auténticos de los emperadores de Bizancio. Estos maniotas corsos han fundado también una colonia en Argelia, en la provincia de Constantina.

Después de la marcha de los protogeros, el Magno cayó en

la más completa anarquía, y sus anales están llenos de las sangrientas luchas á que se entregaron los siete señores que se habían dividido el país. Entre ellos, los Murzinos, de Zarnate y los Mavromichalis, se distinguieron por su salvajismo y su encarnizamiento. Celadas, asesinatos y envenenamientos enriquecieron la historia de este país con más de una página curiosa y popular. Los Mavromichalis acabaron por triunfar, y todavía conservan en el Magno una supremacía y una influencia considerables. Juan Mavromichalis protegió la retirada de los rusos en 1777, cuando abandonaron éstos á la vindicta musulmana, la Grecia que ellos habían sublevado.

En 1796, el ruido de las victorias de Bonaparte llegó hasta el Magno, y Gligorakis, que era bey del país bajo la soberanía del sultán, y acariciaba la idea de emancipar á su patria, envió á su hijo mayor al general para proponerle un plan de insurrección y solicitar su auxilio. Bonaparte le animó, sin comprometerse á nada, y le envió dos emisarios con la siguiente carta:

«El general en jefe de Italia, al jefe del pueblo libre de Mania:

»Ciudadano:

»He recibido de Trieste una carta en la que me manifestáis el deseo de ser útil á la República Francesa acogiendo sus barcos en vuestros puertos. Me complazco en creer que cumpliréis vuestra palabra con la fidelidad que conviene á un descendiente de los espartanos. La República Francesa no será ingrata para con vuestra nación.

»En cuanto á mí, recibiré gustoso á cualquiera que venga de vuestra parte, y no deseo más que ver reinar una buena armonía entre dos naciones igualmente amigas de la libertad.

»Salud y fraternidad.

»*Bonaparte.*»

Mientras los maniotas acogían con simpatía y esperanza á los enviados franceses, los griegos de las islas del Archipiélago se aprovechaban de la guerra para enriquecerse y se apoderaban de los buques que transportaban víveres y municiones para el ejército francés de Egipto.

Bonaparte se vió, además, apartado de sus proyectos por los acontecimientos; pero Francia y sus victorias siguieron llamando la atención en el Magno. Se entretenía con su narración á los niños, se celebraban en los cantos populares, y en más de una choza se encontraría aún, pegado á la pared, entre un mosquete viejo y el yatagán paterno, un grabado en colores representando á Bonaparte, primer cónsul.

Petro-Bey (Pedro Mavromichalis), que fué llamado el rey del Magno y se distinguió por su despotismo, fué el primero en levantar el estandarte de la insurrección en 1821, y durante la guerra dió pruebas de un valor heroico. Fué sucesivamente generalísimo, presidente del Congreso de Astros, jefe del Poder Ejecutivo y senador; pero, por su carácter irritable y altanero, no cesó de ocasionar embarazos al nuevo Gobierno Nacional.

Hoy ya no se querellan por el poder las grandes familias maniotas, sino por un acta de diputado en la Cámara; y corre la sangre, como antes, en las escaramuzas, que dan á estos intratables montañeses la ilusión de que han vuelto los buenos tiempos de la guerra y el pillaje.

Por la mañana, todo el pueblo se hallaba en pie para vernos pasar, y cada una de las pequeñas terrazas que sirven, á la vez, de entrada, de balcón y de era para apalear el trigo, estaba cubierta de mujeres y de niños, cuyo aspecto sano y vigoroso y cuyos frescos rostros hacían el mejor elogio del clima y del aire de la montaña.

Subimos en ángulo agudo una montaña rocosa que da frente á la aldea, costeando el precipicio. Desde la cumbre, nuestras miradas caen á lo lejos sobre un laberinto de picos y barrancos. En todas las crestas se dibujan los accidentados perfiles de antiguos castillos, con una limpieza maravillosa, en

una atmósfera límpida y transparente. El camino, durante muchas horas, no fué más que una sucesión de arduas subidas y de bajadas vertiginosas.

Subimos, al fin, el último contrafuerte de la montaña que nos oculta la llanura de Calamata, y desde la cima distinguimos en toda su extensión la Mesenia y la graciosa curva del río que se redondea por un lado para unirse á los acantilados de Petalidi y de Corón, y termina, por el otro, en las líneas atrevidas y severas del monte de San Elías.

Una ligera bruma, plateada y luminosa, vela todas las durezas del paisaje sin quitarle ninguno de sus encantos. Los colores y las formas tienen una suavidad, un modelado, que no es común hallar en los países meridionales y que sólo aprecian los acostumbrados al Oriente. Algunos humos que distinguimos en el interior de las tierras nos indican la posición de la ciudad, de la que no distinguimos ni las casas ni la ciudadela.

Entre la población y el mar hay habitaciones, torres y granjas que resaltan como manchas luminosas, en un aterciopelado fondo de verdura. Más lejos, al NO., se elevan el monte Ithomo y las montañas de la Arcadia. Por todas partes, la mirada abarca ricos cultivos, plantaciones de olivos, de viñas, de moreras, de naranjos, que revelan la industria humana y el bienestar que produce. Compréndese bien cuán ardientes deseos debían apoderarse de los espartanos cuando, desde lo alto de las salvajes crestas que marcaban su frontera, contemplaban con ávida mirada esta bella llanura, con sus riquezas, su dulce clima y su vida fácil y lujosa, y cuantos ruegos debían dirigir á Apolo, Zeos y Afrodita para obtener la pronta posesión de tan pingüe herencia.

Fué aquélla una guerra injusta, como todas las guerras ofensivas; fué también un triunfo inicuo, como el del lobo sobre el cordero, el triunfo de la fuerza sobre la civilización. Los espartanos, además, revelaron en ella más astucia que valentía, y de las dos virtudes de que se envanecían, su destreza en el

robo y su valor, apenas hicieron uso más que de la primera en aquella guerra de Mesenia.

El camino que seguíamos, que sirve de comunicación entre Calamata y el puerto de Armiros, estaba lleno de baches como todos los de Grecia, y atestiguaba la negligencia y la incuria del Gobierno. A medida que nos acercábamos, y por encima de los jardines que rodean á Calamata, distinguíamos la ciudadela, situada sobre una abrupta roca, aislada en medio de la llanura.

Un cuarto de hora después, nos hallábamos en la plaza principal, ante la casa de uno de nuestros compatriotas, negociante y habitante en el país desde hacía más de treinta años, que había llegado á ser griego por sus simpatías, pero que continuaba siendo español de corazón. En consecuencia, el recibimiento que nos hizo no pudo ser más cordial. Su casa, espaciosa y amueblada á la europea, estaba llena de amigos y de visitantes que nos esperaban para darnos la bienvenida, pues le habíamos prevenido de nuestra llegada. Durante el almuerzo, aquellas buenas gentes nos hicieron mil preguntas para satisfacer su curiosidad, aunque más bien éramos nosotros los que debíamos pedir noticias, pues durante los diez días que habíamos pasado perdidos en las montañas, entre los maniotas, nada sabíamos de lo que ocurría en el mundo civilizado.

CAPITULO XVI

CALAMATA, CORÓN Y NAVARINO

Es Calamata, después de Patrás, la ciudad más importante del Peloponeso. Tiene 7,000 habitantes y está situada á kilómetro y medio del mar. Desde hace algunos años, tiende á acercarse á éste, y el camino que conduce á la *escala*, es decir, al puerto de embarque, se cubre de casas que llegarán á formar un largo arrabal. Pero si la ciudad se acerca al mar, éste, á su vez, se aleja más y más de ella, gracias á los aluviones que depositan los riachuelos que van á desaguar al golfo, y hace algunos siglos, Calamata se hallaba más próxima de la costa que hoy día.

Al lado del embarcadero y de los almacenes y tabernas que son el signo distintivo de todo punto de parada de buques, se halla un caserío donde las familias ricas de la ciudad van á gozar de las ventajas de los baños de mar y á respirar un aire más fresco, pues el calor es espantoso en Calamata durante el verano. En el mes de mayo hemos visto subir el termómetro á 38° á la sombra.

El aspecto de Calamata varía mucho según los barrios que se recorren. En la parte de la ciudad que se ensancha por el

Sur, levántanse casas que no tienen nada que envidiar á las de Atenas, y que son modelos de solidez y de elegancia, con sus grandes vestíbulos estucados, sus habitaciones elevadas y bien ventiladas y sus balcones sostenidos frecuentemente por columnas de estilo antiguo. Pero en los viejos barrios, que suben á lo

EL HERCINO

largo de la colina hasta el pie de la roca de la ciudadela, las calles son más inaccesibles, más tortuosas y más sucias de lo que es posible imaginar, y atestiguan tanto el descuido de sus habitantes como la incuria de su Ayuntamiento. Debajo corre el Nedón, cuyo lecho, seco durante las tres cuartas partes del año, sirve de paseo público.

El barrio viejo y el barrio nuevo están separados por una ancha calle construída durante la dominación francesa y formada por casas de ricos negociantes y por cafés, donde, en medio del murmullo de las conversaciones, se oye á veces el ruido de un arpa eólica ó de un violín rascado melancólicamente por algún muchacho italiano, que ha ido á parar á aquel rincón de tierra helénica.

En uno de los extremos de la calle principal hay un puente

de madera para franquear el río, bastante ancho en aquella parte, cuyo puente da á un arrabal donde se halla el matadero, más allá del cual se encuentran jardines sombreados por grandes pinos. Al otro extremo se ve el bazar, aglomeración de pequeñas tiendas de madera, de aspecto pintoresco completamente oriental, y que parecen más bien una feria que establecimientos dignos de un país civilizado. Antes que la civilización imponga sus modas al Oriente, debe apresurarse el artista á ir á ver esos curiosos mercados de las ciudades turcas y griegas, que harán revivir ante sus miradas los de Pompeya y los bazares de las *Mil y una noches*. En ellos encontrará aún rostros, trajes y actitudes que desaparecerán muy pronto bajo un modelo uniforme el día en que aquellos comerciantes independientes adopten las modas europeas.

Por lo demás, el bazar de Calamata se halla muy bien provisto. Encuéntranse en él estampados de algodón de Manchester, sederías de Alemania, mercería de Trieste, cacharrería de Inglaterra, vidriado de Bélgica. Francia envía muy poca cosa.

Durante nuestro paseo, vemos muchas iglesias que han conservado todos los caracteres de la Edad Media. Una pequeña capilla, por desgracia restaurada, data evidentemente del siglo XIII, y encima de la puerta, la única parte que subsiste aún del edificio primitivo, se distingue la cruz flordelisada, el escudo de los templarios. En la catedral, en la iglesia de los Santos Apóstoles, vense algunas pinturas antiguas y esculturas que atestiguan las diferentes dominaciones que en el país se han sucedido. Por ejemplo, el águila de Venecia, sostenida por dos leones; la flor de lis de Francia ó el blasón de alguna familia genovesa. En San Atanasio, un alto campanario de agudo remate recuerda los *campaniles* venecianos de Zante. La apatía de los turcos, que se ha tomado á veces por tolerancia, lo ha dejado en pie.

Muchas casas han conservado, á pesar de las reparaciones, huellas de su origen, como escudos incrustados en la pared, estrechas ventanas cuyo dintel descansa en dos cancelas romanas, y puertas cuyo arco, realzado en plena cintra, está sostenido por columnillas. Los capiteles de éstas se hallan formados casi siempre por cuatro anchas hojas de planta acuática que se encorvan en los ángulos, formando una pequeña voluta. Otra puerta, de abertura cuadrada, está coronada por dos fragmentos de molduras antiguas formando como un frontón roto, en cuyo tímpano está esculpida en relieve una gran flor de lis.

Estas casas, que recuerdan las de nuestras viejas ciudades europeas, tienen un interés histórico particular. Guillermo de Villehardouin tenía una gran predilección por Calamata, habiéndola hecho capital de su principado. Allí fué donde nació, allí donde residió, y esas antiguas moradas han albergado á muchos europeos, especialmente franceses.

Los Morandi, que habitan aún en Calamata, ¿no serán tal vez descendientes de aquel caballero francés, llamado Castel-Morant, enviado á Morea por Luis de Borbón?

En Albania, en los cantones más salvajes, todo viajero francés es acogido como si fuera un compatriota. Las autoridades y personas principales, en cuya casa se albergan, le recuerdan que por sus venas corre sangre de caballeros franceses, y le refieren tradiciones alteradas por los siglos, pero que se refieren todas á Francia.

Es un espectáculo curioso el de la influencia ejercida por Francia en el pequeño y pintoresco reino helénico.

Príncipes franceses fueron los que fundaron y sostuvieron esos reinos y principados, que se escalonaban desde Egipto hasta el Cáucaso, y que desaparecieron demasiado rápidamente, tal vez, para el interés general de la civilización. Pero no nos ocupemos más que del principado de Acaya, que duró más que los restantes. Gobernado por una serie de soberanos bravos y hábiles, se mantuvo más ó menos decaído, más ó menos potente, pero siempre francés, siempre independiente de los demás Estados hasta la conquista turca, ó sea durante más de tres siglos.

En 1204, cuando los cruzados, después de la toma de Cons-

tantinopla, se dividieron el imperio bizantino, la Morea fué dada á dos señores franceses: Guillermo de Champlitte y Godofredo Villehardouin, el nieto del gran senescal, del antiguo cronista de que nos ha dejado un relato tan fielmente sencillo de la cuarta cruzada. Después de la muerte de Champlitte, Godofredo se hizo proclamar príncipe de Acaya y de Morea, organizando fuertemente su nueva posesión. Habiéndose reservado para sí mismo las provincias de Calamata y Arcadia, dividió el resto del país entre doce grandes feudatarios ó altos barones, tres órdenes militares y siete eclesiásticas. Estos grandes feudos, aparte del de Calamata, se habían dado: Akova, á Gautier de Ronchères; Caritena, á Godofredo de Brière, sobrino del príncipe; Patrás, á Guillermo Alaman; Veligosti, á Mateo Remond; Nikli, á Guillermo; Gheraki, á Guido de Nevelet; Calavryta, á Raul de Tournay; Vostitza, á Hugo de l'Ile, señor de Charpigny; Chaladritza, á Roberto de la Tremouille, y, por ultimo, Passava, á Juan, de la casa de Neuilly, con la dignidad hereditaria de senescal del principado. Las tres órdenes militares eran las de los caballeros hospitalarios de San Juan, los templarios y la orden Teutónica. Había, además, varios feudos simples de caballería é infantería; feudos griegos confiados á señores griegos aliados con los conquistadores, y doce ciudades libres que se habían sometido estipulando que se habían de respetar sus derechos y sus libertades municipales. Bajo esta nobleza francesa se hallaban los habitantes de las montañas sometidos á un tributo y al servicio militar; los habitantes de las llanuras sometidos á la gleba, y, por último, todo un mundo de campesinos, soldados de la conquista y comerciantes franceses que habían seguido al ejército. Encontrando bajo el bello cielo de Grecia las costumbres de su patria, hicieron venir á sus familias, y pronto la Morea se convirtió en una *Nueva Francia*, en que se hablaba el francés tan correctamente como en París.

Para asegurar la ocupación del país, Villehardouin hizo levantar, en las más fuertes posiciones, ciudadelas para sus soldados, junto á las que los altos barones tenían permiso para construir. La administración y la justicia fueron establecidas según los usos feudales entonces en vigor en Francia, y las *leyes de Jerusalén* fueron adoptadas como código del principado.

Bajo esta dirección hábil é inteligente, gozó la Morea de una libertad y una seguridad que nunca había conocido.

¡Quién sabe si estas soberanías francesas de Oriente no hubieran sido el baluarte de la cristiandad y no hubieran podido rechazar las invasiones de los tártaros! ¡Quién sabe si esta asociación del espíritu francés, con la viva inteligencia de la raza griega, no hubiera dado nacimiento á una nueva civilización, á un rejuvenecimiento moral y social de los pueblos cristianos de Oriente! ¡Quién sabe cuántas pruebas pasadas, presentes y futuras hubiera evitado á Europa esta solución anticipada de la cuestión de Oriente!

Pero la marcha de la historia es desviada é interrumpida, como la de la vida humana, por los incidentes imprevistos. A estas monarquías nacientes les hubiera hecho falta, para defenderlas, la espada de Xaintrailles, el genio de Lahire, los cañones de Bureau de la Rivière y el dinero de Santiago Corazón. Por desgracia suya, Francia no tenía bastante con todos sus recursos y todo su patriotismo para resistir á los extranjeros que invadían su territorio, pues acababa de sufrir la derrota de Azincourt y necesitaba los brazos de todos sus hijos. El principado de Morea, abandonado, aislado, no podía sostenerse largo tiempo contra todos los enemigos que le rodeaban.

Permítame el lector recordar rápidamente los rasgos principales de aquella época, fecunda en grandes hombres y en grandes acciones. Los Villehardouin, originarios de Champaña, eran célebres por sus virtudes, su integridad y su piedad. El más antiguo de los que mencionan las crónicas, Guillermo, fué mariscal del condado de Champaña. Su hijo Godofredo acompañó á Balduino durante la cuarta cruzada, fué mariscal de Rumanía y murió en Tesalia, después de haber salvado al ejército y escrito la historia de la conquista de Constantinopla.

Su sobrino Godofredo de Villehardouin, hijo de Juan, con-

quistó la Morea y fué príncipe de ella con su compañero de armas Champlitte. Fundó una fábrica de moneda en Clarenza (frente á Zante), y á veces, escarbando en las ruinas antiguas, se descubren algunos dineros torneses, que llevan en una cara el campanario de San Martín de Tours y en la otra un nombre de la Champaña ó de la Borgoña, en antiguos caracteres góticos.

Cuando murió, en 1218, fué enterrado en Santiago de Andravida, en Élida, sucediéndole su hijo Godofredo.

El nuevo príncipe había heredado las cualidades de su padre. Supo sofocar las tentativas de independencia de los barones y reprimir la piratería que la debilidad bizantina había dejado desarrollarse en las islas del Archipiélago. No contempló más á los jefes de los feudos eclesiásticos, que rehusaban someterse á las cargas comunes, y construyó á sus expensas la fortaleza de Clemutzi, de la cual he hablado más arriba. Las ciudades de Corinto, Nauplia y Monenvasia cayeron en poder de los franceses, y el principado de Morea, engrandecido y poderoso, llegó á ser el sostén del vacilante trono del emperador de Constantinopla.

Godofredo murió en 1246 y fué sepultado en Andravida, junto á su padre. Habíase casado con Inés de Courtenay; pero no dejó hijos de su matrimonio y, en consecuencia, le sucedió su hermano Guillermo, notable por sus largos dientes. Mientras éste acompañaba á San Luis y á los cruzados á Egipto, los barones se sublevaron contra su autoridad; pero volvió apresuradamente y los derrotó en Karidi. A causa de esta sublevación, hizo construir multitud de fortalezas, entre otras la de Mistra, para mantener en la obediencia á las provincias. Respetado de todos y amado por su intrepidez y la franqueza de su carácter, hubiera vivido tranquilamente en su castillo de Mistra, en medio de su pequeña corte; pero había sonado la hora de los reveses para el imperio de Constantinopla, y de rechazo para todos los príncipes del imperio. Miguel Paleólogo, después de haber usurpado el trono de Tesalónica, atacó al déspota de Epiro,

Angel Comneno, suegro de Guillermo de Villehardouin, y éste, defendiendo los desfiladeros del Pindo contra los invasores, fué herido y hecho prisionero, no logrando obtener su libertad, al cabo de cuatro años de cautiverio, más que declarándose vasallo de Paleólogo, que acababa de apoderarse de Constantinopla, y cediéndole las fortalezas de Mistra, Monenvasia y Kefala, llaves de la Morea. Ya el enemigo en la plaza, la situación se hizo cada vez más difícil, y, agravada con la defección de los griegos, ocasionó á los franceses varias derrotas, á pesar de las proezas de Juan de Catava. Durante una tregua con Paleólogo, Guillermo fué á Italia y se cubrió de gloria en la batalla de Tagliacozzo, donde fué derrotado Conradino, el rival del rey de Nápoles, Carlos de Anjou. Guillermo murió en 1277.

Felipe de Anjou, esposo de Isabel de Villehardouin, había muerto joven, y el rey de Nápoles hizo administrar la Morea, en nombre de su nieta, por gobernadores ó *bailes*, entre los que merecen citarse Hugo de Sully, apellidado *el Rojo* á causa del color de sus cabellos, hombre bravo y emprendedor, y Nicolás de Saint-Omer, cuya administración fué muy inteligente y que construyó el castillo de Tebas, del cual subsiste aún una torre. Isabel casó en segundas nupcias con Florentino de Hainaut, biznieto de Balduino, el primer emperador franco de Bizancio. Bajo su reinado desarrolláronse la prosperidad y los recursos del principado, y fueron reprimidas las pretensiones de los barones, por la conciliación ó por la fuerza. Pero después de su muerte, y cuando Isabel, en 1301, contrajo terceras y últimas nupcias con Felipe de Saboya, duque del Piamonte, la insubordinación de los altos barones y sus luchas intestinas llevaron la anarquía á toda la Morea é hicieron cada vez más difícil la continuación del principado francés. El derecho de guerra y de señorío, dejado á los barones por la constitución feudal, creaba rivalidades y celos y debilitaba la autoridad del gobierno en el momento en que era más necesaria la unión contra el enemigo común.

Felipe, disgustado, volvió al Piamonte con Isabel, después

de haber cedido sus derechos á su hija, casada con Guy, aquel duque de Atenas que comenzó su reinado como Enrique IV y lo acabó como Luis XV.

La nueva soberana fué víctima de la política, como tantas otras jóvenes princesas. Después de Guy se la hizo casar con Luis de Borgoña, nieto de San Luis por su madre y rey de Salónica *in partibus*. Dos años más tarde se quedó viuda y hubo de gobernar sola el principado de Morea. Entre los caballeros de su corte hallábase Hugo de la Palisse, joven, apuesto y seductor, sin duda alguna, ya que la princesa se enamoró de él y le dió la mano en secreto. Pero esto no convenía á los aspirantes al título de príncipe de Acaya. La princesa fué llamada á Nápoles y encerrada en un castillo; anulóse su matrimonio con la Palisse y se la casó de nuevo, á pesar suyo, con Juan de Sicilia, conde de Gravina. Ella no cedió; negóse á recibir el marido que se le imponía, y prefirió permanecer encerrada en su prisión, donde murió de languidez y tristeza. Fué la última de los Villehardouin.

Juan de Sicilia cedió sus derechos sobre la Morea á su hermano Roberto, casado con María de Borbón. Ésta, luego de haber gobernado sola el principado durante algún tiempo, lo transmitió á su sobrino Luis, duque de Borbón. En 1390, y cuando el nuevo príncipe de Morea se disponía á salir de París para ir á tomar posesión de su principado, la demencia del rey Carlos VI, del cual era uno de los tutores, y las disensiones de la familia real, le impidieron partir, y murió sin haber podido personarse en Grecia.

Durante este tiempo, aumentaron considerablemente la anarquía interior y los peligros exteriores. Los genoveses acabaron por apoderarse de la autoridad y del título de príncipe de Acaya, y los Centurioni se instalaron en el castillo de Calamata, hasta que fueron, á su vez, lanzados de allí por los turcos.

La Morea, cedida luego á los venecianos, fué explotada por proveedores. En la segunda mitad del siglo XV, los turcos

se apoderaron nuevamente de la Morea, que fué arrebatada por cuatro siglos á la civilización.

Todos estos recuerdos nos acudían á la memoria mientras subíamos á la ciudadela por entre jardines de naranjos y limoneros.

VISTA DE MISTRA

En veinte minutos llegamos á la plataforma, sobre la que se levantan aquellas imponentes ruinas, cuya parte occidental, la más notable y mejor conservada, pertenece al castillo construído por Villehardouin. Los muros que siguen la cresta de una elevada roca que domina el río y la ciudad son muy anchos, altos y sólidos. Las poternas, los caminos de ronda, los estrechos pasadizos que dan acceso á las torres, y las escaleras de caracol, están intactos. De lo alto de la torre principal, á la que no se sube sin peligro, disfrútase una hermosa vista sobre la llanura y sobre el mar. Al pie de la roca se ven las casas de la ciudad, distribuídas sin orden ni concierto, dominadas por campanarios y rodeadas por todas partes de una vegetación

exuberante. La llanura baja, formada de aluviones, no es más que un extenso jardín de olivos, limoneros, naranjos, granados y árboles de todas clases. Más allá, el extenso lecho del río se divide en dos brazos antes de llegar al mar, que chispea hacia el extremo del horizonte, entre las montañas del Magno y las alturas de Corón. Una ligera nube de humo señalaba un buque todavía invisible. Era probablemente el de la compañía helénica, que hace cada quince días el servicio de la costa y que debíamos tomar al día siguiente para ir á Navarino.

La principal industria de la Mesenia, además del cultivo de los olivos, es la cría de gusanos de seda. Grecia ha sido en Europa la cuna de la industria sericola, y sólo ella, antiguamente, proporcionaba tejidos de dicha clase al Occidente y al Oriente; pero la invasión musulmana detuvo todo aquel movimiento y hasta se suspendió la exportación de la primera materia. En 1837 se establecieron algunas filaturas, pero sus progresos fueron lentos y trabajosos, á causa de la competencia que les hacían los obreros griegos, que, después de haber aprendido en las fábricas el devanamiento de los capullos, recorrían los campos llevando á la espalda una jofaina y un molinete y ofreciendo á los aldeanos hilar inmediatamente cada cosecha parcial. Estos ingeniosos obreros nómadas no encuentran ya trabajo con tanta facilidad desde que los corredores van á los pueblos á comprar al por mayor los capullos por cuenta de los fabricantes.

Hoy día existen en Grecia doce filaturas de seda, ocho de las cuales tienen máquinas de vapor: una en Atenas, una en el Pireo, cinco en Esparta y cinco en Calamata. Cuando estas doce fábricas están en plena actividad, lo cual no ocurre todos los años, emplean cincuenta obreros y ochocientas veinte obreras, que producen diez y seis mil kilogramos de seda, vendida en Lyon como de primera calidad.

Yo visité una de las fábricas de Calamata, cuya organización es de las más sencillas. En la única sala destinada al trabajo, unas cincuenta jóvenes, sentadas en fila y teniendo delante cada una un depósito de agua hirviendo, estaban ocupadas en devanar los capullos. Los molinetes eran movidos por una rueda hidráulica, más fácil de reparar que una máquina de vapor. La seda es, generalmente, de buena calidad, suave, fina y fuerte. Las trabajadoras parecían inteligentes y hábiles, y el dueño de la fábrica nos dijo que aprendían pronto lo que se les enseñaba, pero que era preciso vigilarlas durante el trabajo, pues gustaban mucho de perder el tiempo charlando. Entran á las seis de la mañana y salen á las seis de la tarde, teniendo una hora para la comida.

El gran escollo para toda industria, en Grecia, es la carestía de la mano de obra, y esta causa, unida á las fluctuaciones del precio de los capullos en los mercados de Europa, obliga á veces á suspender los trabajos.

En cuanto á la fabricación de telas de seda, no tiene ninguna importancia en Grecia. En Calamata se hacen tejidos ligeros, de rayas transparentes y mates, y pañuelos ó bandas que se venden en el mismo país. Pero lo primitivo y grosero de los telares y la lentitud del trabajo que de ello resulta no permiten dar estos productos á un precio tan bajo como los similares enviados de Francia ó Inglaterra.

El buque que debía conducirnos á Navarino salía á las tres de la mañana, por lo cual preferimos embarcarnos la noche antes. Al rayar el día nos acercábamos á Corón. A nuestra derecha, en el sitio en que las montañas vuelven hacia el N., y donde comienza la llanura de Mesenia, se halla Petalidi. Allí fué donde los franceses del mariscal Maisondes embarcaron, en 1828, para socorrer á los griegos. Nos acercamos á la costa, cuyos detalles distinguimos fácilmente y que presenta un aspecto árido, desierto y menos grandioso que la costa opuesta del golfo.

No se ven ni bahías ni puertos; pero una punta de la roca, que penetra en el mar, sirve de abrigo contra el viento y forma una rada, abierta ante la pintoresca ciudad de Corón. Viejas casas se levantan sobre un promontorio rocoso y abrup-

to, dominadas por un castillo veneciano y rodeadas de almenados muros, flanqueados por torres.

Desde Corón nos dirigimos siempre hacia el S., hasta el cabo Gallo, cuyas negras rocas marcan el extremo más meridional de la provincia. Volviendo entonces bruscamente al NE., nuestro barco pasa entre la tierra firme y la isla Venético, y no tarda en internarse en el estrecho canal que forman sucesivamente las islas de Cabrera y de Sapienza con la costa árida é ingrata de Pratassa y Modón.

De Modón á Navarino, la costa sube en derechura hacia el N. Nos encontramos en pleno mar Jónico, es decir, expuestos á todos los furores del viento, que, viniendo del fondo del Adriático, se interna en el canal de Otranto y viene á trastornar la superficie del Mediterráneo.

Por fortuna, no es larga la travesía, pues apenas llega á una hora; pero hay más de lo suficiente para conocer todos los horrores de la permanencia á bordo de un barco griego, durante el mal tiempo.

De pronto, la costa, recta, escarpada, sin puertos, se abre bruscamente y penetramos por una estrecha abertura en un verdadero lago rodeado de montañas, abrigado, de la parte del mar, por una línea de grandes rocas cortadas á pico, una de las cuales está horadada de un modo curioso, como una gigantesca puerta, á través de la cual se distingue la alta mar y las velas que huyen, cual gaviotas, ante la tempestad. En el fondo de esta rada, sobre una colina pedregosa, se extienden las blancas casas de Navarino, dominadas por una gran fortaleza.

CAPITULO XVII

NAVARINO, ANDRUSA Y MESENIA

La rada de Navarino tiene unos cuatro kilómetros en todos sentidos y es una de las más hermosas de Europa; pero, á pesar de la larga y estrecha isla de Sfacteria que le protege, como un inmenso rompeolas, el mal tiempo ejerce en ella gran influencia. Por poco violento que sea el viento sur, la mar se pone muy tempestuosa.

Al llegar á la parte norte de la bahía, vimos distintamente sobre la blanca arena del fondo, y gracias á la limpidez y calma del mar, los restos de los navíos egipcios echados á pique en 1827 y cuyos armazones parecen las osamentas de algún gigantesco animal de raza desaparecida. Por medio de un arpón de cuatro brazos, el patrón de nuestra barca logró arrancar un pedazo que yo he guardado religiosamente. Es un trozo de madera, de tal modo ennegrecido y endurecido por su larga permanencia en el agua salada, que parece una piedra negra de densidad extraordinaria.

La batalla naval de Navarino no es de fecha tan remota que no puedan recordarse los hechos que la produjeron y la emoción que causó en Europa: algunos de los que tomaron parte

en ella viven todavía y pueden referir este episodio de la cuestión de Oriente.

En 1827, las potencias europeas habían acabado por reconocer que la independencia de Grecia era una necesidad para su propio reposo. Los periódicos de Francia y de Inglaterra excitaban la opinión pública, acusando á sus gobiernos de lentitud y egoísmo; las tribunas de los parlamentos retemblaban con las calurosas excitaciones á los insurgentes animándolos á sostenerse; algunos banqueros enviaban dinero á aquel pueblo en rebelión, y ya es sabido que los banqueros, poco entusiastas por naturaleza, no hacen préstamos sino á las naciones que creen solventes. El arreglo de la cuestión helénica se imponía, pues, á los gabinetes europeos; pero cada uno quería efectuarlo con arreglo á sus propios intereses: Rusia creando tres estados que debilitando á Turquía no estorbasen la ambición del czar; Inglaterra dejando translucir sus propósitos de un protectorado; Francia sosteniendo la unidad helénica y ofreciendo como soberano del naciente reino, al hijo del duque de Orleans, aquel que llevó después el título de duque de Nemours.

Tranquilizada por la poca inteligencia que reinaba entre las potencias, Turquía respondió con altivez insultante á las preguntas de los embajadores y se negó á todo arreglo. Las tres potencias firmaron entonces el tratado de Londres, en el cual, un artículo secreto, debido á la iniciativa de Francia, estipulaba que se prestaría á los griegos un auxilio efectivo. Las flotas aliadas, bajo el mando del almirante inglés Codrington, cruzaban las costas del Peloponeso con orden de impedir, hasta por la fuerza, el establecimiento de la armada turco-egipcia en Morea. Entonces fué cuando una flota egipcia, compuesta de noventa y dos navíos cargados de hombres y víveres, se presentó en la rada de Navarino. Las tres escuadras aliadas penetraron en ella para vigilar los actos de Ibrahim y obligarle á un armisticio; los egipcios tenían setenta y seis navíos de guerra, de todos tamaños, con dos mil cañones; los aliados no disponían más que de veintisiete navíos con mil doscientos cañones; de los barcos aliados, doce eran ingleses, ocho rusos y los siete restantes franceses, á las órdenes del almirante de Rigny, que había arbolado su pabellón en la fragata *La Sirena*. Por una maniobra de una intrepidez y precisión admirada por todos, el capitán Robert, que mandaba este navío, penetró á velas desplegadas en el paso, y fué á echar el ancla á diez metros de un buque de línea, egipcio.

Por lo demás, ambos bandos se mantenían á la defensiva; la casualidad fué la que determinó la colisión. Un balazo que mató á un oficial inglés, un cañonazo disparado sobre la fragata francesa *La Sirena*, iniciaron la batalla. Ésta fué larga y terrible. Durante tres horas, el teatro de la acción parecía un huracán de fuego. Estos cien navíos, encerrados en un estrecho espacio, confundidos sin distinción de nacionalidades, no eran, por decirlo así, más que un piso movible en el que franceses, ingleses y rusos, á pesar de su inferioridad numérica, arrastrados por el ardor celoso que les inspiraba una antigua rivalidad de gloria, se arrojaron sobre los turcos. No era posible seguir ninguna táctica; cada cual procedía por su cuenta, según su inspiración, y los almirantes se batían como simples capitanes de fragata. A las cinco de la tarde, cuando terminó el combate y el viento dispersó el humo que cubría la rada, se pudo apreciar el completo desastre de la flota turco-egipcia. La bahía estaba llena de los restos de sus navíos. Cincuenta y ocho embarcaciones, veinte de alto bordo, habían sido destrozadas, quemadas ó habían saltado con sus equipajes. De aquella formidable armada no quedaban más que una quincena de bricks en parte abandonados: más de cinco mil hombres habían perecido.

La Grecia estaba salvada. Pero la Turquía, amenazada ya en el Danubio por Rusia, podía sucumbir. Este éxito decisivo, pero imprevisto, estorbaba los cálculos del gobierno británico. El almirante Codrington, embarazado con su victoria y temiendo haber rebasado las instrucciones que llevaba, se excusó con Ibrahim-Pachá, por la libertad que se había tomado incendian-

do su flota. En Londres, el rey, en un mensaje, calificó este acontecimiento de deplorable. Pero las consecuencias de la batalla de Navarino eran inevitables. Se había adelantado ya demasiado para retroceder, y Francia, tomando un papel digno de ella, resolvió prestar á Grecia el doble apoyo de su civilización y de sus armas. El general Maison desembarcó en Corón con catorce mil hombres y obligó á los turcos á evacuar la Morea. El tratado de Andrinópolis, en 1829, ratificó la libertad de los helenos, y, habiendo rehusado Leopoldo, duque de Sajonia-Coburgo, más tarde rey de los belgas, con el espíritu prudente y perspicaz que hizo de él el Néstor de los soberanos europeos; habiendo rehusado, decimos, el trono de Grecia, se le dió á Othon, príncipe de Baviera. Guizot envió á Colletti al joven reino con una constitución. En cuanto á Inglaterra, su diplomacia poco generosa hizo modificar el trazado de fronteras de modo que las provincias griegas más ricas, las que habían sido teatro de hechos más gloriosos, fueron dejadas á Turquía.

Estos recuerdos históricos los evocamos contemplando los restos ennegrecidos de los navíos egipcios, sobre un fondo de arena blanca, bañados por el azulado mar.

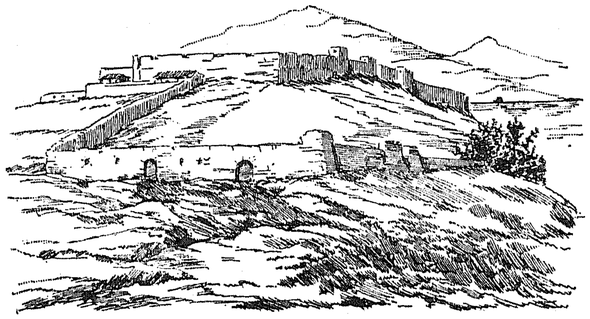
El viento norte que soplaba nos hizo abandonar la rada y nos llevó, en menos de media hora, al Navarino moderno que las nomenclaturas oficiales persisten, sin ninguna razón, en llamar Pylos. El buen sentido popular le llama Neo-Castro, sin duda á causa de la ciudadela que allí hicieron construir los venecianos. En cuanto á la denominación de Navarino, viene evidentemente de *Avarinos*, la vieja ciudad situada al otro lado del puerto, de donde se debió hacer primero Neo-Avarino y por contracción Navarino.

La ciudadela está situada en una explanada que domina la ciudad y la rada.

Hoy sirve de cuartel y especialmente de cárcel, ó, por mejor decir, de presidio. En un gran patio central sin puerta y al cual se desciende por una escalera de hierro, se abren, á los cuatro lados, una serie de nichos enrejados, abovedados y malsanos:

allí es donde se encierra á los condenados. Dos horas cada día los sacan á pasear por el patio, y se los ve á unos sentados, acostados otros y los más paseándose, arrastrando la cadena sujeta al tobillo y á la muñeca y lanzando miradas cínicas ó insolentes, estúpidas ó feroces.

Allí dentro hay unos doscientos cincuenta condenados á penas que varían entre doce y veinte años de trabajos, y casi todos



FORTALEZA DE NAVARINO

por asesinato, pues éste es el crimen que más abunda en Grecia y el que domina en las estadísticas judiciales. En 1860, por cuatrocientos ochenta crímenes cometidos, había doscientos noventa calificados de asesinato ó tentativa de asesinato, bandidaje y heridas. Los asesinatos están, pues, en la proporción de más de un sesenta por ciento, y entre ellos, la tercera parte, son cometidos por motivos políticos. Se distinguen los criminales políticos de los vulgares, en sus fisonomías más francas, más enérgicas y más fieras. Los otros llevan impresa la máscara del vicio ó de la ignorancia y forman con los primeros un contraste sorprendente. ¡Qué curioso estudio se puede hacer en aquellas fisonomías siniestras, en las que las malas pasiones han dejado una huella indeleble! Frentes estrechas y fugitivas, de hiena, ojos sangrientos y sanguinolentos de *bulldog*, mandíbula fuerte y prominente de gorila! Un solo tipo falta: el criminal grueso, de mejillas hinchadas y escamosas, en las cua-

les deposita el vicio su vaso inmundo, este tipo escondido en el fondo más impuro de nuestras sociedades modernas, y que no emerge más que para sentarse en el banquillo de los acusados ó para entregarse en un motín á sus instintos de incendio y de pillaje.

Los prisioneros del presidio de Navarino no están sometidos á ninguna faena. Si el régimen alimenticio es insuficiente y malo, el régimen moral es nulo: los talleres, el trabajo que regenera, son desconocidos. Su única distracción consiste en jugar con los guijarros á un juego del país, ó en bailar la *romaika*, bien por necesidad de movimiento, tal vez por recuerdo de sus montañas, y muy frecuentemente también, cuando visitan el presidio algunos extranjeros, para sacarles algunas monedas. Cuando nos vieron sobre la terraza que domina su departamento, se levantaron formando una línea de doce ó quince y apoyándose en las espaldas. Pusiéronse á bailar, primero lentamente y á media voz, luego se animaron poco á poco, lanzándose hacia adelante por un movimiento brusco y violento. El canto se elevó también, y pronto se convirtió en una especie de rugido. A pesar de sus pesadas cadenas, atadas á las piernas, saltaban como tigres, y las cadenas, al caer sobre el pavimento, producían un ruido siniestro. Hubiérase dicho que eran una banda de salvajes aullando antes de degollar á sus víctimas.

En una celda provista de gran número de rejas y cerrojos, un prisionero miraba el baile, con la cabeza pegada á los barrotes, y cantaba la misma canción que sus compañeros. Estaba condenado á muerte y debía ser ejecutado al día siguiente. Había matado, por un fútil pretexto, á un pariente suyo, en una aldea de Mesenia; luego, hallando en su huída á la mujer del que acababa de asesinar, la había matado, lo mismo que á su hijo, y por un refinamiento de crueldad, bastante raro en Grecia, le había cortado la cabeza, colocándosela sobre el pecho. No le condenaron más que á veinte años de trabajos forzados; pero, estando en el presidio, se le ocurrió, en un acceso de cólera, ahogar á un guardián, y para dar ejemplo había sido sentenciado á muerte.

El comandante de la fortaleza nos previno que la ejecución tendría lugar al día siguiente por la mañana, y que, si deseábamos asistir á ella, nos reservaría los mejores puestos.

Al salir del presidio, vimos aún, en sombríos calabozos, á otros prisioneros y á un pobre loco que se creía Jesucristo. Yo experimento siempre un sentimiento de tristeza, casi de humillación, viendo encerrados á mis semejantes. El espectáculo de esta decadencia de la humanidad es demasiado penoso para nuestro amor propio de hijos de Adán.

Teníamos sed de espectáculos tranquilos y honrados. Al bajar por la ciudad, nos detuvimos á contemplar el formado por los encantadores niños de rubia cabellera que se divertían en la tienda de un tornero, jugando con gatitos grises. Nuestros ojos se posaron con amor en una anciana griega que hilaba bajo un emparrado.

Sin embargo, al día siguiente, y á pesar del firme propósito que habíamos hecho la víspera de no hacer caso de la invitación del comandante de la ciudadela, impulsados por la curiosidad de experimentar sensaciones nuevas, nos encontramos á las cinco de la mañana en la explanada que precede á la puerta de la ciudadela. Yo había visto ya colgar á algunos drusos en Damasco y decapitar á un pobre diablo en Assuan, y, aunque este espectáculo me dejó una impresión muy desagradable, no me disgustaba clasificar la guillotina entre mis recuerdos de viaje. En todo caso, estaba bien seguro de que no me inspiraría lástima la suerte del miserable bandido que iba á sufrir el suplicio. Unos doscientos espectadores, entre los cuales no se veía ni una mujer, estaban agrupados en las vertientes del terreno, detrás de un cordón de soldados que rodeaban la plataforma.

El verdugo y sus ayudantes eran condenados, cuya pena había sido conmutada. Muy pronto apareció el reo, pálido y arrojando á derecha é izquierda miradas que quería hacer

arrogantes, pero cuya febril movilidad atestiguaba una emoción violenta. No tenía las manos atadas: la ley griega, en su respeto por la libertad individual, ha querido que aun el criminal fuese libre hasta la muerte. Así sucede, de cada diez veces nueve, que el condenado, llevado por el instinto de conservación, emprende una lucha desesperada con el verdugo.

Este espectáculo no faltó, ciertamente, esta vez. En el momento en que el ejecutor de la justicia le cogió por el brazo para hacerle franquear los tres escalones de la plataforma, el condenado se echó bruscamente hacia atrás, á pesar del dique que le oponían cuatro hombres que se arrojaron sobre él. En su loca rabia, estuvo á punto de estrangular á uno de los ayudantes y cortó un dedo á otro. Los soldados cruzaron la bayoneta, prontos á clavarle en el suelo si intentaba escaparse. El verdugo, no logrando dominarle, sacó de su cinturón de cuero un cuchillo delgado y afilado é hirió con él al sentenciado en la espalda y en las piernas. El miserable, abatido por el dolor y la pérdida de sangre, acabó por abandonarse á su suerte. Entonces el verdugo, cogiéndole por los cabellos, le colocó bajo la cuchilla, que descendió entre sus enmohecidas ranuras.

¿Cuál de nosotros podría afirmar que en aquel momento no volvió la cabeza?

Al marcharnos, oimos los gritos de los espectadores que insultaban al verdugo. ¿Es por tradición, por desprecio hacia un bandido que para rescatar su vida se ha prestado á matar á sus antiguos compañeros? ¿Es acaso porque los que le insultan no están muy seguros de no tener que caer entre sus manos?

Al salir de Navarino para marchar á Andrusa y Mesena, subimos las laderas de la montaña que domina la ciudad. Anduvimos algunas leguas por el bosque de Kumbes, cuyas encinas alcanzan proporciones colosales y recuerdan, por sus masas acentuadas y vigorosas, los magistrales cuadros de Antonio Waterloo ó de Everdingen.

Al salir del bosque nos encontramos sobre una altura desde la cual la vista abarca la llanura de Mesenia y el golfo de Corón; á lo lejos, Calamata; á nuestra derecha, Nisi; más cerca de nosotros, Andrussa, ciudad construída por los venecianos, arruinada por los turcos y cuyo viejo y vacilante castillo domina algunas casas nuevas. Enormes cactos bordean el camino y los jardines. En la llanura serpentea el Pamisso, entre una vegetación exuberante.

Desgraciadamente, la fiebre reina aquí como en tantas otras regiones de Grecia. A medida que el sol caminaba hacia su ocaso, una bruma cálida y malsana rodeaba la llanura y se veía brillar aquí y allá, entre las plantaciones, las charcas de agua dejadas por el río, después de las grandes crecidas de la primavera. Lo mismo debe haber sucedido en todo tiempo, pues la palabra Calamata se deriva de *kalamai*, que significa pantanos.

Los habitantes, como todos los de los valles bajos, como todos los pueblos cálidos, como los árabes y los italianos, sufren la influencia de este clima que actúa sobre el hígado y predispone á la tristeza. Los meridionales son serios; es muy raro ver reir á un griego, y todos tienen un tinte más ó menos amarillento. La jovialidad franca y ruidosa hay que ir á buscarla bajo el sombrío cielo del Norte; los rostros frescos se han de buscar bajo las nubes grises de la Holanda.

Mientras arreglan nuestros lechos y preparan nuestra comida, asistimos al almuerzo de la familia en cuya casa nos hospedábamos. El alimento de los campesinos griegos consiste casi exclusivamente en maíz y legumbres, excepto en los días de fiesta, en los cuales se permiten matar un cordero. Con el maíz hacen un pan pesado é indigesto y una especie de torta que comen caliente, recién sacada del horno. Prefieren este manjar á cualquier otro, indudablemente por la poderosa razón de que sólo cuesta algunos *leptas* (moneda del país) para toda una familia. Además, la mayoría no lo comen más que una vez al día.

Al día siguiente recorrimos la llanura de O. á E., con el fin de visitar las llanuras de Thuria. Los naranjos y los gra-

nados forman vegetaciones protegidas por enormes áloes; de cuando en cuando, en los repliegues del terreno crecen plátanos cuya sombra cobija un determinado espacio haciéndole comparable á un fresco oasis. Aquí y allá, por encima de la verdura de las plantaciones, aparecen los tejados rojizos de algunas aldeas. Pasando por un puente de madera, al otro lado del Pamisso, atravesamos un verdadero bosque de olivares. El camino está lleno de guijarros, y por encima de nuestras cabezas se extienden las ramas espinosas, cubiertas de flores rojizas, de enormes cactos.

Una gran parte de la Mesenia es propiedad nacional y está dividida de una manera bastante arbitraria. Se hacen con tanta frecuencia leyes nuevas, que los molineros ó concesionarios no saben nunca á qué atenerse. De esta manera el agricultor progresa muy poco, á pesar de la fertilidad del terreno. Los ministros, que se suceden con sorprendente rapidez, no hacen nada por animar el progreso en este sentido. Y, sin embargo, ¡cuán numerosas son en este país las fuentes de riqueza! Los olivares más jóvenes y más vigorosos que los troncos venerables de los árboles de Ática proporcionan un aceite fino de primera calidad; las moreras dan una hoja ancha y sedosa; los naranjos pueden competir en tamaño con los de Creta, y en calidad con los de Poros. Si el vino no tiene gran reputación, á pesar de la excelencia de la uva, es porque la fabricación está atrasada y no se ha hecho nada por perfeccionarla. Si los productos de esta provincia no se hallan en todos los mercados, es porque faltan las vías de comunicación y porque la administración, tomando ejemplo de la central, no sabe ni ayudar ni dirigir. El empleado, cuyo sueldo es ínfimo y que no adelanta más que ayudando al Gobierno para que obtenga el éxito en las elecciones, considera como cosas secundarias la inteligencia, el celo y la integridad. La mala administración y las malas leyes, ó, por mejor decir, la mala aplicación que de ellas se hace, son el principal obstáculo para el progreso. No hay agricultor que pueda resistir mucho tiempo un código como el que rige la cobranza

de las contribuciones anuales, y, aunque hubiera un código muy perfecto y razonable, no sería practicable con los empleados de la administración actual. ¿Qué no se haría, sin embargo, si dejaran de existir esas abrumadoras trabas? El instrumento de trabajo es á la vez fuerte y flexible. El pueblo mesenio, en general, es sencillo, perseverante y dotado de gran resistencia para las faenas manuales. Vive con poco y gasta poco.

En los alrededores de la aldea de Ridima, el cultivo está más abandonado, y los riegos no son tan frecuentes, á pesar de que hay numerosas fuentes que salen de las rocas y van á alimentar el Pamisso.

Ante nosotros se dibuja el monte de Itoma y de Eva, ceñido por una magnífica vegetación que da un carácter de grandeza á sus escarpadas laderas. Le dimos la vuelta por el S., subiendo por pendientes llenas de piedras, hasta el convento llamado *La Panagia de Vulcano*, que de lejos tiene un aspecto semejante al de una fortaleza.

Los monjes nos acogieron con su acostumbrada cortesía, y echamos pie á tierra en un patio pavimentado, cuyo centro lo ocupaba la iglesia. A los tres lados hay dos pisos con una galería, en la cual se hallan las celdas. El tercer lado está formado por un muro de defensa. Todo el convento está situado sobre una especie de terraza abierta en la roca y cubierta de ladrillos. Debajo, una explanada, sombreada por plátanos, forma el jardín, junto al cementerio, en el que las tumbas, como las de los cementerios turcos, están cobijadas por seculares cipreses. Abriendo la ventana de nuestra celda, abarcamos de una sola ojeada la inmensa y magnífica llanura de la Mesenia, las montañas de Arcadia á la izquierda, enfrente y hacia la derecha, la cadena del Taigeto y el golfo de Corón, que termina, con un horizonte sin fin, este magnífico cuadro.

Por la mañana, al rayar el alba, mientras una campana llamaba á los monjes al oficio de primera hora, ascendimos por las rápidas pendientes del monte Eva, y nos encontramos de pronto ante un resto de murallas antiguas: era una de las puer-

tas de Mesena. A nuestros pies se extiende un ancho valle en forma de circo, cubierto de plantas y de olivares y encerrado entre las rocas á pico de los montes Eva, Itoma y Psoriari. Este es el emplazamiento de la antigua ciudad, cuyas murallas, aun visibles y admirablemente conservadas, especialmente en la parte norte, tienen más de seis kilómetros de circunferencia.

A corta distancia de este sitio se halla un convento arruinado, que el monje que nos acompaña llama el *Catolicón* y que antes era el convento principal, pero hoy se encuentra por completo abandonado.

La iglesia está descuidada, y las pinturas, bastante groseras por lo demás, sucias y enmohecidas. Una sola llamó mi atención por su originalidad. Representa un ángel que vigila con una severidad solemne el peso de las almas: singular mezcla de creencias cristianas y de viejas tradiciones paganas, que recuerdan las ilustraciones del rito funeral egipcio, trazadas en los papiros sagrados ó grabadas sobre granito en los templos hace tres mil años, representaciones curiosas del juicio final en las que se ve al dios Toth ante el tribunal de Osiris, registrando los actos del difunto, mientras que Anubis preside el peso de las almas en una gran balanza coronada por una cabeza de cinocéfalo.

Al rededor del convento se encuentran porciones de murallas, de las cuales hay muchas que forman polígonos y que datan probablemente de la primera acrópolis de los mesenios. Los basamentos de piedras helénicas marcan el sitio ocupado antes por el famoso templo de Júpiter, cuya plataforma domina al E. y al N. un precipicio profundo é inaccesible y que ofrece un interés á la vez potente y melancólico, por haber sido el centro de las esperanzas, de las luchas, de los sacrificios y de la restauración de esa rama desdichada de la raza doria. El fué el teatro de los primeros oráculos y de las ceremonias primitivas, de los ritos secretos, de las consagraciones misteriosas. Aquí es donde encontramos el primer servicio religioso de este pueblo,

como en la acrópolis de Atenas y en las de Corinto, Tebas y Esparta. El Temenos, es decir, altar al aire libre, es á Mesenia lo que tenían la pretensión de ser el Partenón, el Chalkoikos y el Cadmeion. Allí fué donde los mesenios resistieron diez años á los espartanos, y allí donde fueron enterradas aquellas tablas misteriosas, en las cuales estaban escritos los destinos futuros del pueblo oprimido y desterrado, y destinos que debían realizarse si aquéllas se guardaban fielmente durante un período de cautividad. Epaminondas fué quien las encontró.

Allí fué, finalmente, donde se realizaron esos acontecimientos cuyo carácter romántico los hacen más semejantes á una balada de Schiller que á una página de la historia griega.

Para visitar las murallas que protegían la ciudad de Mesenia por la parte norte, nos vemos obligados á volver á bajar hasta la miserable aldea de Mavromati, pues el Itomo ofrece solamente paso practicable por este lado. Por cualquier otra parte, sillares de puntiagudas rocas rodean esta vasta cavidad como las paredes de un cráter. ¿Es á esto ó á la vaga tradición de alguna convulsión geológica á lo que debe esta montaña su nombre actual de Vurkano, corrupción evidente de Vulcano?

Del caserío de Mavromati conduce un sendero, á través de campos de trigo y de olivares, hasta la muralla que rodeaba la ciudad por la parte norte. Las murallas de Mesena, de las cuales había querido hacer Epaminondas una especie de vasto campo atrincherado, causaron la admiración de sus contemporáneos y de las generaciones siguientes.

De regreso al convento de Vurkano, visitamos la iglesia, adornada con frescos en el interior, y cuyas dos puertas exteriores están decoradas con flores de lis.

Después de la cena, en la que figuraba un jarro de miel digna de la del monte Himeto, el *higumeno* (prior) nos condujo á nuestras celdas, excusándose de que la pobreza del convento y la condición miserable en que le dejaba el gobierno no le permitiese ofrecer una hospitalidad más cómoda.

Todo estaba tranquilo en torno nuestro, menos en la celda

vecina, ocupada por un hermano del convento, y de la que oía yo salir gemidos ahogados, mezclados de oraciones y citas bíblicas. Estas quejas sordas y monótonas concluyeron por impacientarme de tal manera que me levanté para ir á invitar al monje á ser más discreto en sus invocaciones. La puerta de su celda estaba entreabierta, y una lámpara de bronce, de estilo antiguo y humeante mecha, iluminaba con vaguedad el interior. Entonces ví á un monje joven aún, de elevada estatura y vestido con una larga túnica oscura, apoyado contra la pared, donde había pintada una gran cruz negra. Tenía los pies juntos; los brazos, levantados en la actitud del Cristo; la cabeza, elevada hacia el cielo y rodeada, como de una aureola, por los largos cabellos rubios que le caían hasta los hombros; los ojos, anegados en vago éxtasis; permanecía inmóvil, y su entreabierta boca dejaba escapar profundos suspiros y cortadas palabras, de las que no pude comprender más que las siguientes:

—¡Crucificadme, Señor, y haced que sufra mil muertes para redimirme!

Su hermoso rostro pálido, iluminado por la temblorosa luz de la lámpara, las grandes sombras proyectadas sobre el muro, todo contribuía á aumentar la rareza del espectáculo.

No quise turbar á aquel asceta, digno de la Edad Media, en el cumplimiento de su penitencia, acaso de un voto, y me retiré tan suavemente como había ido: los gemidos cesaron pronto y una calma profunda reinó en el convento. La luna iluminaba el silencioso valle; las montañas parecían como envueltas en un ligero vapor y desleídas en un tono de una dulzura infinita, de una transparencia misteriosa; embalsamados efluvios subían de los jardines que rodean el convento, y en los cipreses un autillo dejaba oir, á intervalos regulares, un pequeño grito casi tan dulce y suave como el roce de las alas de las mariposas nocturnas que pasaban junto á mí. Cerré la madera que tapaba la ventana y me entregué al sueño.

CAPITULO XVIII

LAS ÚLTIMAS EXCURSIONES

Nos ponemos en marcha antes de la aurora; pronto desaparecen de nuestra vista la cúpula roja y los sombríos cipreses del convento de Vurkano, y desembocamos en la llanura de Steniclaros, encerrada entre las montañas de la Laconia y la Arcadia, y de cuya antigua y renombrada fertilidad sólo dan testimonio algunos campos cultivados, algunos olivares en torno de la aldea de Balsi y algunos pastos en las márgenes del perezoso y tortuoso río, bien llamado Mavrozumenos, es decir, *líquido negro en fermentación*. Este río, el antiguo Balira, corre entre márgenes perpendiculares de quince metros de altura, abiertas en un terreno negro que forma el fondo de esta vasta cuenca, antiguo lago desecado. La espesa capa de aluviones, en la que no se halla una sola piedra, recuerda el humus craso y fértil que deposita el Nilo en sus orillas, á cada inundación, y que le ha valido su celebridad histórica.

Llegamos en media hora á la confluencia del Mavrozumenos con el Leukasia, que se atraviesa por un curioso puente dividido en tres ramales. Sobre la pendiente de un promontorio que avanza en el valle, cerca del caserío de Gardiki, levántase una

vieja torre, resto de un castillo feudal. Después de haber franqueado el puente, atravesamos una llanura surcada por canales de riego, cuya agua corre con más frecuencia por el camino, á causa del modo arbitrario con que los habitantes fijan los límites y los hacen variar según su conveniencia, sin respeto á las vías, á los derechos del vecino, ni, sobre todo, á los del público. Estas tierras son bienes nacionales y pertenecen al Gobierno, que las arrienda ó las explota. Sin embargo, están mejor cultivadas que las de otras provincias griegas, gracias á su natural fertilidad. Los principales productos consisten en trigo, maíz, higos y moras, hermosos y abundantes todos.

Pasada la aldea de Meligala (miel y leche), comenzamos á subir á través del monte, franqueando una serie de gargantas cubiertas de vegetación. Volvemos á bajar y á subir á través de barrancos y quebradas rocas hasta donde se realiza la separación de las aguas, que corren, de un lado, hacia el N., por el valle del Neda, y del otro hacia el S., por el del Mavrozumenos.

La bajada se efectúa á través de un verdadero bosque de enormes robles. Llegamos, al fin, al puente de cinco arcos que atraviesa el Alfeo al pie de la roca de Karitena. Por encima de nosotros, la ciudad, instalada sobre las dos vertientes de una escarpada colina, se presenta del modo más pintoresco, con su imponente castillo feudal, que corona una roca elevada y que rodean profundos precipicios. Este castillo pertenecía ,á principios del siglo presente, á Colocotroni, uno de los héroes de la guerra de la independencia griega.

Bajando por el lado del valle del Neda, atravesamos el Alfeo y subimos las pendientes del monte Liceo, dejando á nuestra izquierda la aldea de Karyæs (pueblo de las nueces), cuyas casas quedan ocultas por nogales enormes.

Cerca de allí, y desde un sitio elevado, descubrimos de un golpe casi todas las montañas del Peloponeso, desde el Eurimanto, al N., hasta el Taigeto, al S. En la cumbre del Liceo, que es como el centro de la Arcadia, se hallan el emplazamiento de un antiguo hipódromo, donde se celebraban los juegos liceicos,

y los restos de un templo consagrado tal vez al dios Pan. Sin entretenernos mucho, á causa del fuerte viento que soplaba, costeamos las alturas que rodean las fuentes del Neda y lo separan del valle del Alfeo.

El sendero que seguimos se hace cada vez más impracticable, y parece, sin exageración, precipitarse en el abismo. Echamos pie á tierra, dejando á nuestras monturas abrirse camino á través de las malezas. Las rocas, cubiertas de yedra y de musgo húmedo, hacen la marcha difícil, y ciertos sitios, demasiado perpendiculares, son realmente peligrosos.

Tras de muchas fatigas y emociones, llegamos al caserío de Drima, que domina el profundo barranco del Neda. Más arriba del pueblo, las montañas se aproximan y forman un desfiladero salvaje y estrecho, por el cual se abre paso el río, en espumosas cascadas. Cerca de allí, un torrente se precipita en el Neda desde una altura considerable, formando tres cascadas sucesivas, que se entrevén á través de los hermosos árboles que cubren las laderas del barranco: encinas, plátanos, lentiscos é higueras salvajes de dimensiones desconocidas en los demás países de Europa. Hay un sitio en que la roca, abierta á pico, cierra completamente el barranco, formando como el dintel gigantesco de un inmenso depósito, en el que penetra el Neda con estrépito formidable. Algo más abajo, en el fondo de una gruta y en un pozo natural, se oye al torrente que muge de un modo sordo, á veinte metros por debajo del suelo.

El fondo del precipicio no llega á tener diez metros de ancho, y á cada lado se levantan altas murallas de rocas. El sol no penetra jamás en aquel sitio, donde reina el sombrío día de que habla Dante al describir la entrada del infierno. La roca, que ha vencido al torrente, se detiene bruscamente, y, á veinte metros por debajo, reaparece el Neda, más estrecho que nunca, para pasar bajo un arco natural de seis á siete metros de abertura, y desaparecer, dando un nuevo rodeo, en una garganta todavía más estrecha é inaccesible. No hay ningún paraje en Suiza tan pintoresco como esta parte de la Arcadia.

El valle va poco á poco ensanchándose hacia el mar y es siempre verde, cubierto de arbolado y surcado por manantiales que forman aquí y allí pequeñas cascadas. En los valles secundarios, algunos campos cultivados forman manchas claras sobre el fondo sombrío de los bosques y las ruedas de los molinos cantan alegremente.

Tras muchos rodeos y sinuosidades, el Neda va á desaguar al mar en un sitio en que la costa se hiende ligeramente formando el golfo de Arcadia. Un puente de piedra de un solo arco lo franquea, en su embocadura, cerca del pequeño Kani de Burzi, verdadero nombre moderno del río.

Siguiendo la costa hacia el N., se atraviesa una llanura arenosa, plantada de pinos y cubierta de juncos. Cerca del pueblo de Strobitzi, al pie de las montañas de Triflio, extensos pantanos, infestados de mosquitos, están sembrados de verdes islotes, especie de oasis, donde viven algunas familias de pescadores.

Á lo lejos, se ve Arcadia, cuyos tejados rojos brillan á través de la verdura, y cuyas casas, escalonadas al pie de la montaña y rodeadas de cipreses y naranjos, producen el más agradable efecto. Frente á nosotros se halla el inmenso mar, de esplendoroso azul con gradaciones infinitas, y en el horizonte se distingue apenas un perfil de color violeta pálido: es la isla de Zante, la *La Flor de Levante*, como se la llama con justicia.

Al regreso de la expedición, franqueamos la cadena de montaña de Tetragi, que nos separa del valle del Neda. Bajamos casi verticalmente por uno de los senderos más peligrosos que he encontrado en Grecia, hasta el fondo del desfiladero, tan prodigiosamente encajonado, donde surge el torrente. Después de pasar el pueblo de Drima, atravesamos el Neda por un estrecho puente. La subida por el otro lado es más practicable, pues á lo menos hay algo parecido á un camino, que serpentea á través de las malezas. En media hora llegamos á una especie de terraplén, que limitan, de un lado, un precipicio, y del otro,

altas rocas cortadas á pico. Una última cuesta, más áspera aún que las otras, nos lleva en ascenso al caserío de Paulitza, rodeado de bien regados jardines. Aquí y allá, grandes piedras talladas indican el emplazamiento de la antigua ciudad de Figalea.

Hombres y mujeres, reunidos en grupo en torno nuestro, nos lanzaban miradas recelosas y malévolas, y permanecían inmóviles, sin ayudar á nuestros agoyates, como lo hacen de ordinario los griegos á quienes se les pide hospitalidad. Hícelo así observar en voz alta, y Alejandro me dijo:

—Éstos no son griegos, sino albaneses... ¡Mala raza!

En efecto: diferían esencialmente de los campesinos arcadios que hasta entonces habíamos visto, así en el traje como en la fisonomía, en la estatura, en el color de la tez y en los modales. Hombres y mujeres eran vigorosos, de miembros robustos y bien proporcionados. Los hombres llevaban la fustanela, no como una blusa, plegada y ajustada al talle, sino á modo de túnica sujeta por un ancho cinturón de lana ó de cuero. En torno del gorro se arrollaba un pequeño turbante. Aquél era el traje de la provincia de Janina y de los montes Mitsikeli.

Las interesantes ruinas del templo de Bassæ están situadas en el monte Cotilio, á tres horas de Figalea, y era preciso que nos apresurásemos para visitarlas y llegar antes de la noche al pueblo de Andritzena, á donde debían ir nuestros equipajes por un camino más recto.

Al salir de Paulitza, seguimos un sendero apenas trazado entre malezas y bosquecillos de todas clases y matices, y cortado á trechos por arroyuelos que caen en cascada de lo alto de los precipicios. Á través de los claros, se distingue el azul oscuro de las cimas que nos dominan.

Pasado el caserío de Dragogé, cortado en dos por un torrente que se atraviesa por un puentecillo que sombrean hermosos plátanos, nos extraviamos en medio de unos campos de maíz, donde el sendero parece perderse y acabar. Alejandro busca, sondea los matorrales, pero en vano. Afirma que hacía dos

años el sendero seguía por allí y que no entiende cómo ha desaparecido. A fuerza de correr, subir y bajar, encontramos á dos aldeanos y les decimos:

—¿Qué se ha hecho el camino? ¿Lo han robado?

Los interpelados nos dan la explicación con el aire más natural del mundo. El camino había existido, pero ellos, necesitando ensanchar su campo, lo habían sembrado de maíz.

—Siendo éste un terreno de la nación, nos pertenece lo mismo que á los demás,—añadieron.

Y se quedaron tan satisfechos.

Hubimos de abrirnos paso á través de las encinas que cubren las laderas de la montaña, y, después de una subida en rápida pendiente, llegamos, al fin, á la cumbre, hallándonos frente al templo, cuyas columnas, aun en pie, en aquel lugar agreste, hacen el efecto más pintoresco que imaginarse pueda. El templo de Bassæ fué levantado hacia la olimpíada ochenta y seis, por los habitantes de Figalea en honor de Apolo *Epikurios* (El Protector), que los había preservado ó librado de una epidemia, siendo confiada su construcción al arquitecto más célebre, al mismo Ictino, que acababa de terminar el Partenón. El monumento de Bassæ ha sido descrito tantas veces y tan minuciosamente que sería ocioso repetir lo que tan bien dicho ha sido por Bocher, Stackelberg, Cockerell, Lebas y Lebonteux.

Mientras estudiábamos las ruinas bajo todos sus aspectos, el cielo se ponía amenazador. Formábase una tempestad detrás del monte Tetragi, y los agoyates movían la cabeza con aire poco tranquilizador. Era preciso apresurarse.

Al dejar á Bassæ, bajamos una pendiente rocosa para llegar al camino de Andritzena. La rica vegetación del valle del Neda ha desaparecido: ya no hay más que algunos endebles arbolillos, doblados por las tempestades de estío é invierno. Algunos robles enanos vegetan trabajosamente en las rocas. Sobre el áspero suelo formado de silex despuntan enormes masas de color gris hierro, que hacen tropezar á cada paso.

Tras una hora de penosa marcha, entramos en un valle verde y cubierto de arbolado que ofrece, á cada vuelta, las perspectivas más variadas. A derecha é izquierda, vallecillos ignorados se ocultan bajo una vegetación de copudos arbustos, lentiscos, laureles y mirtos, y de espesos grupos de robles y plátanos, cuya verdura destaca sobre la más sombría de los abetos. Por encima, las colinas cubiertas de pastos y las altas cumbres del Peloponeso forman á aquel cuadro, verdaderamente arcádico, un marco magnífico. La humedad, dejada por las recientes tempestades, se elevaba en el valle como un velo de ligera bruma que disfumaba los fondos, dulcificaba las líneas y acusaba los planos.

Seguimos el valle por un camino que serpentea á la mitad de la altura de las colinas, y al llegar á un bosquecillo, donde hicimos levantarse algunas bandadas de perdices rojas, distinguimos frente á nosotros, en la ladera de una colina, los campanarios y los rojos tejados de Andritzena, mezclados de grupos de cipreses y medio ocultos bajo masas de verdura, de un matiz más fresco y risueño.

La población de Andritzena pasa, justa ó injustamente, por poco hospitalaria; pero, gracias á la influencia que tienen aún las cartas del Gobierno entregadas por los gendarmes, y también á la presencia del diputado de la provincia, á quien conocíamos, no tuvimos que quejarnos, ni de lo confortable de nuestro alojamiento, ni de la cortesía de nuestros huéspedes. Durante la comida, nuestra patrona, que poseía numerosas plantaciones de viñas de Corinto en las cercanías, animó la conversación con relatos de los viajes que había hecho, en su juventud, á Corfú y á Zante.

Pasósenos el tiempo en interesantes diálogos, pero llegó la hora del descanso, y ya nos levantábamos, cuando nuestra patrona nos hizo signo de esperar un instante. Dió dos palmadas y entró una criada llevando en una fuente confituras de rosas y agua fresca aromatizada con algunas gotas de limón dulce. Esta atención, puramente oriental, terminó la velada.

Al día siguiente, á las cuatro de la mañana, nos despertó el toque de las campanas que anunciaban la fiesta de San Espiridion. Apenas se hizo de día, levantéme y me dirigí hacia la iglesia principal, situada en la parte alta del pueblo. Hallábase ya llena de gente, y, en una capilla muy bien iluminada, un papa, en hábitos sacerdotales, tejidos de lino y oro, daba á besar á los fieles la ennegrecida imagen de un santo, cuya larga mano, así como sus informes facciones rodeadas de un círculo negro, revelaban su origen bizantino. Junto al papa se hallaba un monaguillo con un cepillo en la mano, el cual metía bajo la nariz de cada devoto ó devota, después de cada genuflexión.

La multitud aumentaba y éranos imposible continuar allí. Salimos. Los campesinos de todas las aldeas de los alrededores iban á cumplir sus deberes con San Espiridion y á divertirse luego en las tabernas de la población. Interrogué á varios, por mediación de Alejandro, sobre sus cultivos, sus rebaños y las elecciones que se aproximaban. Uno de ellos nos interesó con el relato de su precaria situación: su mujer se hallaba enferma, se le habían muerto dos cabras y se le había perdido la cosecha de aceituna. Presentéle una moneda, pero no la tomó en seguida y miró á todas partes con inquietud. Creí, al principio, que era orgulloso; mas, al fin, tendió la mano y con rápido ademán hizo desaparecer la moneda en un pliegue de su cinturón.

Alejandro, adelantándose á satisfacer mi curiosidad, dijo:

—Ese pobre diablo temía que se advirtiese que recibía plata. Tenía miedo del paredra, del perceptor, de todos los que son algo, chicos ó grandes pues por una dracma que ha recibido se le sacarían tres ó cuatro, acusándole de atenuar la importancia del regalo. Aquí nadie está tranquilo y seguro sino cuando el partido por quien ha votado se halla en el poder. Verdad es que hay gentes que sirven á todos los partidos á la vez, y á fe que lo entienden, pues sólo ellos no tienen nada que temer, ni de los paredras, ni de los demarcas, ni de los colectores de impuestos.

Entretanto, el jefe de los agoyates vino á avisarnos que los equipajes estaban cargados, ensillados los caballos y que sólo á nosotros se esperaba para partir. A la noche debíamos estar en Olimpia.

Á nuestra derecha, montañas cubiertas de plátanos y robles y bajando gradualmente hacia el N.; en el valle, á través de un laberinto de malezas y arbustos, el río corriendo perezosamente y rodeando con sus azules aguas grandes islas de blanca arena; en la margen opuesta, colinas cubiertas de arbolado, escalonadas hasta el límite del horizonte: tal es el valle del Alfeo, que debíamos seguir durante todo el día. De vez en cuando, rápidos arroyuelos atravesaban el sendero y abrían hoyos en la tierra roja de los bosques; pero en ninguna parte se veían huellas de cultivo, ni habitaciones. Allí, como en tantos otros sitios de Grecia, á pesar de la riqueza del suelo y de la dulzura del clima, la fiebre ha arrojado al hombre, que, sin embargo, con un poco de energía, podría vencerla y cultivar el magnífico valle. Tras de algunas horas de camino á través de un verdadero parque inglés, subimos una colina desde donde nuestras miradas se extienden por una vasta llanura sembrada de macilentos árboles y en la que el Alfeo se traza un sinuoso lecho. Hacia el centro, en el sitio donde el río se desvía, ciñendo una ancha extensión de terreno, alzábase la famosa ciudad de Olimpia, de cuyos fausto y esplendor antiguos sólo quedan algunos trozos de columnas, sepultados bajo las malezas, en una excavación abierta por los franceses en 1829. Los aluviones recubren todo cuanto pudo escapar á los bárbaros, que destruían por el placer de destruir, y á los generales romanos, que saqueaban para arreglar sus palacios, ó para revender á buen precio á los aficionados. Inténtanse de vez en cuando nuevas excavaciones, y acaso se hallarán algunos frisos rotos ó algunas estatuas mutiladas, en el fondo del Alfeo; pero, sin duda, ha desaparecido para siempre el famoso Júpiter Olímpico, en el que el oro, el marfil, el mármol y el ébano formaban una armonía completamente asiática.

Al dejar Olimpia, debíamos atravesar una de las partes más salvajes del Peloponeso, el Erimanto, donde Hércules perseguía á los jabalíes. Raras veces he visto un laberinto semejante, de montañas y barrancos. Las escarpadas pendientes están cubiertas de sombríos bosques que dominan grandes murallas de rocas rojizas con manchas grises. En el fondo se distinguen valles; apretados en el lecho de un torrente, casi en seco, vense enormes plátanos de plateado tronco, cuyas raíces se enroscan en torno de los peñascos desprendidos de las cumbres.

Á los bosques más salvajes y que presentan las perspectivas más variadas suceden los más lúgubres valles, en los que algunos macilentos pinos apenas ostentan algunas hojas Pese á tales contrastes, el hastío se apoderaba de nosotros y ansiábanos ver de nuevo el mar, ese camino real de las naciones que había de volvernos á la civilización.

El miserable aspecto del pueblo de Kalavrita, donde hubimos de pasar la noche, era poco á propósito para hacernos cambiar de opinión. Calles llenas de polvo y obstruídas por montones de piedras, un bazar sucio y sombrío, una iglesia ruinosa, alrededores malsanos: tal es aquel lugar, rodeado por un pantano al pie de una montaña pelada y árida. En esta inmensa pared calcárea se abren tres grandes grutas superpuestas, cerradas por un muro de 60 metros de longitud y 30 de altura, con nueve hileras de ventanas irregulares, que le asemejan á una colmena. Al norte de Kalavrita, en un valle triste y severo, se halla el famoso monasterio de Megaspilion, el más antiguo é importante de Grecia, y que, sin embargo, no corresponde á su fama. En él pasamos la noche, y al día siguiente, de madrugada, le abandonamos.

Mientras bajábamos la escarpada roca, las campanas fueron echadas á vuelo, despidiéndonos tan alegremente como nos habían recibido. El camino es detestable, pues sigue en línea recta por las subidas, en vez de rodearlas, y se precipita en los barrancos, en vez de evitarlos. Durante cuatro horas, nos

perdimos en inextricable laberinto de montañas. Á cada vuelta creíamos haber llegado al término de la jornada, y siempre se levantaban ante nosotros un nuevo pico ó una nueva cresta.

Al fin, parecieron abrirse las montañas. Hízose de repente ante nosotros un gran vacío, y á través de los árboles distinguimos un resplandor acerado: era el golfo de Corinto. Más lejos, envuelta en un vapor azulado, se levantaba toda la cordillera del Parnaso, cubierta de nieve.

Bajamos, por último, á la llanura, que fué en otro tiempo la Acaya, llanura estrecha que no es en ocasiones más que una playa encerrada entre el mar y la montaña, terreno de aluvión cubierto de laureles-rosas en plena vegetación, sembrado de grandes charcas de agua y sombreado á trechos por espesos bosquecillos de verdes árboles. Si se exceptúa á algunos viñedos, escaseaban los cultivos y mucho más las casas.

Después de varios rodeos para evitar las hondonadas, ó buscar vados en el lecho de los torrentes que atraviesan la llanura, vimos, al fin, ante nosotros, al NO. y sobre una ligera elevación, una línea de casas blancas: era Vostitza, la última etapa de nuestro largo viaje.

Arreglamos cuentas con los agoyates, que volvían á Calamata, y cuya fidelidad, celo y buen humor no se habían desmentido un solo día. Estas buenas gentes quisieron acompañarnos hasta el buque, y, en el momento en que abandonamos la rada, agitaron sus gorros en señal de despedida.

Al día siguiente nos hallamos en Atenas, y pocos meses después abandonaba yo definitivamente la Grecia, dirigiéndome en un buque á Constantinopla. El sol, á punto de desaparecer detrás del Citerón, doraba todavía las columnas del Partenón; luego la Acrópolis desapareció en la bruma gris de la noche, y la sombra continuó subiendo é invadió poco á poco las pendientes del Himeto. Pronto sólo fué visible en la cumbre un resplandor rosado que se desvaneció súbitamente. La mar estaba tranquila, y una brisa suave y templada impulsaba dulcemente hacia el puerto tres grandes barcas en retraso. A la pá-

lida luz del crepúsculo, distinguía yo aún la sombría costa, todos aquellos famosos picos que rodean el golfo de Atenas, y, más lejos todavía, las cumbres de aquellas montañas que había recorrido tantas veces.

Repasaba en mis recuerdos aquellos largos días de viaje por los bosques ó por sombríos desfiladeros; aquellas paradas en las luminosas cumbres ó en los perdidos caseríos. Volví á ver todos aquellos rostros que había encontrado en mi camino, afables y hospitalarios; rudos, pero francos rostros de agraciadas jóvenes, rostros varoniles y simpáticos; y me decía que, si no se aprecia al pueblo griego como se merece, es porque no es conocido de todos los que han querido hablar de él; pero que quienes han viajado por sus provincias, penetrado en su interior y conocido su existencia, olvidan, sin duda, sus defectos, para no recordar más que su carácter vivo y franco, su cordialidad, su sencillez y sus virtudes domésticas.

Queda entonces la impresión de que este pueblo, lleno de buen sentido y de ingenio, sobrio y valeroso, de honradas costumbres, altivo é inteligente, debe desempeñar en lo porvenir un importante papel y llegar á ser uno de los principales elementos que aseguren la regeneración de los pueblos de Oriente.

FIN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA

Capítulos	Pág.
I.—La isla de Hidra.—Del Pireo á Atenas.	5
II.—Atenas.—Primeras impresiones.	23
III.—De Eleusis á Tebas.	55
IV.—Sigue el viaje.	81
V.—De Mantudi á Oreos.	114
VI.—Bandidos y pastores.	125
VII.—En Livadia.	174
VIII.—De Livadia á Delfos.	197
IX.—De Delfos á Patrás.	216
X.—Las islas Jónicas.	234
XI.—Maratón.	255
XII.—Expedición á Corinto.	276
XIII.—De Corinto á Nauplia.	296
XIV.—De Nauplia á Mistra.	318
XV.—De Esparta á Calamata.	345
XVI.—Calamata, Corón y Navarino.	372
XVII.—Navarino, Andrusa y Mesenia.	385
XVIII—Las últimas excursiones.	400